

HIGHLAND TREASURE TRILOGY BOOK 2

Edición en
Español

A woman with long dark hair, wearing a blue and red historical dress with lace details, is shown from the waist up. She is holding a silver candelabra with five lit candles. The background is dark with a subtle pattern.

La Encantadora
The Enchantress

MAY MCGOLDRICK

USA Today Bestselling Author Jan Coffey

The Enchantress

La Encantadora

May McGoldrick

with
Jan Coffey

Book Duo Creative

Derechos de Autor

Gracias por elegir *La Encantadora*. En caso de que te guste este libro, por favor, considera compartir las buenas palabras dejando una reseña, o [ponte en contacto con los autores](#).

LA ENCANTADORA (THE ENCHANTRESS) COPYRIGHT © 2010 POR NIKOO K. Y JAMES A. MCGOLDRICK

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL © 2024 DE NIKOO Y JAMES MCGOLDRICK

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma, por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido actualmente o inventado en el futuro, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor: Book Duo Creative.

Publicado por primera vez por NAL, un sello de Dutton Signet, una división de Penguin Books, USA, Inc.

Portada por Dar Albert en WickedSmartDesigns.com

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Nota de Edición](#)

[Nota del Autor](#)

[Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James](#)

[Sobre el Autor](#)

A Hilary, nuestra Ross favorita

Capítulo Uno

Fearnoch, Highlands del Norte Diciembre de 1535

LA MONEDA de oro rodó lentamente por los nudillos del silencioso montañés que permanecía de pie contra la pared de arenisca. Cuando el grupo que cruzaba la plaza abierta se detuvo ante un puesto que contenía fardos de lana, la moneda también se detuvo, con su rosa Tudor brillando incluso en las sombras.

"La de la cara como el culo de un cerdo la llamaba Laura, amo". El desdentado granjero que le hablaba escupió en el barro medio helado y cruzó la plaza del mercado con la mirada. "Puede que la muchacha vaya vestida sólo con los harapos que le han dado, pero es de calidad, no cabe duda".

Al otro lado de la fría plaza barrida por el viento, los dos observaron a los hombres Sinclair que arreaban a las mujeres. La moneda de oro reanudó su viaje a lo largo de los hábiles nudillos del alto montañés.

"Aunque es joven, por su forma de hablar, no hay duda de que es inglesa. Si no fuera por eso, apostararía a que más de uno de tus campesinos ya se la habría robado a esos cerdos". Volvió a escupir. "Sí, es una vergüenza espantosa, amo. Si tuviera veinte años menos, yo..."

William Ross de Blackfearn dejó al granjero sin decir palabra y, metiéndose el soberano de oro en el ancho cinturón de cuero, salió de las sombras de la catedral de Fearnoch y salió al sol del mediodía. Mientras avanzaba a grandes zancadas entre la multitud dispersa de pueblerinos y granjeros hacia un carro situado junto a la antigua cruz de piedra del centro de la plaza, se le unieron inmediatamente dos de sus hombres.

"Es *ella*, maestro. Es la misma que has estado buscando".

William hundió distraídamente los dedos de una mano en la tosca lana atada en la carreta.

"Y no todas van juntas. Las otras dos mujeres son monjas de ese convento destartado cerca de Little Ferry".

Al ver que el grupo se detenía en otro puesto, William se quedó mirando la espalda de la inglesa encapuchada. Rodeada por los brutos Sinclair, parecía una cosa pequeña y frágil. Sin embargo, en aquel momento no quería ni pensar en las penurias por las que debía de haber pasado en los últimos tres meses, viviendo cautiva entre aquellos canallas. Se recordó a sí mismo que no podía haber ningún derramamiento de sangre. Al menos, no mientras él intentara rescatarla. Se lo había prometido a su hermano.

"¿Deberíamos llevárnosla ahora?", continuó su hombre, mirando al granjero con cara de cicatriz que estaba con ellos. La mano del otro hombre se dirigió a la empuñadura de un puñal

medio oculto bajo la tela escocesa roja y negra del tartán de Ross. Su rostro mostraba su ansia de pelea. "Han sido muy duros con ella. Sin siquiera un 'con tu permiso', el feo la sacó a empujones de la tienda del vendedor de lana, junto al camino del norte".

"Se habló de las mazmorras del castillo de Rumster".

"Llevan meses encerrándola, maestro".

"La muchacha llevaba la capucha bajada sobre la cara para ocultar las lágrimas".

"Sí, y su vergüenza, la pobre mujer".

"Sólo hay media docena de hombres Sinclair con ella. Podemos con ellos, maestro", gruñó el primer hombre. "Sería una buena acción ayudar a la muchachita y hacer retroceder un paso a esos bastardos".

"Esperad aquí". William les dio la espalda, dejando a los dos mirándole con impotencia mientras rodeaba sin prisa la cruz de piedra en dirección al puesto del mercader de lana.

Cuando William se acercó, los hombres Sinclair se pusieron visiblemente rígidos. Sabían quién era. Él les ignoró.

Las dos monjas, reunidas frente al puesto del comerciante de lana, cuchicheaban en francés, y Guillermo oyó fragmentos de su conversación. También ellas parecían conocerle, aunque no podía imaginar por qué. Nunca había tenido trato alguno con el grupito de monjas francesas que vivían en el convento del lago Fleet.

Pasando por delante de los hombres Sinclair, William entró en el establo, cogiendo despreocupadamente un trozo de vellón y dejándolo en el suelo. La inglesa, acercándose, recogió inmediatamente el vellón y lo colocó en otro montón. Aunque hablaba en voz baja y sin parar con el mercader, parecía decidida a organizar los montones de lana que el hombre había llevado al mercado.

De repente, William se encontró escuchando atentamente. Había algo cautivador en la suave cadencia de su voz. Aunque su tímido intento de imitar la lengua de las Highlands era encantador, su acento inglés -como había dicho Ren, el viejo granjero- la delató de inmediato. Mirándola disimuladamente, apenas pudo ver un mechón de pelo negro que se había desprendido de su desgastada capucha. Al volver a mirar sus pequeñas manos, rozadas por el duro trabajo y el frío, se dio cuenta de que estaba clasificando el vellón por color y calidad.

Una sonrisa divertida se dibujó en su boca.

Por el rabillo del ojo pudo ver que el líder de los Sinclair le observaba atentamente. William cogió otro vellón, uno que aún conservaba marcas de alquitrán negro en la gruesa lana. Dejó caer intencionadamente el vellón al suelo y avanzó un paso.

La inglesa lo recogió inmediatamente, pero al hacerlo se oyeron voces alzadas procedentes de la plaza. Mirando a su alrededor, el montañés se dio cuenta de que una pelea a gritos entre una altiva mujer del pueblo y un labrador que conducía una docena de bueyes pelirrojos por la plaza del mercado había atraído momentáneamente la atención de los Sinclair.

William miró a la inglesa. Estaba de pie con el vellón en la mano, ignorando la conmoción de la plaza. Estaba claramente indecisa sobre a qué montón pertenecía el vellón. Sin mediar palabra, se lo quitó de las manos y lo colocó en el montón de vellón que ella había considerado de peor calidad.

Ella se giró sorprendida por su atrevimiento, con el ceño fruncido. Pero entonces, para William Ross de Blackfearn, algo se detuvo, y el mundo se detuvo con él. Tal vez fueron sus ojos los que le detuvieron en seco. Su profundo color azul violáceo no se parecía a ninguno que hubiera visto antes. Excepto quizá Molly, la moza a la que visitaba de vez en cuando en el Three Cups, en la carretera de Inverness. No, estos ojos eran aún más profundos, más violetas que los

de Molly.

Puede que hubiera pasado un eón -William no podía estar seguro- y aún así se quedó mirándola. Se le ocurrió que tal vez fuera la sorpresa de su pálido rostro lo que hizo que su corazón se detuviera durante aquel persistente instante. Era el rostro de una hechicera, inglesa o no.

William pensó que estaba a punto de hablar, pero la mujer vaciló mientras uno de sus captores la miraba amenazadoramente. No dijo nada y apartó la mirada.

Cuando volvió la vista hacia los hombres de Sinclair, vio que las monjas se habían separado del grupo, dirigiéndose cada una hacia una parte distinta del mercado. Dándose la vuelta, William salió tan despreocupadamente como pudo del puesto, deteniendo a un joven que paseaba y pregonaba manzanas. El alboroto se había calmado y el ganado desaparecía por la calle de tierra.

"Date prisa, muchacha".

Al echarles una rápida mirada, William pudo ver que la inglesa seguía de pie en la caseta. Los hombres Sinclair no tuvieron paciencia con ella y el líder le tiró del codo.

"Si no has vuelto antes de vísperas", gruñó el líder, "significará una docena de latigazos, si entiendes lo que quiero decir".

Con una rápida inclinación de cabeza, dejó atrás el vellón, e inmediatamente el grupo avanzó entre la multitud hacia un grupo de tenderetes pertenecientes a mercaderes ambulantes llegados de Inverness.

En el siguiente puesto, la mujer se detuvo de nuevo, pero esta vez sólo un momento, mientras enderezaba un expositor de zapatos de mujer. Las asqueadas maldiciones de uno de los guerreros Sinclair se elevaron por encima de los sonidos de la multitud del mercado.

Entregando la manzana que no había comido a un callejero que pasaba corriendo, William cruzó la calle y se deslizó por el callejón entre las tiendas de los mercaderes y un muro bajo que había detrás de ellas. Más allá del muro había una zanja, y más allá se veía un grupo de árboles.

Abriéndose paso entre los mozos de servicio sentados ociosamente sobre carros de mercancías medio vacíos, se adentró silenciosamente en el callejón entre la tercera y la cuarta tienda. Un mercader que vendía telas flamencas de vivos colores estaba llamando a la mujer vigilada. La inglesa embozada y encapuchada se acercó al puesto de la tienda, y William retrocedió hacia las sombras.

Mientras lo hacía, una banda de gitanos cobró vida al otro lado del camino; sus panderetas y cascabeles y sus mujeres de ojos centelleantes atrajeron inmediatamente las miradas de los guerreros Sinclair.

El montañés aprovechó su oportunidad. Con una mirada silenciadora al mercader, William alargó la mano, agarró a la asustada mujer por la muñeca y la arrastró con un rápido movimiento hacia el callejón.

"Soy un amigo", le susurró al oído.

No obstante, le tapó la boca con la mano, William la cogió por la cintura con la otra y retrocedió rápidamente por el callejón. Cuando llegaron al muro bajo del fondo, Ross se volvió y soltó a la mujer que se retorció, poniéndola de pie y girándola hacia él. Tenía la capucha echada hacia delante y un mechón de espeso pelo negro le había caído sobre los ojos.

"Sólo tenemos un momento antes de que descubran que has desaparecido. Pero tengo caballos esperando más allá de ese grupo de árboles. Ahora estás a salvo". La inglesa estaba claramente estupefacta. La comisura de sus labios se torció en una media sonrisa. "No tienes nada que temer. Has sido rescatada".

Los ojos de la mujer lo recorrieron interrogantes, centrándose en la moneda que de pronto sacó de su cinturón de cuero. La rosa Tudor centelleó a la luz del sol.

"Ahora no tengo tiempo de explicártelo. Si queremos sacarte de Fearnoch, tendremos que..."

Las palabras de William Ross murieron en su lengua cuando el grito a pleno pulmón de la mujer -lo bastante fuerte como para oírse en Edimburgo- cortó como una espada el aire fresco del invierno.

Capítulo Dos

GILBERT ROSS se inclinó hacia el hogar y trató de atisbar por la chimenea. Al no ver nada, el joven sacerdote se levantó de las rodillas y enderezó los atizadores de hierro apoyados ordenadamente contra la pared. El humo seguía retrocediendo en la chimenea, entrando en la habitación y colgando como un manto justo encima de su cabeza rubia y tonsurada.

El sonido de la puerta al abrirse tras él atrajo su mirada. Dos clérigos se asomaron vacilantes al interior de la cámara.

Les hizo un gesto. "Padre John, es hora de que mandemos llamar al albañil".

El más joven de los dos hombres asintió enérgicamente y se retiró, desapareciendo inmediatamente por el pasillo.

"Y padre Francisco, si esta cámara te parece demasiado sofocante para nuestro trabajo...".

"Estoy acostumbrado a esto, Preboste". El anciano sacerdote entró en la habitación y cerró la puerta. "Desde que tengo uso de razón, esta chimenea echa humo. Creo que el padre Jerónimo dejó de hacerlo hace mucho tiempo". Sacudió la cabeza. "Es una molestia durante los meses de invierno".

Renunciar a las cosas había sido la regla rectora de su difunto predecesor, se había dado cuenta Gilbert Ross rápidamente tras asumir el cargo de preboste de la Iglesia de San Duthac. Gilbert pasó por encima de Willie, su perro de pecho de tonel, que seguía roncando despreocupado mientras su amo abría de un tirón una ventana enrejada. Gilbert se llenó los pulmones con el frío aire invernal que entraba por debajo del humo que se escapaba.

"Uno de los pescadores del pueblo acaba de volver del mercado de Fearnoch, Preboste. Está allí".

Gilbert se volvió y encontró al sacerdote ya colocado en su posición habitual ante la mesa de caballete, con sus manos nudosas desatando la cinta negra que rodeaba un libro de cuentas de gran tamaño.

"¿Y mi hermano?"

"También está allí. En compañía de los granjeros Ross que ya están en el mercado, pero *sin* ninguno de sus guerreros".

El tono crítico del viejo sacerdote era evidente, y Gilbert se puso un poco rígido a la defensiva. Él y su hermano mayor, William, habían sido alumnos del padre Francis desde que eran unos chiquillos, enviados por su madre -a pesar de las objeciones de su padre y de su hermano mayor, Thomas- a la antigua escuela de la iglesia. Aunque William era ahora el laird del clan Ross -y el propio Gilbert era ahora el preboste de San Duthac-, sabía que el padre Francis siempre los vería como muchachos a los que había que regañar.

Sí, sabía lo que se le venía encima.

"Gilbert... er, Provost... para que un hombre de la posición de William actúe-".

"Padre Francis, pensé que William demostró una gran sabiduría cuando me aseguró, y tú estabas sentado justo donde estás ahora, cuando me aseguró que se ocuparía de este problema sin derramamiento de sangre". Gilbert se acercó también a la mesa y ocupó su lugar frente a su antiguo mentor. "Teniendo en cuenta que, desde la muerte de Thomas, hace dos años, los hombres de Ross y Sinclair no se han enfrentado seriamente, ¿no te parece una medida responsable por parte de William evitar que se reanude la lucha?"

refunfuñó Francisco en voz baja, mientras sus dedos recorrían las páginas.

El viejo sacerdote seguía con el ceño fruncido mientras continuaba con la pretensión de buscar la última anotación del libro mayor. Gilbert se preparó. Sabía que el padre Francis no había terminado. Preboste o no, volvería a oír la reprimenda tantas veces repetida.

"¿Había algo más, padre?" dijo Gilbert con suavidad.

El anciano estalló. "Sí, hay algo más, como bien sabes. William ya no puede aferrarse a los días imprudentes y necios de su juventud. Por la camisa de Duthac, William es ahora el laird. El líder del Clann Gille Aindrias, el soberano de toda esta tierra desde Fearnoch Firth hasta The Minch. Lleva en las venas la sangre de su tocayo, el gran Guillermo, conde de Ross, que dirigió a nuestros propios parientes bajo el mando de Bruce en Bannockburn. Fue su mano la que puso el sello de Ross en la Declaración de Arbroath".

"Lo sé, padre Francis", interrumpió suavemente Gilbert, deteniendo el ardiente sermón del sacerdote mayor. "Soy hermano de William. Yo, mejor que nadie, conozco nuestro nombre, nuestra sangre y las responsabilidades de William".

El sacerdote asintió con severidad. "Sí. Eres un buen hombre, Gilbert, y estoy tan orgulloso de ti como si fueras mi propio hijo, pero ya es hora de que utilices tu poder como preboste de San Duthac para beneficiar no sólo a los que peregrinan hasta aquí, sino también al pueblo de Ross."

"Padre Francis, hace poco más de un mes que soy preboste de esta iglesia y sus tierras, y si estás diciendo que mi deseo de poner orden en este lugar, que mis planes para detener el deterioro de San Duthac están comprometiendo de algún modo mis responsabilidades para con el pueblo...".

"No digo tal cosa". El anciano sacerdote apoyó ambos codos en la mesa y miró fijamente a los ojos de Gilbert. "Lo que digo es que por primera vez en tu vida puedes ejercer cierta autoridad sobre tu hermano mayor. Puedes influir en William, dirigirle en los asuntos de...".

"William es el laird de Ross, padre. Yo soy sacerdote".

"Sí. Tienes autoridad espiritual". El padre Francis señaló a Gilbert con un dedo largo y huesudo. "He visto cómo te trata, ahora que eres preboste. Ya no te trata como cuando erais pequeños, cuando no eras más que el hermano pequeño con el que bromear y con el que batallar constantemente. Ahora te tiene un nuevo respeto".

Sólo en presencia de otros, pensó Gilbert. "Entonces, ¿qué es exactamente lo que me recomiendas que haga con este nuevo poder sobre mi hermano?".

La apariencia de una sonrisa aumentó las profundas arrugas del rostro del anciano sacerdote.

"Debes ordenarle que se cambie".

"¿Cambiar?" repitió Gilbert, sin comprender. "¿William?"

"Ya es hora de que William Ross de Blackfearn madure. Es hora de que empiece a dar más valor a su propia vida. Por todos los santos, Gilbert, piensa más en el bienestar de la más humilde pastora que en el suyo propio. Sabes tan bien como yo que dormiría en su establo si pensara que alguna vieja mendiga estaría más cómoda en la cámara del laird". El viejo sacerdote se inclinó y

bajó la voz. "Ya es hora de que aprenda a actuar como un laird. Es para lo que *intenté* prepararle. Debería continuar donde lo dejó Thomas, renovando esa bodega suya y devolviéndole parte de la grandeza del castillo de Blackfearn. Blackfearn es el castillo más grande a este lado de Inverness. Debe dejar de ignorar su posición en la vida. Dejar de actuar como un vulgar labrador, comiendo y durmiendo en los campos y en los establos. Debe ocupar su lugar como líder de sus guerreros y de su pueblo".

Gilbert abrió la boca para hablar, pero el sacerdote continuó.

"Es cierto que el título de conde le fue arrebatado a tu bisnieto hace tantos años. Pero a los ojos de esta gente y de todos los nobles de las Highlands, Guillermo es ahora el verdadero conde de Ross. Es su jefe. Es el laird". El padre Francis posó una mano nudosa en la muñeca de Gilbert. "Y como tal, es responsable de casarse correctamente y engendrar un bairn para mantener vivo vuestro gran linaje".

Gilbert empezó a hablar de nuevo, pero el padre Francisco le levantó una mano y señaló hacia la repisa de la chimenea y el sencillo boceto que había allí sobre una tabla de madera. El dibujo de la cara de una niña.

"Y ni siquiera estoy mencionando el fracaso de Guillermo a la hora de devolver a la pequeña hija de Thomas, Miriam, a la gente de su clan".

Gilbert se recostó en su silla y asintió pensativo al anciano sacerdote. No tenía sentido discutir. La mitad de lo que decía el capellán era cierto. Más de la mitad. Sin embargo, Gilbert no veía la posibilidad de que su hermano se casara.

Para disgusto de Gilbert, William prefería abiertamente la compañía de las mujeres caídas de la Taberna de las Tres Copas a la de cualquier muchacha que hubiera sido educada correctamente. De hecho, el pasado otoño, cuando por fin permitió que Gilbert lo arrastrara a visitar a la hija del conde de Caithness -con el pretexto de una partida de caza-, William se lo había dicho a la pobre muchacha. Gilbert se encogió al recordar a la joven corriendo, horrorizada, por el prado cubierto de brezo, de vuelta a los brazos de una madre indignada.

A Gilbert y William sólo les separaban dos años de edad, mientras que Thomas era más de doce años mayor que ellos. Como consecuencia de esta diferencia de edad, los hermanos menores habían sido inseparables de niños. Y más tarde, cuando Gilbert se dedicó a la iglesia y William fue enviado a San Andrés -y más tarde a la casa de lord Herries-, los dos se las habían arreglado para permanecer unidos. No sólo eran hermanos, sino también amigos. Y fue como amigo y no como pariente como Gilbert Ross había determinado que su hermano mayor estaba perfectamente satisfecho con lo que había llegado a ser, a pesar de que le habían llamado para ser laird. Cambiarle a estas alturas de su vida sería tan difícil como cincelar en piedra con una rama de sauce.

"Depende de ti, Gilbert. Tienes el poder y la influencia para hacer mucho más bien que reparar una antigua chimenea. San Duthac sobrevivirá. Tú, en cambio, tienes la capacidad de preservar el nombre de Ross y, al hacerlo, salvar al mismo tiempo a ese granuja indisciplinado al que llamas hermano." El padre Francis bajó los ojos hacia la página abierta del libro de contabilidad. "Tienes la perspicacia necesaria para obligarle a instalarse en una vida más tranquila y respetable. Para encontrar a la chica adecuada. Eso es lo que necesita, Gilbert. La muchacha adecuada para calmar su desenfreno".

Tal vez, pensó Gilbert con una sonrisa resignada. Pero compadécete de la mujer.

William Ross maldijo en voz alta cuando la banshee que se retorció y pataleaba le asestó un sólido puñetazo en la parte baja de la espalda. ¿Quién iba a pensar que luchar contra toda una compañía de Sinclairs sería más fácil que controlar a la mujer que se había echado al hombro?

El grito de la mujer había desatado el infierno en torno a sus oídos. En cuanto había intentado arrastrarla por encima del muro bajo, ella había clavado los talones, maullando como William nunca había oído antes. Para ser tan pequeña, era vigorosa.

La revuelta que se produjo inmediatamente volcó carros y derribó tiendas. Los Sinclair se apresuraron a entrar en el callejón, pero los granjeros Ross se apresuraron igualmente a ahuyentarlos en cuanto supieron que el laird estaba implicado.

Con una mueca de dolor en la parte baja de la espalda, William blandió su espada contra el líder de los Sinclair, que avanzaba, y el sonido del acero al chocar resonó por encima de los gritos de la multitud.

Empujando al guerrero Sinclair hacia la tumultuosa batalla que se libraba a sus espaldas, William intentó una vez más retroceder por encima del muro bajo. Cuando el líder de los Sinclair volvió a abalanzarse sobre él, el viejo granjero desdentado de la plaza del mercado lo abordó con una vitalidad que William nunca habría creído tener en él, golpeando sonoramente la cabeza del hombre contra la tierra helada. La espada Sinclair repiqueteó contra la pared a los pies de William.

Cuando el granjero se sentó sobre el pecho del hombre y le guiñó un ojo, la mujer que colgaba del hombro del laird clavó sus garras en las nalgas de William. Éste desplazó su peso más arriba, sobre su hombro, y la oyó jadear ante la amenaza de estamparle la cabeza contra la pared.

"Vamos a salir por el carril sur hacia un barco en el firth", gritó al viejo granjero. "Mantén ocupados a esos canallas por mí".

"Sí", gritó el campesino antes de que dos pendencieros se le echaran encima.

Volvió a utilizar los puños en las nalgas y las piernas de él.

"Deja de retorcerte", gruñó William, saltando el muro y empezando a cruzar la zanja. "O te daré tan fuerte, muchacha, que creerás que has vuelto a Inglaterra".

"Suéltame, bruto asqueroso, o te juro que te sacaré tus feos ojos de las órbitas con mis propios dedos".

Comenzó a subir por el terraplén más lejano hacia un grupo de árboles y los caballos. "¿No es eso un poco violento para una suave y gentil damisela inglesa? No, déjame pensarlo otra vez. Me sacarás los ojos para volver a ponérmelos en la cara, y más a tu gusto. ¿Cómo clasificáis los ojos, milady? ¿Por el color o...?"

"Te metería uno en esas fauces tuyas tan abiertas si existiera la posibilidad de que te atragantaras con él".

"Ése es un arreglo que nunca se me habría ocurrido". Al llegar a los dos caballos que esperaban, William vaciló y envainó la espada. Podía oír que la reyerta seguía a todo trapo en la plaza del mercado. Era imposible que la mujer que le arañaba la espalda cabalgara sola. Tirando de una de las ataduras, golpeó al caballo en la grupa, haciéndole trotar un poco.

El grito de asombro de ella al verse arrojada como un saco sobre la cruz del otro caballo le hizo esbozar una sonrisa diabólica, y él mismo saltó sobre el animal. Cuando William espoleó al corcel, la sujetó firmemente por la nuca, manteniéndola precariamente colgada sobre el caballo.

"Te mataré", gritó ella, provocando una risa ronca en él. "¡Juro que lo haré!"

El salto sobre un muro bajo de piedra y el descenso a través de un arroyo helado convirtieron sus amenazas en otro grito ahogado. Sus manos aferraron la bota de él con desesperación

mientras miraba por encima del hombro. Tres de los hombres Sinclair se habían separado del caos y corrían por la plaza del mercado tras ellos.

En un momento, William y su presa se habían adentrado en los matorrales de pinos al sur de Fearnoch, y él hizo girar bruscamente su corcel hacia el oeste, galopando sobre un terreno pedregoso y desigual, y alejándose del embarcadero del fiordo.

"Déjame subir, canalla", gritó ella, retorciéndose de nuevo. "Lo poco que tenía en el vientre está listo para... está listo para..."

"Siéntete libre, muchacha. Sería mucho mejor deshacerse de ella ahí abajo que en mi regazo".

En pocos minutos de duro cabalgar, salieron de una zona de árboles y entraron en un camino bien transitado que salía de la ciudad por la línea de colinas hacia el oeste.

La mujer gemía ahora a cada recodo del camino, pero William no estaba dispuesto a frenar su huida. Cuando el camino giró de nuevo hacia el sur, hacia Fearnoch Firth, el laird de Ross hizo girar bruscamente a su caballo hacia la derecha, abandonando la carretera principal y continuando hacia el oeste a través de espesos bosques de pinos.

Mirando de nuevo por encima del hombro, William no pudo ver ni rastro de los hombres de Sinclair. Iban a pie y se dirigían al sur, hacia el fiordo. Sería demasiado tarde cuando se dieran cuenta de su error. Los perseguidores ya nunca les atraparían.

Desviándose justo a tiempo para esquivar una rama que colgaba baja, empujó con fuerza la cabeza de la mujer contra el flanco de su caballo para evitar que las ramas más bajas le azotaran la cara.

Tras unos cuantos saltos más sobre árboles caídos, chapotearon en un arroyo medio helado. Se detuvo en la orilla más alejada y la miró. Ya no se retorció, ni siquiera gemía.

William aflojó la presión sobre su nuca y le levantó un poco la cara. Era un tono de verde bastante extraño, pensó. No había exagerado con lo de estar enferma. El hombro y el antebrazo de su caballo mostraban signos del desayuno de la mujer.

Al pie de un saliente de piedra junto al arroyo, el montañés detuvo el caballo y se apeó. La visión de ella, tendida como un trapo sobre la cruz del caballo, le hizo fruncir el ceño. Alargó la mano sobre el animal y arrastró a la inglesa hacia él. Su ceño se frunció aún más cuando ella se dejó caer sobre su brazo, desmayada. Se agachó sobre la grava de la orilla y la acunó en sus brazos.

Empujando la capucha de su pesada capa sobre su cabeza, William miró fijamente a la mujer. Algo se le apretó en el pecho al verla pálida y despeinada. La mayor parte de su cabello negro se había escapado de la trenza y ahora yacía en un tentador conjunto alrededor de un rostro perfectamente formado. Tenía los ojos medio cerrados, los labios entreabiertos y respiraba con dificultad. Incluso en su estado despeinado -o quizás debido a él-, William sabía que era la criatura más hermosa que había visto nunca.

Deshaciéndose de tales pensamientos con un bufido, tiró del lazo que ataba la capa a su cuello. Con poca ayuda, la prenda exterior cayó, revelando el cuidadoso bordado de la suave lana gris de su vestido. Un pulso aleteó en la base de su garganta de marfil, y la mirada de William recorrió las curvas femeninas que ni siquiera su recatado vestido podía ocultar. Apartó la mirada hacia el borboteante arroyo, sintiendo un repentino dolor en las entrañas al ver a una mujer tan hermosa. Y tan vulnerable.

"Tranquilo, Will", murmuró para sí. "Ésta no es la chica para ti".

Cuando volvió a mirarla un instante después, sus ojos empezaban a enfocarse. Los orbes azul violáceo contemplaron su rostro sin reconocerlo durante un largo instante, y luego se entrecerraron de repente. Una sonrisa irónica se dibujó en la comisura de sus labios, pero la

contuvo rápidamente y apartó la mirada de su rostro. Le rodeó el hombro con el brazo y la puso en pie, conduciéndola suavemente hasta la orilla del arroyo.

"Veo que no te gusta mucho montar a caballo".

"¡Te odio!" Su voz era un mero susurro.

"No, no es cierto". Sentándola en el suelo junto al agua corriente, William mojó la mano en el agua helada y le limpió la barbilla, la sedosa suavidad de las mejillas y la frente. "Me estás agradecida. Por salvarte la vida. Por rescatarte de esos bribones".

Tenía los ojos fijos en su cara y, cuando los miró, pudo ver la ira que ardía en sus profundidades. Ella le apartó la mano de la cara de un manotazo y él elevó al cielo una silenciosa plegaria de alivio. No necesitaba tocar aquella cara en aquel momento.

Poniéndose en pie, el montañés retrocedió un paso. Por mucho que lo intentó, no pudo apartar los ojos de su esbelta espalda mientras ella se inclinaba sobre el agua, lavándose la cara y bebiendo del helado arroyo.

Pasó un largo momento. La mujer estaba arrodillada junto al agua, arreglándose el pelo de espaldas a él. De repente, William se dio cuenta de que debía de tener frío. A grandes zancadas por la grava suelta, se agachó para recoger su capa cuando le asaltó otro pensamiento. A pesar de llevar meses cautiva y de todo lo que había pasado para salvarle la vida, seguía siendo una mimada dama de la corte. Y una inglesa, ¡peor aún!

"¿Estás loco?"

Ella estaba de pie y frente a él, con las manos en las caderas y los ojos centelleantes. Él le arrojó la capa y ella la cogió. Se la echó sobre los hombros y se ató rápidamente los lazos de la garganta. Parecía una guerrera vistiendo una armadura para la batalla.

"¿Loco? No, soy un Ross".

La ira de su mirada parpadeó con incertidumbre, y un ceño fruncido sustituyó a la mirada sólo un instante antes de que una media sonrisa muy tentadora asomara a la comisura de sus labios. Sacudiendo ligeramente la cabeza, se dio la vuelta, utilizando la esquina de su capa para secarse la cara. Le hizo falta una gran fuerza de voluntad para no acortar la distancia que los separaba y encargarse él mismo de la tarea. Si ella no fuera quien era, él renunciaría fácilmente a una noche de sueño besando aquellas gotas, secando cada gota brillante con el suave tacto de su boca.

"No conozco lo suficiente los clanes y las costumbres de vosotros, los montañeses. ¿Debo entender que ser un loco y ser un Ross son la misma cosa?"

"Cuida tu lengua".

Se recogió con cuidado un mechón suelto en la trenza y lo miró, sorprendiéndolo con la mirada. Él frunció el ceño y miró hacia su caballo.

"¿Por qué me sacaste de la aldea?"

"Yo no te *llevé*. Te rescaté". Sacudió la cabeza y le lanzó una rápida mirada, refunfuñando: "Lo más probable es que te salvara la vida".

Puso los ojos en blanco, incrédula, y se colocó la pesada capucha sobre el pelo.

"Och", dijo William en voz baja. Era tonto si pensaba que ella apreciaría lo que había hecho. "No fue mi elección ir a por ti. Y si me das problemas, mujer..."

"¿Pretendes hacerme daño?"

El montañés gruñó una obscenidad y, dándose la vuelta, silbó a su caballo. "Igual que los demás".

"¿El resto de quién?"

"El resto de tu tipo. Egoístas. Eso es todo en ti. Se cría en ti y se alimenta a cada paso. Y

también desagradecido. Morderéis la mano que os da de comer. De eso no me cabe la menor duda".

"¿Ingrato?"

Condujo a su caballo de vuelta al arroyo. La oyó acercarse detrás de él. Ignorándola, se agachó junto a su caballo y empezó a enjuagar el hombro y la pata del corcel.

"¿Se supone que debo estarte agradecida porque convertiste una pacífica plaza de mercado en un campo de batalla en cuestión de instantes? ¿Porque me arrebataste, contra mi voluntad, a la gente que...?"

"He terminado de hablar contigo, mujer. Cuanto antes me libre de ti, mejor". Se puso de pie junto al caballo. "Si das tu palabra de comportarte, esta vez te dejaré montar detrás de mí. Gilbert pensará sin duda que yo..."

El golpe en la cabeza fue seco y fuerte, y William se tambaleó hacia delante contra su caballo. Los destellos de mil soles estallaron ante sus ojos, pero el montañés se giró a medias en un intento de ver a la mujer que tenía detrás.

"Qu... tu... mensaje..."

Intentó dar un paso hacia ella mientras volvía a blandir la roca. Él la observó, incapaz de levantar el brazo y rechazar el golpe.

"Hermana".

Y entonces, de repente, estaba cayendo. La mujer desapareció de su vista. Los destellos del sol desaparecieron. Incluso la grava del cauce desapareció, y se abrió un abismo bajo él, tan negro y silencioso como una tumba.

Capítulo Tres

"PUEDE que sea la criatura más gentil que he conocido". La anciana monja frunció sus arrugados labios. "Sin duda es la mujer más inteligente y agradable de su edad que he conocido. *Oui*, te digo que Laura Percy fue un ángel enviado por Dios para ayudarnos en los momentos de mayor necesidad."

El enjuto monje de ojos entrecerrados indicó a los tres fornidos habitantes de las Tierras Bajas que permanecieran en el pasillo mientras seguía a la anciana monja hasta la fría sala de trabajo. El clérigo echó un vistazo crítico a la habitación, escasamente amueblada, y su mirada se posó en el pequeño fuego que ardía en la chimenea.

La monja señaló hacia un par de taburetes bajos de tres patas colocados junto al hogar, y el monje sacó de uno de ellos, sin mediar palabra, una pequeña cesta llena de bobinas de finos hilos de colores. La anciana se sentó en el otro y cogió un bastidor de lino a medio bordar, esperando a que el monje continuara.

"Entonces, hace por lo menos tres meses que está aquí".

Asintió con la cabeza. "Llegó en el momento más crítico. Llevaba días postrada en cama a causa del flujo. Mis propias monjas estaban angustiadas ante la idea de que yo muriera y las abandonara a su suerte. Me temo que todo era demasiado para ellas, con nuestra pequeña parcela de tierra plantada lista para la cosecha y los lienzos que habíamos terminado para llevar a los mercados de la cosecha. Y entonces... bueno, basta decir que pasamos mucha, mucha necesidad".

El monje recogió distraídamente un bloque de turba del suelo, junto al hogar, y lo examinó. "¿Supongo que llegó en barco?"

"*Oui*", respondió ella, mientras sus manos trabajaban hábilmente el intrincado diseño con la aguja. "Estaba demasiado enferma para darme cuenta, pero por lo que me han contado mis monjas, la trajo hasta nosotros la misma tormenta que arrasó nuestro campo de lino junto al cobertizo del almacén. Fue una tormenta feroz, me dicen, y el barco que traía a Laura al norte se vio obligado a refugiarse aquí, en Loch Fleet, en lugar de intentar hacer el viaje de vuelta a Fearnoch Firth. Por supuesto, no me enteré de los detalles hasta que empecé a recuperarme semanas después. Por la gracia de Dios, Laura simplemente se hizo cargo, calmando a mis monjas y consiguiendo poner orden de nuevo. Incluso se hizo cargo de mis cuidados".

Las manos de la madre superiora se detuvieron en sus rápidos movimientos, y sus ojos oscuros se centraron en el monje.

"Algunas de mis monjas creen que fueron sus oraciones las que dirigieron los vientos de la tormenta, y ese barco que llevaba a Laura, hacia nuestro trocito de costa".

El monje se quedó mirando a la mujer un momento, y luego arrojó el bloque de turba al fuego.

"Sí, sin duda", gruñó. "¿Y dices que la esperas de vuelta en cualquier momento?"

"Oui". Las ocupadas manos de la mujer volvieron a su trabajo. "Antes de que oscurezca, seguro. Pero antes, debo contarte todo lo que pueda sobre las buenas acciones que Laura Percy ha realizado por aquí. Puesto que tienes el privilegio de escoltarla de vuelta con su madre, quiero que conozcas todos los detalles. Debes felicitar a Lady... ¿cómo se llamaba?"

"Percy", gruñó el monje, echando otro bloque de turba al fuego.

"¿Pero no era una muchacha escocesa?"

"Sí, Nichola *Erskine* Percy. Es escocesa".

"Oui. Lady Erskine". La monja asintió complacida, ignorando la creciente nota de irritación evidente en el tono del monje. "Ha educado muy bien a su hija".

El monje se levantó inquieto y se dirigió a la pequeña ventana que daba al camino de Fearnoch. "Se lo diré a lady Nichola".

"Laura tiene un don, creo, para gestionar las cosas. Le basta con echar un vistazo a las cosas y sabe exactamente qué hacer".

"¿Cuántos fueron a Fearnoch con ella este día?"

La monja hizo una pausa, sorprendida por la brusca pregunta del monje. "Ah. Bueno, tienes razón al suponer que no la enviamos allí sola. Con nuestro pequeño Convento de Santa Inés en el camino del Castillo de Rumster, no veía sentido en arriesgar su vida. Simplemente pedí un favor a Sir Walter, nuestro benefactor, y él accedió encantado".

"¿Qué clase de favor?" El monje se volvió a medias hacia la monja, frotándose la mano en la barbilla canosa.

"El favor de una acompañante en los días de mercado, por supuesto. Laura es medio inglesa y, además, muy guapa". Las manos de la monja volvieron a detenerse a media puntada. "Así que pensé que era lo mejor para todos los implicados. Por lo que he oído, los hombres de Sir Walter se han vuelto muy protectores con ella durante estos meses. Con tantos pícaros viajando por estas costas, es muy importante proteger algo tanpreciado como nuestra Laura."

El monje asintió y, frunciendo el ceño, volvió a centrar su atención en la ventana y en el camino que había más allá. Las sombras se alargaban rápidamente.

"Las únicas quejas que oigo, de vez en cuando, es que a nuestra Laura le gusta tomarse su tiempo cuando va a Fearnoch. ¿Te he dicho que es muy buena en...?"

"Así es", interrumpió bruscamente el monje y se volvió de nuevo hacia la monja. "¿Llegó aquí con muchas posesiones?"

"¿Posesiones? No, no nuestra Laura".

"¿Cuánto cuesta? ¿Un baúl?"

La monja hizo una larga pausa suspicaz antes de asentir finalmente con comprensión. "Por supuesto. Al recuperarla, necesitas saber de..."

"¿Cuánto, mujer?"

"Tan poco", soltó la monja, horrorizada. "Nada que requiriera un baúl. Sólo llevaba una pequeña bolsa de viaje".

"¿Y eso qué contenía?"

"Objetos personales. Necesidades. Nada más". La monja se detuvo bruscamente y luego miró con fastidio al monje. "No creo que el contenido de la bolsa de viaje de la señora Laura sea asunto de nadie".

"Desde que está aquí, ¿ha recibido algo de su madre?"

"¿Su madre?", preguntó ella, sorprendida, antes de negar con la cabeza. "No. Creo que de vez en cuando se siente sola".

"Así que no ha sabido nada de la madre".

El tono cortante del monje volvió a hacer que la monja se detuviera a media puntada. "Es cierto. No lo ha hecho. Eres el primero que trae noticias de ella desde las Fronteras".

"¿O de sus hermanas? ¿Ha recibido algo de ellas?" Dio un paso hacia el centro de la habitación. "¿Un mensaje? ¿O tal vez un paquete?"

"¿Un paquete?" Los ojos de la monja se entrecerraron preocupados. Con un movimiento brusco, se puso en pie y dejó su trabajo en la cesta del suelo. "No creo que me interesen estas preguntas. De hecho, creo que ya he revelado más de lo que debería. Desde luego, no tengo ningún deseo de confiarte nada que Laura quisiera contarte por sí misma".

"¿Había un paquete?"

"Laura no tardará en llegar. Si lo desea, podrá responder a cualquier otra pregunta que tengáis. Por ahora, podéis permanecer aquí, donde se está cómodo y calentito. Yo, sin embargo, debo ir a ver si hay suficiente para alimentarnos a todos".

El monje se interpuso entre la anciana monja y la puerta, bloqueando su salida.

"¿Había un paquete?" El rostro del clérigo era oscuro y amenazador. "Si no respondes, estoy seguro de que podría llamar a alguna de tus otras monjas y obtener las respuestas que busco".

La mujer apretó la mandíbula con obstinación. "Estoy a cargo de este convento. No sé qué tipo de comportamiento es aceptable en las Fronteras -o de dondequiera que vengas-, pero aquí no tienes derecho a hablar así".

"Recuerda que he sido enviado por..."

La monja levantó la mano bruscamente, haciendo callar al sorprendido monje mientras sus ojos seguían ardiendo.

"Para alguien a quien los parientes de esta joven han puesto en una posición de confianza, ciertamente me decepcionas. Ahora, vuelve a sentarte junto al fuego y tranquilízate. Te enviaré a Laura en cuanto regrese de Fearnoch".

Con una cortante inclinación de cabeza, la madre superiora del convento de Santa Inés rodeó ágilmente al monje y salió de la habitación.

"¿Y mi hermana?" Dejando caer la roca en la arena y la grava, Laura se arrodilló junto al cuerpo desparramado del Highlander inconsciente y le pinchó el hombro con un dedo. Al no obtener respuesta, lo sacudió. "¿Qué intentabas decir sobre mi hermana? ¿Qué hermana?"

No hubo respuesta. Quizá le golpeó demasiado fuerte, pensó. Moviéndose rápidamente hacia el otro lado, observó detenidamente el rostro moteado de arena y guijarros. Laura apartó con cuidado un poco de arena que se adhería a las largas pestañas del hombre. Con cautela, apretó la mano contra la garganta del guerrero. Podía sentir la sangre latiendo bajo la piel tensa, pero su rostro había adquirido un tono ceniciento. No parecía demasiado sano.

Tanteó entre las gruesas ondas de pelo castaño oscuro en busca de un bulto -o dos- y retrocedió involuntariamente cuando sus dedos encontraron la cálida humedad de la sangre en el cuero cabelludo. Separando el pelo, Laura se mordió el labio al ver el tamaño del tajo que le había hecho.

Sacando de la manga el pañuelo finamente bordado que la madre superiora le había dado como muestra de gratitud, Laura se limpió suavemente la herida. En un instante, el lino blanco como la nieve se tiñó de carmesí con su sangre.

Mirando a su alrededor, a los pinares que la rodeaban, mientras enjuagaba el pañuelo en el

arroyo helado, Laura consideró su próximo movimiento.

Ella había asestado el golpe, segura de que aquel hombre debía de estar al servicio del vil sir Arthur Courtney o de otro lugarteniente del rey inglés. Ciertamente, la moneda Tudor que había estado arrojando cuando la arrastró fuera de la plaza del mercado así lo había insinuado.

Pero ahora, mirando a la criatura insensible que yacía a su lado, vulnerable y herida, Laura empezó a tener dudas sobre sus anteriores suposiciones.

¿Qué había dicho? pensó. De algún modo había tenido la impresión de que ella necesitaba ser rescatada. ¿Pero rescatarla de quién? Y luego, sus últimas palabras antes de... bueno, antes de desmayarse. Laura estaba segura de que había dicho las palabras "mensaje" y "hermana".

Era concebible que Catherine o incluso Adrienne hubieran contratado a aquel hombre para que le llevara un mensaje. También era concebible que, al verla en compañía de aquellos guerreros Sinclair, el hombre pensara que necesitaba ayuda. De repente, Laura empezó a sentirse un poco mareada.

Había dicho que era un Ross. Observando la trama roja y negra de su tartán, había aprendido lo suficiente sobre el clan rival de los Sinclair como para reconocerlo. El clan Ross controlaba enormes extensiones de tierra al sur y al oeste de Fearnoch. Y por lo que había averiguado de los Sinclair, los dos clanes se habían disputado las tierras al norte de Fearnoch Firth desde los oscuros días de los merodeadores vikingos. Rápidamente, desató la vaina de su espada del cinturón y la dejó a un lado junto con el puñal del hombre.

De repente, todo cobró sentido. Por lo que sabían sus dos hermanas, no había ido al convento de Santa Inés, sino a un pequeño convento vinculado al santuario de San Duthac, justo al sur, en el pueblo de Tain.

Al sur de Fearnoch Firth.

En el Sur. En tierras de Ross.

La revelación no la hizo sentirse mejor.

Laura se agachó rápidamente y volvió a empapar el pañuelo en el agua fría y transparente. Mientras limpiaba suavemente la herida, se reprendió a sí misma por su error. Era natural que sus hermanas se pusieran en contacto con alguien del clan Ross. Y también era natural, dada la animadversión entre el clan Ross y los Sinclair, que aquel hombre pensara que la retenían contra su voluntad.

"¿Por qué no pudiste explicármelo antes?". Se arrodilló junto al guerrero inconsciente. "Te estaría bien empleado si te dejara aquí para que te congelaras, tratándome como me trataste".

Pero Laura sabía que no podía hacerlo. Con toda probabilidad, nadie pasaría por aquella cañada densamente arbolada hasta la primavera. Y aunque la sangre había dejado de manar de una de las dos heridas y el color del hombre mejoraba, no tenía forma de saber cuánto tiempo estaría inconsciente. Si el frío no lo mataba, sin duda algún animal salvaje lo arrastraría.

Mirando por encima del hombro, Laura vio que su caballo permanecía quieto y la observaba con curiosidad. "No dejarás que lo deje aquí, ¿verdad?".

El hermoso corcel resopló y pateó el suelo.

"Muy bien. Entonces ven a ayudarme". Extendiendo una mano hacia el animal, esperó en silencio hasta que, tras un momento de vacilación, el caballo se movió por la grava y vino directo hacia ella, frotando el hocico en su mano abierta. Agarrando sus riendas, Laura se puso en pie y, para asegurarse, ató al animal a la rama de un árbol que colgaba del empinado terraplén sobre el saliente rocoso. Dos grandes bolsas de cuero colgaban del flanco del corcel, y ella dirigió su atención al contenido de las bolsas.

"No podemos llevárselo a su propia gente", dijo, sacando una manta gris lisa de una de las

bolsas. El caballo sacudió la cabeza y resopló en respuesta.

Laura frunció el ceño. "Digas lo que digas, no podemos hacerlo. No conozco los caminos que conducen al sur. No tengo ni idea de la distancia que nos separa de Tain. Y, además, aunque te dejara a ti la tarea de llevarnos hasta allí, y realizáramos el viaje con éxito, mi vida se perdería con toda seguridad por asestar semejante golpe a uno de sus parientes."

El animal agitó las orejas hacia la mujer y apartó la mirada.

"No voy a ir al sur", dijo con firmeza, abriendo la manta y dejándola a un lado. A continuación, se inclinó y volvió a comprobar la cabeza del hombre. La hemorragia se había detenido.

"Al mismo tiempo, probablemente no serviría de nada que te encontraran los Sinclair. Sólo Dios sabe lo que le harían a tu amo después de todo lo que les hizo en Fearnoch. Entonces nunca averiguaría lo que sabe de mis hermanas".

El siguiente resoplido del caballo tuvo un tono agradable.

"Sí. Entonces será el Convento de Santa Inés. Pero necesitaré tu ayuda, amigo mío, para ponerlo sobre tu espalda". Volvió a inclinarse sobre el montañés y le hizo rodar sobre su espalda. Él gimió cuando su herida tocó el pedregoso lecho, y ella se detuvo para mirarle.

Por la Virgen, es un hombre guapo, pensó cohibida, arrodillándose a su lado. Pero eso lo sabía desde el momento en que lo miró por primera vez a los ojos azul oscuro en la plaza del mercado. Alto y delgado, con el pelo hasta los hombros enmarcando unas facciones fuertes y quemadas por el sol, tenía un aire temerario. Involuntariamente, se tocó la fina cicatriz que le recorría el lado izquierdo de la mandíbula. No sólo temerario. Parecía peligroso. Muy peligroso.

Él volvió a gemir, y ella apartó la mano y se levantó.

"Deja que mis hermanas elijan a un hombre con tan buen aspecto para que venga a por mí". Moviéndose entre sus piernas, se agachó y le agarró ambas manos. Tirando con todas sus fuerzas, consiguió sentarle. Pero el caballo seguía estando demasiado lejos, y ahora se daba cuenta de que, en cualquier caso, simplemente no podía levantar el peso muerto del hombre sobre el lomo del caballo. Estaba atrapada. Soltó las manos del hombre e hizo una mueca de dolor al oír el golpe de su cabeza contra el suelo helado.

Decidida a utilizar un método alternativo, Laura rebuscó de nuevo en la bolsa de viaje del Highlander y sacó un rollo de cuero crudo, dejando en la bolsa el tam del hombre y una camisa vieja y muy remendada. Atarle las manos y los tobillos fue fácil, pero arrastrarlo hasta el estrecho saliente rocoso junto al lecho del arroyo resultó extremadamente difícil. Tardó mucho más de lo que ella hubiera pensado.

Totalmente sin aliento, Laura colgó las piernas del hombre por la cornisa y lo sentó.

"Quédate". Levantó con cuidado al guerrero Ross. Rápidamente, bajó y colocó al caballo en una posición que le permitiera tirar del hombre sobre el lomo del animal. De pie en uno de los estribos, Laura tiró de las muñecas del hombre y -al caer de espaldas sobre el pedregoso lecho- éste se dejó caer pesadamente sobre la cruz del corcel. Miró el resultado con satisfacción y se puso en pie, secándose el sudor de la frente. El caballo resopló y agitó las orejas.

"Le está bien empleado cabalgar de la misma manera que me obligó a hacerlo a mí. Y por muy enfermo que se ponga, no pararemos hasta volver al convento".

Con el resto de la cuerda de cuero, Laura ató la espada a la silla de montar que tenía detrás. Cogió el puñal del guerrero y lo miró pensativamente. Luego, haciendo un pequeño corte en el forro de su capa, deslizó la daga en la abertura. A continuación, recogió la manta del suelo y cubrió con ella el gran cuerpo del montañés. Por último, se encaramó detrás del hombre y, con una mano engarzada en el cinturón de su cautivo, cacareó alentadoramente al caballo.

Con una rápida mirada al sol descendente, Laura giró la cabeza del caballo hacia el norte por el sendero junto al arroyo.

Aunque hubiera mentido al gritar a sus compinches, aunque se hubiera dirigido hacia el oeste en vez de hacia el sur, Laura confiaba en poder encontrar el camino de vuelta al convento. Loch Fleet, donde se encontraba el convento, se extendía unos kilómetros tierra adentro desde el mar. Sabía que no podía dejar de encontrar el camino de vuelta a casa.

Pero mientras cabalgaba hacia el norte, el sol de la tarde seguía abriéndose paso a través de un parche invasor de nubes oscuras y hundiéndose hacia las montañas occidentales, y el viento gélido del invierno de las Highlands empezó a morderle la piel. Su pasajero no se había movido ni una sola vez desde que empezaron, y sólo el calor de su cuerpo contra sus piernas mantenía a raya su ansiedad. Entonces, justo cuando empezaba a anochecer en el bosque, salieron de una arboleda y Laura divisó las brillantes aguas del lago. El sol poniente se reflejaba cálidamente en los edificios del pequeño convento al otro lado de la plateada masa de agua.

La suerte estaba con ella, pensó con una sonrisa, pues el montañés les había llevado al oeste de Fearnoch. Cabalgar alrededor del lago, más allá de las ruinas del viejo castillo de la orilla occidental, no les llevaría nada de tiempo.

Era casi de noche cuando se acercaron al convento, y Laura observó con curiosidad la chimenea de la sala capitular. La madre superiora era extremadamente frugal con el fuego y, sin embargo, las nubes de humo que salían por la parte superior de la chimenea demostraban que seguía encendiendo fuego allí.

Sabiendo lo poco que gastaban estas monjas en cuanto a su comodidad, aquel signo de extravagancia le pareció algo alarmante. Pero no fue lo único que la hizo detenerse al acercarse a los bajos muros de piedra del convento. Al asomarse a través del pequeño huerto, más allá de las dependencias y de la sala capitular, distinguió las sombras de varios caballos atados junto a las puertas del convento.

Laura dirigió el corcel hacia la izquierda, fuera del sendero que bordeaba el lago, espoleando al animal a lo largo del muro hacia la puerta trasera, que conducía al huerto y a una pequeña cabaña de piedra situada justo dentro de los muros.

El Convento de Santa Inés no era como tantas otras casas religiosas que recibían un flujo constante de viajeros. Aunque las monjas no estaban enclaustradas, la escasez de su existencia era generalmente conocida, y en las cercanías podían encontrarse fácilmente comida y alojamiento mejores. Por ello, a excepción de la visita semanal de unos cuantos guerreros Sinclair que venían a escoltar a Laura y a las demás monjas al mercado, nadie se detenía nunca aquí.

Al bajar del caballo para abrir la verja, Laura tuvo la vaga sensación de que aquellos visitantes no eran los vecinos Sinclair que venían a comunicar la noticia de su secuestro en Fearnoch.

Mientras conducía su montura a través de la verja, Laura se alegró de ver a Guff, el peón del convento, salir de la cabaña y arrastrar los pies apresuradamente hacia ella.

"¿Tenemos visita?"

"Sí, ama. Y unos miserables, en mi opinión -gruñó irritado el granjero-.

Cuando cogió las riendas de la joven, miró con desconfianza al caballo y al cuerpo cubierto por la manta.

"No hay un hombre entre ellos, ama, con un corcel tan fino como éste. ¿Cometisteis un asesinato para conseguirlo?", preguntó, alzando una barbilla canosa hacia el cuerpo inmóvil.

Sonrió ante la pregunta y retiró la manta del Highlander.

"¿No han vuelto los Sinclair de Fearnoch?". Laura se acercó al otro lado del caballo para mirar la herida de la cabeza del montañés, y Guff la siguió.

"No, ni un alma, todavía. Pensaba que los tienes atados a una de tus ideas. Apenas es un..."

Mirando al granjero, frunció el ceño al verle de pie a su lado, con la boca abierta por la sorpresa.

"No está muerto, Guff. Sólo le he puesto una pequeña piedra en el costado de su grueso cráneo. Por su propio bien".

"¿El laird?"

Laura miró de la cara de asombro del granjero al Highlander y viceversa. "¿Qué has dicho?"

"El laird, ama. El propio Ross. William... William Ross de Blackfearn. Su hermano es el nuevo cura principal de San Duthac. Son una poderosa familia del sur, una buena familia siempre que no seas un Sinclair. Pero no creo que asesinar a su laird les siente bien, ama".

Laura sintió un repentino nudo en el estómago, acompañado de la certeza de que algo había salido terriblemente mal. Volvió la vista hacia el montañés, apartó con vacilación los mechones de pelo sueltos de la frente del hombre y le miró a la cara. Incluso desmayado, de repente parecía un asesino.

"Whist", Guff. No está muerto. Ayúdame a llevarlo a la sala capitular".

"No, ama. No podéis llevarlo allí. No sé quiénes son esos de las Tierras Bajas, pero esos granujas han estado merodeando por aquí casi todo el día, y no me gustan nada."

¿"Lowlanders"? Laura miró en dirección a la sala capitular. "¿Sabes lo que quieren?"

"Sí. Tú".

Laura intentó contener la bilis que le subía por la garganta. Sentía que el miedo le quemaba la cara e intentó desesperadamente luchar contra el pánico. Pero entonces, el recuerdo de su familia destrozada, de su padre alejado de ellos por los soldados del rey inglés, de enterarse más tarde de su muerte en la Torre. No, los recuerdos eran demasiado vívidos. Demasiado recientes.

"La madre superiora salió de allí una sola vez esta tarde. Pero el viejo monje desgredado que estaba con ellos la mandó llamar enseguida". Guff tiró al laird del caballo y se lo echó al hombro. "Le llevaré dentro de mi cabaña. Será mejor que ates su caballo detrás de esos árboles y lo pierdas de vista, ama. Por lo que parece, no creo que sea prudente que le encuentren esos canallas. Me ocuparé del caballo más tarde".

Asintió en silencio y, en cuanto Guff desapareció por la puerta baja, condujo al cargador hasta la arboleda que le había indicado el jornalero.

¡Los de las tierras bajas! ¡Y un monje dirigiéndolos! Aquello podía significar muchas cosas, ninguna de las cuales reconfortaba a Laura. La llegada de los visitantes podría significar noticias de su madre, pero de algún modo ella no lo creía así.

Tras la muerte de su padre en la Torre de Londres por desafiar al rey y negarse a firmar el Juramento de Sucesión, toda la familia de Laura se había visto obligada a huir de Inglaterra hacia la tierra natal de su madre. Lady Nichola había dispuesto que cada una de sus hijas se escondiera en tres remotos rincones de las Highlands escocesas, mientras que ella misma permanecería oculta en los Borders.

Desde el primer día de su vuelo inicial, una cosa había quedado clara. No debían confiar en *nadie*. El peligro que amenazaba a la familia Percy no sólo procedía del rey inglés y su odio hacia la familia. Laura, sus hermanas y su madre también eran perseguidas por enemigos mucho más antiguos -y mucho más poderosos- que cualquier rey.

Atando el caballo, Laura recogió del suelo una manzana a medio comer y, tras dar de comer la fruta a la montura, emprendió el regreso hacia la cabaña.

De las tres hijas, Laura siempre había sido la más cercana, en todos los sentidos, a su madre. Mientras que Catherine, la mayor, siempre había sido la soñadora de las tres, y Adrienne, la más joven, la más temeraria y valiente, Laura, de algún modo, había acabado siendo la voz de la razón entre ellas.

Y fue por su parecido con su madre por lo que sonó una campana de alarma en la cabeza de Laura. Si iban a ponerse en contacto con ella, enviar a un grupo de hombres -a los que podrían seguir fácilmente- no habría sido la forma de actuar de Nichola.

Con un escalofrío recorriéndole la espina dorsal, Laura corrió los últimos pasos y se metió por la rígida cubierta de cuero de la puerta. Una vez dentro, sus ojos se adaptaron rápidamente a la oscuridad de la habitación individual, y distinguió la forma de Guff inclinada sobre el Highlander en el rincón más alejado.

"Se está recuperando un poco, señora. Pero tengo que decir que es muy..."

La cabeza y los anchos hombros del guerrero de las Tierras Bajas que entraba en la cabaña detrás de Laura acallaron la queja de la campesina. Ella se giró sorprendida cuando el hombre, espada larga en mano, se hizo a un lado, dejando sitio a un enjuto monjecillo que entró detrás de él.

"Ama Laura", gruñó amenazadoramente el monje en inglés. "Algo descortés por tu parte hacernos esperar tanto".

Aferrándose con fuerza a su capa, Laura retrocedió un paso cuando el clérigo se abalanzó sobre ella a través de la cabaña.

Capítulo Cuatro

EL VIENTO amargo corría por el lago, azotando las aguas negras hasta convertirlas en una masa hirviente y agitada. A través del páramo, sobre las estribaciones rocosas, llegó chillando, chocando finalmente contra los muros de piedra gris del castillo de Hoddom, buscando entrar.

En el hueco de la pared de piedra, una vela que parpadeaba salvajemente lloraba su lágrima de cera moribunda. Las sombras se cernían sobre la cama, trepando por las paredes, aferrándose a ella. Temblando como una hoja, Miriam Ross tiró de las pesadas sábanas, ocultándose bajo ellas. El viento del exterior, aullante y ululante, martilleó un postigo cerrado. Con un estruendo ensordecedor, el pestillo de madera cedió y el vendaval invernal irrumpió en la habitación.

Tirando la ropa de cama a un lado, la niña saltó de la cama y corrió por el suelo. Abrió de un tirón la pesada puerta de roble y corrió descalza por el pasillo hasta la sinuosa negrura de la escalera de piedra. Al oír un grito en algún lugar detrás de ella, perdió el equilibrio y cayó por los últimos peldaños hasta el rellano de piedra.

Sin detenerse a curarse el rasguño de la rodilla, Miriam corrió por los estrechos pasadizos hacia la luz ámbar de las cocinas del castillo.

Correteando entre los cuerpos dormidos de los trabajadores de la cocina, se dirigió poco a poco hacia el hogar y se acurrucó en un espacio vacío.

Arropándose con un poco de arpillera gruesa, echó un vistazo a las suaves sombras. Aspiró los olores de la cocina, escuchó unos instantes los familiares ronquidos y cerró los ojos para lo que quedaba de noche.

La piel de cuero que cubría la puerta se movió de nuevo hacia un lado, atrayendo la mirada de Laura por encima del hombro del monje. Pudo ver las formas oscuras de su escolta de las Tierras Bajas que se asomaban desde fuera, pero los hombres se separaron cuando una monja anciana, refunfuñando ruidosamente, se abrió paso a través de ellos. En un instante estaba en la cabaña.

"No hay motivo para crear problemas, ama Percy". El monje se detuvo en medio de la cabaña, sus ojos brillaban incluso en la oscuridad. "Los caballos están listos y os llevaremos".

"¡Makyn!", gritó la madre superiora, rozando al monje y corriendo hacia la Laura que se retiraba lentamente. "Guff ha estado enfermo por la preocupación de que no llegaras al anochecer. Con el frío que está haciendo, a todos nos preocupaba que pudieras morir en la oscuridad".

Laura sólo perdió un instante antes de darse cuenta de lo que hacía su mentora, y no tardó en caer en la treta. Cayendo de rodillas, cogió la nudosa mano de la monja y besó su anillo. Por el

rabillo del ojo vio que el monje vacilaba, mirándola con recelo.

"Querida, estás temblando". La monja se volvió y lanzó una mirada furiosa al monje. "Has asustado a la pobre niña. ¿Y quién podría culparla? La joven es muda y tú la estás asustando".

¿Mudo? Laura lanzó una rápida mirada al monje. Una sombra de confusión se dibujó en sus rasgos.

"¿Eh? ¿Dices que ésta no es Laura Percy?". Se acercó un paso. Sus ojos entrecerrados no se apartaban de los rostros de las dos mujeres. "Pero yo digo que traigan las antorchas. Quiero verlo con mis propios ojos".

En ese momento, desde la esquina de la cabaña, William Ross de Blackfearn gimió con fuerza, haciendo callar al clérigo. La anciana monja se giró, ocultando su expresión de sorpresa mientras dirigía su mirada hacia Guff, y hacia el montañés que intentaba sentarse a su lado.

Laura, poniéndose rápidamente en pie, dio la espalda a los dos y se precipitó al lado del laird Ross.

"Aquí Makyn", empezó Guff titubeando, rodeando rápidamente a Laura y protegiéndola del resto. "Bueno, ya veis que ha traído a su marido, mamá. Y está muy enfermo, por lo que parece".

"¿Enferma?", preguntó la monja con auténtica alarma.

La mente de Laura iba a toda velocidad. Ahora no sólo estaba en peligro su propia vida, sino también la del Highlander. Con todas sus fuerzas, tumbó al laird de espaldas y empezó a envolverle el cuerpo con la manta. Pero él, medio inconsciente, apartó la manta y profirió un obsceno juramento al intentar incorporarse de nuevo.

Que el Señor se apiade de su alma, pensó, aún podría con él. Utilizando el talón de la mano como arma, Laura dirigió un sólido golpe al bulto de su cabeza.

El laird Ross respondió mejor de lo que ella había previsto. Llevándose las manos a la cabeza, cayó de espaldas sobre la paja y gimió de dolor.

"No queréis estar cerca de él. El marido de mi hija está fuera de sí por la fiebre". Guff se acercó al grupo, bajando la voz a un tono confidencial. "Si me lo preguntas, mamá, creo que es la misma fiebre que mató al labrador y a sus pequeños en Skibo Brae en Michaelmas".

El guerrero de las Tierras Bajas se acercó a la puerta, pero el monje se mantuvo firme. "No me importa lo más mínimo el hombre. Pero trae a la muchacha". Gritó por encima del hombro a los hombres reunidos fuera. "Traed una antorcha". Luego se volvió de nuevo hacia la monja. "Quiero verle la cara yo mismo".

Con las manos plantadas sobre el pecho del montañés para sujetarlo, Laura estaba bastante segura de que nunca antes había visto a aquel monje. Sin embargo, el rostro de su madre había sido bien conocido tanto en la corte escocesa como en la inglesa antes de la decapitación de Edmund Percy. Y teniendo en cuenta que se parecía tanto a su madre, Laura sabía que corría grave peligro de ser identificada.

El destino que le esperaba si era secuestrada por aquella gente sería peor que la muerte. Lo que buscaban eran riquezas, y ella sabía que no se detendrían ante nada hasta encontrarlas. Su única oportunidad consistía en idear algún plan. Detrás de ella, la madre superiora y el monje seguían discutiendo. Metiendo rápidamente la mano en el forro de su capa, Laura buscó frenéticamente la daga del Highlander. Haría lo mismo que su hermana menor, Adrianne, en aquella situación. Lucharía para escapar.

Pero, ¿cuáles eran sus posibilidades de sobrevivir más allá de la puerta? No muy buenas, decidió, teniendo en cuenta que no podía encontrar el arma. La daga debía de haberse deslizado por la rendija que había hecho.

"Una antorcha", gritó el pequeño monje, empujando al guerrero que se alzaba sobre él.

"Quiero luz".

Las paredes derruidas de la cabaña se iluminaron cuando la antorcha atravesó por fin la puerta. Gotas de sudor frío empezaron a recorrer la espalda de Laura. Pero entonces, de repente, se encontró mirando fijamente los ojos azules de William Ross de Blackfearn. El corazón le dio un salto en el pecho. Estaba plenamente consciente, aunque su rostro seguía pálido y tenso.

"Tráemela".

Una de las manos de Laura seguía sobre su pecho, y sintió cómo los músculos del Highlander se tensaban bajo sus dedos. En el espacio de un latido, se dio cuenta de que estaba a punto de luchar por ella. Pero no podía permitir que se perdiera otra vida inocente por el calvario de su familia. Teniendo en cuenta su gran número, Laura estaba segura de que lo matarían, y ya había visto suficiente en el pasado.

Empujándole el pecho, intentó ponerse en pie. Pero el sólido agarre de William Ross sobre su muñeca la cogió por sorpresa, y cayó hacia delante contra él. Su aliento le acarició la mejilla y ella luchó contra el estremecedor estremecimiento de su cuerpo apretándose contra el suyo.

"¿Estás sordo?", gritó el monje. "He dicho que me la traigas".

Guff seguía impidiéndoles la vista del monje. Laura miró por encima del hombro, sólo para ver a la madre superiora tomando posición junto a Guff. No es que fuera a cambiar nada si el corpulento Lowlander que estaba detrás del monje decidía actuar.

"¿No lo ves?", respondió con dureza la anciana monja. "El marido se está muriendo. En nombre del Cielo, deberíais ser capaces de respetar un momento de paz entre ellos, antes de que vaya al encuentro de su Hacedor. Es cierto que tu orden no puede...".

La mujer mayor continuó hablando en voz alta, pero Laura centró toda su atención en la oscura expresión del montañés. Sus rostros estaban tan cerca y ella era tan consciente del calor de su cuerpo, de su aroma terroso y masculino. Cuando él apretó aún más la muñeca de ella, sus ojos se posaron en los labios de él. Eran tan tentadores.

Le observó pronunciar las palabras: *mi espada*.

Laura le puso temblorosamente una mano en la frente. Acercándose más, con la pretensión de darle un beso en la mejilla, le susurró la respuesta al oído.

Afortunadamente, su ronca maldición fue amortiguada por el tono creciente de la continua arenga de la monja. Laura pensó que no era culpa suya haber dejado la espada del montañés atada al lomo del caballo.

Volvió a inclinarse y rozó su cara con la de él. El temblor que la recorrió al sentir su rostro sin afeitar contra su piel fue inesperado, la sobresaltó. "Metí tu puñal en el forro de mi capa, pero no lo encuentro".

Laura sintió que se le calentaba la cara cuando él la sujetó con una mano mientras con la otra hurgaba en su capa, tocándola íntimamente mientras buscaba el arma. Contuvo la respiración, intentando que no le afectara la sensación de sus fuertes dedos recorriéndole la espalda y las nalgas. Sin embargo, la confusión se sumó rápidamente al tumulto de sensaciones cuando levantó el rostro y se encontró con su mirada. Los ojos azules del montañés brillaban con picardía.

Apretó un codo contra la costilla de él para impedir que le pasara la mano por delante del vestido y siguió buscando el arma. La encontró apretada entre sus cuerpos. Levantando ligeramente el peso sobre él, metió la mano en la abertura de la capa, buscando la daga. Pero el redondeo de los ojos del pícaro, seguido del sugestivo destello que surgió de las oscuras profundidades, la hizo vacilar, ardiendo de incomodidad.

"Saca a estos dos de aquí y tráeme a la muchacha".

Al oír la orden tajante del monje, Laura retiró rápidamente el puñal del montañés. El laird cerró su mano sobre la de ella, arrebatándole el arma.

"Pero la fiebre", se quejó el guerrero de las Tierras Bajas.

"Por 'ssangre, no ha matado a la chica. Seguro que no te matará a ti".

William Ross apretó con fuerza la cabeza de Laura contra su cuello. No tenía ni idea de lo que planeaba hacer, pero fuera lo que fuese, no podía imaginar que tuvieran muchas posibilidades de sobrevivir. Aun así, le siguió la corriente, encontrando seguridad en su agarre protector.

"Aléjate, gran babuino". La voz de la madre superiora se elevó hasta chirriar. "Te digo que Makyn es hija de este hombre. *Quítame las manos de encima*".

Laura se congeló al oír cómo manoseaban a la anciana monja y empujó el pecho del hombre, pero la firme mano de William Ross la mantuvo en su sitio.

"Suéltame".

"Espera".

"Le están haciendo daño. Déjame..."

El grito de una mujer atravesó el estruendo, silenciando a todos los que estaban dentro. "Han vuelto".

Nadie se movía en la cabaña, y la tensión flotaba en el aire, aguda y palpable. Laura tenía miedo de respirar.

Se oyó un ligero alboroto fuera, y el Highlander aflojó su agarre sobre ella. La cabeza de Laura se volvió a tiempo de ver aparecer a la hermana Beatriz en la puerta.

"Están aquí, madre".

Todos los ojos de la sala estaban fijos en la pequeña monja.

"Los hombres de Sir Walter han vuelto", dijo sin aliento la monja que llegaba. "Y están esperando para verte en la sala capitular".

"¿Y Laura Percy?", espetó el monje, volviéndose bruscamente hacia la diminuta mujer. "¿Está con ellos?"

Los ojos de Beatriz recorrieron fugazmente la cabaña y apenas se detuvieron en Laura antes de volver al rostro del monje. Frunció el ceño.

"Ven y compruébalo por ti misma", espetó, y luego se volvió hacia su líder. "Los hombres de Sinclair están impacientes por hablar con usted, madre superiora. Con la oscuridad y con la nieve en el aire, están ansiosos por seguir hacia el castillo de Rumster".

Aquello parecía ser todo el estímulo que necesitaba la madre superiora. Inmediatamente tomó el mando, se sacudió el agarre de la guerrera de las Tierras Bajas y empezó a dar instrucciones a todos.

"Tú, monje, ven conmigo, para que puedas conocer por fin a nuestra preciosa Laura. Pero te advierto que no permitiré que arrastres a esa niña a una noche fría y tormentosa".

"Un momento..."

"No, ni una palabra más al respecto. La mañana llegará pronto para que nos la quites. Fuera de aquí".

Laura no oyó la respuesta mascullada del monje cuando salió a la noche.

"Y Guff", dijo en voz alta, volviéndose hacia la puerta. "Cuida de tu hija y de su marido. Haré que la hermana Beatriz le traiga caldo para la fiebre".

Pero su mirada no se correspondía con sus rudas palabras, y Laura no pasó por alto ni la afectuosa inclinación de cabeza ni el posterior gesto de la mano de la anciana, indicándole que se marchara mientras tuviera oportunidad. Ambas mujeres sabían que ése era su momento de

despedidas. El momento de la despedida. La madre superiora se volvió y salió a la oscuridad.

En cuanto la delgada puerta de cuero volvió a su sitio, Guff estaba allí asomado. El montañés también estaba de pie y comprobaba las paredes derruidas de la cabaña en busca de una salida alternativa.

"Volverán enseguida, laird", murmuró Guff mirando ansioso a Laura. "Han dejado a un hombre junto al cobertizo de las manzanas. Está vigilando la cabaña".

William Ross empezó a patear un poco de paja cerca del lugar donde había estado tumbado. "Podía sentir el viento empujando a través de esta pared".

"Aquí hay un buen agujero". Guff asintió, arrastrando los pies hacia la esquina. "Y será mejor que nos demos prisa. Ese monje volverá en cuanto vea que la señora Laura no está con el resto".

El obrero estaba a gatas, arrancando un bloque suelto de piedra de la base del muro y añadiéndolo a un agujero que ya era de buen tamaño.

Laura recogió la manta que había arrojado a un lado el montañés y la enrolló bajo un brazo. Se volvió inquieta hacia William Ross de Blackfearn.

"¿Entonces me ayudarás? ¿Me ayudarás a escapar de esos hombres?".

Incluso en la penumbra pudo ver cómo la ira brillaba en sus ojos.

"¡Por la camisa de Duthac, muchacha! Si no fuera por tu intromisión...". Dejó que sus palabras se interrumpieran con un gesto de disgusto.

El calor subió al rostro de Laura. "¿Cómo iba a saber que no eras uno de *ellos*? Por la forma en que actuaste, secuestrándome, robándome en la plaza del mercado a plena luz del día".

Dio un respingo cuando empezó a acercarse a ella, pero él se limitó a rozarla, dirigiéndose a la puerta. Sintió cómo el viento frío empujaba el revestimiento de cuero mientras él se asomaba.

Guff se levantó y se quitó la suciedad de las manos. "La señora Laura ató tu caballo junto a los árboles, más allá de las murallas. No lo perderéis si salís por aquí y seguís recto por encima de la muralla. Será mejor que os vayáis".

Laura se dirigió rápidamente hacia la puerta cuando el laird cruzó hacia Guff. Pudo ver al hombre soltero que el granjero había señalado antes. Pero podía haber aún más que ella no podía ver.

Volvió a acercarse a Guff, sabiendo que su mejor oportunidad de escapar consistía en tomar las riendas. Se apresuró a quitarse la cruz enojada que siempre llevaba al cuello -un regalo de su madre- y se la puso al obrero en la mano.

"Bendito seas por todo. Ahora debes marcharte tú. Y más tarde, cuando se hayan ido, dile a la madre superiora que avisaré en cuanto pueda".

Dicho esto, Laura lanzó una mirada esperanzada al alto Highlander, se metió la manta bajo un brazo y salió a gatas al frío húmedo y punzante de la noche escocesa.

Detrás del estrado de la antigua sala, colgaba de la pared una enorme cruz tachonada de joyas, rodeada de un velo azul ribeteado de oro. En el centro de la sala, las llamas de la hoguera recién encendida lamían la pira de troncos de roble.

De repente, cuando el resplandor saltó hacia arriba, las joyas de la cruz parecieron cobrar vida, proyectando su fulgurante resplandor sobre todas las paredes, sobre todos los rostros, silenciando el estrépito de la multitud reunida. Los agitados caballeros que llevaban horas discutiendo se detuvieron de repente, sobrecogidos por el espectáculo de color y luz. Las quejas y los refunfuños cesaron en un instante. Las voces se acallaron. Excepto por el crepitar del fuego,

la sala quedó repentinamente en silencio.

Un caballero alto y canoso que estaba junto al estrado se adelantó, dirigiéndose al grupo.

"Sé que estamos inquietos. Todos sentimos el impulso de actuar". Sus penetrantes ojos grises barrieron a los guerreros que asentían. "Ya han pasado cinco meses. Y cinco meses es mucho tiempo para esperar".

Murmullos de acuerdo resonaron en la sala.

Otro caballero anciano se adelantó. "Pero el tiempo no significa nada para un Caballero del Velo. Sean cinco meses, cinco años o quinientos años, nunca estaríamos tan inquietos si estuviéramos seguros de que el tesoro está en buenas manos."

"Sí, pero por lo que sabemos, el tesoro *está* a salvo", gritó un guerrero.

"¿Pero por cuánto tiempo? ¿Y cómo podemos estar seguros? Nos han advertido del peligro".

"Y los mapas. ¿Qué pasa con los mapas?", ladró otro caballero. "Nos prometieron los mapas".

El líder levantó la mano y silenció al grupo. "Sólo se nos prometió que el Tesoro de Tiberio sería devuelto a su legítimo lugar. ¿Debemos cabalgar y arrebatárselo por la fuerza a la familia de nuestro hermano?"

"Sí. Quizá deberíamos", afirmó acaloradamente otro caballero. "No sabemos nada de que la promesa de nuestro hermano pase a su esposa e hijas. ¿Qué ocurre si estas mujeres deciden seguir un camino diferente? ¿Y si alguien las engaña? ¿O les arrebatara el tesoro? Peor aún, ¿y si están tan cegadas por el poder de Tiberio que deciden quedarse el tesoro para ellas?"

"Os digo una cosa", afirmó tajantemente el líder, acallando la creciente inquietud que reinaba en la sala. "Nichola Erskine es una mujer muy honorable. El retraso sólo tiene que ver con el temor que alberga por la seguridad de sus hijas. ¿Se lo negarías? Y sabes que mientras sigan circulando rumores de la existencia de un mapa, o de tres mapas, nadie mataría tontamente a esas hijas."

Un caballero sacerdote tonsurado habló por primera vez. "Pero hemos oído informes de muchos que les persiguen".

"Sí, hombres como el rey inglés. Pero Enrique Tudor no sabe nada del tesoro. Sólo quiere sus cabezas de Percy".

"Los tres están a salvo en Escocia".

"¿Y Sir Arthur Courtney?"

"Le mataron sus propios hombres".

"¿Y los monjes?"

"El Monje". El líder bajó la voz. "Tenemos razones para cuestionar su lealtad".

"Si ha caído, no podemos permitirnos esperar".

"No podemos esperar", gritaron varios hombres.

"¡Hermanos!" Un caballero vestido de negro se apartó de la pared en el extremo opuesto de la sala y caminó hacia el estrado. Al pasar junto al fuego, su elevada estatura proyectó una sombra sobre los demás guerreros, y más de uno de ellos miró el broche de oro que sujetaba una tartana en su hombro. En una exquisita elaboración con diminutas piedras preciosas de colores, una mano roja sujetaba una cruz azul. "Tengo algo que decir".

"La Espada de Barra". Asintiendo con satisfacción, el líder de los caballeros volvió sus ojos grises hacia el hombre que se acercaba. "Ya es hora de que aceptes la búsqueda".

Capítulo Cinco

¡MALDITA SEA LA MUJER! De todas las molestas, desagradecidas...

William miró a través de la oscuridad mientras el viento le azotaba el pelo en la cara. La cabeza le latía con fuerza entre el huevo de gallina y el tajo abierto que ella le había hecho, y sentía como si le hubieran golpeado con un palo en las costillas. Se preguntó si lo habría arrastrado hasta el convento detrás de su propio maldito caballo.

¿Y ahora dónde estaba? Sólo había salido un momento antes que él. Después de averiguar primero cuán grande era la escolta que el monje llevaba con él -y de asegurarse de que el viejo granjero tenía un plan para salvar su propio cuello de la ira del monje y sus habitantes de las Tierras Bajas-, William se había arrastrado rápidamente tras ella. Los hombres Sinclair tendrían que cuidar de las monjas.

Sin embargo, en ese instante la inglesa de cabeza dura había desaparecido como una ninfa del bosque. Su única posibilidad residía en la esperanza de que hubiera ido directamente hacia el caballo.

Cuando empezó a trotar, le invadió una oleada de náuseas. Luchando contra ella, se movió en la dirección que Guff le había indicado. El viento olía a nieve.

La arboleda se alzaba ante él en la oscuridad, y se detuvo. Todavía atado a una rama, su caballo Dread estaba dando zarpazos en la tierra junto a una temblorosa Laura Percy. Al verle, el gigantesco caballo sacudió la cabeza en señal de saludo y luego olisqueó la oreja de la joven.

"Empezaba a pensar que te habías perdido", susurró, acariciando la cabeza del caballo. "Ya deben saber que no he vuelto con los Sinclair. Debemos darnos prisa".

Estaba dando por sentado que se la llevaría con él. William podía sentir cómo el diablo le instaba a montar en Dread y marcharse, abandonándola. Disfrutaría mucho devolviéndole todo lo que le había hecho. Pero, por otra parte, la idea de escuchar los lloriqueos de Gilbert si volvía con las manos vacías era demasiado. Frunció el ceño y se acercó al animal.

Su voz temblaba. "Quizá podamos rodear Loch Fleet y luego ir hacia el sur por donde hemos venido".

Ella dio un respingo cuando él arrancó bruscamente su espada del lomo del corcel gigante. Aflojó el arma en su vaina antes de atársela a su propia espalda.

Su aliento se derramó en el aire frío. "Como te decía, puedo llevarnos hasta...".

Montó en su caballo y, haciendo girar al animal en círculo, lo empujó hacia el sendero. A William se le ocurrió que quería que ella le llamara. Que volviera a pedirle que se la llevara. Quería que se aterrorizara ante la idea de quedarse sola, pero, al mirar en su dirección, la encontró de pie, expectante, como un pequeño bulto tembloroso de ojos, capa y manta.

"¡Maldita sea!" Moviéndose a Dread a su lado y le tendió una mano para que la cogiera. Ella puso

una palma helada en su mano y colocó el pie encima de una bota. Tiró de ella hacia arriba, detrás de él, y ella inmediatamente le rodeó la cintura con las manos. Incluso con la capa y la manta que la envolvían, él podía sentirla temblar violentamente de frío.

Se oyeron gritos en dirección al convento, y el laird puso al galope al caballo de guerra, que siguió el camino hacia el oeste a lo largo del lago durante un rato antes de cambiar de dirección y virar hacia el norte a través de un prado pedregoso. Sus perseguidores les alcanzarían con toda seguridad si intentaba huir directamente hacia las tierras de Ross.

La noche era negra y el viento arreciaba. William aminoró la marcha de su caballo cuando llegaron al otro extremo del prado. Mientras los dos cabalgaban, él podía sentir la firmeza del agarre de ella a su alrededor, y trató de ignorar el agradable escalofrío que le recorrió la espina dorsal cuando el rostro de la mujer se frotó contra el tartán de lana de su espalda.

Al llegar a un ancho arroyo, Guillermo siguió el sendero que bordeaba la orilla a través de cañadas densamente arboladas y terrenos abiertos que sabía que conducían a páramos ondulados y, finalmente, al castillo de Rumster. Pero ahora todo era simplemente un vacío negro. En un momento dado, el arroyo se bifurcó, y el jefe Ross chapoteó en el agua helada, manteniéndose siempre en la rama derecha de la corriente. Sabía adónde se dirigía. En el convento, Guff le había dicho cuántos hombres llevaba consigo el monje, y eso le había dado la respuesta que buscaba. Era imposible que hubiera luchado con éxito contra los blackguards. Y menos con la llegada de los hombres de Sinclair. Seguramente se habrían puesto del lado de los de las Tierras Bajas contra él.

En unos kilómetros más, el arroyo se curvó bruscamente hacia el este, y continuaron siguiéndolo mientras empezaba a caer una lluvia helada.

A lo largo de sus años de crecimiento en esta región, él, Gilbert y los demás jóvenes de su edad habían viajado muchas veces a las tierras de Walter Sinclair. Como Thomas siempre les decía que eran demasiado jóvenes para acompañar a los guerreros de Ross en sus incursiones, a menudo se habían encargado ellos mismos de levantar Caín en las tierras de su vecino, "transportando" de vuelta al castillo de Blackfearn ganado y cualquier otra cosa de Sir Walter a la que pudieran echar mano. Eso fue hace muchos años, pensó con una punzada de nostalgia. Pero mientras la mujer que tenía detrás intentaba acurrucarse más contra su espalda, se le ocurrió que el jefe de los Sinclair aún no se había librado de las incursiones de los Ross.

Una lluvia punzante de aguanieve azotó con un viento impetuoso, y en unos instantes la lluvia helada se convirtió en una nieve pesada y húmeda, que cubrió rápidamente el suelo con un manto de blanco pálido.

Maldita sea, pensó William, echando un vistazo a las huellas que estaban dejando. Empujó a Dread hacia las aguas poco profundas de la orilla del arroyo.

"¿Crees que la madre superiora y las monjas sufrirán algún daño?"

William sintió una punzada de alivio al ver que su voz aún era fuerte. Pero sabía que necesitaba llegar a un refugio antes de que pasara mucho tiempo, o el montón de escalofríos que tenía detrás se congelaría.

"Deberías haberlo pensado antes de llevar a esos villanos a su puerta".

"Yo no los traje. De algún modo, me encontraron por su cuenta".

"¿Y no habría sido más seguro para todos que esa escuálida excusa de monje te hubiera encontrado donde debías estar, en el convento abacial de San Duthac?"

"No veo ninguna diferencia", refunfuñó ella, frotándose de nuevo la frente en la espalda de él.

Aunque no creía que ella fuera consciente de la acción, respiró hondo. ¿Cómo podía sentirse

tan molesto y tan excitado por un acto tan simple? Y, además, por una mocosa cabeza hueca de la corte.

"No hay ninguna diferencia", repitió en voz baja. "Yo también me habría visto obligada a huir de aquel lugar".

"¿Quién es el monje?"

Se detuvo un momento. "Nunca le había visto antes".

"Alguien debió de pagarle para que viniera a por ti. Y esos Lowlanders. Gilbert nunca dijo nada de ellos".

"¿Gilbert? Ya habías mencionado ese nombre antes".

Ella la sujetó con fuerza mientras William empujaba su corcel hacia un terraplén. A través de la nieve arremolinada pudo ver una hondonada entre dos brezales rocosos. "¿Quién es ese Gilbert?"

"El preboste del Santuario de San Duthac". Espoleó al caballo al galope. "Tu mentor y protector. El que tanto se preocupó por tu paradero. El que vino a suplicarme ayuda".

Le pareció oír un bufido de burla y pensó en dejarla allí mismo, en el prado.

"Guff me ha dicho que eres William Ross de Blackfearn".

Espoleó a Dread para que galopara sobre el duro suelo. La nieve de la pradera iluminaba considerablemente la vista.

"Habría sido mucho más sencillo si me lo hubieras explicado en la plaza del mercado".

"¿Y cuándo crees que debía hacerlo? ¿Mientras gritabas y hacías caer sobre nosotros a todos los Sinclair de las Highlands? ¿O debería haber esperado y habértelo dicho después de que intentaras matarme?"

William frenó la montura cuando llegaron a lo que parecía ser un sendero que serpenteaba entre las colinas cubiertas de nieve.

"Te merecías lo que te pasó". Ella trató de quitarle las manos de la cintura, pero él se agachó y las atrapó con una de las suyas.

"Guárdalos donde están, muchacha. Me has hecho más daño en un día que yo en diez años de lucha".

"Entonces has llevado una vida blanda".

Esta vez fue él quien espetó burlonamente. Y pensar que lo decía ella, la viva imagen de la niña mimada.

"Pensé que iríamos alrededor del lago y hacia el sur".

"Pensabas mal".

El viento arreciaba, picándoles la cara con una mezcla de aguanieve y nieve. Sintió que ella se acomodaba y se acurrucaba más contra él.

"¿Cuál es tu plan?"

"No tengo".

Sintió que se ponía rígida. Tardó sólo un momento, pero la sintió venir.

"Entonces quizá si escucharas lo que tengo que-"

"Agárrate fuerte".

William empujó a Dread por el sendero empinado y rocoso, y Laura tuvo que volver a apretarse para no caerse del caballo. Al cabo de unos instantes, empujó al caballo alrededor de una roca y, de repente, salieron a un pedregal, con el rugiente mar ante ellos. Empujando al gigantesco animal hasta el borde mismo de las aguas espumosas, Guillermo volvió a dirigirlos hacia el norte.

Los jinetes se estaban llevando ahora todo el peso de las fuerzas de la naturaleza, pero el

montañés mantuvo su caballo al galope a lo largo de la orilla del mar. Sabía que era la mejor forma de ocultar sus huellas. Con el viento aullante en la cara y la espuma de las olas empapándoles hasta la cintura, siguieron adelante.

La incertidumbre de su voz desmentía sus palabras cuando gritó contra el viento. "Debemos de estar cerca del castillo de Rumster".

William no se molestó en contestarle, pues sus ojos estaban clavados en la primera de las cabañas de pescadores abandonadas que había estado buscando. Incluso en la oscuridad podía ver que el tejado de paja se había derrumbado sobre el montón de palos astillados que se balanceaban con el viento.

"Creía que también huíamos de los Sinclair. ¿Por qué nos has traído a las tierras de Sir Walter?".

Ignorándola, espoleó a Dread. En lugar de adentrarse en las colinas, William había decidido refugiarse en una de las cabañas de pescadores que sabía que existían a lo largo de este tramo de costa. Utilizados sólo durante las estaciones más cálidas, estos lugares no ofrecían más que algunos maderos sueltos para amortiguar el viento. Pero el hecho de que estuvieran a la sombra del castillo de Walter Sinclair hacía que las chozas fueran un lugar improbable para que alguien las buscara.

"Aparte de calarnos hasta los huesos, ¿serías tan amable de contarme tu plan?".

"Ya te lo he dicho antes. No tengo ninguna".

Su frustración era demasiado evidente en la forma en que golpeaba su cabeza contra la espalda de él. Pensar en ella organizando los montones de lana en el mercado le rondó por la cabeza, lo que provocó una sonrisa ladina en los labios del montañés. Qué castigo tan perfecto para alguien como ella: quedarse a solas con *él*.

Una oscura línea de acantilados se alzaba más allá de la orilla y, cuando llegaron a una hendidura en los bajos acantilados, William empujó a Dread por la pedregosa pendiente de la playa. Tres chozas diminutas yacían acurrucadas unas contra otras al abrigo del saliente rocoso.

Incluso antes de que la peste asolara Inverness y Fearnoch y sus alrededores hace unos años, acabando con pueblos enteros y reduciendo el número de personas que vivían aquí, estas cabañas siempre habían estado vacías en esta época del año. Cuando los duros inviernos asolaban la costa, impidiendo incluso a los pescadores más aguerridos aventurarse fuera de los lochs y los firths más protegidos, los que vivían aquí en los veranos se refugiaban cómodamente en Fearnoch o en el pueblo situado bajo el castillo de Rumster, unos kilómetros más arriba de la playa.

Sin embargo, William no estaba dispuesto a tirar toda la cautela por la borda y le ordenó secamente que se quedara donde estaba. Luego, desenvainando la espada mientras desmontaba de Dread, se acercó a cada una de las casitas por turno.

En efecto, estaban deshabitadas y, tras inspeccionarlas de cerca, el montañés asintió hacia una de ellas mientras regresaba a su corcel.

"Ésta es la única cabaña lo bastante resistente para albergarnos a todos. Me atrevería a decir que no es un palacio inglés, pero al menos tiene un poco de cuero en la puerta para protegernos de las inclemencias del tiempo."

Su carga pareció erizarse, pero entonces ella controló su lengua. Cuando él le tendió la mano para ayudarla, ella le hizo un gesto con la mano, balanceando la pierna sobre la espalda de Dread. Cayó al suelo cubierto de nieve con un ruido sordo, resbalando y aterrizando sobre manos y rodillas. Ignorando una vez más la mano que él le tendía, se incorporó y caminó cansinamente hacia la cabaña. Él la siguió.

Durante los minutos siguientes permaneció en silencio. Pero entonces, en cuanto él empezó a hacer un sitio en un rincón para Dread y a acomodar al animal para lo que quedaba de noche, ella empezó de nuevo con sus preguntas.

"¿Cuánto tiempo piensas retenerme aquí antes de irnos?"

Miró a su alrededor en la oscuridad y luego se puso en cuclillas ante un pequeño círculo de cenizas. Frotando un poco entre el pulgar y el índice, la olió. Era vieja.

"¿Quién ha dicho que planee irme alguna vez?"

Ella miró por encima de un hombro. Incluso en la oscuridad de la cabaña, se dio cuenta de que ella le observaba con ojos cansados. Se acercó a él. Él se volvió para mirarla de frente.

"Primero muéstrame que no tienes nada en las manos".

Él ni siquiera se detuvo mientras avanzaba hacia él. "No temas. Si tuviera un arma, te haría un moratón lo bastante digno como para igualar los otros que tienes en tu gruesa cabeza".

"Sí, no lo dudo. Pero no tienes por qué quedarte aquí. Eres libre de dormir fuera".

Pasó junto a él y se dirigió a la pila de leña. "Cierto. ¿Pero qué posibilidades tendría entonces de noquearte mientras duermes y llevarme tu magnífico caballo?"

"En las Highlands colgamos a los ladrones de caballos".

"Bueno, puede que me arriesgue, teniendo en cuenta que a ti aún no te han colgado".

Nada le habría gustado más que arrojar su delicado trasero a la playa ahora mismo, pero el recuerdo de la paciente expresión de Gilbert y su sincera súplica de que llevara a aquella mujer sana y salva de vuelta a San Duthac le detuvo de nuevo. La vio empezar a llevarse trozos de madera a la deriva y apilarlos para encender un fuego bajo el pozo de humo.

"¿Y qué crees que estás haciendo?"

"Voy a hacer fuego".

"E invitar a Sir Walter a cenar, supongo". Sacudió la cabeza. "No habrá fuego".

"Pero..."

"No hay fuego".

Cayó de rodillas sobre el suelo de tierra, y sus manos hicieron un débil intento de frotarse calor en los brazos.

"Has elegido un buen lugar para traernos. Ahora podemos congelarnos".

El montañés le dio la espalda y se dirigió al lugar donde ella había dejado caer la manta gris sobre el suelo de tierra. Sacudiéndola, se la arrojó.

No iba a dejar que le pusiera de los nervios. No iba a sentir lástima por ella. Y lo más importante, no iba a dejarse seducir por su cara bonita y sus ojos azules violáceos. Lo único que tenía que hacer era ignorarla. Fingir que no estaba allí. E intentar proteger su cabeza.

Capítulo Seis

"CREO que ya es hora de que empieces a preocuparte".

El preboste respondió al padre Francis con una vaga inclinación de cabeza mientras ambos regresaban a la sala de trabajo del preboste tras la comida de la mañana. Willie, el enorme sabueso de Gilbert, iba trotando delante.

"Incluso los granjeros regresaron de Fearnoch antes del anochecer. Y ya sabes con qué temeridad empuja William a un caballo. Por el santo, Gilbert, deberían haber llegado anoche a vísperas como muy tarde. Pero aún no hemos oído ni una palabra".

Gilbert se detuvo a mirar por la pequeña rendija de una ventana del largo pasillo. Empezaba a preocuparle el paradero de su hermano y de Laura Percy. Había estado nevando copiosamente durante casi toda la noche -seguía cayendo una mezcla de nieve y aguanieve- y el fuerte viento del norte seguramente aumentaba las peligrosas condiciones para los viajeros mojados.

¿Y si Guillermo se hubiera herido al coger a la mujer? ¿Y si su caballo hubiera quedado cojo? Tal vez, pensó, lo mejor sería convocar a algunos de los hombres de Guillermo, quizá sólo a un par de ellos para que salieran en busca de su amo.

Pero en el fondo de la cabeza de Gilbert, una voz persistente le decía que esperara. En efecto, le decía la vocecilla atareada, *si* los dos se habían detenido en algún lugar del camino, ésta podría ser la mejor oportunidad que tendría de conseguir que su hermano se quedara a solas con una noble elegible y casadera, aunque ésta *fuera* medio inglesa. Ocultando una sonrisa, elevó una plegaria al cielo para que le perdonara por su torpeza.

"No me estás escuchando, Gilbert. ¿Envío al padre John al castillo de Blackfearn?"

El joven preboste pasó por encima de Willie -que se había estirado cómodamente delante de la puerta- y entró en la sala de trabajo. "¿Dijiste que los granjeros los vieron salir de Fearnoch durante la lucha?"

"Lo hicieron".

"¿Y no hemos tenido noticias de los Sinclair?"

"No, Preboste. Todavía nada".

Gilbert se encogió de hombros y se volvió hacia el sacerdote mayor. "Bueno, padre Francis, es posible que -por consideración a la inglesa- William se esté tomando su tiempo. Yo digo que les demos otro día".

Antes incluso de despertarse, Laura fue consciente de que el viento entraba silbando en la cabaña, y se tapó la cara con la manta. Poco a poco, sus ojos se centraron en la pequeña abertura

de un agujero de humo en el tejado de paja, y observó cómo los copos de nieve bailaban a la tenue luz del amanecer y caían al suelo de tierra de la cabaña.

Se estremeció cuando una ráfaga de viento sacudió las frías paredes de la casucha.

Aunque había oscurecido mucho cuando llegaron a la cabaña desierta, el frío del interior y la tormenta que arreciaba en el exterior deberían haber provocado una noche de insomnio. Pero lo último que recordaba era haberse trasladado al rincón más alejado de la cabaña del montañés, que se había limitado a ceñirse el tartán y a sentarse contra su montura, con la espada larga en la mano.

Aparte de su cabezonería, William Ross había sido una impresionante visión de poder y gallardía. Y Laura se había obligado a cerrar los ojos, y la mente, a las imágenes contradictorias que tenía de él.

Sin admitirlo abiertamente, siempre le recordaría como el intrépido guerrero que se enfrentaba al menos a diez hombres de Sinclair mientras sostenía su cuerpo retorcido sobre un hombro. Tampoco olvidaría nunca la calma que le había infundido cuando acababa de apretar su cuerpo contra su pecho en la cabaña de Guff. En aquel momento no tenía ni idea del destino que le aguardaba.

Se acurrucó más en la manta y sintió su olor. Qué extraño que un día después perdurara el recuerdo de la cercanía que habían compartido. Aún podía sentir el extraño calor que la invadía cada vez que lo miraba, que le hablaba, incluso que discutía con él como si fuera el villano más vil al norte del Yorkshire.

Pero en muchos sentidos, él era un granuja, y ella sencillamente nunca sería una mujer que se mordiera la lengua.

Era obstinado, y ella ya se daba cuenta de que la despreciaba por su lógica sensata. Bueno, ésa era su naturaleza. ¿Cómo iba a cambiar?

Esta serpenteante corriente de pensamiento llevó a la mente de Laura algunas de las cualidades menos admirables del laird. A pesar de su aspecto agradable y su innegable valor, aquel hombre era un canalla. Un pícaro imprudente, ingobernable y sin ningún sentido de la planificación. No había respondido a ninguna de las preguntas que ella le había hecho. Nada sobre la duración de su estancia, ni siquiera sobre cómo los llevaría a San Duthac.

Tal vez, después de todo, pensó Laura, hubiera sido mejor huir con su caballo cuando lo había golpeado en la cabeza a las afueras de Fearnoch. Si lo hubiera hecho, ahora podría estar planeando y procediendo sin ninguna interferencia de William Ross de Blackfearn.

No, eso nunca habría servido. No tenía la menor idea de dónde podría encontrar seguridad en este país salvaje. Sus dos hermanas estaban lejos, al sur y al oeste. Éste había sido el resultado del plan de su madre de enviar a sus hijas a tres rincones distintos de Escocia. Si el peligro encontraba a una de ellas, las otras dos tenían al menos una oportunidad de escapar.

Aun así, Laura pensó que, si se lo proponía, podría encontrar el camino hacia otro convento. Por lo que había aprendido de las hermanas del Convento de Santa Inés, había varias comunidades religiosas apiñadas a lo largo de esta costa.

Una ráfaga de viento se arremolinó en la cabaña, y Laura cambió un poco de posición, dejando que sus ojos se desviaran hacia la solapa de cuero mal ajustada que hacía las veces de puerta. No servía para proteger del mal tiempo. Con el ceño fruncido, dirigió la mirada hacia el lugar donde el montañés había pasado la noche.

Se había ido.

Al recobrar la conciencia, se incorporó y miró nerviosa a su alrededor en la penumbra. En el refugio no había ni hombres ni caballos.

Se había ido.

Se estremeció cuando todas las imágenes de su caballerosidad se desmoronaron ante sus ojos y la invadió un nauseabundo sentimiento de pérdida. Era *él* quien se había levantado y había decidido *dejarla* atrás. Tirando la manta, Laura se puso rápidamente en pie.

Una rápida búsqueda le dijo que todo había desaparecido. Horrorizada al pensar que él había esperado a que ella se durmiera y se había marchado sin decir palabra, apretó con fuerza la capa a su alrededor.

"El bribón". Laura apretó el talón de la mano contra el repentino nudo de su vientre, una dolorosa sensación que parecía atenazar cada vez más su sección media en momentos como aquél. "De todos los maleducados y mal educados..."

Volvió a mirar en dirección a la puerta parcialmente abierta. La nieve se arremolinaba con el fuerte viento y cubría el suelo de tierra de la cabaña. Tenía que hacer algo. No iba a quedarse aquí sentada y morir congelada. ¿Pero qué?

La noche anterior había estado demasiado cegada por el cansancio y el tiempo para juzgar lo cerca que estaban del castillo de Sir Walter. Aunque nunca había estado allí -todavía no había conocido al anciano caudillo-, sabía que el castillo de Rumster estaba al norte, a lo largo de aquel escarpado tramo de costa. No podía estar lejos.

¿Qué otra opción tenía? Laura decidió rápidamente. Podía quedarse aquí y congelarse, o intentar llegar a pie hasta la Torre Sinclair. No era una elección difícil.

Una vez decidida, Laura se despojó de la capa y se echó rápidamente la manta sobre los hombros. Volvió a ponerse la capa y se cubrió la cara con la capucha, y salió a la tormenta.

La ráfaga de viento casi la empujó de espaldas contra la pared de la cabaña cuando se volvió hacia la playa pedregosa. La mezcla de nieve helada y el mar azotado picó la piel expuesta de su rostro con la agudeza de un puñado de agujas. Respirando hondo, se aferró con fuerza a la capucha para protegerse la cara lo mejor que pudo y entrecerró los ojos a través de la tormenta. Apenas podía ver cincuenta pasos delante de ella. No importaba, se dijo, inclinándose hacia el viento. Era el momento de viajar, mientras aún le quedaran fuerzas en los huesos.

Este tiempo era demasiado malo para viajar, decidió, asomándose a la protectora arboleda de pinos achaparrados junto al arroyo. Esperaría a que pasara la tormenta y luego llevaría a la mujer a San Duthac.

"Vamos, Dread, ya has bebido, y allí no hay hierba suficiente para llenarte la barriga".

William Ross apartó la cabeza del caballo de los mechones de hierba amarillenta y condujo al animal a través de los árboles y lejos del camino. Montó en el corcel y comenzó a bordear de nuevo el arroyo.

Con el tiempo tormentoso y la noche en su contra, era posible que el monje y sus hombres no se hubieran alejado demasiado del convento.

William se lo pensó un momento. Si era tan insensato como para dirigirse ahora mismo a San Duthac, era muy probable que se cruzara con los canallas. No, lo mejor sería esperar unas horas.

Sin embargo, de una cosa estaba seguro. Sus enemigos se habían separado. En un lugar resguardado del viento, no lejos de donde William había abrevado a su caballo, el montañés había encontrado las huellas de una banda de guerreros que se dirigía hacia el norte. No había caballos, y sabía que el grupo se dirigía hacia el castillo de Rumster. Tenían que ser los Sinclair.

De repente, William descubrió que sus pensamientos se detenían en la inglesa que le

esperaba, y frunció el ceño. Aunque la tormenta rugía ahora como una bestia furiosa, se le ocurrió que tal vez preferiría permanecer a la intemperie a pasar más tiempo del necesario con Laura Percy.

Era un mar de contradicciones. En sus horas de vigilia, molesta y arrogante. Pero cuando dormía, mientras él la observaba anoche, descansaba menos cómodamente que nadie que hubiera conocido en su vida. Se inquietaba, se movía y luego sollozaba en silencio mientras dormía, con una tristeza tan desgarradora que él no había podido contenerse. Se acercó a ella y se estiró a su lado, alisándole el pelo, cepillándole las lágrimas, susurrándole al oído tonterías reconfortantes. Ella se había dormido.

Pero para él la noche se había vuelto más tortuosa a cada minuto que pasaba.

Aunque el sentido común le decía que era un tonto, aquella mujer le excitaba. Cuando la miraba, cuando sentía la suavidad de su piel, sus entrañas se agitaban de deseo. Incluso el recuerdo de sus manos sobre él mientras cabalgaban y, anoche, el aroma de la lavanda en su pelo mientras dormía, eran suficientes para encenderle la sangre.

Por Dios, pensó, incluso su lengua afilada, con aquellas incesantes exigencias de un plan para hacer esto y un plan para hacer aquello, servían para avivar la vida en su interior.

El viento punzante le azotó mientras cabalgaba hacia la playa. El mar y el cielo, lo que podía ver de ambos, eran de un feroz color gris verdoso, y sacudió la cabeza, sintiendo que se enfadaba por la dirección que tomaban sus pensamientos.

William se había marchado por la mañana para evitarlo. La había dejado profundamente dormida, hecha un montón de capa y manta, porque sabía que necesitaba alejarse. Distanciarse - eso era lo que necesitaba- antes de que ella despertara y él cayera aún más bajo su hechizo. Era una maldita hechicera.

Sí, la distancia era la respuesta. Su propio pasado -un pasado que aún le carcomía- le había enseñado que ésa era la única forma de enfrentarse a alguien como ella. Ciertamente no era Mildred, pero la mujer procedía de la misma vida y educación privilegiadas.

Estirando la mano, palpó los bultos y la sangre coagulada bajo su tam. Por otra parte, para ser tan pequeña, podía blandir una piedra tan bien como cualquier muchacha escocesa.

"Por la camisa de Duthac", juró en voz alta. Llevaba demasiado tiempo alejado de las mujeres. Eso era. Ése era todo el problema. "Dread, vamos a hacer una visita a Molly en las Tres Copas una vez que nos hayamos librado de este arrogante de la corte".

Sí, asintió, girando el corcel hacia la cabaña. Eso era todo lo que necesitaba para olvidar a Laura Percy.

Saltando del caballo, William se quitó rápidamente lo peor de la nieve de Dread y se sacudió. Al levantar la vista, se dio cuenta de que la nieve caía con más fuerza que antes.

El montañés empujó la trampilla de la puerta y empezó a guiar al caballo hacia el interior. Pero Dread sólo había recorrido la mitad del camino dentro de la cabaña cuando William se dio cuenta de que Laura Percy no estaba allí.

La llamó, pero el agudo silbido del viento fue su única respuesta. Empujando al caballo hacia la puerta, volvió a llamar. Nada.

Buscando en el suelo, el montañés pudo ver ahora las suaves impresiones en la nieve. Un único rastro de pisadas demostraba que, efectivamente, había salido de la cabaña por su propio pie.

Siguiendo las huellas de vuelta a la playa, el laird Ross miró a su alrededor, frustrado. Las olas rompían en lo alto de la playa y el rocío llenaba el aire. No podía ver nada. En cuanto estuvo más allá de la protección de los acantilados, las huellas desaparecieron, borradas por la nieve y el

viento. No se había cruzado con él en la playa, y los acantilados no le habrían ofrecido una subida fácil en las mejores condiciones. Su única ruta conducía al norte.

"¡Maldita sea la mujer!" juró William, corriendo de vuelta a la cabaña y saltando sobre su corcel que le esperaba.

Capítulo Siete

LAURA PERMANECIÓ DE PIE, atónita e incrédula, junto al ancho río gris verdoso y contempló la agitada espuma blanca batida por el viento en su superficie.

Ya ni siquiera era consciente de los estremecimientos que sacudían su cuerpo, y levantó la mirada sombríamente hacia las torres del castillo de Rumster que se alzaban en la distancia, más allá de la franja infranqueable de agua.

Ver el río la sacudió sólo un instante del adormecimiento que se había apoderado de su cuerpo. Recordaba vagamente que tenía frío, pero ahora ni siquiera podía sentirlo. Al disiparse su decepción, se dio cuenta de que sólo quería tumbarse en el suave suelo blanco y dormir.

No, gritó una voz molesta. Sigue el río hasta que encuentres un lugar por donde cruzar. Debe haber un lugar para cruzar. Debe haber un lugar.

Pero el cuerpo de Laura estaba demasiado entumecido para responder inmediatamente a las órdenes de su cerebro. Se puso en pie, con el cuerpo desplomado y tembloroso, y sus ojos apenas eran capaces de enfocar el gran edificio de piedra que había al otro lado del agua.

Después de salir de la cabaña, había seguido avanzando obstinadamente a través de la tormenta, teniendo siempre presente su destino, siempre segura de que el castillo aparecería de repente. Pero a medida que avanzaba con creciente fatiga, la humedad de la nieve y el hielo se había ido filtrando poco a poco en sus ropas, enfriándola hasta que sus pensamientos empezaron a volverse confusos, hasta que el mundo que la rodeaba empezó a adquirir una cualidad vaga, distorsionada y onírica. Hasta que su cerebro se dio cuenta lentamente de que ya no podía sentir el cuerpo que envolvía su alma.

Y entonces había encontrado el río, casi tropezando con él antes de retroceder.

Laura se volvió de espaldas al río y miró sin comprender el tramo de playa que acababa de recorrer. No la reconocía. Todo parecía extrañamente inclinado, antinatural. Intentó centrar la vista en el rastro de huellas oscuras que se alejaban de ella serpenteando en un largo sendero, pero ni siquiera pudo hacerlo.

Entonces, de repente, estaba mirando a través de un páramo de Yorkshire. La nieve que cubría el suelo pronto desaparecería con la ligera lluvia que caía. Las huellas de su hermana conducían justo al otro lado de aquella colina. Laura podía oír el sonido de sus voces llamándola.

Su madre le había suplicado que abandonara la casa, que escapara con sus hermanas. Pero mientras las tres corrían por el patio, la mano de Laura se había soltado de la de Catherine. Ella se había detenido. No pudo evitarlo. Podía oír los gritos de los sirvientes mientras los hombres del rey los degollaban. Se llevaban a sus padres. Mataban a cualquiera que levantara la mano.

Los estaban matando, pero ella no podía hacer nada para luchar contra el mal.

No, Laura se dio cuenta vagamente, eso ya había pasado. Sabía que no estaba en Yorkshire.

No había ningún páramo. El olor a sal del mar penetró en su visión y giró ligeramente la cabeza para mirar la espuma batida por el viento. Se estremeció y su mirada se volvió hacia abajo. Sus pies estaban plantados en la nieve, pero parecían pertenecer a otra persona. No podía moverlos.

Su mente volvió a divagar. Podía ver las torres almenadas de su casa sobre la cresta del páramo. ¿Era ya primavera? Laura podía oler las lilas en la suave brisa.

Se quedaría aquí hasta que sus hermanas vinieran a buscarla. Sólo vagamente podía sentir el calor de las lágrimas en su rostro.

"¡Laura!" La frenética llamada de su hermana llegó a sus oídos, pero ella permaneció inmóvil.

Oh, Virgen Madre, rezó. Protégelos. A todos ellos.

"¡Laura!"

Se llevó lentamente las manos a los oídos para bloquear el sonido lejano de su nombre. Estaban muriendo en la casa. Los monstruos los estaban matando.

"¡Laura!"

Sacudió la cabeza. No podía irse. No podía dejarlos atrás. Si el destino de sus padres era morir, ella también moriría.

"¡Laura!"

Abrió los ojos y le vio.

Salió de la niebla. Tan enorme sobre su corcel. Su pelo largo y oscuro ondeaba al viento.

"No", intentó gritar. "Déjame morir".

Pero sabía que el sonido sólo estaba en su cabeza. El frío le había robado la voz.

William Ross se inclinó sobre el costado de su caballo y arrastró el cuerpo empapado de la mujer hasta su regazo. Como una rama congelada flotando en un mar infinito, no hubo lucha en ella cuando él la estrechó contra su pecho. Tenía las manos desnudas más frías que el hielo y la cara enrojecida por la intemperie. Vio cómo movía los labios, pero las palabras nunca llegaron.

No se detuvo más de un instante antes de dar la vuelta a su caballo y cargar hacia la playa. Era lo último que necesitaba ahora: que se muriera de frío.

Con el viento a su espalda, no tardaron en llegar a la cabaña. Sin embargo, la vida de Laura Percy parecía haberse escapado de su cuerpo mientras la llevaba dentro. Sabía que aún existía un peligro muy real de que los encontraran si encendía un fuego dentro de la cabaña. El viento transportaría el olor a humo desde muy lejos. Pero al dejarla inmóvil sobre la tierra, de repente le dio igual.

Tras hacer entrar a Dread y cerrar la puerta contra el viento invasor, William encendió rápidamente un pequeño fuego con la madera a la deriva. Cuando las llamas azules crepitaban en el centro de la cabaña, se acercó a Laura y se arrodilló junto a ella.

"Och, sólo una loca habría hecho lo que has hecho esta mañana".

William siguió hablando para no pensar en la tarea que sabía que debía hacer. La capa y la manta que aún la envolvían a medias estaban rígidas por el hielo. Con cuidado, se las quitó del cuerpo inmóvil y las colgó de la cuerda de cuero crudo que ensartó rápidamente bajo el tejado de paja. Colocó las medias y los zapatos junto al fuego.

Tenía los ojos cerrados. Su pecho apenas se movía mientras respiraba. Al menos, estaba viva.

"Como he dicho antes, los de vuestra clase sólo pensáis en vosotros mismos".

William utilizó la parte interior de su tartana para exprimir un poco el agua de su cabello negro y suelto. Se había soltado completamente de la trenza. Las largas y brillantes ondas

relucían como el ala de un cuervo. Apartando la mirada, recordó la vieja camisa que llevaba en la alforja y se levantó a buscarla. Luego tiró de ella hacia su regazo. Su cuerpo se tendió sobre su brazo, tan flácido como el vestido de lana mojada que la vestía.

"Te lo digo ahora, muchacha, odio hacer esto". La acercó a su pecho y buscó los cordones de la espalda del vestido. La cara de ella rodó ligeramente sobre el hombro de él mientras él apartaba los largos mechones de ébano. Los cordones cedieron lentamente. Cuando la lana empapada se separó, sus dedos entraron en contacto con una camisa de lino. También estaba empapada. Con una maldición en voz baja, William empezó a tirar del vestido de lana hacia delante, quitándoselo de los hombros.

"No me gustas", mintió con los dientes apretados. "Y no me gusta ninguno de los de tu clase. De hecho, aceptaría un puñado de agujas en los ojos y un puñal en la espalda antes de admitir que esto me ha dado un ápice de placer".

Apartó los ojos de las ojeras de sus pezones, que asomaban a través de la ropa interior transparente. Le puso rápidamente la vieja camisa de lana por encima de la cabeza, y confió en su sentido del tacto para empujarle la camisa mojada por los brazos. Sujetándola por un brazo, le quitó el vestido gris y la camisa de las piernas y le metió los brazos en la manga de la camisa seca.

La mujer emitió un sonido incoherente en lo más profundo de su garganta. Mientras él la observaba, sus manos se retorcieron, aferrando de pronto su tartán y su camisa. La estrechó más contra él, recostando su cabeza contra su pecho. Mientras la abrazaba, le pasó suavemente una mano por los brazos y la espalda, calentándole la piel. Poco a poco, sintió que ella empezaba a relajarse.

Por San Andrés, pensó, había pedido distancia y aquí estaba ella, desnuda como un mozalbete bajo su camisa. Intentó no pensar en lo suave que sentía su piel bajo los dedos ni en lo llenos y redondos que parecían sus pechos. Intentó no recordar la suave curva de su cadera y su trasero donde la había tocado hacía un momento. Sintió que el calor volvía a agitarse en sus entrañas y respiró hondo. Su pelo olía a lavanda, igual que la noche anterior.

"¡Por la camisa de Duthac, mujer! ¿Te he dicho ya cuánto te odio?". Le levantó las rodillas y le cubrió la piel expuesta con la suave camisa de lana. "En cuanto amaine este maldito tiempo, te llevaré directamente a la iglesia y te dejaré a las puertas del lugar. Gilbert puede hacer lo que quiera contigo. Yo no tendré nada que ver".

Sintió que la mano de ella volvía a aferrar con fuerza su tartana, y ella se puso rígida momentáneamente. Al hacerlo, su mejilla rozó accidentalmente su cuello, y él sintió la humedad en su rostro. Se apartó un poco y vio las lágrimas. Las lágrimas silenciosas que corrían por sus mejillas. Igual que la noche anterior.

"Laura", llamó suavemente, limpiando la humedad. "Estás a salvo, muchacha".

Las lágrimas siguieron cayendo mientras sus facciones se movían, los músculos moviéndose bajo la piel, una muestra de angustia y dolor que se veía claramente incluso a la luz parpadeante del fuego. La punta de alguna hoja invisible se deslizó entre sus costillas, y aspiró bruscamente cuando la punta tocó algo profundo en su interior.

William se acercó al fuego y se estiró, colocando otro trozo de madera a la deriva sobre las llamas. Ella siguió aferrándose a él. De un modo extraño, se dio cuenta de que aquello empezaba a reconfortarle. Era cierto que ella representaba todo lo que él no quería en una mujer. Y, sin embargo, unidos por la tormenta y el peligro que les rodeaba, sería un demonio asqueroso e insensible si no le prestara la simple ayuda que ella necesitaba.

Unas horas más tarde, Laura se despertó del todo.

Cuando las nubes empezaron a separarse, intentó concentrarse en lo que la rodeaba. Una cabaña de paja. Un pequeño fuego crepitaba a unos metros delante de ella. Segura de que seguía soñando, contempló por un momento la fuerte mano que la rodeaba protectoramente por el hombro. Un paño de lana a cuadros rojos y negros parecía envolverla. En un oído oía el sonido reconfortante de un corazón que latía fuerte y firme.

Tardó unos instantes en comprender plenamente dónde estaba y en el regazo de quién yacía acurrucada. Levantó lentamente la cabeza y le miró a la cara. Abrió los ojos y la miró fijamente.

Estaban tan cerca. Tan íntimos. Sintió el calor de sus dedos y se dio cuenta de que tenía la mano metida dentro de la camisa, apoyada en el calor de su piel desnuda. Contuvo la respiración, incapaz de moverse, mientras su corazón empezaba a latir a un ritmo desenfrenado.

Sus ojos eran tan oscuros como una noche sin luna. Y, sin embargo, reflejada en sus profundidades, se estaba gestando una batalla privada. Tal vez porque aún flotaba en algún lugar del espacio entre los sueños y la realidad, no podía concentrarse en el gran peligro que la acechaba tan de cerca. El peligro de yacer medio vestida en brazos de aquel Highlander temerario. El peligro de sentirse atraída por algo muy real. Por algo prohibido.

Sus ojos recorrieron su rostro durante un largo instante. Estudió la oscura inclinación de sus cejas, las pestañas más largas y hermosas que jamás había visto en un hombre. Sus ojos se detuvieron en la cicatriz que tenía junto a la barbilla y luego en la firmeza de sus labios. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta, al tiempo que un hormigueo de calor le recorría el vientre.

Tal vez fuera la tensión de los músculos de su pecho bajo las puntas de sus dedos, o tal vez la dureza que sentía presionando contra su cadera. Fuera lo que fuese, Laura se encontró corriendo fuera de su regazo en un abrir y cerrar de ojos.

Se puso en pie de un salto y tardó otro buen rato en darse cuenta de que él la miraba con una expresión casi divertida. Al mirar hacia abajo, Laura descubrió horrorizada que no llevaba más que una camisa de hombre, que sólo le llegaba a medio muslo y que estaba plagada de más agujeros que la promesa de un calderero.

Le dio la espalda y trató de bajarse la camisa por las piernas, pero se le escapó por los hombros. Dejó de forcejear y se dio media vuelta, mirándole con el ceño fruncido mientras él seguía observando todos sus movimientos.

"¿Podrías hacer algo más que mirarme?"

Estiró sus largas piernas ante sí y luego se puso en pie. Laura sintió que la cabaña se reducía a la mitad cuando él se puso en pie.

"Desde luego, puedo intentarlo". Despreocupadamente, levantó un vestido de lana gris de unos trozos de leña que había junto al fuego. Sin volver la vista hacia ella, colgó la prenda de una cuerda de cuero tendida sobre el fuego. Luego cogió un bulto muy mojado que resultó ser su turno. Lo sacudió y luego dejó que sus ojos viajaran del material húmedo y transparente a su cuerpo a medio vestir y luego de nuevo a la prenda interior. Estaba segura de haber oído una risita mientras él colgaba la bata junto a su vestido.

"Debe de haber algo que podrías estar haciendo fuera". Vio que su caballo los observaba con expresión aburrida. "Como darle de beber".

Laura se detuvo. William Ross la miraba con el ceño fruncido.

"Sí, ¿decías?"

Sintió que su rostro se teñía de rojo. "Necesitabas... sacarlo esta mañana. Para regarlo".

Se limitó a asentir mientras se daba la vuelta y se ponía al lado de Dread. El caballo aún llevaba su montura, y el hombre se movió alrededor del animal, atendiéndolo.

Avergonzada por haber pensado lo peor de él -por no haber considerado siquiera una razón práctica para su ausencia esta mañana-, le dio la espalda mientras se acercaba al fuego, agachándose junto a él y abrazándose las rodillas contra el pecho.

"Supongo que debería... bueno, lo siento", murmuró.

"Así que asumiste que te había abandonado aquí, ¿es eso?". Dejó caer la silla en algún lugar detrás de ella.

"Yo... lo hice". No apartó la mirada de las llamas teñidas de azul.

"En realidad, quería hacerlo. Pero Dread tenía dudas sobre si sobrevivirías sin nosotros".

"Me las habría arreglado". Su debilidad. No pudo contener la lengua. "Me enseñaron hace mucho tiempo a valirme por mí misma".

"¡Ay! Como esta mañana, supongo".

No tenía respuesta. Cuando el animal se hubo asentado, oyó al montañés rebuscar en sus bolsas de viaje. No lo miró cuando se colocó a su lado, junto al fuego, aunque su mirada se desvió hacia la petaca de cuero que llevaba en la mano y los trozos de carne seca y una torta de avena que colocó en el suelo entre los dos. Se mordió el labio y se obligó a apartar la mirada, pero el gruñido de su estómago le hizo arder la cara de vergüenza.

"Sí, te enseñaron a valerte por ti mismo, pero yo digo que deberían colgar a tu maestro".

Le tendió el frasco, pero ella negó con la cabeza.

"Ven, muchacha. Te sentará bien".

Volvió a empujárselo y ella lo tomó a regañadientes. El líquido le quemó la boca y la garganta, pero un calor celestial se extendió rápidamente por su vientre. Cuando se quitó el frasco de la boca, se dio cuenta de que los ojos de él se detenían en el lugar donde aún sentía el líquido en los labios. Aturdida por la mirada y la sacudida que la recorrió, se pasó rápidamente el dorso de la mano por la boca y le devolvió el frasco.

"¿Qué es eso?"

"Es el 'agua de la vida'. Usquabae, la llaman. Directamente de las cocinas del Santuario de San Duthac".

Apretó más las manos en torno a las rodillas e intentó librarse del mareo que sintió de repente. No sabía si era el líquido o su proximidad. Sin embargo, mirarle no la ayudó y centró su mirada en el fuego. "Creo que hemos sido hostiles el uno con el otro sin motivo. Quizá empezamos con mal pie".

"Tenía motivos suficientes".

"Y yo también", replicó ella, con los nervios a flor de piel.

Permanecieron sentados en silencio unos instantes, pero luego él sacudió la cabeza antes de ofrecerle un trozo de la carne seca.

"Parece que sólo tienes lo suficiente para ti. Estoy muy bien".

Le puso el trozo en la mano. "No te traje congelada y medio muerta sólo para verte morir de hambre ante mis ojos".

Su caballerosidad había resurgido una vez más, y ella aceptó un poco de la carne con una sonrisa de agradecimiento. Un momento después, partió el pastel de roble y le entregó también la mitad.

Mientras comía, sus ojos viajaron desde la ropa mojada que colgaba junto al fuego hasta la gran camisa que la cubría. Un cálido rubor empezó a invadir de nuevo su cuello y sus mejillas. Tragó con dificultad el bocado de comida.

"¿Me... me desnudaste?"

"Era Dread o yo. Lo echamos a suertes y yo perdí".

Laura apoyó la frente en las rodillas e intentó ahuyentar la vergüenza. Había llegado a los veinte años sin permitir jamás que un hombre la persiguiera en serio, y mucho menos que la besara. Y aquí, en un solo día, William Ross de Blackfearn ya se la había llevado, la había visto desnuda hasta la piel y se había despertado con ella acurrucada felizmente entre sus brazos. Por la Virgen, pensó con creciente pánico, y nada de eso respondía siquiera a los pensamientos lujuriosos que tenía del hombre.

"Yo que tú me comería eso". Señaló con la cabeza la comida que tenía en la mano. "Ya estás demasiado delgada. Por su camisa, por muy delgadas que estén las mozas de las Tres Copas, sigo pensando que cada una de ellas tiene más carne en los huesos que..."

Le dio un empujón lo bastante fuerte como para hacerle rodar sobre un costado. Fingiendo que no había pasado nada, se acomodó tranquilamente la camisa alrededor de las piernas.

Se incorporó. "De tus actos deduzco que no te importa que te comparen con..."

"No lo digas".

"Mozas".

Esta vez el ataque no tuvo tanto éxito. Antes de que ella pudiera levantar el arma más cercana que tenía a mano -en este caso, la petaca de cuero-, él atrapó sus dos manos con una de las suyas y las inmovilizó contra el suelo. Su cara estaba a sólo unos centímetros de la de él. Esta vez, sin embargo, se sorprendió al ver las suaves arrugas en las comisuras de sus ojos. Era un hombre impresionantemente guapo, pensó. Sobre todo cuando le divertían sus acciones. Su mirada se desvió sin control hacia sus labios.

"Tienes mal genio, muchacha".

"Soy la más tranquila de todas mis hermanas", dijo, luchando por liberar sus manos.

Sujetándola hasta que amainaron sus esfuerzos, por fin le soltó las manos, y ella las apartó rápidamente a una distancia prudencial. Sin embargo, él se acercó y le subió el escote de la camisa hasta el hombro. Laura volvió a sentir un calor febril que se deslizaba por su rostro. Se mordió el labio y miró las piernas calzadas de él, que se extendían ante él.

"¿Y cuántos hay?"

Le miró fijamente un momento, hasta que en su cerebro se grabó lo que le estaba preguntando. "Ah, tres. Mis hermanas". Se detuvo. "Tienes noticias de ellas. Empezaste a decir algo. ¿Algo en el arroyo sobre un mensaje de mis hermanas?"

"Si supiera cómo te afectaría la mera mención de ellos, nunca lo habría hecho, te lo aseguro".

"Pero te golpeé antes de que los mencionaras".

"¿Y por qué fue eso? Es extraño recompensar la bondad con violencia".

"Ya te lo he dicho antes. Creía que eras uno de ellos".

"¿Uno de quién? Me dices que nunca habías visto a ese monje y, sin embargo, sabías que venían a por ti. ¿Por qué?"

Laura no apartó la mirada. "Eres William Ross de Blackfearn. El laird del clan Ross. Sé muy poco de ti".

"¿Estás diciendo que no confías en mí?"

"Sí". Asintió con convicción. "Mencionaste el nombre de un preboste. Gilbert".

"Gilbert Ross. Mi hermano".

Entrecerró los ojos y le dirigió una mirada de sospecha. "Cuando me enviaron a las Highlands el otoño pasado, el nombre que me dieron no era Gilbert Ross, sino..."

"El padre Jerónimo", intervino William. "Falleció casi al mismo tiempo que te esperaban."

Gilbert fue elegido como su sustituto".

"¿Y cómo sé que lo que dices es verdad?".

"Puedes creer lo que quieras". Su ceño se ensombreció. "Soy una tonta por... ¡Och! Piensa lo que quieras".

Metió las puntas de los dedos de los pies bajo la camisa. El montañés miraba fijamente al fuego, con los músculos de la mandíbula fuertemente apretados.

"Creo que me equivoqué al no creer". No hubo respuesta. Suavizó el tono. "¿Significa esto que no me contarás lo que sabes de mis hermanas?".

William siguió mirando al fuego durante un largo rato antes de maldecir en voz baja. Volvió su mirada azul hacia ella. "Primero, dime por qué no llegaste a San Duthac hace tres meses, cuando se te esperaba".

"Una tormenta nos desvió de nuestro rumbo". Se encogió de hombros. "El barco en el que me enviaron fue empujado hacia el norte y se vio obligado a anclar en Loch Fleet. Estuvimos a punto de encallar en la entrada del propio lago".

"Eso sólo está a un día de camino de Tain".

No le gustó su tono acusador. Pero sabiendo que el hombre era lo bastante obstinado como para retener cualquier información hasta que ella hubiera respondido a todas sus preguntas, Laura se mordió la lengua y forzó su temperamento. En tono mesurado, le contó las desastrosas condiciones que había encontrado al llegar al convento de Santa Inés. La habían necesitado allí, así que se había quedado. Mientras hablaba, pensó que al menos debería estar un poco impresionado por el relato de todo lo que había sido capaz de conseguir allí. Pero la dura mirada del montañés nunca se suavizó.

"¿Y no pudiste enviar un mensaje a San Duthac?", dijo acusadoramente.

"Lo hice. Envié un mensaje con los mismos marineros que me habían traído aquí".

"¿Los mismos marineros?"

Ella asintió.

"Y déjame adivinar, ¿eran de las Tierras Bajas?"

"Los asignados para llevarme aquí lo fueron".

La miró como si fuera una simplona. "Y tú que pensabas que era tan fácil maniobrar un barco... era un barco, ¿no?".

"Continúa con lo que tengas que decir".

Asintió con la cabeza. "Pensaste que seguramente no es ningún problema que un barco se haga a la mar y vuelva a entrar en Fearnoch Firth, a sólo una pequeña distancia de la costa, para entregar un mensaje... para un inglés malcriado".

Apartó los ojos y, apoyando la barbilla en las rodillas, miró fijamente al fuego. El sabor de la comida en su vientre se había agriado. ¿Qué se suponía que debía pensar? Era su deber ir a Tain. En aquel momento había parecido razonable esperar que procedieran según lo previsto.

"Supongo que no ha llegado ningún mensaje a San Duthac".

Su bufido de desdén fue su respuesta.

"Mimado", murmuró. "¿Qué otra cosa cabe esperar?"

Se apartó un mechón de pelo que le caía sobre la cara mientras giraba la cabeza en su dirección. "No me miman. Nunca lo he estado. No sé a qué te refieres".

"Los nobles. Los ricos. Los de tu clase creen que pueden hacer lo que quieran y tenerlo todo a su manera". Sacudió la cabeza. "Y los ingleses son los peores".

"No dejaré que me insultes". Echó la cabeza hacia atrás. "Estoy aquí sentada con una camisa harapienta y todas mis posesiones mundanas colgando sobre ese fuego. Creo que la gente de la

que hablas es de *tu* clase. No de la mía. Las únicas personas que tengo son una madre, a la que no veo desde hace meses, y dos hermanas. Y te niegas a decirme lo que sabes de ellas. Así que si tienes la cortesía de volver la cabeza, me volveré a poner la ropa y abandonaré este lugar para que no tengas que sufrir más por culpa de los de *mi* especie."

Esperó a que girara la cabeza, pero él se negó obstinadamente a apartar la mirada.

Laura estaba demasiado enfadada para no cumplir su amenaza. "Maldito seas, ya has visto lo que había que ver". Se puso en pie y, colocándose detrás de él, trató de alcanzarle el vestido, pero el fuerte agarre de él alrededor del tobillo se lo impidió.

"Siéntate".

"No me sentaré. Me marchó".

"Te quedarás aquí y esperarás a que pase esta tormenta conmigo, aunque tenga que colgarte de las manos ahí mismo, junto a tu ropa mojada".

Ella se estremeció cuando los ojos de él se volvieron hacia su rostro. No cabía duda de que todo lo que decía iba en serio. Aun así, esperó todo lo que pudo. No dejaría que la intimidara.

"Me quedaré, por ahora". Le soltó el tobillo y Laura volvió sobre sus pasos, agachándose de nuevo junto al fuego. Esta vez, sin embargo, se aseguró de sentarse más atrás, donde pudiera observarle.

Ambos se sentaron en silencio. Laura escuchaba el sonido del viento que golpeaba las paredes de la casucha. De su ropa salía vapor. Pronto estarían secos, gracias a Dios. Una fina niebla se arremolinaba sobre ellos, mezclándose con el humo de la leña. Humo y niebla. El caballo del montañés sacudió la cabeza y se movió en la esquina, y ella volvió la mirada hacia donde estaba. Un animal magnífico, pensó.

Lanzó una mirada disimulada a William Ross de Blackfearn. También él era magnífico. Y muy hombre. Muslos musculosos bien definidos bajo su falda escocesa roja y negra y, al sentarse, unos brazos fuertes sostenían un cuerpo ancho y poderoso. Acercando las rodillas al pecho y tirando de las largas mangas sobre sus manos frías, Laura intentó enterrar la cara en las rodillas. Por favor, Virgen Madre, rezó, deja que mi ropa se seque pronto.

"Sólo tengo noticias de una de tus hermanas".

Sobresaltada por sus palabras, centró sus ojos en él. Había vuelto a sacar la moneda Tudor que ella había visto aquella primera vez. La estaba estudiando a la tenue luz del fuego.

"¿Qué hermana?", preguntó insegura. Una repentina y ardiente opresión se apoderó de su vientre. ¿Y si le pasaba algo a una de sus hermanas? ¿Qué podía hacer? Sus ojos siguieron involuntariamente el movimiento de la moneda en la mano de William Ross.

"El mensaje que recibió Gilbert traía noticias de Catherine Percy Stewart".

Apartó los ojos de sus manos y miró confundida el perfil del montañés. Su atención seguía centrada en la moneda. "¿Qué has dicho?"

La miró de reojo por encima de un hombro. "Si no tienes una hermana que se llame Catherine, entonces he estado buscando a la equivocada..."

"Sí", interrumpió ella rápidamente, sacudiendo la cabeza. "Pero la llamaste Catherine Percy Stewart".

Asintió con la cabeza. "Sí. Catherine Percy Stewart, condesa de Athol. Señora del castillo de Balvenie".

"¿Está casada?" Laura no pudo continuar. Al oír sus palabras, sus ojos se nublaron con una mezcla de emociones. Alegría y felicidad, curiosidad, incredulidad, incluso una punzada de pérdida. Se apresuró a enjuagar una lágrima que se le escapaba, obligándose a pensar en ello como una buena noticia. Como la mejor de las noticias.

Apartando la mirada de sus ojos vigilantes, dejó caer la barbilla sobre las rodillas y miró hacia delante, a la penumbra que había más allá del fuego. Sin embargo, esta noticia lo cambiaba todo. Nada volvería a ser lo mismo. Casada. Un marido que la protegiera. Para amarla. Catherine Percy Stewart.

Por primera vez desde que huyó de Inglaterra, por primera vez desde que se separó de todos sus seres queridos, Laura se sintió verdaderamente sola.

"John Stewart es un buen hombre". La voz de William era suave mientras se levantaba y sacudía la ropa que se estaba secando. "Tiene título y riqueza. Buenas tierras. Es pariente consanguíneo del propio rey. Y es un hombre generoso. Tendrá todas las comodidades que el dinero pueda comprar".

Laura se encrespó. "Los tres podríamos haber tenido lo que hubiéramos querido en Inglaterra, pero juntos elegimos la integridad antes que vendernos".

"¿Y qué te hace pensar que se ha vendido? ¿Qué Highlander que se precie compraría una esposa así?".

No había querido que su autocompasión sonara tan acusadora. "No lo hice. Lo siento. No quería decir eso".

La miró fijamente durante un largo momento antes de hablar. "No sé nada de tu vida. Ni de tu familia. Pero no ha sido fácil pasar tiempo contigo". Una media sonrisa lúgubre se dibujó en una comisura de sus labios. "Ni tampoco seguro. Me imagino cómo sería una hermana tuya".

"Catherine es una buena mujer".

"Sí, no me cabe duda de que lo es. Si no, Athol no la tendría". Hizo una pausa. "Su carta a Gilbert decía más".

Contuvo la respiración, esperando. Pero el pícaro no dijo nada, dejando que el sonido del viento llenara la tenue luz que los rodeaba mientras hacía rodar distraídamente la moneda de oro unas cuantas veces más por sus nudillos.

"Por favor, dime qué decía la carta".

De hecho, pudo ver un destello travieso parpadear en el fondo de sus ojos azules.

"No lo sé todo". Arrugó la frente como si escarbaba profundamente en su memoria. "Sí, una cosa. Gilbert comentó que Athol parecía casi tonto a veces en la carta, teniendo en cuenta lo serio que es. El conde no dejaba de referirse a la... a la dicha de la vida conyugal".

"¿De verdad?" preguntó Laura con alegría. "¿Ha dicho 'dicha'?"

"Sí, aunque me cueste creerlo". Los ojos de Laura se entrecerraron y William contuvo una sonrisa. "Ah, y dijo algo de abrir la escuela de su mujer. Y una curiosa mención sobre un medio hermano que nunca supo que tenía".

Su voz se entrecortó mientras parecía considerar la última noticia.

"¿Algo más?"

"Sí, había algo más". Levantó la moneda ante sus ojos, estudiándola detenidamente. "Algo sobre la primavera. Sí. Tenía noticias importantes de la primavera".

"¿Y la primavera?"

"¿Qué era?" La miró fijamente.

"¿Por favor?"

"Ah, eso es. Un niño. Tendrán un bebé en primavera".

"Un niño", susurró conmocionada. "¿Mi hermana está embarazada?"

"Sí".

Las lágrimas brotaron una a una, rodando por sus mejillas. Miró apresuradamente a su alrededor en busca de algo con lo que secarse las lágrimas, pero no había nada más que su

manga. Se cubrió los ojos con el brazo, pero no pudo sofocar los sollozos.

"Si actúas así cuando estás contenta, no tengo grandes deseos de verte cuando estás triste".

Laura dio un pequeño respingo al oírle a su lado. Cuando la rodeó con un brazo, se secó los ojos con la manga. Pero poco a poco se fue relajando contra él.

"Pero son lágrimas de felicidad, muchacha. ¿No es cierto?"

Le hizo falta mucho valor para levantar la cabeza y mirarle a los ojos tan de cerca. Las arrugas de las comisuras de sus ojos se hicieron un poco más profundas y ella miró sus labios carnosos, curvados en una cálida sonrisa.

Ella asintió, luego sacudió la cabeza y volvió a asentir, antes de rendirse a la mezcla de sentimientos que la invadían. Apoyó la cabeza en su pecho y lloró.

Capítulo Ocho

HAY una intensa satisfacción en contemplar cómo cae la nieve, pensó Gilbert, siempre que estés mirando hacia fuera. Cuando el mundo desaparece bajo el manto de blancura, uno ve el poder, el plan y la realización de la obra del Hacedor. El mundo muerto del otoño queda cubierto, aunque sólo sea por un breve espacio de tiempo, y la blancura de la nieve produce en la mente un sentimiento de esperanza allí donde había perdurado la decepción.

Muerte, descanso y renacimiento en primavera. Un buen plan.

Sin querer apartar los ojos de la escena del exterior, Gilbert sólo oyó cerrarse la puerta de la sala de trabajo tras el último de los sacerdotes que se marchaban.

No merecía pedir un favor en la oración para sí mismo. Pero hacía mucho tiempo que sabía la verdad. La confesión que había oído de Mildred estaba destinada al Señor, pero le había tocado oírla a él. Era él quien había cargado con su tormento durante tanto tiempo.

Gilbert Ross había rezado. Había buscado orientación. Había suplicado que le orientaran. Y aquí, después de tanto tiempo, después de haber perdido casi toda esperanza, el Creador le daba su respuesta.

"No sólo una respuesta, Willie", dijo en voz baja, acariciando a su perro mientras la cabeza gigante se acercaba a la mano de Gilbert. "El Hacedor se está haciendo cargo. El renacimiento está más allá de ese montón de nieve".

Gilbert se volvió y sonrió ante el sencillito dibujo de la joven que le sonreía desde encima de la chimenea.

"Todo irá bien, Miriam", anunció con seguridad. "El Hacedor se está haciendo cargo".

La nieve llegó flotando en una fría ráfaga de viento, se arremolinó en torno a ellos y se posó húmeda en el cuello de él, que la sujetó con más fuerza por los hombros.

La razón de William Ross seguía diciéndole que la apartara y pusiera la mayor distancia posible entre ellos. Pero su cuerpo se obstinaba en ignorar cualquier mensaje que oliera a razón. Mirando hacia abajo, observó cómo su mano peinaba suavemente la espesa seda de su largo cabello negro. La cabeza de ella descansaba ligeramente sobre el pecho de él. Sus ojos siguieron la línea de la camisa, deteniéndose en la piel de marfil que asomaba por los agujeros sin remendar, contemplando las curvas de su cuerpo y la torneada pantorrilla que se extendía bajo el dobladillo raído de la prenda.

Siempre le había gustado esa camisa, pero nunca tanto como ahora.

Por enésima vez desde que regresó con ella, William sintió calor agitándose en sus entrañas.

Respiró hondo. Por San Andrés, pensó, ella no ayudaba en nada. Mientras él miraba el fuego mortecino, ella volvió la cara y la frotó contra su pecho. Tenía una mano metida en la cintura por detrás y la otra, con la palma apoyada en el pecho. Obviamente, estaba decidida a torturarlo hasta la muerte.

William volvió a respirar lentamente y trató de recuperar algo de cordura.

"¿Sabes...?" Su suave voz dispersó sus pensamientos en un instante. "¿Sabes cómo se produjo su matrimonio tan rápidamente?"

Sus dedos le apartaron el pelo de la cara. Era tan hermosa. Tan confiada. Su cuerpo encajaba perfectamente con el suyo.

Ella se movió ligeramente y su mano se deslizó hacia el estómago de él. William tuvo que aclararse la voz y apartar los ojos de su rostro. Con la mirada fija en el fuego, intentó pensar en la nieve, en afilar su espada, en cualquiera de las tediosas reprimendas de Gilbert. Intentó pensar en cualquier cosa menos en Laura Percy retorciéndose de éxtasis bajo él en este suelo de tierra.

"¿Qué decías? ¿Sobre mi hermana y John Stewart?"

Di algo inocuo, pensó, rebuscando en su revuelto cerebro. Bajó la cabeza y se encontró con sus ojos violetas mirándole. Eran como joyas en un campo de marfil.

"Yo diría que si tu hermana se parece en algo a ti, Athol era un hombre perdido antes incluso de saberlo".

La más bonita de las sonrisas se dibujó en sus labios mientras su rostro se enrojecía de calor.

"Eso ha sido lo más bonito que me has dicho desde que nos conocimos".

"Sí, bueno, se me escapó. La falta de sueño, probablemente".

"¿Te veré? Si es que llegamos a salvo a San Duthac". Un profundo carmesí comenzó a subir por su cuello hasta sus mejillas. "Quiero decir que, puesto que eres hermano del preboste, espero... No quiero parecer atrevida. Sólo quería decir que ya que tú..."

Sus palabras entrecortadas encajaban perfectamente con la agitación interior de él. Levantó una mano hacia la mejilla de ella. Sus dedos eran grandes, marrones y ásperos contra su piel. Los ojos de ella, grandes y brillantes, le miraban interrogantes.

"Estamos empezando algo peligroso, muchacha". Le pasó el pulgar por los labios y sintió su aguda respiración. "Te lo digo ahora, utiliza cualquier arma que tengas en tu poder. Lo que estoy pensando en este momento... bueno, quizá convenga otro golpe en la cabeza".

Ella no se apartó ni sonrió. En cambio, sintió que se estrechaba más entre sus brazos. Sus ojos se centraron en su boca.

"Por su camisa, Laura, no sabes lo que te conviene".

"¿A que sí?"

Apenas pronunció las palabras cuando la levantó y besó sus labios que esperaban. Fue un beso casto, un roce de labios, una degustación de su néctar y una prueba de su experiencia. Apartó ligeramente la cara. Se dijo a sí mismo que era un tonto por hacerlo. Pero ella era más dulce y tierna que el más exótico de los manjares, y él quería más.

William la observó mientras ella se llevaba unos dedos temblorosos a los labios y tocaba la superficie donde había estado su boca un instante antes.

"Nunca me han besado".

"Y aún no lo has hecho", afirmó, dejando que sus ojos recorrieran hambrientos su cara y su cuerpo. "Al menos, no como es debido".

Inclinó de nuevo la cabeza y saqueó su boca dispuesta. Ya no había dulzura, sólo deseo. Sin restricciones, sólo pasión pura y desmedida. Sintió que ella abría la boca bajo la suya, pero él estaba demasiado lejos para darse cuenta de si su gemido era de queja o de pasión. Su lengua

penetró en ella y supo que era suya.

Destellos de pensamiento racional, instantes de cordura, parpadeaban de vez en cuando en su acalorado cerebro, pero los ignoraba mientras estrechaba el cuerpo de ella contra el suyo. Tiró de ella hacia su regazo, y Laura, demasiado cautivada por la fuerza de su beso, se corrió de buena gana.

Ella le rodeó el cuello con las manos y él sintió que le respondía. Se apretaba contra él. Mientras su boca continuaba su embestida, sus manos recorrían su espalda, rozando el suave tejido de la lana contra su piel más blanda. Ella se apartó un poco para recuperar el aliento, pero él fue implacable, siguiéndola y volviendo a apoderarse de su boca. Ahora sólo podía pensar en ver su piel desnuda, en sentir su carne firme allí donde la había tocado al desnudarla. Le pasó una mano por el pecho y gimió al sentir el duro pezón erecto bajo la camisa.

Ella apartó bruscamente la boca de la suya y le puso una mano en los labios. Su corazón latía con fuerza, su cuerpo palpitaba de necesidad, y él bajó la mirada hacia el rostro enrojecido de ella. La intimidad de sus dedos en sus labios era casi más de lo que podía soportar. Mientras el corazón le latía con fuerza en el pecho, la miró, vulnerable y sólo suya.

Tenía los labios carnosos y tiernos, las mejillas del color de las rosas silvestres. Era, con diferencia, la muchacha más hermosa que había tenido en sus brazos. No, era la mujer más hermosa que había visto jamás. Pero en ese momento levantó la mirada, y la visión de las lágrimas acumulándose de nuevo en sus brillantes ojos le hizo fruncir el ceño.

"Lo siento", susurró ella, empujándole el pecho. Moviéndose torpemente, cayó de su regazo al suelo. Luchó ineptamente durante un momento, arrastrándose hacia atrás y tirando de la camisa por encima de las piernas. "Nunca he sido tan imprudente en mi vida. No puedo".

William no necesitaba oír nada más. Levantándose bruscamente, se pasó una mano inquieta por el pelo. La deseaba. Y en el fondo, ella le deseaba a él, dijera lo que dijera.

Pero maldita sea, decidió amargamente, si ella *era* un error, con gusto volvería a equivocarse.

Cogió su espada, se dirigió a la puerta, apartó la solapa de cuero y salió a la tormenta. El viento cortante, mezclado con nieve helada, le hizo cortes en la cara, pero ni siquiera lo notó mientras avanzaba furioso por la playa.

Casi aturdida, Laura observó cómo la trampilla de la puerta volvía a su sitio. Unas lágrimas inesperadas brotaron y corrieron por sus mejillas, y su humedad la puso alerta. Las ahuyentó, pero el agudo nudo de arrepentimiento que sintió en la garganta la hizo mirar de nuevo hacia la puerta.

La locura, el ardiente deseo de fundirse contra él, en él, de hacerse una con aquel hombre, eran sensaciones totalmente desconocidas para ella. Y, sin embargo, había actuado con tanta audacia y descaro como una cualquiera... como una moza de taberna. Pero entonces, ¿cómo podía no sentir lo que sentía cuando él la rodeaba con sus brazos?

Sencillamente, era demasiado irresistible para alguien de su entorno protegido. No era de extrañar, se dio cuenta Laura, que su hermana Catherine hubiera decidido casarse tan pronto. Si el conde de Athol se parecía en algo a William Ross, ahora comprendía muy bien por qué su hermana había abandonado la lucha tan rápidamente.

Aprovechando la retirada del montañés, Laura se puso rápidamente en pie y empezó a descolgar sus ropas del cordón de cuero. Estaba húmeda, pero lo bastante seca, pensó. Necesitaba estar completamente vestida, y quería tener preparada una explicación lógica de su

lapso de cordura antes de que él regresara. Y volvería, se aseguró Laura, mirando al caballo vigilante del rincón.

"Debes pensar que los humanos son criaturas tontas".

El bufido del caballo hizo sonreír a Laura.

Volvió a centrar su atención en la ropa que tenía en la mano, pero su mente estaba inundada de imágenes de sí misma en los brazos de William Ross. La sensación de su boca, la intimidad de su lengua acariciando la suya. Se llevó una mano temblorosa a los labios hinchados e intentó no pensar en el placer que había sentido cuando él le tocó el pecho.

Se había corrompido. Estaba tan dispuesta. *Tan* dispuesta. No, tenía que parar. No podía seguir así. ¿Qué pasaría con su alma? ¿Y la suya?

Mientras se vestía, decidió dejar la camisa del laird debajo del vestido y se puso la ropa rápidamente.

El pequeño fuego que había en medio de la cabaña se había reducido a brasas y a una mera brizna de humo, pero Laura no se atrevió a poner otro trozo de leña encima. William los había puesto a ambos en peligro al encender el fuego tan cerca del castillo de Rumster. Sabía que lo había hecho únicamente para salvar su vida, pero ahora estaba lejos de perecer.

Laura acababa de ponerse las botas húmedas por encima de las medias de lana caliente cuando oyó voces. Se quedó inmóvil y se esforzó por volver a oír las voces por encima del viento. Corrió hacia la delgada pared de la cabaña y se asomó por una rendija. El viento que soplaba era gélido, pero enseguida vio a tres hombres acurrucados contra la maltrecha pared de la casucha, al otro lado de la pequeña abertura. El hielo y la nieve cubrían sus tartanas y su barba, y lanzaban miradas sospechosas en dirección a la choza donde ella se ocultaba. Laura miró asustada por encima del hombro el fino humo que se elevaba por el pequeño agujero del tejado de la choza.

La preocupación por el paradero de William hizo que Laura volviera la cabeza de golpe. No podía saber si eran hombres de Sinclair o no, pero al ver sus armas desenvainadas un frío rayo de miedo la atravesó. ¿Y si ya le habían herido o incluso matado? Podría estar ahí fuera incluso ahora, con la sangre manchando la nieve a medida que su vida se desvanecía.

Su mente daba vueltas y la ira hervía en sus venas. La idea de que aquellos hombres hirieran al confiado hacendado se hizo aún más terrible por la culpa de saber que había salido corriendo de la cabaña por su culpa.

No tenía tiempo para pensar más allá del presente. Escaparía y le salvaría, o vengaría su muerte. De un modo u otro, tendría que abrirse paso entre aquellos hombres.

Cuando el grupo se dirigió hacia la cabaña, Laura echó un vistazo rápidamente, buscando un arma. Tenía pocas opciones. Cogió uno de los trozos de madera más grandes, lo aferró con fuerza y se adentró en las sombras. La puerta de cuero de la cabaña se levantó y, con una ráfaga de aire frío, uno de los hombres entró.

"Su caballo está aquí", gritó por encima del hombro. "Tal como pensaba, no ha ido hacia el sur".

Laura vio cómo los dos compañeros del hombre le seguían. Colocándose detrás de ellos, estrelló el pesado bastón contra la cabeza del último hombre que entraba. El hombre cayó un paso hacia delante y golpeó al montañés que tenía delante, derribándolo. Volviendo a blandir el rudo garrote, golpeó al sorprendido líder en la oreja y luego se apresuró a recoger una espada que había caído al suelo.

"Esto te enseñará", chilló, esforzándose por blandir la pesada espada, "a matar a hombres desprevenidos e inocentes".

Sin embargo, antes de que pudiera asestar el golpe, unas manos fuertes la agarraron por detrás, le arrancaron la espada de las manos y la levantaron del suelo por la cintura. Mientras se agitaba, el grupo de hombres, con los ojos muy abiertos, se puso en pie. Golpeó con un pie al más cercano, le hizo caer y la hizo chocar, junto con su captor, contra el marco de la puerta.

"¡Por el demonio!", maldijo, deteniéndola en seco.

"¡Tú!", jadeó ella, girándose para mirarle.

William Ross la bajó bruscamente y luego se agarró el hombro que había golpeado contra la puerta. La miraba con una mirada asesina.

"No te han matado", gritó.

"No, pero casi lo hiciste".

Se volvió bruscamente hacia los tres hombres que se agolpaban en la cabaña. Uno de ellos seguía sentado en el suelo, sujetándose la cabeza con las manos. El líder estaba de pie y se cuidaba una oreja que ya empezaba a parecer una chuleta de cordero. El tercero, un hombre mayor y enjuto, le sonreía desdentadamente a ella y al laird que tenía detrás.

Laura se volvió de nuevo hacia William. "¿Dónde estabas?"

"En la playa intentando refrescarme, para no tener que asesinate".

"¿Así que les dejas entrar sin más?". Echó una mirada significativa a su vestido. "Sabendo cómo me habías dejado, ¿dejaste que entraran sin avisar?".

"No los vi hasta que cruzaron la puerta".

"Entonces, ¿estoy en lo cierto al suponer *ahora* que se trata de tu gente?"

La risita que se oyó por detrás se convirtió en tos cuando William cambió su mirada furiosa de la cara de ella a la de los hombres. Cuando volvió a centrar su atención en ella, la violencia de su ira fue como una ráfaga de viento de las Highlands.

"Para alguien que pretende exigir un plan lógico para cada paso que da en la vida, tus acciones son más impulsivas y más temerarias que las de cualquier niño".

"¿Tonto?", espetó. "Villano ingrato. Y pensar que tenía toda la intención de derramar su sangre simplemente porque habían acabado con tu vida de bueno para nada".

"¿Es así? ¿Y cómo *pensabas* hacerlo? ¿Golpeándoles en la cabeza con un palo de madera agusanado? La cabeza de Jocky es un poco más gruesa que eso. Levántate, Jocky, tonto. Joder, mujer, ¿crees que alguno de estos imbéciles se va a morir por una o dos astillas en el pelo?".

Laura lanzó una mirada desafiante a Jocky, que seguía sentado y frotándose la cabeza. "Yo diría que le he dado algo más que una astilla".

Hizo un gesto de enfado a los otros dos hombres que observaban el intercambio con curiosidad. "¿Y qué ibas a hacer con esos dos, si habían venido a cortarte en...?".

"Tenía un plan", mintió. "Soy muy capaz de pensar con mis propios pies. *Tenía* un plan".

"Plan, una mierda". William soltó un sonoro bufido mientras daba un paso amenazador hacia ella. Necesitó todo su valor para no retroceder. Señaló con el dedo acusadoramente. "Si tuvieras algo de sentido común en esa cabezota tuya, en cuanto estos tres se hubieran dirigido hacia la cabaña, te habrías subido a Dread y los habrías atropellado a los tres en cuanto hubieran llegado a la puerta. Habrías pisoteado a dos de ellos, por lo menos, y te habrías alejado por la playa antes de que supieran qué les había golpeado. Plan, humph".

Empujándola con brusquedad, William se acercó a los restos del fuego y pateó un montón de tierra pedregosa y arenosa sobre él.

El llamado Jocky se puso en pie y sonrió tímidamente a Laura. "Ama, me alegro de que hayas decidido seguir tu propio plan. Prefiero un golpe en el cráneo a que me pise esa bestia".

"Contrólate, Jocky. No querrás alentarla en esos pasatiempos".

"Espero no haber..."

"Recoge tus cosas", le espetó William, interponiéndose entre ellos mientras ella se dirigía hacia el hombre herido. Sus ojos eran como puñales. "Te llevaré de vuelta a San Duthac hoy mismo aunque sea mi muerte".

Laura sintió que un dolor se le clavaba en el pecho cuando el montañés la despidió sumariamente, dándole la espalda. Estaba claro que no veía la hora de librarse de ella. Ignorándola por completo, empezó a interrogar a los hombres sobre cómo habían encontrado su escondite.

Mientras Laura escuchaba lo que tenían que decir, cogió su capa y se la anudó al cuello. Por lo que parecía, aquellos hombres conocían bien la impulsividad de su laird. Tras enterarse de que nunca había llegado al barco que lo esperaba junto al fiordo, los tres hombres habían emprendido la marcha hacia el norte en su busca. Después de que la tormenta les obligara a pasar la noche en el castillo en ruinas junto a Loch Fleet, avanzaron de nuevo hacia el norte, hasta las cabañas que Jocky sabía que William había utilizado ocasionalmente en sus incursiones juveniles. La suposición se había visto confirmada por la visión del humo que salía de la cabaña.

Sin embargo, la enérgica defensa de la cabaña por parte de Laura les había sorprendido por completo. Se obligó a esbozar una sonrisa de satisfacción mientras William resoplaba desdeñosamente.

Le resultaba sorprendente que, como laird del clan Ross, no viajara con un séquito de guerreros. De hecho, al escuchar la conversación de los hombres, se dio cuenta de que los tres que les habían seguido trabajaban principalmente como ayudantes agrícolas en las tierras del clan. También estaba muy claro que los tres hombres eran unos traviesos despreocupados que habían compartido -con William- varios enfrentamientos violentos con los Sinclair en el pasado. Pero si había algo de lo que Laura no tenía ninguna duda, al escucharlos, aquellos hombres darían la vida por su amo.

Sacudiendo la cabeza, Laura se acercó en silencio al caballo gigante y le pasó una mano por el cuello y el pecho. Su piel era cálida, y el olor del animal la hizo añorar de repente, provocándole pensamientos sobre los establos de su familia en Yorkshire. Mientras Dread la acariciaba con su gran cabeza, Laura se obligó a pensar en el presente.

El pasado había desaparecido.

Con Catherine ya casada, los planes de las hermanas también tuvieron que cambiar. Y a Laura le tocó diseñar uno nuevo.

Capítulo Nueve

LOS DOS MONJES, silenciosos y sombríos, se apartaron mientras un enjambre de niños pequeños que empujaban y reían salía a trompicones por la puerta de la pequeña capilla, perseguidos por varias mujeres que les reñían. Al cabo de un momento, el hacendado y su esposa les siguieron, sonriendo mientras los pequeños se lanzaban bolas de nieve unos a otros mientras corrían por la nieve. Sus voces infantiles sonaban alegremente bajo el pasadizo arqueado que conducía al patio del castillo de Ironcross.

Cuando el pequeño grupo de sirvientes hubo pasado también, el más alto de los monjes -un hombre con el rostro maltrecho y una ligera cojera- maldijo en voz baja cuando un sacerdote corpulento, al verlos junto a la puerta, se dirigió hacia ellos. Los dos clérigos entraron en la capilla.

"Jacob", llamó jovialmente el sacerdote, dirigiéndose al monje más pequeño. "Qué agradable sorpresa verte de vuelta tan pronto. ¿El tiempo no te ha impedido viajar?".

El enjuto monje de ojos entrecerrados asintió rápidamente con la cabeza y gruñó: "Sin impedimentos".

"Desde luego, me alegro. ¿Y tuviste éxito en tu labor caritativa hacia el norte?"

Los ojos del viejo monje se dirigieron interrogativamente hacia el rostro lleno de cicatrices del clérigo más alto, que habló de inmediato.

"Le conté a nuestro amigo tu deseo de ir a Inverness a cuidar de nuestro hermano enfermo". El monje alto miró significativamente a la cara del monje enjuto y luego de nuevo al sacerdote gordo. "En efecto, el viaje de Jacob fue inútil. Nuestro hermano de Inverness ya había muerto".

El sacerdote sacudió la cabeza con una mirada de simpatía. "Tristes noticias, en efecto. Una pérdida para tu Orden... y para la Santa Madre Iglesia, estoy seguro. Pero hay algo que aprender con esto, amigos míos. Vosotros, monjes ingleses, necesitáis poner algo de carne en vuestros huesos si esperáis aguantar un invierno de las Highlands. Si vais a ver a Gibby a la cocina, no dudo de que la buena mujer os ayudará a conseguirlo. Cuando llegué aquí, no era más que una ramita de hombre, y ahora..."

"Padre". El alto monje levantó la mano, silenciando al sacerdote. "Me temo que vamos a necesitar tu ayuda allí. Por alguna razón, la cocinera nos tiene una aversión infundada. Se niega a dejarnos entrar en su cocina. Ordena a los sirvientes que nos den las raciones más pequeñas. No sé si es porque somos ingleses que hemos venido aquí huyendo de la persecución en nuestro país. Pero, ¿serías tan amable de interceder por nosotros? Creemos que una buena palabra suya, Padre, marcaría la diferencia".

El sacerdote se frotó la barbilla un momento, dudoso, y luego asintió con la cabeza. "Puedo hacerlo, amigos míos. Me ocuparé de mi..."

"No es necesario", interrumpió el alto monje. "El buen Jacobo y yo estaremos encantados de colocaros las vestiduras. Sigue tu camino y, si eres tan amable, asegúranos una comida decente, ¿quieres?"

El corpulento sacerdote asintió y, hablando en voz baja consigo mismo, salió de la capilla y se dirigió a toda prisa hacia el Gran Salón del Castillo de Ironcross y las cocinas que había más allá.

Los dos hombres observaron hasta que el sacerdote, con las bocanadas de aliento suspendidas en el aire frío a sus espaldas, desapareció finalmente de la vista.

El enjuto monje se encogió involuntariamente cuando el hombre más alto cerró de golpe la puerta de la capilla y se abalanzó sobre él.

"Era tan sencillo", siseó el hombre, con el maltrecho rostro lívido por la ira. "Todo estaba preparado para ti. Lo único que tenías que hacer era escoltarla hasta aquí".

"Sí, pero te digo que no estaba allí cuando llegamos. Entonces esa maldita madre superiora nos engañó deliberadamente, fingiendo que Laura era la muchacha de algún labrador. Nos distrajimos el tiempo suficiente para que ella escapara".

"¡Idiota!" El monje de la cicatriz se elevó hasta su altura completa, haciendo callar al otro. "Conoces muy bien el castigo por el fracaso".

"Pero no fracasé".

"La has perdido".

"No la perdí. No lo hice", tartamudeó el hombre enjuto. "De hecho, sé exactamente dónde se esconde ahora".

"Deberías haber ido tras ella, entonces. Tenías a los hombres para ayudarte. Tenías información. En vez de eso, vuelves corriendo aquí con el rabo entre las piernas".

"Pero no podíamos prever que el laird Ross la secuestrara en el mismo momento en que nosotros esperábamos en el convento".

"¿Secuestrarla? Acabas de decir que se ha escapado".

"Sí, con la ayuda del propio Ross. Creo que incluso se las arregló para que la secuestrara. Sí, eso es. El hombre se la llevó de la plaza del mercado y luego la ayudó a escapar del convento. Luego desaparecieron en la tormenta". Jacob miró a su superior y continuó rápidamente. "Pero el granuja se la llevó a San Duthac, en Tain, estoy seguro".

"Malditos sean estos montañeses". El alto monje se volvió bruscamente y cojeó hacia el altar, con el otro pisándole los talones. "Los tontos de San Duthac ni siquiera sabían que había desaparecido".

"Deben de haberse dado cuenta de su error". El enjuto monje dio un paso vacilante hacia delante. "Les perseguí hasta que estuvimos bien adentrados en tierras de los Ross. No creí que quisieras que lucháramos contra todo el clan Ross por ella".

"¡Tan cerca!" El hombre golpeó el altar con el puño. Las velas parpadearon locamente. "¿Pero dices que está en San Duthac?"

"Sí. El santuario de Tain. El hermano del laird de Ross es preboste allí. Tenían que ir allí".

"Y allí era donde estaba destinada a ir en un principio". El monje cojo volvió a girarse bruscamente. "¿Fueron de ayuda los Sinclair?"

"No". El monje negó con la cabeza. "Por culpa de esa monja. La mujer a cargo del pequeño convento. Convenció a los guerreros Sinclair de que Laura se había ido voluntariamente con el laird. Esa monja es una mujer astuta. Les dio una excusa para perderla. Y si quería ir a buscar a Laura, me dijo, sólo tenía que ir a preguntarle al laird de Ross". El monje se retorció las manos con rabia. "Intenté atraparlos. Lo hice".

El hombre más alto se miró las manos deformes. Los nudillos estaban hinchados y blancos, sobresaliendo de la piel como si se los hubieran roto gravemente en algún momento. Se los quedó mirando largo rato antes de hablar.

"Perdimos nuestra mejor oportunidad de capturarla por nuestra cuenta", dijo, con voz baja y segura. "Pero el Destino aún nos sonríe. Los Caballeros del Velo, tan tontos como son, han elegido a la Cuchilla para que me ayude".

Aceptando agradecida la ropa seca de manos del novicio, Laura cerró la puerta de la pequeña cámara. Había acordado reunirse con el preboste en su sala de trabajo en cuanto se hubiera quitado la ropa mojada. Aunque era tarde, estaba ansiosa por conocer a Gilbert Ross.

Su retraso de tres meses en llegar a San Duthac y el hecho de que su mensaje no llegara al nuevo preboste se combinaron para hacerla sentir bastante incómoda. Quería disculparse lo antes posible e intentar establecer una relación adecuada con aquel hombre, marcada por un poco menos de hostilidad que la relación que había logrado forjar con su hermano mayor.

"Bueno, este hermano menor es definitivamente más considerado", murmuró, observando el montón de ropa. La habían enviado del convento a petición del preboste.

Laura se despojó de su ropa, pero se detuvo cuando sólo quedó la camisa de William. Contempló los puños enrollados de las mangas holgadas y los agujeros abiertos en el cuerpo de la camisa, y un repentino estremecimiento recorrió su cuerpo al pensar en la intimidad que había compartido con el hacendado Ross. Respirando hondo, se la quitó rápidamente y la tiró a un lado.

Mientras se limpiaba en el lavabo y se peinaba el pelo enmarañado, no pudo evitar recordar todo lo que había pasado en tan poco tiempo. Se encogió al recordar sus errores.

"Bueno, ese viaje ha terminado", murmuró. "Cuenta tus bendiciones. No más de su arrogancia, silencio. Ni de su cercanía".

Laura se echó el cambio sobre la cabeza mientras sus pensamientos volvían a la cabalgata desde la cabaña de los pescadores. Dejando que sus tres hombres le siguieran a pie, William había conducido su caballo hacia el sur como si el mismísimo diablo les siguiera el rastro. El montañés no le había dirigido ni una sola palabra que pudiera indicar que su estado de ánimo estaba mejorando. Laura se puso el vestido de gran tamaño y se apretó los cordones por delante.

Pero, ¿qué había hecho ella, pensó, para provocar semejante ira?

Laura dudaba en cierto modo de que fuera su fracaso a la hora de utilizar a Temor para escapar de la cabaña lo que le había dejado callado y enfurruñado. Pero si era porque ella había puesto fin a su apasionado encuentro en la cabaña, entonces él debería estar... bueno, agradecido.

Pero fuera cual fuera su razón, si es que tenía alguna razón, seguía lo bastante enfadado como para haberla abandonado prácticamente en el patio del Santuario de San Duthac. Ni siquiera había vuelto a mirarla. Tras entrar furioso en la sala capitular, simplemente volvió a montar en su cansado caballo y se marchó.

No es que hubiera estado pendiente de él por la ventanilla, pero ¿cómo iba a perderse sus fuertes maldiciones cuando le abrieron las puertas demasiado despacio?

Un anciano sacerdote bastante rudo, llamado padre Francisco, la había recibido, llevándola a aquella habitación de un edificio anexo a la sala capitular, y la ropa seca había llegado casi de inmediato. Apresuradamente, se arregló la espesa trenza de pelo que le caía como una cuerda por la espalda y se dirigió a la puerta.

En realidad, su urgencia por ver al preboste obedecía a dos motivos. Por un lado, quería lamentar las molestias y, si era posible, ganarse la simpatía de Gilbert Ross. Pero también sabía que el preboste tenía una carta para ella de su hermana. Laura ansiaba leer las noticias de Catherine y enterarse de todo lo que pudiera después de aquellos meses de separación.

El criado seguía esperando en el pasillo, a la espera de llevarla a la sala de trabajo del preboste. Atravesando los silenciosos pasillos del lugar, siguiendo los pasos del silencioso joven, Laura estudió cada aspecto del lugar. Los pasillos largos y vacíos, el orden sereno, la calidez y la limpieza de lo que ya había visto del lugar, todo decía mucho de Gilbert Ross y de sus habilidades administrativas.

La llamada de su guía a la puerta del preboste fue respondida desde dentro, y el joven novicio le abrió la puerta. Cuando entró con paso decidido, su entrada se vio frustrada al tropezar con un enorme saco que ocupaba toda la anchura de la puerta. Cayó de bruces, e inmediatamente sintió que el preboste la agarraba con fuerza del brazo, la ayudaba a ponerse en pie y le pedía disculpas profusamente.

"Lo siento mucho, ama. Willie tiene la manía de estorbar siempre. Espero que no te haya hecho daño".

El perro gigante ni siquiera levantó la cabeza mientras la miraba con las cejas levantadas. Sin embargo, estiró una pata en su dirección y bostezó, mostrando la dentadura más grande que Laura había visto nunca en un perro.

"Willie", repitió Laura incrédula, roja de vergüenza. "Willie es un perro grande, Preboste. Pero espero no *haberle* hecho daño".

"No creo que lo hicieras, o la bestia estaría aullando como un mozalbete ahora mismo. Puede que sea un mocoso grande y torpe, ama Laura, pero es muy delicado cuando se trata de que lo pisen".

Al reconocer el tono divertido de la voz del sacerdote, Laura se volvió hacia Gilbert Ross y sonrió sorprendida. Aparte de su gran estatura, el preboste del Santuario de San Duthac no se parecía en nada a su hermano. Tenía la tez más clara y rasgos más refinados, pero la mayor diferencia residía en la sonrisa brillante y abierta del preboste. Laura estaba bastante segura de que la cara de William Ross se resquebrajaría si alguna vez se atrevía a sonreír tan ampliamente.

"Te agradezco que me concedas audiencia a esta hora tan tardía".

"Es un placer para mí conocerte por fin. Espero que tu habitación sea confortable".

"Sí. Gracias por todo, Preboste". Hizo una pausa antes de continuar. "Pero antes de decir nada más, espero sinceramente que aceptes mis más sinceras disculpas por no haber llegado aquí cuando se me esperaba y por no haber conseguido un mensajero mejor para llevar mi carta".

"No hace falta que te disculpes, ama, ya que aquí el culpable soy yo".

"¿Perdona?"

"Sí, verás, hasta que recibí la carta del buen conde de Athol, ni siquiera era consciente de que debías estar bajo nuestra protección". El preboste señaló hacia el banco de la larga mesa, y Laura tomó asiento agradecida. "Con el inesperado fallecimiento del anterior preboste, la correspondencia que se había intercambiado entre tu madre y San Duthac se perdió, por desgracia, junto con otros papeles importantes".

"¿Perdido?" Laura observó el extremo más alejado de la mesa, donde había pilas de papeles y varios libros dispuestos ordenadamente, con un bote de tinta y plumas para escribir cerca.

"Bueno, extraviado sería quizá más exacto. Sin embargo, desde entonces hemos localizado las cartas de tu madre, y ahora comprendo mejor la razón del secretismo de tu llegada. Sin duda para protegerte, mi predecesor decidió no anunciar tu llegada, ni siquiera a las monjas del

convento contiguo, hasta que estuvieras a salvo entre nuestros muros."

Laura no estaba segura de cuánto había revelado su madre en las cartas. "Si no tienes inconveniente, me gustaría mucho leer las cartas que envió mi madre".

"Por supuesto. Los compartiré contigo mañana, si te parece bien".

"Gracias".

"Tras recibir la carta del nuevo marido de tu hermana -continuó el joven sacerdote-, mi anterior negligencia se hizo rápidamente patente. Fue entonces cuando solicité la ayuda de mi hermano para buscarte".

Laura se encogió interiormente, pensando en su respuesta al "rescate" que William Ross había hecho de ella.

"Afortunadamente, mi hermano nació con la habilidad de cultivar muchos amigos en... bueno, en todas las clases de la sociedad. Así que fue cuestión de pocos días que se enterara de tus frecuentes visitas a la plaza del mercado de Fearnoch". El preboste se acercó al otro extremo de la mesa y luego vaciló, mirándola con una chispa de genuino interés en sus ojos azules. "Olvidé preguntarte si tuviste un viaje agradable y sin incidentes desde Fearnoch".

¿Sin incidentes? Repitió la palabra en su mente y luchó contra el color que sentía subir a sus mejillas. Guillermo había hablado con su hermano, y Laura se preguntó cuánto sabía ya el sacerdote.

"Todo ha ido bien. Excepto que nunca había viajado con un tiempo tan severo como el que encontramos durante este viaje. Excepto, claro está, por la tormenta en el mar que arrastró nuestro barco muy al norte de Fearnoch Firth".

"¡Och, el tiempo!" El sacerdote asintió pensativo y se dirigió a un armario que había en un rincón. Cuando abrió una puerta, Laura pudo ver hileras de estanterías pulcramente llenas de libros encuadernados, papeles asegurados con cintas, abultados paquetes de cuero y pergaminos. Levantó la mirada y descubrió que el hombre la estudiaba con seriedad. De repente, la asquerosa posibilidad de cómo William Ross podría haber descrito su viaje surgió en su mente, atormentándola.

"¿Tenía Wi... el laird, tu hermano, la misma queja?"

Una chispa iluminó de pronto los ojos de Gilbert, disipando la expresión de seriedad. "Si preguntas si era *el tiempo* del que se quejaba William, la respuesta es no, ama".

Confía en que la pícara no guarde silencio sobre sus errores de juicio.

"Muy bien. Hubo algo más que el tiempo que se torció", soltó Laura con cansancio. "No conocía a tu hermano cuando se me acercó en la plaza del mercado de Fearnoch. Y sí, armé un poco de jaleo. De hecho, un gran alboroto, y eso fue sólo el principio".

Dejando escapar un suspiro frustrado, contó al atento sacerdote todo lo que había sucedido en los dos últimos días. Con la excepción, claro está, de aquellos momentos de locura en los que se había encontrado besando a William Ross.

"Así que sé que me detesta. Debe de estar muy enfadado conmigo por haber convertido su sencilla misión en un penoso viaje. Pero a pesar de lo que seguramente te ha contado sobre mi carácter grosero y mi egoísmo, le estoy muy agradecida por su rescate... como te estoy agradecida a ti por el refugio que me ofreces ahora".

Se hizo un largo silencio en la sala. Cuando Laura levantó la vista, nerviosa, el preboste, que se había sentado frente a ella mientras le contaba la historia, la estaba estudiando con interés.

"¿Hubo algo más, Preboste, que tu hermano te contara y que yo no mencionara?"

"¿La silla de montar?", sugirió el joven sacerdote, y su rostro se iluminó con una sonrisa. "William entró aquí, anunció tu presencia y luego procedió a quejarse durante un tiempo bastante

prolongado de la silla de montar que le había hecho cuando se convirtió en terrateniente. No podía decir ni una palabra. Dijo que era demasiado estrecha, luego demasiado ancha, luego demasiado adornada, luego demasiado lisa. Las costuras eran de mala calidad y el cuero demasiado rígido. Pero, para ser sincera, ama, no se quejó de nada más. De hecho, no tenía ni idea de que tu viaje fuera tan, tan accidentado".

"¿Y la silla de montar era un regalo reciente?" preguntó Laura, sin saber qué decir.

El preboste la miró un momento especulativamente y luego sacudió la cabeza mientras una sonrisa seguía dibujándose en sus labios. "No, tiene más de dos años. Y antes de tu viaje, no había oído más que elogios al respecto".

Laura sintió que la vergüenza empezaba a quemarle la cara. Una sugerencia tácita flotaba en el aire. Miró alrededor de la habitación en un esfuerzo por serenarse, y se fijó en el sencillo dibujo de una niña que había sobre la repisa de la chimenea. Los ojos grandes y brillantes que la sonreían le resultaron familiares de inmediato.

"Es un dibujo de mi sobrina Miriam. Es una chiquilla".

Laura contempló los hoyuelos de las mejillas de la niña. "¿Vive cerca?"

"Debería, teniendo en cuenta que sus padres están muertos y que el hombre que debería cuidar de ella vive aquí. Pero para responder a tu pregunta, no lo hace".

"¿Por qué no está aquí, entonces? ¿Quién es responsable de ella?"

"Sí, preguntas justas, ama". El padre Gilbert asintió con aprobación antes de levantarse y sacar una carta del armario abierto. "Es una larga historia, sin embargo, que estaré encantado de compartir contigo una vez que hayas descansado y te hayas instalado en tus nuevos aposentos. Pero por ahora, creo que debes estar ansioso por leer esta carta de tu hermana. Acompañaba a la carta del conde, que también está aquí".

A Laura se le subió el corazón a la garganta cuando le quitó el paquete.

"Y creo que, puesto que ahora estás sano y salvo aquí, en San Duthac, responderé a la carta del conde de Athol". El joven sacerdote se acercó a la mesa. "Es mucho más agradable mantener correspondencia con un noble poderoso cuando no tienes que decirle que has perdido a su nueva hermana".

"Preboste, lamento profundamente las molestias que te haya podido ocasionar".

Gilbert Ross sacudió la cabeza de buen humor mientras la acompañaba a la puerta. "Por favor, no pienses más en ello. Esta noche, lee tu carta y luego descansa. Mañana te acompañaré a nuestro convento y te presentaré a la priora y a algunas de nuestras buenas gentes. Debo advertirte, sin embargo, que la vida en el convento de San Duthac no será ni mucho menos tan emocionante como la vida que has estado viviendo."

"Te lo aseguro, Preboste", dijo Laura asintiendo agradecida. "Emoción *no* es lo que necesito ahora".

Un perro se levantó, se estiró perezosamente y se acercó al hogar. Una sirvienta que llevaba una pila de cuencos de madera pasó junto a la niña en dirección a la cocina. El sonido de los hombres que discutían tras las puertas cerradas de la cámara del hacendado llegó hasta el Gran Salón. Miriam levantó el rostro de su trabajo y miró tímidamente hacia la puerta cerrada.

"¿Mi abuelo sigue enfadado conmigo, Nanna Jean?"

"No culparía a lord Herries si así fuera". La corpulenta mujer cambió de posición en el banco y observó más de cerca el patrón de costura que tenían delante. "Tienes siete años, Miriam. Siete.

¿Y sabes de lo que ya son capaces la mayoría de las chicas de tu edad?

La joven movió su cabeza de rizos oscuros mientras mantenía un ojo en la puerta de su abuelo. "Cosen y tejen. Cantan y entretienen. Cuidan de sus hermanos pequeños, si los tienen, y son educadas con los mayores, si aún viven".

La mujer arqueó las cejas. "¿Y?"

Los hombros de la joven se hundieron. Su voz suave se redujo a un susurro. Los ojos azules reflejaban una tristeza demasiado profunda para alguien tan joven. "Y no tienen miedo a la oscuridad".

"Miedo a la oscuridad", repitió la mujer con sorna. "Escapar de la propia cama cómoda y colarse en las cocinas por la noche como un ladronzuelo. Malcriada. Eso es lo que eres, Miriam Ross, pues no conozco a ninguna otra niña huérfana de siete años que haya sido tan mimada como tú".

Miriam intentó concentrarse en el trabajo, pero su aguja se deslizó más allá del lino blanco y se clavó en el dedo. Se quedó mirando la gota de sangre carmesí que se formaba en la pálida piel del extremo del dedo.

"Mira lo que has hecho". La corpulenta mujer apartó la ropa del regazo de la niña. "Vete y no manches con esa sangre tu delantal limpio. Vuelve cuando hayas dejado de sangrar".

La niña se levantó lentamente y miró ansiosa la puerta cerrada que había al final del Gran Comedor. "¿Podría ir a enseñarle el dedo al abuelo?".

La mujer negó rotundamente con la cabeza. "Lord Herries ya te ha dicho que no quiere verte. Es un hombre muy ocupado, Miriam, y no tiene tiempo para ti. Ahora, sigue tu camino".

Capítulo Diez

TODO LO QUE había en los aposentos del hacendado parecía apuñalarle. Todo era un feo recuerdo del pasado. Todo era un recuerdo de Mildred. Su presencia estaba presente en toda la habitación.

En la mente de William, ésta seguía siendo la habitación de Thomas. Ésta era *la alcoba de su hermano*. Al lado, *la sala de trabajo de Thomas*, donde había atendido los asuntos del clan Ross. Por respeto a su memoria, William había dejado los aposentos prácticamente intactos. Pero cada vez que se veía obligado a entrar entre aquellas paredes, su incapacidad para respirar, para poder despejar su mente de los recuerdos y la culpa, le hacían desear arremeter con furia. Todo -desde los exquisitos tapices que cubrían las paredes hasta el ornamentado escritorio de Thomas con sus armarios a juego, traídos por indicación de Mildred desde París- reflejaba la elegancia superficial que ella había exigido.

Todo aquello le llenaba de repugnancia. Por ella. Por sí mismo. Por todo.

"Le dije al mensajero de Hoddom, milord, que no sabíamos cuánto tiempo pensabais ausentaros. Pero el hombre se ha contentado con quedarse sentado junto al fuego en el Gran Salón desde que lord Herries le ordenó que esperara vuestra respuesta."

William dio la espalda a Edward, el experimentado líder de los guerreros del clan Ross, y caminó apresuradamente hacia la ventana más cercana. Abrió la contraventana de madera con una ráfaga de aire matutino, se llenó los pulmones y contempló el patio cubierto de nieve y el campo más allá. Estaba todo tan limpio, pensó, ahí fuera.

Pero bajo el cielo despejado, un viento penetrante salía de las montañas hacia el noroeste, recorriendo el paisaje cristalino en busca de víctimas.

El golpecito de Edward sobre la mesa de trabajo llamó la atención de William. "He dejado aquí la carta de lord Herries, milord, con el resto de la correspondencia que quizá os interese consultar".

William no tuvo que volverse para saber dónde estaba el pergamino doblado. No tuvo que romper el sello para saber qué quería el anciano.

"Cuando termines tu trabajo aquí, Will, esperaba que pudieras reunirme con algunos de nosotros". Hubo una ligera pausa en la voz de Edward que hizo que el laird lo mirara por encima del hombro. El guerrero, evidentemente incómodo, evitó encontrarse con la mirada directa del Highlander.

"¿Hay algún problema?"

Edward negó con la cabeza. "Nada demasiado importante. Pero, ¿sangre de las probabilidades, Will! Cuando los hombres se enteraron de que ibas a Fearnoch y no te llevabas a ninguno de nosotros, algunos se sintieron un poco decepcionados. Algunos pensaban que no nos considerabas dignos de enfrentarnos a unos miserables Sinclair".

"Edward, di a tus hombres que considero a todos ellos, a todos vosotros, rivales de cualquier clan".

"Necesitan oírlo de ti, mi señor". El guerrero se encontró con la mirada de William con la fuerza tranquila de un luchador experimentado. "Echan de menos que entrenes con ellos en el patio".

William se volvió completamente y se encaró con su hombre. "Crecí con la mayoría de vosotros. De hecho, tú, Edward, fuiste el hombre que puso por primera vez una espada en mi mano. Thomas decía que los luchadores Ross siempre han sido, y siguen siendo, el mejor grupo de hombres que un laird podría tener detrás. Mi hermano..."

"No, mi señor. No hables de Thomas". Sus ojos grises eran duros y directos. "Eres nuestro señor, Will. Ahora eres nuestro señor. El clan Ross necesita que nos dirijas".

"¡Por todos los diablos!" William se detuvo, apretando y soltando los puños a los lados mientras recuperaba forzosamente la compostura.

Las palabras de Eduardo estaban dichas con sencillez y sin malicia, y Guillermo lo sabía. Eran hechos evidentes que no podía cambiar. Por mucho que quisiera luchar contra ello, seguía siendo un terrateniente, por sangre y por elección de su clan. Parecía no importar lo indigno que fuera del cargo. Querían un terrateniente y aceptarían el cascarón vacío de uno si eso era todo lo que podían conseguir.

Bueno, pensó William, al menos puedo concederles eso.

"Sí. Di a los hombres que se preparen para recibir una paliza de su señor mañana por la mañana".

Edward asintió satisfecho y se dirigió hacia la puerta, pero luego vaciló.

"¿Hay más?"

"Ya sé, milord, que sólo llevas aquí un día. Pero hay dos campesinos junto a la bifurcación del Strathrory que han estado esperando tu regreso. Están dispuestos a matarse por una vaca y un cubo de avena. Y el viejo Raulf, de Kinloch, ha enviado noticias de que los Munros han vuelto a asaltar las tierras de su familia".

"Sí, Duncan Munro no tiene mucho que hacer cuando llega el invierno. Muy bien, envía media docena de hombres a Kinloch. Hoy veré a los campesinos".

"Y luego está la cuestión de las reparaciones del ala este. Y la cuestión de elegir un nuevo mayordomo. Nunca supe lo buen hombre que era Robert hasta que murió el viejo bastardo. No soy el hombre adecuado para dirigir las cosas, Will, y el castillo de Blackfearn no es un lugar adecuado sin un mayordomo. Si viniera alguien de calidad, no habría nadie para servirle. Y además, las cocinas..."

"¿Las cocinas?" preguntó William malhumorado.

"La nueva cocinera se escapó hace quince días con uno de los mozos del fregadero". Edward se encogió de hombros. "De todas formas, no es que supiera cocinar nada".

"¿Por qué Thomas lleva dos años muerto, pero todo se desmorona justo en este momento?"

El guerrero negó con la cabeza. "Hace tiempo que viene, mi señor. Incluso mientras Sir Thomas era laird. Cuando él y lady Mildred empezaron a pasar cada vez menos tiempo en Blackfearn..."

Edward continuó, pero William ya podía sentir en la boca el amargo recuerdo de aquellos tiempos. Mildred nunca tuvo intención de ser feliz en lo que ella llamaba "las tierras salvajes" de las Highlands. Necesitaba sus comodidades, sus amigos, la excitación, la extravagancia y la imprudencia de la vida en la corte. Debido a su naturaleza irrazonable, Tomás accedió a llevarla al sur en pleno invierno. Se ahogaron a causa de su arrogancia y su egoísmo. Fue sólo un milagro

que la bairn...

La mirada de William se fijó en la carta que esperaba sobre su escritorio. Observó el sello del padre de Mildred, lord Herries.

"Y una cosa más". La voz de Edward interrumpió los pensamientos de William. "Ahí está el mensaje del preboste".

"Puedes avisar de que he terminado de rescatar damiselas en apuros".

El rostro de Eduardo se descompuso en una sonrisa. "No me extraña que no quisieras que tus hombres se agolparan a tu alrededor. ¿Había una buena recompensa que acompañara a la muchacha?".

"¿Recompensa?" William resopló desdeñosamente, dándose la vuelta. "Sólo si consideras una recompensa un cráneo roto".

Maldita sea, ahora no quería pensar en ella. Ya había sido bastante duro tener el sueño plagado de sueños sobre Laura Percy. Su suave piel blanca bajo sus dedos, su cálida carne apretada contra la suya, su boca tan tierna, tan dispuesta.

No, la mujer era veneno. De carácter fuerte. Entrometida. Demasiado ordenada. Problemas, pura y simplemente. Eso debería ser bastante sencillo de recordar.

"¿Qué quería mi hermano?"

"Sólo para hablar contigo. Pero me ha dicho que no te preocupes por hacer el viaje a Tain. Él mismo vendrá a Blackfearn cuando mejore el tiempo". El alto guerrero puso una mano en la puerta, dispuesto a partir. "Su hombre mencionó que es un consejo lo que busca el preboste".

"¿Mi consejo?"

El guerrero asintió. "Sí, ése era el mensaje".

No había ningún reto en su vida. No había emoción. Nada que animara los fríos días de invierno o las noches aparentemente interminables.

Durante casi quince días, los vientos cortantes habían desgarrado los grupos de edificios amurallados que formaban el Santuario de San Duthac y su convento adyacente. Había nevado varias noches, y ahora una lluvia helada lo cubría todo.

Al atravesar el muro que separaba el convento del santuario, Laura se ciñó la capa de lana y se estremeció al ver los caminos desbrozados y apisonados que conducían a la sala capitular.

Una vez más, se encargaron de todo.

La ordenada comunidad del convento de San Duthac fue una inesperada vejación para Laura. El orden metódico de las cosas en el santuario se había revelado rápidamente como otro tormento.

¿Qué iba a hacer ella cuando *todo* estaba hecho?

Implacable en su búsqueda de utilidad, de encontrar algún valor para su existencia en la pacífica y bien gestionada comunidad, Laura se había visto reducida a mendigar tareas. Pero la respuesta, desde el primer momento, había sido la misma.

Laura era una invitada, y no debía preocuparse por detalles mundanos.

La verdad era, pensó Laura, que Gilbert Ross era demasiado hombre de control, demasiado organizador con ideas claras sobre el orden, demasiado persona como ella.

Y la situación estaba a punto de volverla loca.

Evitando intencionadamente el camino y clavando las botas en la nieve que le llegaba hasta las rodillas, Laura enterró más profundamente el rostro bajo la capa y se dirigió hacia la sala

capitular. Allí, al menos, sabía que podría engatusar al viejo padre Francisco para que le encomendara *alguna* tarea. Había llegado al convento la noticia de que el preboste había salido a caballo y estaría ausente durante todo el día, así que era la oportunidad de Laura de encontrar algo que aliviara el aburrimiento de su forzada ociosidad.

Sin nada en lo que concentrarse, sus pensamientos se habían desviado con demasiada frecuencia hacia William Ross. Incluso había caído tan bajo como para hacer algunas preguntas casuales a una de las monjas más jóvenes sobre el hacendado Ross. Al parecer, rara vez visitaba San Duthac, aunque Laura ya lo sabía. Habían pasado los días y no había rastro de ningún visitante del castillo de Blackfearn.

Pensamientos tontos y ociosos, se reprendió a sí misma mientras se acercaba a la sala capitular. Pateó la nieve y el hielo con el pie y avanzó por el camino despejado.

El viejo sacerdote la esperaba en los escalones que precedían a la puerta y la observaba. Al ver la expresión de cascarrabias en su arrugado rostro, Laura sonrió inocentemente y se sacudió la nieve de los pies en el camino. Cuando él se hizo a un lado, ella pasó rápidamente junto a él hacia el vestíbulo y se detuvo para desabrocharse la capa.

Observó el hielo que se adhería al dobladillo de su vestido y de su capa. "Tendrás que volver, ama".

Laura miró la nieve que había caído al suelo y sacudió la cabeza.

"¡Vaya!", exclamó fingiendo horror. "Bueno, antes de irme, padre Francis, iré a las cocinas a por una escoba. Sería una desgraciada muy desagradecida si no barriera estos suelos antes de volver al convento. Y luego, ya que estoy, tal vez prepare los fuegos del refectorio para la comida de la tarde y vea si el hermano Hugo necesita ayuda en la cocina. Creo que empieza a valorar mi pericia con el cuchillo de pelar. Y sé que las velas de la capilla necesitan que las atiendan, pues me di cuenta ayer mientras observaba a los obreros..."

"Y ésta será la última vez que me veas aquí".

"¿Perdón, padre?"

"Si simplemente te permito vagar y realizar todas las tareas que deberían estar haciendo nuestros jóvenes, el preboste me enviará a cuidar ovejas en la cañada bajo Carn Chunneag cuando regrese". El sacerdote se tiró de una oreja y sacudió la cabeza con resignación. "Pero una muchacha educada como tú debe hacer algo, supongo. Ven, pues".

Con otra sacudida de su cabeza canosa, se volvió hacia el pasillo, y Laura cayó alegremente a su lado.

"Por supuesto", refunfuñó. "Aún podría enviarme allí si se entera de que te di trabajo para hacer, tanto ayer como hoy".

"No quiero faltarle al respeto, padre, pero no considero que copiar el texto de un manuscrito sea un trabajo duro". Al ver el ceño fruncido del sacerdote, Laura sonrió dulcemente. "Pero de todos modos te estoy agradecida por permitirme hacerlo".

"Humph".

Siguió al padre Francisco por la sala capitular. Y se mordió la lengua, practicando la moderación, mientras observaba a los obreros y sus ayudantes trabajando en los cambios que el nuevo preboste tenía en marcha. Los carpinteros trabajaban en la capilla, reparando un gran biombo de roble tallado. Los canteros estaban sustituyendo las antiguas molduras de los arcos del techo. Escuchó en silencio mientras el padre Francisco se detenía a discutir con un maestro albañil los planes futuros de chimeneas y modestos hogares que se construirían en diversas cámaras cuando mejorase el tiempo.

Al llegar a la sala de trabajo de Gilbert Ross, Laura se sentó al gesto del padre Francis,

colocándose en un extremo de la gran mesa de caballete. Pronto estuvo ocupada copiando líneas y columnas del libro mayor en las páginas en blanco para las cifras del año siguiente. La tarea de copiar era sencilla y tediosa, pero nunca se le pasó por la cabeza la idea de quejarse. Estaba agradecida por la oportunidad de trabajar.

Al terminar en mucho menos tiempo del que el padre Francisco había previsto, Laura encontró al anciano sacerdote absorto en sus libros de contabilidad, así que reorganizó en silencio los libros de forma ordenada y volvió a afilar su pluma. Dejando que sus ojos recorrieran la sala de trabajo, volvió a fijar la vista en el retrato de la niña que estaba sobre la repisa de la chimenea. Los grandes ojos brillantes, la sonrisa inocente, levantaron el ánimo de Laura.

"Por lo que he oído, ya no es tan pequeñita. La muchacha es tres años mayor de lo que era cuando se dibujó ese boceto".

Laura miró por encima del hombro y estudió la expresión pensativa del padre Francisco.

"Se llama Miriam. Miriam Ross".

"El preboste me ha dicho que sus padres han muerto". Laura se puso en pie y se acercó a la chimenea para verla mejor. Aunque nunca había visto a la madre, Laura estaba segura de que la niña se parecía a la familia Ross. El parecido con William era excepcional.

"Thomas y Mildred murieron vadeando un río junto a Ben Wyvis, a menos de medio día a caballo de aquí. El caballo de Mildred tropezó, tirándola. Thomas fue tras ella, pero el río helado los arrastró a los dos. Hace más de dos años que la muchacha es huérfana".

"Está sola". Laura se rodeó la cintura con los brazos cuando una corriente de aire frío la heló de repente. Miró al sacerdote. "¿Quién cuida de ella?"

"Su nieto, lord Herries. Aquello empezó como un acuerdo temporal, y pronto llegará a su fin".

"¿Y eso por qué?"

"Lord Herries es un hombre viejo y está enfermo, y desea despedir a Mariam mientras pueda".

"¿Adónde la envía?"

"Me imagino que a algún priorato, para ser criada por unas monjas malhumoradas, aunque piadosas, que apenas tendrán apetito para las travesuras de una joven y fogosa muchacha como Miriam". El viejo sacerdote dejó de mirar el libro de cuentas. "Por supuesto, esto sólo ocurrirá si su legítimo tutor no se levanta y acepta su responsabilidad".

Laura volvió a la mesa y se sentó frente al sacerdote. "Y supongo que William Ross es ese guardián".

El padre Francis apartó el libro de contabilidad. "Eres muy observadora, ama. Aparte de su abuelo, los únicos parientes de Miriam son sus dos tíos, Gilbert y William. Supongo que Gilbert podría mantener a la muchacha aquí, pero el deseo expreso de su padre era que, si les ocurría algo a él y a su esposa, Miriam se criara en el castillo de Blackfearn, bajo la protección de William."

"Entonces, ¿por qué el laird no cumple los deseos de su hermano?". La voz de Laura tembló. "¿Qué tiene contra el niño?"

"Te preguntaré, ¿qué tiene contra cualquier apariencia de orden? ¿O la disciplina? ¿O la responsabilidad? ¿Por qué, después de dos años, sigue sin querer asumir el control de lo que es suyo por derecho?". El sacerdote apoyó ambas manos sobre la mesa y las contempló durante un largo instante. "Es un misterio, muchacha, por qué William es tan testarudo. Pero tiene sus virtudes".

"Es muy valiente... pero parece muy obstinado en sus cosas. Pero pensaba que sólo yo sacaba

lo peor de él". Se detuvo, dejando la idea en el aire. El viejo clérigo la observaba con atención.

"No, ama Laura. Debes saber que no hay un ne'er-do-well más indisciplinado y obstinado que William Ross en todas las Highlands."

Laura se quedó mirando al hombre un momento y luego negó con la cabeza. "Pero por lo que he visto, el pueblo le respeta de verdad como a su laird".

"Sí, es cierto. Todos los hombres y mujeres de Ross le miran con cariño. Y eso se debe a que el pícaro es un líder nato con un corazón de oro puro. William es un luchador feroz, pero bondadoso con los que tienen problemas. El muchacho es enérgico pero humilde. Tiene un temperamento peligroso, pero también compasión. Y tiene grandeza, no te equivoques".

"Bueno, he visto muestras de su valor, y de su temperamento". No iba a añadir nada más a la lista de sus cualidades, aunque los pensamientos sobre la naturaleza apasionada de William Ross no la habían dejado dormir en las dos últimas semanas. "Estoy segura de que hay grandeza en él, si uno buscara".

El atisbo de una sonrisa suavizó el ceño fruncido del hombre. "No te llevaré la contraria, ama, pues creo que, a pesar de todos sus defectos, William Ross es un buen hombre. Pero también creo que necesita que la persona adecuada le ponga freno. Sólo entonces se convertirá en un gran hombre".

Capítulo Once

EL ESTABLO ERA MÁS cálido que el patio, y el olor de los caballos y el ganado se mezclaba con el de los hombres sudorosos. Gilbert Ross se levantó el dobladillo de la capa, pasó por encima de un montón de estiércol fresco y siguió a su hermano en la penumbra.

Pasaron dos mozos de cuadra, saludando alegremente con la cabeza a su laird y al clérigo, mientras un muchacho se abalanzaba con la camisa de William en la mano.

"Lo siento, amo. No sabía que acabarías en el patio tan pronto".

El montañés dio una suave palmada en el escuálido hombro del muchacho y cogió la camisa. "Nos ha interrumpido el preboste".

El muchacho retrocedió un paso y miró con cautela la túnica negra de Gilbert Ross. Gilbert levantó una mano para bendecirle, pero el muchacho se persignó rápidamente y se alejó como si el diablo le pisara los talones.

"¿Qué le pasa al chaval?".

William resopló y se dio la vuelta.

"Espera un momento, hermano. ¿Qué has estado diciendo de mí?"

"Sólo que estás siempre a la caza de muchachos probables para robarlos y llevarlos a las mazmorras de San Duthac".

"¿Mazmorras? No tenemos... Ahora, escúchame, Willie".

El laird frunció el ceño e hizo un gesto hacia el enorme perro que se rascaba perezosamente una oreja junto a la puerta del establo. "Willie es esa bestia inmundada de ahí, por si lo has olvidado. Yo soy William".

Gilbert le siguió mientras su hermano se alejaba de nuevo por los establos. "No creo que envenenar la mente de un chiquillo, *Willie*, sea lo mejor para nadie. Sobre todo cuando estás llenando al chiquillo de ideas equivocadas sobre la Iglesia y sus siervos".

Junto a un establo abierto, el terrateniente Ross se volvió bruscamente y Gilbert casi chocó contra él. Los dos se miraron con picardía.

"¿Es ése el motivo de tu viaje hasta aquí, Preboste? ¿Para sermonearme sobre las preocupaciones de la Iglesia?"

"No, pero es un lugar tan bueno para empezar como cualquier otro".

Aunque eran casi de la misma estatura, la diferencia de aspecto entre ellos era reveladora. Gilbert, rubio y tonsurado, estaba delgado y bien ataviado con su fina túnica y capa. En cambio, William, con su espeso cabello castaño recogido, estaba sin camisa, musculoso, sin afeitar y reluciente de sudor por el reciente ejercicio realizado en el patio con los hombres.

Dirigió a su hermano una mirada asesina antes de coger un cubo vacío del suelo de la caseta y clavárselo en el pecho a Gilbert. "Justo detrás de ti. Tráeme agua. Me lavaré en esta caseta".

Con un gesto seco, Gilbert se volvió hacia la cisterna, sólo para que su bota se hundiera profundamente en otro montón de estiércol. La carcajada de William fue mucho más fuerte que el gruñido de disgusto del clérigo.

Al agacharse cuando el cubo pasó junto a su cabeza, William se vio levantado de los pies cuando Gilbert salió disparado hacia el otro lado del corral, haciéndoles caer a ambos sobre la paja y el estiércol. Recuperándose rápidamente, William lanzó a su hermano al otro lado de la caseta y se abalanzó sobre él, clavando una rodilla en la espalda de Gilbert y hundiéndole la cara en la sucia tierra.

"Por el santo, William, suéltame o te juro que haré que te excomulguen".

Con un gruñido, el hermano mayor se retiró al otro lado de la caseta y se dejó caer sobre el cubo. Gilbert se dio la vuelta y se sentó, quitándose la suciedad y la paja de la boca.

Dos pares de ojos azules se miraron durante un instante. El perro negro entró en la caseta y se estiró entre los dos hermanos.

"Buen perro". William rió entre dientes. "Un verdadero protector".

Mientras ambos reían, media docena de hombres los observaban con los ojos muy abiertos desde la entrada de la caseta.

"Robbie", gritó William, poniéndose en pie y tendiendo una mano hacia su hermano. Gilbert la aceptó y se puso en pie mientras el muchacho se asomaba cautelosamente entre la multitud. "Corre a la cámara del laird y trae una tartana limpia para el preboste".

"Sí, mi señor".

Cuando el muchacho desapareció del establo, los trabajadores, al darse cuenta de que no habría más entretenimiento, se dedicaron a sus diversas tareas. William cogió el cubo y sacó agua de la cisterna.

"Siento ser yo quien os lo diga, Santidad, pero tenéis un aspecto y un olor mucho peores de lo que dicta vuestra posición".

"Creo que tienes razón, *Willie*".

Mientras el montañés se desnudaba y se lavaba, Gilbert se despojó de su propia capa sucia y se sentó sobre un montón de paja.

"Debería llegar al motivo de mi visita, hermano, antes de que consigas distraerme de nuevo".

El bufido de William fue alto y claro.

"He recibido una carta de Lord Herries de Hoddum. Sobre el torreón de Miriam".

"¿Por qué iba a escribirte?" El montañés se echó agua helada del cubo sobre la cabeza. "Ya le he contestado".

"No es de su agrado". Gilbert sacudió la cabeza. "Y debo decir que tampoco es de mi agrado. La niña es demasiado joven para enviarla a un convento de Francia".

"Es una escuela además de un convento", afirmó William, apartándose el pelo mojado de la cara y recogiendo otro cubo de agua de la cisterna. "Allí puede aprender algo. Quién sabe, quizá resulte mejor que...".

"¿A quién?"

"Que esos otros mocosos de la corte".

"Es una Ross, William".

"Sí, y también la hija de Mildred", afirmó William con dureza. "Lo mejor para ella es que le demos a la muchacha una educación mejor que la que recibió su madre".

El mozo de cuadra entró corriendo en el establo y entregó cautelosamente la tartana doblada al preboste.

"Gracias, muchacho". Gilbert se acercó al cubo mientras William se secaba. "Pues no quiere

irse".

"Sólo es una niña. No tiene elección".

"Los deseos de Thomas eran que su hija se criara aquí, en el castillo de Blackfearn. No en Francia o en algún convento alejado del único pariente que le queda en este mundo". Gilbert fijó la mirada en el rostro de su hermano. "Thomas quería que *tú* la criaras".

Con el ceño fruncido, el laird se tiró de la camisa por encima de la cabeza y se ciñó la falda escocesa.

"Will, dale una oportunidad a la muchacha. Tráela aquí, aunque sólo sea un ratito".

La mirada del montañés era dura y fría. "Blackfearn no es lugar para criar a un bairn".

"Este castillo es fuerte, y tú podrías mejorarlo. Pero debes tomar el control de él. Ahora eres laird, William. Te guste o no".

William se ciñó el cinturón de su espada, evitando la mirada acusadora de Gilbert.

"No sé qué es lo que temes, hermano, pero he decidido que ya no puedo esperar a que actúes. He dado los pasos que debería haber dado hace dos años".

"¿Qué demonios has hecho, Gilbert?"

"Escribí a lord Herries y le dije que enviara aquí a Miriam".

William dio un paso adelante, furioso. "¿Qué derecho tienes a hacer algo así? Te digo que éste no es lugar para criar a un niño así".

El preboste igualó la mirada furiosa de su hermano. "Tú y yo nos criamos aquí. Este lugar no tiene nada de malo, William".

"Eran otros tiempos. Había criados que sabían lo que había que hacer. Diablos, teníamos padres, Gilbert".

"Sí. Que, en su mayor parte, no tenían ni idea de lo que hacíamos tú y yo. Pero aún así, en general, diría que los dos crecimos bastante bien".

"Och, es una muchacha. ¿Qué sé yo de cosas de mujeres? Por San Andrés, Gilbert!"

"Puedes aprender, William. Y si yo fuera tú, aprendería rápido, ya que la muchacha debería estar aquí no más tarde de quince días".

"No, no lo haré. Puedes quedártela".

Gilbert se quedó parado un momento. "Te diré una cosa. Quédate con ella un mes y te enviaré ayuda para que la cuiden".

"¡Por su camisa! Ahora tengo chiquillos y monjas con cara de pudding correteando por ahí. ¿Y ahora qué?"

Gilbert retrocedió y se volvió hacia la puerta antes de que William pudiera encontrar una razón para frustrar el plan. "Si quieres verme antes de que regrese a San Duthac, estaré en la capilla, satisfaciendo las necesidades espirituales de algunos de tus labradores".

"Donde deberías estar, cura entrometido".

"Y hermano preocupado. Y tío. Recuerda, William, vosotros dos sois la última familia que me queda". Lanzó una mirada de despedida a su hermano. "No dejes que el pasado arruine las futuras bendiciones que el Señor tiene reservadas para ti. Para variar, sígueme la corriente, Will. Yo sé más".

Silencioso pero apenas convencido, William miró hoscamente la espalda en retirada del preboste.

"El lugar es un caos. Ciertamente, tiene la gente y el oro para arreglar las cosas, pero la cantidad

de trabajo que hay que hacer es casi insondable. La organización...". Gilbert sacudió la cabeza. "Aunque tiene las mejores intenciones, si entiendes lo que quiero decir, padre Francis".

El sacerdote mayor asintió solemnemente. "Así es. Así es, Preboste".

Como si acabara de recordar su presencia, Gilbert Ross se volvió bruscamente hacia la joven, que estaba sentada en el banco de la mesa de caballete y escuchaba en silencio su conversación. "Por favor, perdóname, ama Laura, por aburrirte con nuestras preocupaciones locales. Me abstendré de seguir hablando de mi visita al castillo de Blackfearn".

"No, por favor, no lo hagas", soltó con demasiado entusiasmo, se contuvo rápidamente y se pasó una mano tranquilizadora por la parte delantera del vestido. "Por favor, continúa, Preboste. Es muy interesante escuchar el relato de tu visita".

Gilbert hizo una larga pausa, mientras Laura miraba hacia abajo y contenía la respiración. Cuando volvió a levantar la vista, él estaba mirando al viejo clérigo.

"El talento para la organización nunca ha sido el punto fuerte de William".

"Siempre ha estado dispuesto a dejar que los demás hagan su trabajo", declaró el preboste en defensa de su hermano. "Pero la llegada de la pequeña Miriam es inminente".

"¿Llegará antes de Navidad?"

"Sí". Gilbert asintió. "Es de suponer que sí. Aunque quedan tan pocos días. Me pregunto si estará preparado para recibir a la muchacha como es debido".

Laura estaba pendiente de cada palabra que se decía. El preboste había regresado del castillo de Blackfearn apenas la noche anterior, y estaba encantada de que la incluyeran en aquellas discusiones.

Así *que* William Ross se hacía cargo de su sobrina. Sin embargo, la niña necesitaría muchas cosas. Un lugar seguro para ella y alguien que la vigilara. Un tutor para mantener su mente activa.

"No estará preparado, y lo sabes, Gilbert. Quizá sería mejor que viniera en primavera".

El preboste negó rotundamente con la cabeza. "No. Si lord Herries fallece este invierno, no habrá nadie que cuide de la muchacha. ¿La queremos en manos de extraños?"

"¿No podrían traerla aquí?". Laura soltó la pregunta. "Quiero decir, hasta que tu hermano esté preparado para recibirla".

Gilbert y el padre Francis se miraron un momento. Luego ambos sacudieron firmemente la cabeza, y el preboste habló. "No, eso no servirá".

"¿Y por qué no?", preguntó ella, dándose cuenta mientras hablaba de que no le correspondía hacerlo. "Te pido disculpas por mi intromisión. Pero pensé... que podría ser la mejor de las soluciones para... para todos los implicados".

Gilbert se dirigió al hogar y se quedó de pie, de espaldas a los otros dos. El sacerdote mayor se frotó la barbilla antes de volverse hacia Laura. "Veréis, ama, por muy inteligente que pueda parecer vuestra recomendación, el preboste y yo creemos que será un grave error dar una salida a Guillermo".

"¿Una salida?"

Gilbert se volvió y asintió. "Mi hermano ha tardado dos años en llegar al punto de aceptar siquiera a la muchacha en el castillo de Blackfearn. Si se le ocurre que hay otros lugares - especialmente uno tan conveniente como el convento de San Duthac- para acogerla... No, no podemos permitirlo".

En un instante, todo quedó claro para ella. William Ross no se estaba llevando a su sobrina por voluntad propia. Le estaban obligando a hacer frente a sus responsabilidades y utilizando para ello la mala salud de lord Herries.

Pero se trataba de un niño. ¡Hombres!

Ya era hora de que alguien hablara en defensa de la niña. Quedarse en el convento con ella era lo mejor. Con Laura para hacerse cargo de la instrucción de la niña, la situación sería buena para Miriam, y ella misma se sentiría útil.

"Preboste, teniendo en cuenta que no soy de mucha utilidad tal y como están las cosas, y dado que no tienes mucho trabajo para mí en San Duthac, tal vez me permitas ayudar".

"Querida, es muy generoso por tu parte".

Laura, con las palabras aún colgando de la lengua, se volvió para mirar al padre Francisco, que parecía casi regocijado. "Considero que es mi deber servirle, padre".

"¿Estás segura de esto, ama?"

Laura se encontró con los brillantes ojos azules del preboste, y de repente no estaba segura de lo que había dicho y lo que no. Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, Gilbert continuó alegremente.

"Por lo que tengo entendido, eres un excelente organizador".

"Creo que tengo cierta habilidad para la planificación", graznó Laura, asaltándole la duda de que no estuvieran hablando de lo mismo. "Y en la enseñanza".

"Y eres extremadamente trabajadora. Eso es evidente para cualquiera que pase algún tiempo contigo. El padre Francisco ya ha hablado elocuentemente de tus esfuerzos".

Laura se sonrojó y se quedó sentada en silencio.

"Y por lo que tú misma me dijiste, muchacha, no hace muchos días", dijo el padre Francis, llamando su atención. "Estás buscando un reto. Una tarea en la que puedas marcar la diferencia".

"Lo soy. Lo era -murmuró ella.

"Está hecho, pues", anunció entusiasmado el preboste. "Pero de alguna manera tenemos que ocultar nuestras intenciones a William".

Laura miró confusa al joven sacerdote. "¿Pero por qué iba a oponerse a que enseñara a su pupilo?"

"No debería. Sí, puede hacer muchas cosas". Francis se frotó las manos y se volvió hacia Gilbert. "Pero, ¿cómo explicarás que la llevaras al castillo de Blackfearn?"

"¿A Blackfearn?"

"Sí, muchacha. Tenemos que darte una explicación lógica y un medio para que tu estancia allí sea... bueno, adecuada".

Laura sintió que se le formaba aquel viejo nudo ardiente en el vientre. "Pero yo no..."

"Tenemos que tener en cuenta el bienestar de Miriam, así como el de la señora Laura". Los dos hombres parecían totalmente indiferentes a su confusión. Gilbert empezó a pasearse por la habitación. "Pero, por supuesto, William no aceptaría una oferta abierta. Aunque ayer, cuando visité la capilla..."

Laura se encontró con las manos aferrando la tela de la falda.

"Podríamos hacerle *todos* una visita", dijo alegremente el padre Francis. "Ahora que se acerca la Navidad, yo podría ir. Y podríamos llevar también a algunos de los demás".

"Estará celoso con tanta gente visitando Blackfearn".

"Déjale", gruñó Francisco. "Vendremos con regalos".

"¿Si pudiera volver a mis preocupaciones?" interrumpió Laura, esperanzada, mientras los dos hombres se dirigían a la chimenea.

"La señora Laura vendrá de visita. Y ya que está allí, podría empezar a aplicar algo de su inteligencia para ayudar a nuestro pobre William".

"En verdad, eso es todo lo que el muchacho necesita".

"Un poco de apoyo y sentido común". Gilbert asintió.

"¿Y quién mejor cualificado para ofrecer ayuda que alguien que debe un poco de amabilidad al laird?"

"Por lo que me contó la señora Laura, William prácticamente le salvó la vida".

Ambos se volvieron hacia Laura. Su mirada se movía impotente de la cara de un sacerdote a la del otro. El padre Francisco fue quien habló.

"Bueno, tenemos mucho que hacer, muchacha. ¿Cuándo podrás estar lista?"

Capítulo Doce

LA HUMEANTE antorcha silbaba y llameaba, aunque ni un soplo de aire se agitaba en la bóveda subterránea. La cripta, húmeda e inmóvil, olía a muerte, y un escalofrío recorrió la sangre del montañés mientras se movía por la cámara, inspeccionando las antiguas tumbas. Un monje embozado permanecía en silencio junto a la entrada, observándole.

"Ya de muchacho conocía las historias sobre este lugar". La mano del guerrero trazó la talla de una de las piedras. "Aún hay poder en esta cripta sagrada. Puedes sentirlo, ¿verdad, monje?".

"No tanto poder como el que sentirás una vez que consigas ayudarme. Una vez que encontremos el Tesoro de Tiberio".

"Tal vez, aunque he oído que tus búsquedas hasta ahora han tenido poco éxito". El montañés miró a través de la bóveda. Los ojos oscuros del monje estaban ensombrecidos por la capa.

"El lugarteniente del rey inglés era un necio movido por la codicia. No podía tener mucho éxito si nos ayudaba. Insistió en perseguir primero a la madre, Nichola Percy. Da igual que persigas a una sombra. Al no poder encontrarla, decidió entonces que las hermanas Percy eran unas simplonas que habían enterrado sus riquezas en algún lugar de Inglaterra. El hombre era un tonto arrogante, brutal y egoísta".

"Y tú te fuiste con él". El Highlander se movió detrás de una tumba, pasando los dedos por una pared de piedra ennegrecida. "También me dijeron que las hermanas dejaron pistas".

"Una distracción inteligente, eso es todo. Habríamos atrapado a los tres mucho antes de que llegaran a Escocia si el difunto teniente adjunto no se hubiera dejado embaucar tan fácilmente."

"No deseo perder el tiempo, monje. ¿Qué garantía tienes de que esta vez tendrás éxito?".

"Hemos terminado de cavar en la tierra en busca de lo que no hay. Es hora de ir tras ellos".

El montañés frunció el ceño. "¿Pero no he oído también que tu intento de secuestrar a la hermana mediana acabó en un completo fracaso?".

Los nudosos dedos del monje se retorcían en la oscuridad. Su voz era grave, con una pizca de amenaza en el tono. "Has oído bastante. Mucho más de lo que imaginaba que sabría un Caballero del Velo".

"Nunca entro a ciegas en ninguna cripta, monje. No cuando tengo mis propios intereses entre manos. Explícame tu plan".

El hombre encapuchado se detuvo un momento y luego asintió, dirigiéndose hacia el centro de la sala. "No sirve de nada ir tras Catherine Percy. Desde su matrimonio con el conde de Athol, apresarla requeriría un ejército del que no disponemos. En cuanto a la más joven, Adrienne, aún no hemos averiguado su paradero. Pero es una preocupación menor, teniendo en cuenta que Laura está tan cerca. Está casi a nuestro alcance".

La capucha del monje se deslizó un poco hacia atrás. Sus ojos brillaban extrañamente a la luz

de las antorchas. "Éste es nuestro plan, caballero. Capturar a uno puede ser tan productivo como tenerlos a todos. Cuando tengamos el cuerpo de uno, controlaremos los corazones del resto".

"¿Supones que todos ellos abandonarán la lucha cuando tengamos a Laura?"

"Sí, sé que lo harán. Los conozco desde que eran niños. Se rendirán en un instante. Cualquiera de ellas daría su vida por las demás. No pueden evitarlo. Las conozco. Lo llevan en la sangre".

El montañés rodeó la tumba y se acercó al monje. "Te creo. También he oído hablar de ellas... inteligentes, hermosas e intensamente leales a su familia. ¿Y cómo sugieres que me apodere de Laura Percy?"

El rostro del monje se torció en una sonrisa mientras colocaba una mano deformada sobre el hombro del alto montañés. "Yo también he oído cosas, mi apuesto amigo. Y cuando se trata de tomar mujeres, no creo que la 'Espada de Barra' necesite mi ayuda".

Un perro y una oveja se abalanzaron sobre Laura, haciéndola caer de espaldas contra el padre Francisco cuando cruzaban el umbral del Gran Salón del castillo de Blackfearn.

Antes de que pudiera recuperar el equilibrio, media docena de guerreros sudorosos y con el torso desnudo descendieron también sobre ellos, gritando ánimos al perro, que rápidamente había acorralado al lanudo animal. Con un grito de victoria, dos de los hombres izaron a la oveja en el aire y la llevaron hacia el extremo más alejado de la Sala. Hacia las cocinas, sin duda, decidió Laura con una mirada de asombro.

La sala que tenían ante ellos era grandiosa y espaciosa, y por el aspecto de la silla del hacendado, tallada con esmero, y los tapices que colgaban de las paredes en ángulos extravagantes, era evidente que había sido muy elegante no hacía mucho. Pero ahora la sala era poco más que un establo, con una colección de animales de granja agazapados en cada esquina y montones de desperdicios por el suelo. Mesas y bancos volcados ensuciaban la Sala, y el lugar olía como un estercolero. En resumen, pensó Laura, arrugando la nariz, el lugar tenía el aspecto del Arca de Noé al cuadragésimo día.

"Tal vez, ama, hubiéramos hecho mejor en que el laird nos recibiera en otro lugar".

Laura miró al padre Francisco y asintió con la cabeza.

"Sí, padre, quizá deberíamos..."

"No te preocupes, muchacha, creo que es demasiado tarde para pensárselo dos veces".

Laura lanzó una mirada interrogativa al sacerdote y luego, siguiendo su mirada, sintió que se le cortaba la respiración. William Ross, desnudo hasta la cintura y empapado en sudor, cruzaba furioso el Gran Comedor, aunque "saludar" parecía ser lo último que tenía en mente.

Cuando se acercó, se le secó la boca en un instante y sintió que el calor le recorría el cuerpo. Parecía que hubiera pasado toda una vida desde la última vez que lo vio y, sin embargo, todo su ser se puso a zumbear con sólo verlo.

Contó cada uno de sus pasos gallardos mientras él se abría paso por la Sala. Sin embargo, por más que lo intentaba, no podía evitar quedarse boquiabierto ante los músculos ondulantes del torso desnudo de Highlander, ante el ajuste de su tartán sobre las caderas delgadas, la tela escocesa ondeando con cada larga zancada.

Cuando estuvo casi sobre ellos, pudo ver el destello de sus profundos ojos azules. Y algo en su interior se congeló con delicioso terror cuando esos mismos ojos la recorrieron desde la punta de las botas hasta el mechón de pelo que se apartó apresuradamente de la frente.

Dejó escapar un rápido suspiro. Guapo y fuerte, era realmente magnífico. Sin embargo, necesitó todo su valor para no echarse atrás.

"¿Qué hace *ella* aquí?"

Bueno, pensó sombríamente, tal vez "magnífico" fuera un juicio demasiado precipitado.

"William". El tono del padre Francis era cortante. "El preboste te ha hablado de nuestra visita".

"Su visita. No dijo nada de arrastrar este...".

"¿Y ésta es vuestra idea de la hospitalidad, milord?". intervino Laura, obligándose a mantener un tono civilizado.

Por desgracia, la cercanía de su cuerpo echó por tierra cualquier oportunidad de permanecer distante de él. A pesar de su arrogancia infernal, seguía siendo un hombre increíblemente apuesto. Por primera vez se volvió y la miró a los ojos, haciendo que enrojeciera ligeramente. Pero su temperamento se encendió cuando vio que en el rabillo de sus ojos asomaba una pizca de diversión.

"Si tienes alguna queja sobre mi presencia, ¿quizá deberías dirigirte a mí directamente?".

"Bueno, Ama Percy, a estas alturas ya debería saber al menos lo suficiente como para no darte la espalda".

"Solicité venir aquí".

William enarcó una ceja. "¿Y eso por qué? ¿Ha llegado a San Duthac la noticia de que las grietas de mi cráneo están casi reparadas?".

"He venido aquí para ser de ayuda. A ofrecer mis servicios".

"¿Ah, sí?" Una de las comisuras de su boca se torció de forma sugerente, y sus ojos recorrieron su capa de viaje. Un calor líquido la recorrió y, por un momento, creyó que moriría. "¿En calidad de qué?"

"Ahora, William".

"Padre Francis". Laura se recompuso rápidamente y se volvió hacia el sacerdote. "Si me permites un momento en privado con el laird, creo que podré aclarar esta confusión".

El hombre mayor asintió vacilante y, dirigiendo otra dura mirada a William, se dirigió a una mesa donde un grupo de hombres Ross observaba divertido.

"¿Siempre insistes en librar tus propias batallas?"

"Siempre", respondió ella en tono de prueba.

"Ahora, en cuanto a este momento en privado". Lanzó una mirada a los espectadores. "Conociendo mi reputación de pícaro que no puede evitar robar a mujeres indefensas, seguro que tú...".

"Alto ahí". Si pudiera causarle algún daño físico. Pero tenía que haber formas mejores. Al menos, mejores lugares para cometer un asesinato. Esperaría su momento. "Esta sala servirá. Y como intentaba decirte antes, te ofrezco mi ayuda para preparar la llegada de Miriam, tu sobrina".

Cruzó los brazos sobre el pecho desnudo y siguió observándola, con el ceño fruncido.

"Viene hacia aquí".

"Así me han informado".

"Y un niño necesita orden". Hizo una pausa y dejó que sus ojos recorrieran el caótico aspecto del Gran Comedor. "Y estabilidad. Un lugar tranquilo donde vivir, crecer y aprender".

"Y has decidido llevar eso al castillo de Blackfeam".

Ella fijó su mirada en el rostro de él. "Te ofrezco mis servicios".

Se llevó las manos a las caderas. "¿Quieres decir que has venido para quedarte?"

"No. Quiero decir, sí". No tuvo que parecer tan horrorizado. "Sólo pienso quedarme hasta que tengas tus asuntos en orden y el niño esté instalado".

"¿Arreglado?" William volvió a cruzar los brazos sobre el pecho y apartó la mirada. "En mi opinión, están en orden. Aunque mi hermano tiene una opinión distinta, sin duda".

Ahora mismo, pensó echando un rápido vistazo a la Sala, tendía a estar de acuerdo con el preboste.

"Bueno, te aseguro que no pienso quedarme mucho tiempo. Tal vez un mes como mucho. Si me das permiso, me quedaré hasta que llegue Miriam y tengas la oportunidad de organizar su cuidado y tutela adecuados."

Su mirada se clavó en la de ella. "Eso es demasiado tiempo".

Sabía exactamente cómo herirla. Sintió que la espalda se le ponía rígida. Su mandíbula se cerró durante un largo instante. Pero luego se recordó a sí misma que debería haber esperado un trato así, teniendo en cuenta todos los problemas que le había causado en los pocos días que habían compartido. Aun así, sus palabras la hirieron.

"No estoy aquí por ti", insistió ella. "Y por mucho que me odies, deberías considerar qué es lo mejor para el niño".

Sus ojos se suavizaron momentáneamente y su ceño se frunció. Se volvió bruscamente e hizo un gesto a un joven que se encontraba a cierta distancia sujetando su camisa y su tartana. Laura, que no necesitaba turbarse más al verle vestirse ante sus ojos, dirigió su atención a la Sala. Todas las miradas de la sala se centraban en ellos. Escondió las manos en su capa y se volvió de nuevo hacia el laird.

"Prometo no estorbarte mientras esté aquí".

"Sólo te ocuparás de lo que concierne a Miriam".

Ella asintió bruscamente.

"Y nada más". Le señaló el pecho con un dedo amenazador. "Nada de entrometerse en los asuntos del castillo. Ninguna intromisión en la vida de la gente del clan. Nada de interferir en *mi* forma de hacer las cosas. *Nada* de causar problemas de ningún tipo".

Volvió a asentir. Mientras ninguna de estas restricciones, pensó, interfiera en la preparación de la niña.

"Estoy de acuerdo". Había muchas formas de llevar a cabo una tarea, se dijo a sí misma, sonriéndole inocentemente.

"Y recuerda". Los ojos azules de William se clavaron en ella. "Te mantendrás fuera de mi camino".

Laura nunca había valorado demasiado las comodidades, lo cual era bueno, porque no las iba a tener en el castillo de Blackfearn.

La alcoba que le había asignado el terrateniente Ross estaba situada en un nivel superior del ala este del castillo. La torre del homenaje original del castillo de Blackfearn, los niveles superiores del edificio habían sido divididos en alcobas hacía mucho tiempo, cuando se construyó el edificio más grande que albergaba el actual Gran Salón y los aposentos del laird.

Siguiendo a Robbie, el joven que había sostenido la camisa de su laird en el Gran Salón, Laura subió por una oscura escalera circular y avanzó por un pasillo iluminado sólo por estrechas ventanas de rendija que daban al patio. Pasando las puertas abiertas de dos cámaras bastante grandes -ambas con pequeños montones de nieve en los suelos de madera-, se dirigieron

finalmente hacia una puerta situada al final del pasillo. Las vigas de roble se inclinaban hacia arriba, justo por encima de su cabeza, y al mirar hacia arriba pudo ver manchas de cielo azul a través de las secciones del tejado que faltaban. Hacía frío y Laura sabía que iba a estar húmedo.

"¿Qué ha pasado con el tejado?", preguntó al chico con indiferencia.

"La tormenta del verano pasado, ama. Nunca vi un viento más feroz. El tejado se desprendió en pedazos. También aplastó gran parte de los cultivos. ¿Lo visteis?"

"De hecho, Robbie, yo estaba en un barco en aquel momento. Fue algo espantoso".

"No me asusté", se jactó el muchacho, abriendo de un empujón la pesada puerta. "Aunque es cierto que el viento aullaba como una perra sabuesa en busca de algo de cena".

"Seguro que sí", dijo Laura.

Al quedarse sola, miró alrededor de la pequeña cámara. El viento silbaba en un enorme hogar abierto que debía de haber proporcionado calor a todo el piso antes de las reformas. La habitación estaba escasamente amueblada, con una cama estrecha y un pequeño arcón. Era húmeda y fría, pero sin duda soportable, pensó para sí. Al ir a cerrar la persiana que cubría la única ventana, Laura miró el patio de entrenamiento que había debajo. La nieve había sido pisoteada por muchos pies, y la cubierta brillaba bajo el sol radiante.

Encendió un pequeño fuego en la chimenea con un montón de leña y turba que habían dejado, y sonrió irónicamente cuando gran parte del humo se introdujo en la habitación, subiendo hasta las vigas del tejado en lugar de salir por la chimenea. Cuando recogió un montón de paja de una esquina de la habitación, dos ratones marrones se escabulleron por la pared. Sin embargo, quince minutos de cuidadosa búsqueda con una escoba que encontró en el rincón no revelaron más alimañas ocupantes.

Blackfearn era un castillo antiguo, se recordó Laura, y probablemente aún había grano y víveres almacenados en el nivel inferior. Además, no estaba aquí para su propia comodidad, sino para preparar la llegada de cierta niña. Pensar en el propósito de su presencia la animó enormemente.

Poner orden en la habitación le llevó muy poco tiempo, al igual que ordenar sus escasas posesiones. Mirando a su alrededor con satisfacción, Laura pensaba que tal vez fuera hora de volver al Gran Comedor cuando llegara su cena.

Maire, una anciana bastante tímida que al parecer trabajaba en las cocinas, transmitió el mensaje de que el laird estaba seguro de que mistress Laura preferiría tomar las comidas en su habitación.

Fumando mientras cerraba la puerta tras la mujer, Laura decidió que limitarse a asesinar a un canalla como William Ross era un destino demasiado amable.

Respirando hondo unas cuantas veces, se sentó en el arcón junto al fuego y se tranquilizó.

"Eres una superviviente", dijo Laura en voz baja, probando un poco de la comida y luego dejándola a un lado. Fuera lo que fuese lo que habían planeado hacer con aquella pobre oveja, el cordero chamuscado había quedado casi incomedible. El crujiente trozo de pan no parecía más apetitoso que la carne. "Bueno, hasta aquí".

Llegó la mañana, no tan pronto como ella hubiera esperado, pero llegó de todos modos. Y Laura estaba preparada para la batalla.

Se topó con la misma mujer mayor que le había subido la comida la noche anterior justo delante de la puerta.

"Maire, qué amable eres al traerme esto".

La sirvienta de pelo blanco levantó la vista con sorpresa y se encontró con la amable mirada de Laura. "¿Te acuerdas de mi nombre, ama?"

"Por supuesto". Laura sonrió y le quitó la bandeja de madera de las manos. "Espera un momento, ¿quieres?"

Llevó a la habitación la comida, unas tortas chamuscadas y una papilla acuosa inidentificable en un cuenco de madera, y la colocó a los pies de la cama. Volviendo rápidamente junto a la sirvienta, Laura cerró la puerta tras de sí y le puso una mano suave en el hombro.

"¿Bajamos juntos?"

"Pero tu comida, ama".

"Pensé en comérmelo más tarde y, en cambio, acompañarte un rato a la cocina".

"Pero, ¿y el señor?" Se detuvo.

Laura se pasó las manos por los brazos y soltó un suspiro. Observó cómo la nube helada se disipaba en el aire. "¿Soy sólo yo? Este frío, quiero decir".

Maire se ajustó el chal de cuadros alrededor de los hombros y sacudió la cabeza. "Con las grietas del tejado y sin calefacción en esta ala, hace un frío espantoso. Yo diría que daría igual que durmierais en el patio, ama".

Laura inició de nuevo a la mujer por el pasillo. "Creo, sin embargo, que ha sido muy amable el laird al ponerme aquí". Miró a su alrededor, observando unos copos de nieve que llegaban a la deriva desde algún lugar en lo alto. "Me encanta la serenidad. El descanso. Y para ser sincera, este frío... entiendo que es excelente tanto para el cuerpo como para el alma".

"Si tú lo dices, ama". Maire le dedicó una sonrisa desdentada. "Aunque estábamos pensando que debías de haberle hecho algo horrible, al lord, quiero decir, para ponerlo tan furioso".

"¿Está irritado?"

"Sí, eso parece". Esta vez Maire se rió a carcajadas. "Aunque el padre Francis nos ha estado presumiendo a Janet y a mí de lo buena alma que eres. Y ahora, después de haberos conocido, tendría que creer que el cura lo decía bien".

La mujer giró por otro pasillo oscuro, alejándose de la escalera por la que habían subido a Laura el día anterior. Siguiendo a su compañera, la joven pronto se encontró bajando unos estrechos escalones.

"¿Y qué ha estado diciendo el cura?"

"No preguntéis, ama, porque no os lo diré". Maire se rió, pasando una mano por la pared mientras bajaba los escalones. "Esto nos lleva directamente a las cocinas. No tenéis necesidad de pasar por el Gran Salón, por aquí".

"Ah, bien. No puedo permitir que te metas en problemas por mi culpa por desobedecer a tu laird".

Maire se encogió de hombros. "Esto no es desobedecer, exactamente, ama. En realidad, nuestro amo es muy bueno con nosotras. Pero entonces..." Soltó una carcajada y se volvió para mirar a Laura. "Tiene que tratarnos bien, pues somos las últimas trabajadoras de la cocina que quedan en el castillo".

"Ayer vi a bastantes hombres en el Gran Comedor".

"Sí, pero en su mayoría son hombres del terrateniente, buenos sólo para la lucha y la agricultura, cuando necesitan hacer una cosa u otra. Pero en el castillo son tan inútiles como dedos de más, por lo que veo. No son de ninguna ayuda cuando se trata de hacer un trabajo honrado. De hecho, ama, desde la muerte de Robert -que era el mayordomo- y la marcha de la cocinera, Janet y yo nos ocupamos de todo lo que hay que hacer." La mujer mayor hizo una pausa y bordeó una de las paredes al pasar por encima de una escalera que faltaba. "Y todo esto además de todo lo que debíamos estar haciendo antes. Remendar, lavar, limpiar... y todo ello con Chonny bajo los pies".

"¿Chonny es pequeña?"

"¡Och! No es un muchacho, señora. Es un hombre hecho y derecho". Maire volvió a aminorar la marcha y esta vez señaló un saliente bajo mientras bajaba los escalones. "Chonny perdió las dos piernas cuando era un chaval. Más tarde, cuando sus padres murieron de fiebre, el Señor los guarde, lo trasladaron al torreón para que formara parte de la casa."

"Debe de ser difícil para él estar tan solo".

"¿Sola?" La mujer se burló. "No es tan mala vida. Lo único que hace es quedarse en la cocina. Le dan de comer y tiene paja para dormir por la noche. Y si no fuera por su mal genio, diría que la mayoría de nosotros ni siquiera nos fijaríamos en él. Pero sabe cómo hacerse oír".

El olor a gachas quemadas asaltó sus fosas nasales cuando Laura llegó a un rellano situado justo encima de la cocina. El humo flotaba en espesas nubes sobre pesadas mesas de madera, atestadas de una serie desordenada de productos, bandejas, cuencos, carnes, aves en todas las fases de preparación y una multitud de otras cosas, muchas de ellas irreconocibles. Tres perros gruñían y tiraban de una pierna de cordero entre dos mesas, y una mujer corpulenta -mayor que Maire- les gritaba. Al bajar los últimos peldaños detrás de Maire, Laura escuchó sorprendida las fuertes maldiciones de la furiosa mujer. Debía de ser Janet, supuso.

Demasiado absorta en la actividad de la habitación que tenía debajo, Laura tropezó con el cuerpo de una persona que subía rápidamente las escaleras con las manos.

Intentando contenerse, se agarró al hombro y se encontró con un ceño fruncido.

"Lo siento. No te había visto".

Unos ojos hostiles la miraban desde un rostro moreno y sin afeitar. Bajo el cuerpo de un hombre, dos muñones de piernas envueltos en paños de lana lo sostenían en la escalera. El ceño del hombre se frunció implacable cuando ella volvió rápidamente la vista a su rostro.

"Soy Laura. Laura Percy", dijo en voz baja. "Tú debes de ser Chonny". Sin esperar respuesta, señaló con la cabeza el caos lleno de humo de la cocina. "Sé que el laird amenazó con acabar conmigo si abandonaba mi celda del ala este. Pero ¿cómo sabía que vendría a las cocinas?"

El hombre no sonrió. Pero su ceño se frunció un poco cuando le quitó la mano del hombro. Se acercó a la pared, se impulsó hacia el rellano y desapareció al doblar la esquina y subir los escalones.

"Claro que era Chonny", murmuró ella, sacudiendo la cabeza.

Volviéndose en busca de Maire, Laura atisbó a través de la oscuridad y el humo, y vio a su compañera ya junto al hogar abierto, removiendo una enorme olla de hierro e ignorando la conmoción que había a sus espaldas. En un momento, Janet se dio por vencida y se acercó también al hogar.

Laura se quedó observándolas. Janet se enjugó la frente con el dorso de una mano y se quedó con la mirada perdida en el hogar. Un fuego humeante rugía en la enorme abertura de piedra, pero nadie daba vueltas al asador, y un gran trozo de carne se estaba reduciendo rápidamente a cenizas. Por el olor, en el horno de piedra ardía algún tipo de pan.

Janet, que Laura supuso que debía de estar a cargo de la cocina, seguía sin percatarse de su presencia. Maire, que removía afanosamente las gachas arruinadas, se agachó y echó otro bloque de turba al fuego. Parecía que se había olvidado por completo de la visitante.

Bueno, no servía de nada quedarse parada, decidió Laura. Bajó rápidamente los escalones y cruzó el suelo de tierra. Decidió guardar lo que pudiera de los panes del horno y cogió una bandeja. Al hacerlo, resbaló con un objeto en descomposición que había en el suelo y estuvo a punto de golpearse la cabeza con la esquina de una mesa de madera. Se incorporó en el último momento, se enderezó y se dirigió hacia el horno, pero tropezó con un montón de ollas y cuencos

sucios apilados en el suelo.

Se levantó. Sin embargo, antes de que pudiera dar un paso, uno de los perros -que había conseguido robar el cordero a sus rivales- pasó a toda velocidad junto a ella con los otros dos persiguiéndola, aullando, ladrando y chasqueando furiosamente al líder.

El caos. Caos puro y duro.

Bajándose las mangas para cubrirse las manos desnudas, Laura se acercó con cuidado al horno y sonrió lo más cálidamente que pudo a Janet, que la miraba sorprendida. Sin mediar palabra, cogió la primera hogaza de pan plano, sólo para que un brazo de hierro la rodeara por la cintura y la empujara hacia atrás contra un muro de músculos humanos.

Se le escapó un fuerte grito ahogado, y durante un momento de estupor permaneció estrechamente acurrucada contra el cuerpo del hombre.

Ante sus ojos, la sala estalló. Más perros corrían entre los bancos, ladrando y acosando a dos ovejas que balaban ruidosamente al intentar encaramarse a las mesas. Un pollo aleteó por su vida hacia las humeantes vigas, bañando de plumas el mundo de abajo. Un gigante vestido con los colores de Ross y una barba prodigiosa surgió de la nada, apareciendo de repente en el hogar con una enorme olla de agua que procedió a arrojar sobre la carne chisporroteante. Janet chilló de incredulidad, golpeando al guerrero con una gran cuchara de madera.

Laura se retorció y se retorció, empujando el brazo que la mantenía cautiva, pero el hombre no la soltó, permitiéndole sólo girar entre sus brazos.

¿Por qué se le paraba el corazón cada vez que miraba la cara de William Ross?

"¿Y llamas a esto apartarte de mi camino?"

Estaba demasiado cerca. Podía sentir su aliento acariciándole la mejilla. Desde el lugar donde sus manos sujetaban su cintura, un cálido charco se extendía rápidamente hacia el interior, hasta el centro mismo de su ser.

Forzó las palabras. "Así es. O al menos, lo intento".

"¿Y qué has hecho con mis cocinas?"

Miró por encima del hombro y sonrió. "Nada. ¿Por qué iba a cambiar nada aquí?"

Incluso cuando la soltó, fue muy consciente de que sus manos seguían aferradas a su cintura. La tenía demasiado cerca para que pudiera respirar. Apoyó una mano en su pecho para poner distancia entre ellos, pero él la atrapó bajo la suya. Su pulso se aceleró salvajemente.

"¿Te parece divertido?"

Ella levantó la vista y se encontró con su mirada. "¿A que sí?"

Su intento de fruncir el ceño no tuvo éxito, y pareció más dolido al ver el desorden. Janet seguía regañando sin piedad al compinche de William. El hombre, de pie con los brazos cruzados sobre el pecho, esperaba pacientemente a su laird y hacía todo lo posible por ignorar la andanada verbal. "Me pregunto qué será primero, si el castillo de Blackfearn ardiendo hasta los cimientos o los que viven aquí muriendo de hambre".

Siguiendo la dirección de su mirada, asintió sombríamente. "¿Por qué no traes a un nuevo cocinero?"

Le soltó la mano y se apartó ligeramente. "Ya le he pedido a Edward que se ocupe de ello. Pero parece que no tiene suerte".

Aunque ya sabía la respuesta, la preguntó de todos modos. "¿Edward es tu mayordomo?"

"¿Mayordomo?" William resopló. Señaló con la cabeza al gigante barbudo. "No, ese enano de ahí es Eduardo. Es el guerrero jefe del clan".

"Entonces, ¿por qué no haces que tu mayordomo se ocupe de ello?". Al ver que fruncía el ceño, suavizó el tono. "No soy ninguna autoridad en la gestión de un castillo en este país, pero en

el lugar donde me crié, el mayordomo sería el hombre adecuado para ocuparse de asuntos como éste".

Volvió a ponerle las manos en la cintura y tiró de ella hacia atrás mientras Maire, acordándose del pan, corría hacia el horno y empezaba a sacar los panes ennegrecidos.

"El mayordomo ha muerto", dijo bruscamente.

"Siento oír eso, pero si no haces pronto un cambio aquí, perderás también a estas dos mujeres".

"¿Están enfermos?"

Le miró a la cara. El humo colgaba en una nube sobre su cabeza. "Incluso las mujeres jóvenes pueden estar sobrecargadas de trabajo, y estas dos no son mujeres jóvenes".

Para su decepción, la mano de él se retiró de la cintura de ella. "No han expresado ninguna queja".

"No lo harían. Tú eres el terrateniente".

Sus ojos se entrecerraron. "¿Pero te lo dirían? ¿Y quién eres tú? ¿Un forastero que sólo lleva aquí una noche?"

Su temperamento se encendió de nuevo. "Cierto, llevo aquí una noche. Cierto, soy una forastera. Pero tendría que estar ciega para no ver las señales".

¿"Señales"?

Ella asintió. "Bueno, para empezar, la comida. El problema no es que tengas una cocinera horrible y descuidada; el problema es que dos ancianas que tienen que gestionar el funcionamiento de todo un castillo no pueden alimentar además a un ejército de hombres."

Laura miró en dirección a Maire mientras sacaba el último pan del horno. "Está claro que han hecho lo que han podido. Sin ni siquiera muchachos que den la vuelta a la carne en los asadores ni ayudantes que limpien después. Ni hablar de alguien que atienda bien el fuego, u organice la elaboración del pan, o descuartice y cuelgue bien las carnes, o elabore la cerveza, o desplume las aves, o..."

"Janet es una buena cervecera. Lleva fabricando cerveza desde que yo era un chaval".

Laura suavizó el tono. "No sé si callan por respeto a ti o porque piensan que lo que hacen es insignificante frente a otros problemas de los que debes ocuparte. Pero aquí necesitan ayuda".

"No estoy en todas partes. No puedo leer la mente de la gente. Quizá no estoy *dotado* para reconocer señales".

"¿Cómo podemos ser otra cosa que lo que somos? Pero aquí es donde tener un administrador -alguien en quien puedas confiar y delegar estos asuntos- marcará la diferencia".

La miró durante un momento y luego miró a las dos mujeres que hurgaban en busca de algo en una pila de cuencos que había sobre una mesa. Luego, sin decir una palabra ni hacer una señal, se volvió y se dirigió hacia una puerta que conducía a través de un pequeño pasillo al Gran Comedor.

Poco dispuesta a que la despidieran tan bruscamente, Laura se apresuró a seguirle al Salón. "¿Así que piensas hacer un cambio aquí?"

Haciendo un gesto seco a varios hombres que descansaban en un banco del Gran Salón, William se volvió hacia las enormes puertas de roble tachonado de la entrada principal. Ella continuó tras él, siguiendo al laird por los escalones que conducían al patio empedrado.

"William, Janet y Maire son dos ancianas. Como te dije antes, hazlas trabajar tanto y enfermarán".

Se dio la vuelta para mirarla. Mientras hacía señas a Edward, al guerrero barbudo y al resto de los hombres para que subieran, Laura se dio cuenta de repente de que estaba de pie, al aire

helado, sin ni siquiera la protección de un abrigo. Se rodeó con los brazos e intentó no tiritar.

"Eres su laird. Y confían en ti para marcar la diferencia. Para que cuides de ellos".

Sus ojos se abrieron de par en par cuando él le llevó la mano grande a la cara, le cogió la barbilla y se la levantó. Miró sus ojos azules, vio dulzura y luego deseo. Iba a besarla, estaba segura. Se le paró el corazón.

"¿Y quién cuida de ti, Laura Percy?"

Su pregunta fue tan inesperada que se quedó sin palabras. "¿Yo? No tengo..."

"¿Sigues teniendo esos sueños inquietantes?"

Estaba demasiado conmocionada para hablar. Se le cerró la garganta. Y a pesar de la frialdad del aire, un calor abrasador se apoderó de su rostro.

Le rozó suavemente la mejilla con los nudillos y dejó caer la mano. "Conseguiremos más ayuda para Janet y Maire".

Se volvió y se dirigió hacia la puerta arqueada y el rastrillo abierto, donde le esperaban sus hombres. Pero Laura permaneció donde estaba, sin sentir ya el frío, observando su retirada y preguntándose qué significaba toda aquella agitación en su interior.

Ninguna multitud sonriente o llorosa había salido a despedir al grupo. Miriam miró con nostalgia la alta torre del homenaje del castillo de Hoddum, buscando en las ventanas alguna señal de su abuelo. Pero no había ninguna. Ninguna mano agitando, ninguna sombra de él observando desde su cámara.

El llanto de Nanna Jean dio paso a una terrible y desgarradora tos cuando se despidió de su hermana. Estaba muy enferma y empeoraba cada día, pero lord Herries había insistido en que se marcharan inmediatamente.

Miriam vio cómo Sir Wyntoun sacudía la cabeza mientras giraba su caballo hacia la puerta abierta, y los demás le siguieron. Dos perros ladrones salieron corriendo de la aldea, enseñando los dientes y gruñendo a los viajeros mientras el pequeño grupo avanzaba por el camino hacia el vado.

Se mordió el labio y luchó contra las lágrimas que le quemaban los ojos. Tras echar un último vistazo al castillo de Hoddum, Miriam se volvió y miró fijamente la interminable línea de colinas que conducían a las montañas cubiertas de niebla que había más allá. No recordaba el lugar que le esperaba al final de este viaje.

William Ross. Repitió el nombre en su cabeza. William Ross. Su protector. Su guardián. Su tío.

Jurando en silencio ser lo mejor que pudiera, pensó en William Ross y en todo lo que haría para que su tío se sintiera orgulloso de ella una vez llegara al castillo de Blackfearn.

Sería valiente. Sería amable. Sería una niña perfecta de siete años, por lo que su tío no tendría más remedio que quererla.

Miriam se apuñaló una lágrima desbocada. Y no lloraría. Ni en el Castillo de Blackfearn ni aquí, aunque estuviera abandonando para siempre el único lugar al que había llamado hogar.

Aunque alguien no la quisiera lo suficiente como para decirle adiós.

Capítulo Trece

GUILLERMO OBSERVÓ con interés el ataque a los postes de madera en pie. Sus guerreros empezaban a dominar las nuevas alabardas alemanas. El arma, un palo de dos metros y medio con una cabeza de hierro que combinaba el hacha de combate y la lanza, cortó enormes trozos de los postes en el primer asalto. Cuando la lucha se convirtió en cuerpo a cuerpo, la alabarda se convirtió en un feroz instrumento de destrucción.

Dios sabe que los ingleses lo habían utilizado bastante bien en la carnicería que tuvo lugar en Flodden.

"Por lo que parece, ¿no se sorprendería Duncan Munro de encontrar un avispero de éstos esperándole en una de sus incursiones en tierras de Ross?". dijo Edward, volviendo del pozo y entregándole a William un cuenco de agua.

"Sí. Y si las cartas tranquilizadoras de Gilbert a sir Walter no surten efecto, tengo la sensación de que no tardaremos en utilizarlas también contra los Sinclair". El laird bebió y se lo devolvió. "¿Alguna mejora en la cocina?"

La obscenidad de Edward fue gráfica y directa. "La mujer de Peter ha venido del pueblo para sustituir a la vieja Janet esta mañana".

"¿Alguna mejora?"

Edward resopló. "No creo que lo dijera así. Desde que entró en el local, la mujer se ha puesto colorada, se ha paseado furiosa por las cocinas, se ha peleado a brazo partido con Janet. Wee Robbie dice que ambas parecen cerezas a punto de estallar. Mi consejo, milord, sería que hoy evitaras el pescado. Lo más probable es que la mujer nos envenene a todos".

"¿Qué pasa ahora?"

Edward se encogió de hombros. "Si buscas una explicación para las acciones de una mujer, preguntas al hombre equivocado. No las entiendo. Nunca lo hice y nunca lo haré".

"¿No reunisteis más ayuda que una sola?"

"Sí. Robbie dice que la mujer de Peter los maldijo a todos, diciendo que no podía estar haciendo su trabajo con tantos holgazanes de pie mirándola. El chaval dice que la gota que colmó el vaso fue cuando Chonny empezó a reñirla".

Un movimiento atrajo la atención del laird, y William se volvió a tiempo de ver a dos halcones que volaban en círculos sobre el ala este del castillo.

"Maire también me ha vuelto a decir que la señora Laura desea tener una audiencia contigo".

William se había obstinado en evitarla. No podía contenerse cuando estaba cerca de ella. No podía apartar las manos de ella. Volvió a centrar su atención en los hombres del patio de entrenamiento. Habían pasado tres días desde que perdió la cabeza en el patio y estuvo a punto de besar su hermosa boca delante de todos. Desde entonces, la nieve que cubría el patio de

entrenamiento se había convertido en un exudado gris helado.

Y la forma en que se había preocupado por *su* gente. Aquellos ojos violetas que le miraban. Y luego el calor, ese bonito rubor que se apoderaba de su rostro cada vez que él se acercaba a ella. Era una tentación demasiado grande. Una contra la que no podía arriesgarse a luchar. No, se dijo, algunas tentaciones simplemente hay que evitarlas.

Pero estaba cansado de ser tan condenadamente virtuoso.

Guillermo se dio cuenta de que Eduardo se dirigía a él. "Y te das cuenta de que el padre Francisco se marcha hoy".

"¿Qué? ¿Y se lleva a Lau... Mistress Percy con él?"

"No, William. Tu sobrina podría llegar a Blackfearn en cualquier momento. El sacerdote dice que Mistress Percy debería estar aquí cuando llegue la muchacha".

William volvió a levantar la vista y observó a los halcones que volaban en círculos. Era evidente que estaban interesados en algo que había dentro de los muros del castillo.

"El viejo dice que el preboste vendrá aquí en cuanto Francisco llegue de vuelta a San Duthac. Creo que Gilbert te ha dicho que él también desea estar aquí".

Muy bien. Con Gilbert cerca, no habría muchas posibilidades de quedarse a solas con Laura. Ahora, si pudiera ocuparse lo suficiente para no pensar en la mujer.

"Y el tío de Tar vendrá aquí mañana por la mañana para que puedas hablar con él sobre el puesto de mayordomo".

William asintió vagamente, con la atención repentinamente fija en los halcones. Uno de ellos comenzó a lanzarse en picado, trazando una amplia curva y pasando muy cerca de una de las ventanas del ala este antes de elevarse en el cielo.

"¿Qué demonios está pasando ahí arriba?"

Tras levantar la vista hacia los halcones que volaban en círculos, los ojos de Edward siguieron la dirección de la mirada del laird. "Esa última ventana sería la alcoba de mistress Laura".

"Ya lo sé". Los músculos de William se pusieron rígidos y dio un paso hacia la torre del homenaje. Detrás de él, varios de sus hombres se acercaron. "¿Está ahí arriba?"

"Creo que sí. Se dice por el castillo que le has prohibido reunirse con el resto de la familia en el Gran Salón, aunque no sé si es cierto. Pero sí, la muchacha ha permanecido bastante cerca de su habitación, tal como es".

William vio cómo la persiana de madera se abrió un poco y aparecía una mano, colgando algo por la ventana al final de una corta cuerda. Inmediatamente, uno de los halcones salió disparado como una flecha del cielo. Un instante antes de que el depredador chocara contra la mano, la mujer volteó el cebo hacia arriba, metiendo la mano mientras el ave pasaba como un rayo.

El halcón ascendió rápidamente, con su presa colgando de unas garras capaces de desgarrar el brazo de un hombre.

"¿Qué hace la muchacha?" preguntó Edward con incredulidad.

"Alimentándoles", dijo uno de los guerreros con asombro.

"Las malditas criaturas podrían arrancarle la mano", dijo otro asombrado.

William miró a su alrededor y vio que todo el mundo en el patio se había detenido para contemplar el espectáculo.

"¡Por todos los diablos!", murmuró, dirigiéndose a la torre del homenaje. No podía enviar a ninguno de sus hombres a su habitación. Al entrar por la puerta de la cocina, se encontró en medio de un pequeño tumulto de trabajadores furiosos y maldicientes. Al ver a una Janet con la

cara roja discutiendo con la esposa de Peter y a una Chonny sorprendentemente vociferante al otro lado de la refriega, William subió inmediatamente los viejos escalones que conducían al ala este. Maire no aparecía por ninguna parte, y no serviría de nada pedirle a Janet que subiera a la habitación de Laura, pensó.

Al doblar la esquina del rellano y ascender rápidamente, William se saltó de repente un escalón, cayendo pesadamente hacia delante. Al levantarse, el hacendado se dio cuenta de que el escalón que había "omitido" no existía. Maldiciendo mientras se frotaba la espinilla y la rodilla ensangrentadas, tomó nota mental de que debía reparar el maldito escalón.

Una vez a salvo en los pasadizos del piso superior, le sorprendió el mal estado del tejado y el frío intenso que impregnaba el edificio.

Edward, recordó, le había advertido sobre el estado de deterioro existente en esta ala, pero William había optado por ignorarlo. Igual que había ignorado todo lo demás que Mildred había valorado.

Al final del pasillo, se detuvo antes de llamar a la puerta de roble. ¿Qué demonios hacía aquí? No era casualidad que la hubieran situado en esta ala. Había querido que se sintiera incómoda e inoportuna; entonces ella misma podría decidir marcharse. ¿Y qué si corría peligro de perder uno de aquellos bonitos dedos a manos de un halcón frenético?

Sus nudillos golpearon la puerta en un instante.

"Puedes entrar, Maire".

Su suave llamada le hizo dudar un instante. ¿Qué estaba haciendo? Sabía que lo más seguro para él era simplemente darse la vuelta y dejarla con sus tonterías.

Abrió la puerta de un empujón.

Ahora estaba asomada a la ventana, mirando atentamente hacia arriba. Como William apoyaba el hombro en la jamba de la puerta, tenía una buena vista de su torneado trasero. Se le pasó por la cabeza la idea de entrar en aquel dormitorio, cogerla en brazos y arrojarla sobre aquel estrecho catre. La tensión de sus entrañas le decía que estaba a punto de hacerlo. Por Dios, pensó, podría pasar fácilmente un mes aquí y dejar que todo lo demás se pudriera. Y qué agradable sería ese mes.

"Pon la bandeja en el suelo, Maire. Siéntate y descansa un poco la pierna".

Todavía de espaldas a él, Laura se enderezó hacia la ventana. Mientras él la miraba, ella ató un trozo de carne de un plato en la repisa con un trozo corto de hilo.

"Antes vi al laird entrenando en el patio con sus hombres. Supongo que aún se niega a verme". Parecía descontenta por ello, y las cejas de William se arquearon de sorpresa. "El padre Francis dijo que Miriam podría llegar aquí esta misma semana. Ojalá William Ross dejara de lado su... bueno, su desinterés por mí por un momento y se limitara a escucharme. Hay mucho que hacer".

Colgó el sedal y cerró de golpe la contraventana cuando pasó disparada la oscura forma de un halcón. Volvió a abrir la persiana y miró hacia fuera, apoyando la cabeza en la madera con un fuerte suspiro.

William frunció el ceño y sintió una punzada de culpabilidad. De repente, ser tan grosero con ella ya no tenía mucho sentido. Era cierto que procedía del mismo entorno privilegiado que Mildred, pero ahí acababan las similitudes.

Una ráfaga de viento helado pasó junto a él desde el pasillo, y la vio tirar de la tartana que llevaba enrollada alrededor de los hombros. Entró en la habitación y cerró la puerta, apoyando la espalda contra su única vía de escape.

"No estaría bien que una chiquilla de siete años llegara aquí y se sintiera como si ni siquiera

la esperaran, y mucho menos la acogieran". Empezó a atar otro trozo con cuerda. "*Tengo que llamar su atención. ¿Pero cómo?*"

William miró los restos moribundos del pequeño fuego de la enorme chimenea. En silencio, se acercó al hogar y colocó otro bloque de turba sobre las brasas. Mientras el humo retrocedía hacia la habitación, un ceño fruncido nubló sus facciones.

"Quizá si dejara de comer del todo y te hiciera llevarle noticias de mi protesta".

Teniendo en cuenta la calidad de la comida que les daban últimamente, podría plantearse hacerlo él mismo. Se inclinó hacia la chimenea y miró hacia arriba. Pensó que allí arriba no había ni un atisbo de luz diurna, sacudiendo la cabeza.

"No. Podría decidir que estoy haciendo un comentario sobre la comida, estar de acuerdo conmigo y tomar él mismo la misma medida."

Se recostó contra la repisa de piedra tallada que había sobre la chimenea y sonrió. Llevaba un vestido de lana grueso y bastante informe, pero a él no le costó recordar el hermoso cuerpo que se ocultaba bajo sus pesados pliegues. Se puso lentamente en pie.

"He sido demasiado previsible en mi enfoque. Demasiado... demasiado sensato".

Él asintió con la cabeza, pero de repente una nota de picardía se coló en su voz.

"Si actuara de forma totalmente distinta a como soy en realidad". Se preparó para volver a colgar el cebo por la ventana, pero se detuvo, mirando a los hombres del patio de entrenamiento. "Tal vez si me despojara de toda mi ropa y la arrojara, pieza a pieza, por esta ventana al patio".

"Eso sí que llamaría mi atención, aunque seguramente te congelarías aquí en un santiamén, me parece".

Ella se giró sobresaltada y lo miró boquiabierta, con sus ojos violetas como dos gemas redondas en un rostro de marfil. William vio pasar la sombra de un halcón por la ventana abierta detrás de ella. Atravesó la cámara hasta donde estaba ella.

Laura se recuperó rápidamente de la sorpresa y se mantuvo firme. Sus hombros se enderezaron y levantó la barbilla en señal de desafío, pero sus ojos le dijeron que su presencia no era inoportuna.

"Podíais haberme dicho, mi señor, que erais vos".

Él arqueó una ceja hacia ella. "¿Señor?"

Cuando llegó ante ella, vio el profundo rubor que subía bajo la piel de su cuello, hasta sus mejillas. Dejando que sus ojos recorrieran su cuerpo, notó el pequeño temblor de sus manos. Maldita sea, era hermosa. Tan cerca como estaba, no había forma de detener la tensión de sus entrañas, el latido de su sangre, el deseo abrumador de tocarla.

Extendió ambas manos y la cogió por los hombros. Ignorando su grito de sorpresa, la movió bruscamente hacia un lado, lejos de la ventana.

Cerró y echó el pestillo y se volvió hacia ella. "Muy bien. Date prisa. Tienes mi atención".

La vio tragar saliva y fijó la mirada en sus labios entreabiertos. Estaban tan llenos, tan tiernos. Recordó con la claridad de un sueño lo tiernos que eran. Antes de darse cuenta de que tenía intención de hacerlo, le rodeó la cintura con una mano y ella se corrió voluntariamente en su brazo.

La unión de sus bocas podría haber incendiado todo el castillo. Como un hambriento, la besó, la devoró, y ella respondió con el mismo celo.

Clavó los dedos en su pelo, sujetándola con fuerza mientras su boca intentaba sentir su sabor. Ella le rodeó el cuello con los brazos, su cuerpo se arqueó, apretándose más contra él, llevándolo a un nivel de auténtica locura.

Maldita sea, esta mujer era tan dulce. Su carne le abrasaba allí donde la tocaba. Y su piel, tan

increíblemente suave. Sus labios se movieron de su boca y recorrieron su mejilla, su oreja, su cuello, mientras ella se movía inquieta, dándole mejor acceso a la tentadora carne. Sus manos estaban por todas partes, recorriendo su espalda, sintiendo la curva de su trasero, tirando con fuerza de ella contra su hombría.

Volvió a encontrar su boca y se tragó su grito de sorpresa mientras le acariciaba el pecho con una mano. Ella se inclinó hacia él y él se oyó gemir de necesidad.

Tenía que tenerla. Y sabía que podía. Cuando retrocedió un poco, ella lo siguió, buscándolo, provocándolo, atrayendo de nuevo la lengua de él hacia su suave boca.

Por la camisa de Duthac, la quería aquí mismo, en esta habitación, en esta pobre excusa de cama. Pero esa voz persistente, vengativa y dolorosa que tenía en la cabeza seguía tirando de él, diciéndole que estaría mal. Laura no era una moza de la Taberna de las Tres Copas. Ni siquiera era una mocosa mundana y mimada de la corte. Era una hechicera, pero no tenía ni idea de todo lo que él deseaba hacerle.

Le cogió la cara, manteniéndola en su sitio, y tiró suavemente hacia atrás. Mirándola a la cara -los labios entreabiertos, las mejillas sonrojadas, los ojos que se cerraban para volver a abrirse lentamente en todo su esplendor violeta-, supo que era un hombre hechizado.

Respiró hondo y le sonrió. "Bueno, muchacha, ahora sí que tienes mi atención".

De repente, se puso nerviosa. Intentó dar un paso atrás. Él la retuvo.

"Lo que ha ocurrido hace un momento ha tardado demasiado en llegar".

Ella asintió, royendo y luego lamiendo delicadamente su labio inferior. Se preguntó si ella sabía cómo una acción tan simple podía despertar en él tanto deseo.

Su voz era ronca mientras se sacudía aquellos pensamientos. "Pero no podemos permitir que vuelva a ocurrir".

Con las mejillas encendidas, ella asintió, pero la mirada de dolor que él vislumbró en sus ojos le dijo que era un sucio bribón.

"Laura, eres una mujer muy deseable, apasionada y hermosa. Y yo sólo soy un hombre". Apartó la mirada, intentando disipar la ira de su voz. Lamentablemente, intentó sonar despreocupado. "Sólo busco un revolcón en el heno. Demonios, te mereces más que eso".

Ella le miró el pecho y él le soltó la mano de mala gana. "Nos mantendremos alejados el uno del otro durante el resto de tu estancia aquí. Ambos podemos olvidar lo ocurrido".

Volvió a asentir y se apartó de él. Atravesó la habitación hasta el otro extremo de la chimenea y se quedó mirando el pequeño fuego. Él vio que le temblaban ligeramente las manos mientras se las metía en los pliegues del vestido.

"Pronto encontrarás marido y tendrás tus propios hijos, como tu hermana mayor. Y entonces te alegrarás de no haberte entregado a un villano de las Highlands".

Era vanidad, William lo sabía, pero aun así esperaba que ella negara sus palabras. Sin embargo, ella no dijo nada y, cuando por fin se volvió hacia él, parecía tener su pasión bajo control.

"Te agradezco que hayas subido. Sé que estáis muy ocupado, milord".

Observó sus manos fuertemente entrelazadas y quiso sentir las de nuevo tocándole. Todas las palabras que había pronunciado eran mentira, se dio cuenta de repente. Todas y cada una de ellas.

"He hecho una lista de peticiones que, si tuvieras la amabilidad de escucharlas, aliviarían en gran medida mis preocupaciones por la llegada de tu sobrina".

"¿Una lista?", repitió como un tonto, viéndola inclinarse sobre la cama para coger un trozo de pizarra con algo escrito. Por San Andrés, la quería tumbada debajo de él en aquel catre. Quería

despojarla de aquel vestido gris y sentir sus miembros desnudos y entrelazados con los suyos.

"Sí, una lista". Se enderezó, pasándose una mano por la parte delantera del vestido.

Los ojos de William siguieron el movimiento, deteniéndose en sus pechos, tan conscientes de su plenitud, de cómo los había sentido cuando los había cogido.

"En primer lugar, puesto que aquí actuaré como primer tutor de la niña, me preguntaba si tu sobrina podría alojarse en una alcoba contigua a la mía. Sé que esta ala es bastante ventilada, pero creo que, con unas pequeñas modificaciones, las habitaciones que hay al final de este pasillo podrían ser lo bastante cálidas. Y..."

"Muy bien", dijo él brevemente, observando la seriedad de su mandíbula. Sabía exactamente cómo suavizarla. Suavizarla a ella.

"En segundo lugar, me preguntaba, ya que aún no hay mayordomo, si podría supervisar la contratación de un cocinero de confianza para la cocina".

Estaba estudiando su lista, con la mano apoyada en las costillas, justo debajo del pecho. Frunció el ceño, el tormento creciendo en su interior.

"Es esencial que mejoremos la calidad de la comida antes de la llegada de Miriam. Yo mismo he estado alimentando regularmente a los halcones con ella, aunque creo que disfrutaron más con los ratones que maté el primer día aquí que con la comida que se prepara en la cocina de Blackfearn."

¿Matar ratones? Él ocultó su sonrisa cuando ella empezó a pasear distraídamente por la habitación, enumerando todas las razones por las que debía dejar que ella se hiciera cargo.

Respiró hondo cuando ella pasó cerca de él. Su dulce aroma flotaba en el aire como la lavanda en una víspera de verano. Su pelo caía en ondas sueltas sobre sus hombros como una brillante cascada de seda. Quería enterrar la mano en él, pasárselo por la cara, el pecho, el vientre. Estaba perdiendo la cabeza.

Se dio cuenta de que asentía vagamente, pero ¿a qué? Ella volvió a su lista, paseándose y frotándose ligeramente el cuello. La suave columna de piel de marfil, el pulso que latía tan seductoramente en el hueco de su garganta. Él la había saboreado allí. Y quería volver a hacerlo. De hecho, quería quitarle aquel cuello, aquel pañuelo a cuadros, aquel maldito vestido. Quería dejar que su boca saboreara cada centímetro de su piel desnuda.

"Suponiendo que los esfuerzos requeridos..."

Ella siguió hablando, pero él parecía haber perdido la capacidad de oír algo más que fragmentos de lo que ella decía. Con el rugido palpitante que empezaba a surgir en su cabeza, sus oídos parecían haber dejado de funcionar. Su cuerpo, sin embargo...

William sabía que tenía que salir de aquella cámara antes de que su fuerza de voluntad se derrumbara e hiciera lo impensable.

"Haz lo que quieras", espetó, volviéndose bruscamente.

"¿Todo?"

Abrió la puerta de un tirón y le dirigió una mirada de despedida. Tenía los ojos redondos por la sorpresa. Su hermosa boca abierta. Sería un hombre condenado si no escapaba.

"Sí, por supuesto que todo".

El viento de las Highlands era terriblemente frío y cortaba a los viajeros con la sensación de una hoja helada sobre los huesos. Treparon por otra meseta tan empinada y escarpada que los caballos de carga no paraban de tambalearse bajo su carga. Pero la joven, sentada a horcajadas

sobre su robusto caballito, estaba demasiado excitada para prestar atención al hostil entorno. Impulsó a su caballo hacia arriba hasta que estuvo cabalgando junto al líder del grupo.

"Miriam, te he pedido antes que te quedes en medio de la fila".

"Sí, así es, sir Wyntoun. Y volveré en cuanto respondas a una pregunta más".

La expresión severa del hombre se suavizó al mirar fijamente a la joven. "Sí, muchacha. ¿Y de qué se trata esta vez?"

"¿Cuántos días faltan para que lleguemos?"

"Dos, quizá tres, si el tiempo coopera. Pero ya lo hemos hablado hoy, creo..."

"¿Y cuántos campamentos haremos antes de ver el castillo de Blackfearn?"

Wyntoun MacLean frunció el ceño para ocultar su sonrisa, aunque de todos modos sabía que el niño lo había descubierto. "Ya son dos preguntas, si no me equivoco".

Los ojos azules que se volvían hacia arriba en actitud de súplica hicieron que el Highlander sacudiera la cabeza, derrotado.

"Teniendo en cuenta que tu primera pregunta es la misma que llevas haciendo unas cien veces al día desde que salimos del castillo de Hoddum, supongo que debo permitirte esta segunda. Aunque, para ser sincero, muchacha, no veo la diferencia".

"¿Cuántos campamentos, Sir Wyntoun?"

"Por la d..." Se controló. "Una vez más, niña, si el tiempo lo permite, tan sólo dos. Pero podrían ser más".

"¿Podríamos prescindir de ellos y llegar allí hoy?"

"¿Querías matar a esa preciosidad que montas, Miriam? No. Además, es demasiado peligroso cabalgar en la oscuridad". Sacudió la cabeza y la miró atentamente. "¿Tienes frío, muchacha?"

El rostro pícaro de Miriam temblaba de un lado a otro. "No hace frío, en absoluto".

El tinte azulado de sus labios contradecía sus palabras. Era una elfa pequeña y testaruda, sin duda, pensó.

"No tienes que preocuparte por mí, Sir Wyntoun".

Asintió y, rebuscando en la bolsa de cuero atada a su montura, sacó otra manta. "Sí, ya lo sé. Pero tu caballo parece tener un poco de frío, así que ponte esto sobre el regazo".

"Muy bien, aunque a mí no me parece fría". Sin embargo, con la mirada de una persona que sigue la corriente a otra, la cogió y se la colocó alrededor de las piernas.

"Eso la mantendrá caliente, muchacha. Ahora, ¿por qué no esperas aquí y te colocas en tu sitio en la fila?"

"Antes de irme, sir Wyntoun", soltó ella, "¿cómo crees que debería llamar a mi tío?"

"Es tu tío. Llámale así".

Sacudió la cabeza. "Eso era antes. Ahora es mi tutor. Nanna Jean dijo antes de irnos que ahora sería como mi padre. Pero no puedo llamarle 'guardián', ¿verdad?". Torció el ceño y miró al rostro del montañés. "Quizá debería llamarle 'Sir William'. No, eso no sirve. ¿Quizá 'laird'?"

Wyntoun MacLean sacudió la cabeza. "Bueno, muchacha, yo..."

"¿Padre? ¿Crees que le gustaría que le llamara 'Padre'?"

El montañés observó en silencio cómo una expresión de incertidumbre nublaba el rostro de la joven.

"¿Y si me odia?"

"Conozco a tu tío, Miriam. No te odiará".

"¿Pero y si no me quiere? El abuelo no me quería".

"Lord Herries es un anciano". Wyntoun se detuvo, comprendiendo que no tenía sentido

defender a aquel viejo bastardo sin sangre. Ella misma lo había visto.

"¿Me querrá?"

El caballero le hizo un gesto tranquilizador con la cabeza. "Lo harás muy bien, Miriam. Conozco a William Ross. El hombre te apreciará, muchacha".

Capítulo Catorce

LAS DISCUSIONES ERAN fuertes e incesantes, y las voces airadas subían por los escalones con el familiar olor a comida quemada. Laura se arrebujó las faldas en las piernas y escuchó desde su lugar en la oscuridad de la escalera que subía desde las cocinas.

Ella le estaba esperando. Sabía que vendría. Siempre lo hacía. Escapaba del caos en su apogeo y buscaba una posición de refugio. Se había encontrado con Chonny varias veces en este lugar. Seguramente estaría aquí esta mañana.

Laura había descubierto muy pronto que dedicar tiempo a ser amable con aquel hombre hosco era perder el tiempo. En cambio, cada vez que le había preguntado qué ocurría en la cocina, Chonny se había mostrado más que dispuesto a hablar. De hecho, podía ser bastante elocuente sobre lo que había causado el desastre actual y cómo podía resolverse. Sin embargo, nadie en la cocina estaba interesado en escuchar. Según sus propias palabras, ¿a quién le importaba lo que tuviera que decir un tullido?

Bueno, a Laura le importaba, para empezar. Y de hecho se había propuesto hacer algunos cambios.

Al oír nuevos chillidos entre dos mujeres que estaban abajo, Laura avanzó sobre sus pasos. Tal como esperaba, Chonny no tardó en aparecer, subiendo los escalones con las manos y deteniéndose bruscamente al ver que Laura le impedía el paso.

Se movió un poco más hacia un lado y sonrió agradablemente. "Creo que hay sitio para los dos".

Incluso en la penumbra de las escaleras, Laura vio que la cara del hombre se volvía de un tono carmesí intenso. Refunfuñó una queja en voz baja y se sentó unos peldaños por debajo de su percha.

"¿Otro desastre?"

Volvió a refunfuñar algo que ella no oyó.

"Parece que ahora hay muchas manos que ayudan en la cocina. No puedo, por mi vida, entender por qué el castillo de Blackfearn sigue plagado de una comida tan horrible."

"Demasiados".

"¿Demasiada gente a la que alimentar? Estoy de acuerdo", dijo simplemente. "Debe de ser bastante difícil alimentar a tanta gente".

"Demasiados ayudantes", espetó. "Ese infierno está lleno de aldeanos que no distinguirían una cuchara del culo de una oveja. Y no hay ni uno de ellos que sepa dar una dirección con claridad, por no hablar de cocinar".

"¿Así que Janet no es la mujer adecuada para dirigir la cocina?"

"Es cervecera", murmuró.

"¿Ni tampoco a la mujer de Pedro?"

Chonny se limitó a resoplar en respuesta y la miró desde la escalera.

Laura apoyó la barbilla en la mano, como si contemplara lo que había dicho, y le miró por encima de la cabeza. "Entonces supongo que habrá que probar la solución del hacendado".

Esperó, evitando la mirada penetrante del joven. Esperó, sabiendo que la pregunta llegaría. Y llegó.

"¿Qué solución?"

Laura se volvió hacia él y se iluminó, como si acabara de recordar que estaba allí. "Tú, Chonny".

"Dijiste que el laird tenía una solución para la cocina".

Ella le ignoró. "Me han dicho que te has convertido en un terror en la cocina. Dicen que todo el mundo salta cuando pierdes los nervios. Dicen que lo que no tienes de estatura, lo compensas con pulmones. ¿Es cierto?"

Se dio la vuelta y volvió a refunfuñar en voz baja. Levantándose, bajó con facilidad un par de escalones.

"¿Quieres oír la solución de William Ross?"

"No hace falta que me lo digas, puedo adivinarlo yo sola. Me quiere fuera de la cocina".

"No, todo lo contrario. He oído a la mujer de Peter decirle a Maire que crees que serías mejor cocinera que nadie. ¿Es cierto, Chonny?"

El hombre se volvió y miró a Laura, su expresión de sorpresa se convirtió rápidamente en sospecha.

"¿Es eso cierto, Chonny?"

"¿Por qué no iba a pensarlo? Desde que las perdí -soltó, haciendo un gesto hacia sus piernas-, he pasado toda mi vida en esa cocina. Tengo cerebro, ama, y he observado lo suficiente como para saber cocinar. ¿Quién dice que no debo levantar la voz cuando el lugar está a punto de arder?"

"Yo no". Laura sonrió. "Y tampoco el terrateniente. William Ross cree que ya es hora de que te hagas cargo de esta cocina".

Cuando William entró en la pequeña habitación contigua a los aposentos del hacendado, había un fuego ardiendo en el hogar. Symon, un hombre delgado y calvo con las piernas muy arqueadas, le seguía de cerca. Edward agachó la cabeza al entrar detrás de los otros dos.

El laird frunció el ceño mientras echaba una mirada superficial a la sala. Aquí había cambios, pero William no quería perder el tiempo y llegar a la discusión. Hizo un gesto a Edward para que cerrara la puerta.

William no tenía ningún deseo de prolongarlo. Necesitaba un mayordomo para el castillo de Blackfearn, alguien competente, un hombre que supiera leer y escribir. También quería un hombre de Ross al que se le dieran bien las cifras. Sobre todo, debía ser alguien en quien William pudiera confiar. Symon era tío de uno de sus hombres, y había prestado buenos servicios como mayordomo en una de las granjas que sostenían San Duthac. Sólo estaba disponible debido a la reorganización de las granjas por parte de Gilbert. Un buen administrador sólido, le había dicho Gilbert. Y Symon estaba aquí y dispuesto.

"Tienes el trabajo, Symon. ¿Cuándo podrás instalarte en el castillo?"

Su brusquedad hizo enarcar las cejas de Eduardo, pero el nuevo mayordomo no pareció

sorprendido en absoluto.

"Gracias, mi señor. Estoy deseando enfrentarme a los retos que ofrece el castillo de Blackfearn. De hecho, ya le he pedido a mi sobrino Tar que me acompañe de vuelta a la granja a por mis cosas, si no os importa perderlo durante unas horas."

"En absoluto". William se volvió hacia la mesa y contempló por un momento el orden que allí reinaba. Miró a Edward, que rápidamente apartó la mirada.

"Ya me han dicho cómo proceder en el trabajo que me espera aquí. Sé que Robert, el mayordomo, era un buen hombre, pero hace tiempo que falleció".

"Sí". William hojeó los objetos de su mesa. Alguien había ordenado el trabajo por tareas. El libro de cuentas de la torre del homenaje estaba listo para ser anotado; a un lado, una carta de recomendación al obispo de Inverness para un muchacho de la aldea; a otro, una lista incompleta de los almacenes de las granjas periféricas. También había una docena de cosas más. "Te esperan muchas cosas".

"Nada que temer, amo. De hecho, después de sentarme con la señora Laura esta mañana, diría que..."

"¿Señora Laura?"

Los ojos de William eran asesinos cuando giró de nuevo hacia Edward. El gigantesco montañés estudiaba atentamente una espada antigua, aunque recién desempolvada, que adornaba la pared sobre la chimenea.

"Sí. La muchacha parece muy entendida en materia de organización, incluso para un lugar tan grande como este castillo. Lo más interesante, sin embargo, es la forma en que conoce las preguntas que debe hacer a un hombre sobre su trabajo".

"¿Es así?"

"Sin duda alguna". El hombre asintió. "Me hizo muchas preguntas. De todo, desde lo que hice cuando estaba aquí de joven, ayudando al padre del mayordomo Robert antes de que el hijo se hiciera cargo, hasta lo que me exigió mi último cargo como mayordomo en la granja Dunbrae."

William se sentó en la silla del hacendado y miró fijamente a Symon.

"Incluso me preguntó cómo trato a la gente y me pidió los nombres de unos cuantos a los que ella misma podría interrogar. Antes de que termináramos nuestra charla, me conocía mejor que yo mismo. Y creo que estaba lo bastante contenta con lo que encontró como para recomendarme a ti".

"Y cuando hablaste con ella..."

"Sí, esta mañana".

"...¿te ha parecido un tiempo bien empleado?"

"Por supuesto. Supe enseguida lo que necesitarías de mí, y ambos sabríamos si estaba a la altura de la tarea. Estabas entrenando en el patio con los hombres cuando llegué, y la muchacha se me acercó directamente". Symon asintió con admiración. "Eso demuestra un verdadero liderazgo por tu parte, milord, si me perdonas que te lo diga. No todos los hombres pueden dejar que una mujer haga el interrogatorio".

"Eso es bastante cierto".

"Pero, por otra parte, tampoco hay demasiadas señoritas como la señora Laura".

"No. De hecho, no los hay". William fulminó con la mirada a Edward, que ahora miraba y sonreía débilmente. "Ponte ya en camino, Symon. Cuanto antes empieces, mejor. Utilizarás esta cámara para guardar tus libros".

"Gracias, mi señor. Como le dije a mistress Laura, no os decepcionaré mi trabajo".

Con una rápida reverencia junto a la puerta, Symon salió, y Edward se puso en marcha tras él.

"Vuelve aquí, sobredimensionado, cara de perro..."

Con la cabeza colgando, el enorme Highlander volvió a entrar y cerró la puerta.

"Explícate".

"Es verdad. La dejé entrar aquí, milord. Organizó tu escritorio. Habló con el nuevo mayordomo. Y..."

"¿Qué más?" preguntó bruscamente William.

"Ha organizado la ayuda en la cocina y ha contratado a una nueva cocinera, aunque yo no he tenido nada que ver con eso, lo juro".

"¿Todo esto desde ayer?"

"Tiene una forma de hacer las cosas, Will". Edward levantó la vista y se encontró con la mirada furiosa de su amo. "No sabía que desconocías totalmente sus acciones. Tal vez la malinterpreté, pero creí que había dicho que habías aceptado una lista que ella había discutido".

"Otra vez esa maldita lista", murmuró William, recordando su conversación.

"Puedo aseguraros, mi señor, que nada malo ha salido de lo que ella ha hecho, y si necesitáis castigar a alguien por lo hecho...". El montañés se enderezó hasta alcanzar su estatura completa. "Deberíais *hacerme* responsable, incluso de la cocinera".

Mirando a su hombre, William se dio cuenta de que él mismo no era el único al que parecía trabársele la lengua cuando se trataba de Laura. Haciendo rodar la moneda de oro sobre los nudillos, volvió a mirar la mesa ordenada que tenía delante y se dio cuenta de que en realidad no estaba nada enfadado por lo que ella había hecho. Se necesitaba un mayordomo competente. Era imprescindible una nueva cocinera.

¿Pero limpiar su mesa de trabajo?

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que era la primera vez que se sentaba en la silla del hacendado en esta sala sin que lo afligiera un sentimiento de intensa aversión. Miró a Edward con el ceño fruncido.

"¿Y a quién ha elegido como nuevo cocinero?"

"Por favor, escúchalo todo, William".

Los ojos del laird se entrecerraron. "¿Es un desastre?"

Edward negó con la cabeza. "La verdad es que creo que puede funcionar".

"Muy bien. ¿Quién es, entonces?"

"Chonny".

"¿Chonny?"

Edward asintió, alisándose la barba con una enorme mano carnosa. "La primera vez que me lo contó la señora Laura, pensé que era una locura, pero ella... ella tiene una forma de ser bastante convincente".

"Lo sé".

"Dice que es adecuado para el trabajo". Edward se encogió de anchos hombros y miró a su laird. "Por supuesto, la decisión final es tuya, William. Pero esta mañana he paseado por las cocinas y estoy de acuerdo con ella".

William frunció el ceño ante su guerrero. Esperaba que Edward pensara con claridad a la hora de enfrentarse a Laura. Por el santo, uno de ellos tendría que hacerlo. Miró fijamente a su hombre. Por el bien de Edward, más le valía no caer bajo su hechizo, porque igual que el propio William pensaba no volver a tocarla, tampoco permitiría que ninguno de sus hombres se acercara a ella.

"Ama Laura sabe de algún modo que Chonny ha pasado la mayor parte de su vida en esas cocinas. A través de sus años de observación, se ha convertido en un experto en saber cómo alimentar a todo un castillo".

"Sí", asintió William. "Solía girar los asadores cuando era más joven".

"Y el muchacho cuenta con la colaboración de toda mano amiga que entre allí".

"¿Es así?"

Edward asintió pensativo. "Todo el mundo le conoce y la mayoría teme su temperamento. Pero lo más importante es que nadie quiere llevar esas cocinas él solo".

"¿Está dispuesto? ¿Alguien ha hablado con él de esto?"

"Yo mismo hablé con él. Por mucho que se sepa con Chonny, yo diría que el hombre está encantado de tener la oportunidad". Edward sonrió tímidamente. "Y el hombre está impaciente por darte las gracias en persona por darle la oportunidad".

"¿Darme las gracias?"

"Sí, William. Ama Laura le dijo que fuiste tú quien pensó en él para el trabajo".

La culpa hizo que William apartara la mirada. Conocía bien a Chonny. Aunque el hombre era un par de años más joven, Gilbert y él solían jugar juntos cuando eran todos unos chavales. Incluso después de su accidente, cuando quedó tullido, solían robar los carros de los obreros y sacarlo al patio para sus simulacros de justas. William lo empujaba en un carro, Chonny con una lanza de madera en la mano, mientras Tar o alguno de los otros muchachos empujaba a Gilbert.

Aquello parecía haber pasado hace toda una vida. Todo acabó cuando lo enviaron a San Andrés y, más tarde, al castillo de lord Herries para educarlo en las costumbres del mundo.

Pero entonces, el destino tenía otros planes para él. Planes amargos, y años al servicio de la reina madre. Y entonces estaba de vuelta aquí, laird del mismo pueblo que una vez había inclinado la cabeza ante su hermano... y su esposa.

William se sacudió estos pensamientos. Llevaba casi dos años de vuelta y seguía desatendiendo a estas personas. Esa gente que ahora era su responsabilidad. Gente como Chonny que aún le consideraba digno de ofrecerle sus servicios. Era su señor.

William se levantó de la silla y rodeó la mesa. "¿Dónde está ahora?"

Eduardo dudó en responder, como si estuviera calibrando el enfado del laird ante su visitante.

"Estoy en paz con lo que ha hecho en las cocinas. ¿Dónde podría encontrarla ahora?"

"Sólo sería una suposición, milord, ya que no me pidió ayuda para el siguiente punto de su lista".

"¿Cuál era?"

"En realidad, era el primer artículo".

"¡Por todos los diablos, Edward! Déjalo ya, tío", espetó William. Necesitaba verla y aclarar algunas cosas.

"Los aposentos del ala este. ¿Algo sobre encontrar un lugar adecuado para tu sobrina?"

Por impulso, en lugar de utilizar la puerta que conducía al Gran Salón, William salió por la pequeña puerta que llevaba a los aposentos del hacendado. Se detuvo de repente. Rara vez pasaba por aquí. Cuando lo hacía, prefería no pasar tiempo en la cámara. Pero ahora lo veía. Aquí también había cambios.

"No hizo gran cosa aquí dentro, milord". Edward se apresuró a explicar detrás de la Ross. "Mencioné por casualidad que no te apetecía mucho utilizar los aposentos del laird, y ella dijo algo así como que no te culpaba, teniendo en cuenta lo en desuso que olía y su aspecto. Creo que le pidió a Maire que la ayudara a esparcir juncos frescos y a airear la habitación".

Guillermo miró a su alrededor. Estos aposentos eran de Thomas. Y en su mente, pertenecían

al verdadero terrateniente, por lo que se había mantenido alejado.

Y él seguiría manteniéndose alejado. Y ella no tenía derecho a entrometerse en su vida. Su vida era perfecta. Bueno, quizá no perfecta, pero le gustaba su vida tal como era.

Salió de los aposentos y se dirigió primero a la cocina. El cambio era sorprendente. No había carne ardiendo en el fuego. No había humo en las vigas. No había pilas de ollas y cuencos ni montones de comida en descomposición por las mesas o el suelo. Los muchachos entraban y salían a toda prisa con cestas de aves y grandes tazones de avena de los almacenes o daban vueltas a la carne en los espetones.

Miró a su alrededor y vio a un pequeño grupo de muchachas charlando mientras pelaban patatas y cebollas para lo que parecía ser la cena. En la chimenea más alejada, dos mujeres del pueblo, una de las cuales era la esposa de Pedro, sacaban alegremente bandejas de pan dorado de los hornos.

Rodeó una mesa y encontró a Chonny sentado en un taburete bajo de tres patas. El hombre trabajaba atentamente, escribiendo con un carboncillo sobre una tabla de madera colocada sobre su regazo.

Observando durante un momento en silencio, William frunció el ceño, maldiciéndose interiormente. Si hubiera estado haciendo la tarea que se le había encomendado desde el principio, habría encontrado alguna forma de hacer que Chonny fuera útil mucho antes.

"¿Qué estás tramando, feo hijo de erizo? Preparando un brebaje de bruja, sin duda".

El tullido levantó la vista y frunció el ceño con fiereza. William se animó, sabiendo inmediatamente que Chonny no iba a cambiar con el nuevo puesto. El laird volcó un cubo cercano y se sentó cerca de la nueva cocinera.

"¿Y qué clase de hechizo has lanzado sobre esta gente?" William señaló a los trabajadores. "Ni una queja, ni una riña, ni siquiera una amenaza de derramamiento de sangre".

"Si hay que derramar sangre, sólo lo haré yo". Chonny miró a través de las mesas hacia la cocina y bajó la voz. "Para ser sincero, tú eres el encanto, Will. Cuando les dije que no vendrían todos los días a trabajar para ti, las criaturas malditas se convirtieron en un rebaño de corderos".

William también miró a su alrededor. "Y sin ayuda, miserable, ¿cómo pensabas alimentarnos entonces?".

Chonny volvió a gruñir, pero William pudo oír el matiz de excitación en la voz del hombre cuando empezó con su explicación.

"Una vez que consigamos que las cosas vayan bien, sólo me quedaré con algunos de los mejores ayudantes, los que quieran estar aquí. En cuanto al resto, haré que un grupo trabaje por la mañana y otro venga para la cena. Si en alguna ocasión necesitamos a otros, los traeremos de la aldea".

"Un buen plan, Chonny".

El hombre enrojeció y maldijo, pero se le notó una expresión de orgullo cuando volvió a echar un vistazo a su nuevo reino. "Mucho de esto fue obra de la señora Laura. Pero mucho también salió de mi cabeza".

William le dio una fuerte palmada en el hombro y asintió. "Estás haciendo maravillas aquí. Avísame si necesitas algo y yo...".

"Me dijo lo que querías". El hombre bajó la vista hacia lo escrito en la pizarra. "Eso es lo que estoy haciendo ahora. En lugar de gritar y quejarme, estoy haciendo una lista para ti de todo lo que necesitamos o hay que hacer aquí."

"Una lista".

"Sí. La señora Laura dijo que podía dárselo a ella o a ti. Está casi terminado".

"Te lo ha dicho la señora Laura". William se puso en pie. "Cuando estés preparado, hablaremos de lo que necesitas. Una cosa que probablemente no te dijo la mujer..."

"¿Sí?"

"Si me envenenas, erizo, te perseguiré hasta el otro mundo".

Chonny resopló en respuesta mientras el laird se volvía hacia los escalones.

William frunció el ceño mientras cruzaba la cocina en dirección al ala este. Era hora de ocuparse de aquella mujer. Había contratado al maldito mayordomo. Por supuesto, parecía que iba a funcionar. Y tampoco le parecía mal lo que había hecho con respecto a Chonny. Pero en cuanto al resto -la cámara del hacendado, la maldita mesa de trabajo y Dios sabe qué más-, tenía algunas cosas que decir al respecto. Laura Percy se estaba entrometiendo en sus asuntos, y tenía que hacerle comprender que *él* marcaría las líneas.

William empezó a subir los escalones de dos en dos. Sin embargo, al doblar la esquina del rellano, tropezó y se detuvo antes de volver a caer de bruces sobre la escalera de piedra. Al girarse, observó el peldaño que faltaba y tomó nota mental de que lo arreglarían hoy mismo.

En el nivel superior, el pasillo y el tejado estaban en las mismas condiciones que William había visto ayer por la mañana. Curiosamente, casi se sintió aliviado al comprobar que toda su compañía de guerreros no estaba en el tejado, bajo la dirección de Laura, intentando remendar aquello.

Recordando lo que había dicho antes sobre colocar a Miriam en una cámara contigua a la suya, William decidió echar un vistazo a la habitación que una vez había compartido con sus hermanos.

Sabía que el lugar tenía ahora un aspecto muy diferente. Había sufrido cambios drásticos en los últimos diez años, pues Mildred había decidido quedarse en esta ala mientras se renovaban los aposentos del lord para ella y Thomas. Al enterarse de ello tras regresar al castillo de Blackfearn como lord, William había optado conscientemente por dejar que el ala se pudriera. Los daños causados por la tormenta del verano anterior no habían cambiado sus sentimientos.

Pero ahora, aunque no quería tener nada que ver con la niña, sabía que no podía dejarla en un ala tan necesitada de reparaciones.

Las voces apagadas de las mujeres procedían de la cámara. William se detuvo en el umbral y se asomó.

Un montón de paja vieja yacía amontonada en el suelo. La suciedad acumulada había sido barrida hacia la puerta, y una nube de polvo flotaba en el aire. Los muebles que habían quedado en la cámara estaban tirados hacia el centro. Había un cubo de agua junto a una pared, y otro junto a la pequeña chimenea que sobresalía de la pared del fondo.

William miró a las dos ocupantes de la habitación. Maire estaba asomada a la ventana, sacudiendo un saco de ropa de cama, mientras la otra mujer estaba arrodillada en el pequeño hogar, con la cabeza metida en la chimenea mientras fregaba enérgicamente con un trapo que iba sumergiendo en el cubo.

"¿Y dónde puede estar la señora Laura?"

Maire se volvió sorprendida por la voz del laird, pero la mujer que estaba a cuatro patas en la chimenea, tras congelarse momentáneamente, pareció arrastrarse más adentro.

William siguió la nerviosa mirada de Maire, que revoloteó incómoda hacia el hogar antes de volver rápidamente hacia él.

"Yo... le diré que la estáis buscando, maestro".

"No hace falta. Creo que seguiré buscando hasta que la encuentre". Hizo un gesto a Maire para que saliera de la habitación y, con una rápida reverencia, la mujer mayor dejó caer el saco y

salió corriendo.

Guillermo aguardó unos instantes en la puerta, mirando con desagrado el escaso mobiliario de la habitación, esperando a que la testaruda mujer se rindiera y saliera por la chimenea. Pero Laura parecía contentarse con permanecer allí, manteniendo su pretensión de ser otra persona.

Entró en la habitación y se acercó para cerrar la ventana abierta. Caminando por la habitación, observó más de cerca los muebles. De jóvenes, tanto él como Gilbert y Thomas habían dormido muy cómodamente en esta habitación. A los invitados de importancia que visitaban el castillo de Blackfearn los habían colocado al lado, en la habitación más cercana a las escaleras que bajaban al Gran Salón.

Sacudiéndose los recuerdos del pasado y tratando de centrarse en el problema que tenía entre manos, los ojos de William se posaron en el firme trasero de Laura Percy, que sobresalía de la chimenea abierta. Por su mente pasaron imágenes eróticas. Por el diablo, no lo sabía, pero ella sacaba lo peor de él.

"Es bueno que limpies esta habitación, muchacha. Pensaba traer aquí a Molly desde la Taberna de las Tres Copas, y esto le gustará mucho a la moza".

Vio cómo la espalda de la mujer se ponía rígida. Atravesando la habitación hasta la chimenea, William apoyó un hombro en la repisa de piedra. Su bota descansaba cerca de la torneada pantorrilla que sobresalía del vestido.

"La última vez que estuvo aquí, tuvo la desfachatez de quejarse de la cámara del hacendado. Demasiado cerca del Gran Salón. Dijo que, entre mis gruñidos y sus gemidos, si nos pasábamos la noche haciéndolo, se sentiría mejor sin molestar a la gente de la Sala".

William casi podía sentir cómo su cerebro se agitaba, planeando, ideando una forma de hacerle daño. Sin duda inventaría algo doloroso. Retrocedió un paso con cautela cuando ella empezó a alejarse del hogar.

"No has terminado ahí dentro, ¿verdad, muchacha? Aún puedo ver una mota de ceniza ahí".

El trapo sucio, húmedo y ennegrecido por el hollín le alcanzó de lleno en la cara y el pecho, silenciando a William Ross a toda prisa. Bajó la mirada, asqueado, cuando el trapo cayó sobre su pie. Ahora estaba cubierto de mugre.

Laura se levantó lentamente y miró al hombre con fuego en los ojos. "¿Molly?"

"¿Señora Percy?", respondió él, observando su rostro ennegrecido, el vestido mugriento, los ojos violetas que destellaban temperamento a través del hollín que cubría su piel de marfil. Contuvo una sonrisa. Incluso tal y como estaba, la mujer era absolutamente impresionante.

Le señaló el pecho con un dedo acusador. "Si crees por un momento que voy a pasar por todo este trabajo para que puedas colocar a tu ama en esta cámara..."

"Molly no es realmente mi ama, muchacha, sólo una moza de las Tres Copas. A un hombre le gusta tener una mujer de vez en cuando, ya sabes".

Mientras ella le miraba fijamente, sus palabras calaron hondo y una expresión de pánico apareció de repente en su rostro. Él dio un paso hacia ella, y ella retrocedió, alzándole una mano.

"Moza o ama, llámala como quieras. Pero ella no..." Laura retrocedió alrededor de los muebles del centro de la habitación mientras él seguía acechándola. "Esta cámara se está preparando para tu sobrina, y eres un rastrero, un villano y un bribón si crees...". Jadeó cuando él la agarró por la muñeca. No había forma de escapar de él, pero ella levantó la barbilla con rudeza. "Puede que seas el laird de este castillo, pero no dejaré que arruines esto".

Tiró con fuerza de su muñeca y ella cayó contra su pecho. Su boca se posó en la de ella en un instante. Ella aferró con una mano su tartana mientras él la besaba y, con un suave gemido, abrió los labios bajo los suyos. Su lengua saqueó los suaves recovecos de su boca, saboreándola,

deleitándose en su dulzura, desafiándola, retándola a una temeridad que él estaba seguro de que ella nunca había conocido.

Y sólo tardó un momento en aceptar el reto.

Laura se arqueó contra él, frotando seductoramente su lengua contra la de él. Su mano subió, aferrándose a su cuello, obligándole a aumentar la presión de su boca. Tomó uno de sus pechos con la mano, amasándolo, y ella se inclinó hacia él, volviendo a emitir un gemido desde lo más profundo de su ser. Apretó su pierna íntimamente entre las de ella, y los muslos de ella se cerraron sobre los suyos. Mientras él se movía contra ella, la respiración de Laura se acortó hasta convertirse en suaves gemidos.

La deseaba. Le dolía tenerla. Deslizándose las manos por la firme curva de sus nalgas, la levantó sobre su muslo. Su boca se aflojó por un momento y su cabeza rodó hacia un lado. Su respiración era ahora una serie de jadeos, y él le acercó la boca al cuello.

Su cuerpo empezaba a moverse, como en respuesta a algún ritmo interno. William deslizó una mano entre sus cuerpos, palpando el suave montículo, acariciándola, aumentando el ritmo. Las capas de tela eran un obstáculo, pero él siguió adelante. La pellizcó, se inclinó y le besó el pecho a través de la tela, animándola. Y entonces, de repente, ella estalló con un frenético grito de liberación.

Enseguida le tapó la boca con la suya y la estrechó contra su pecho. Besándola profundamente, la meció entre sus brazos, saboreando el increíble placer de hacerla correrse con tan dulce pasión.

Ella le devolvió el beso, y su fuego aún ardiente casi bastó para deshacerlo. La cama estaba a sólo un paso, el cuerpo enfebrecido de ella deseoso de ser suyo.

Pero entonces se dio cuenta de que no podía tenerla. Laura Percy no merecía perder su virginidad a manos de un canalla salvaje y poco casadero como él. No, no merecía nada menos que el matrimonio.

No podía hacerlo. No a esta mujer. Ni ahora.

Retrocedió y rompió el beso, sonriendo al ver cómo ella le seguía soñadoramente, deseando más. Pero él no podía darle lo que ella quería. Se merecía mucho más.

Le cogió la barbilla con la mano y la mantuvo en su sitio. "Tu cara es todo un espectáculo".

Sus ojos se abrieron lentamente, e incluso debajo de todo el hollín, sus mejillas estaban inflamadas por el calor. "Estoy..."

"Sí. Tú, muchacha".

Cuando él la miró a la cara, ella se recompuso.

"Estoy perdida". Se puso aún más colorada. "El modo en que me comporté. No lo comprendo".

Le puso ambas manos sobre los hombros y se encontró con sus ojos violetas empañados. "No te arrepientas de lo que ha ocurrido, muchacha. Simplemente *hay algo* entre nosotros". La soltó y retrocedió bruscamente, poniendo distancia entre ellos. No podía permanecer tan cerca de ella como hasta entonces. Sería demasiado fácil continuar donde lo habían dejado.

"¿Qué es esta cosa?"

Dio la vuelta hasta el otro extremo de la cama. Más distancia. "Lo llaman lujuria". Sonó un poco duro, incluso para sus propios oídos, pero en aquel momento prefería el temperamento a la aquiescencia.

"¿Esto es...?" Se le nubló la cara. "Esto es lo que compartes con Molly, supongo".

Maldita sea la mujer por parecer así de herida. Así de hermosa. Se acercó a la ventana y abrió de un tirón la persiana, dejando entrar el aire gélido. Nunca había sido así con Molly. Nunca

había sido así con nadie. Nunca antes se había interpuesto ningún atisbo de pensamiento entre el deseo y la satisfacción.

"No contestas, así que supongo que sí".

Debería haberla corregido, pero no lo hizo. No podía, pues temía que en cuanto abriera la boca, no sabría cuándo cerrarla. Hubo un largo silencio antes de que ella volviera a hablar.

"Milord, me opongo a que pongas a Molly en esta cámara".

Se volvió hacia ella. "Puedes oponerte todo lo que quieras. Haré lo que quiera".

"No permitiré que lo arruines".

"¿Arruinar qué, Laura?"

"Mis planes".

"Tus planes", repitió brevemente, desbordando su frustración de golpe. "Déjame decirte algo sobre tus planes. No son *mis* planes. De hecho, no tengo planes. De hecho, odio los planes. Y estoy harto de que vayas por ahí haciendo pasar tus planes por mí".

"No he hecho tal cosa, pero eres un bribón incorregible al retractarte de tus promesas tan rápidamente".

"No me he retractado de lo que te dije. Pero tú, en cambio, te has apresurado a adornar lo que yo acepté".

"No he hecho tal cosa".

Señaló con un dedo acusador en su dirección. "¿A entrometerte en mis asuntos no llamas tal cosa? Hurgar en mi mesa de trabajo, organizar mi cámara, utilizar mi nombre para conseguir lo que crees que hay que hacer".

Sus ojos violetas brillaron. Sus mejillas brillaron mientras se defendía. "Debes de estar absolutamente ciego si no puedes ver que lo poco que he hecho no ha sido para satisfacer mis propios deseos, sino las necesidades de tu pueblo. Y si prestaras más atención a ser el hacendado que deberías ser, hace tiempo que tú mismo te habrías ocupado de estos asuntos. Entonces, no habría necesidad de mí, como tan absurdamente lo llamas, intromisión".

"Así que admites que te estás entrometiendo".

"Yo no".

"De hecho, yo mismo me habría encargado de todo esto".

"¿Cuándo?", le preguntó ella. "¿Dentro de dos años? Y mientras tanto, todo el mundo está esperando. ¿Qué hay de las necesidades inmediatas de tu pueblo? ¿O las necesidades de un niño que va a ser enviado aquí y puesto a tu cuidado?"

"Yo no pedí a nadie que la trajeran aquí. Debería haberse quedado donde estaba".

"Pero no se va a quedar allí. Viene y tiene necesidades".

¿"Necesidades"? No hace falta que me lo digas. Lo sé todo sobre esas necesidades". Dio un paso impaciente hacia la puerta y volvió a levantar el dedo en señal de acusación. "Las necesidades de una mujer privilegiada: una mocosa nacida y criada con todas las comodidades que puede ofrecer la riqueza. Igual que su madre. Sí, ella también tenía necesidades". Dio otro paso hacia la puerta. "Por mí, que se marchite en este castillo, porque nunca ayudaré a otro monstruo como Mildred. Jamás".

Cuando el laird se volvió para marcharse, con el cerebro ardiendo de amargos recuerdos, vio a Gilbert de pie, en silencio, en el pasillo, observando, escuchando. William pasó junto a su hermano sin decir palabra.

Laura le vio marcharse. Confundida y dolida, se quedó mirando al sacerdote, con un atizador de hierro candente enterrado en lo más profundo de su vientre.

Capítulo Quince

LAS RÁFAGAS de viento que aullaban en el patio de la iglesia del castillo de Ironcross rasgaban la alta capa del monje. Cojeando entre las tumbas hacia las bóvedas, miró con el ceño fruncido a su compañero de ojos entrecerrados.

"No te corresponde cuestionarme. Sobre todo en lo que respecta a quién decido utilizar en esta búsqueda".

"No pretendía hacer daño", respondió rápidamente el enjuto sacerdote. "Pero después de haber oído tantas historias sangrientas sobre este pirata. La Cuchilla de Barra es un nombre temido por cualquiera que haya viajado por el oeste".

"Es Caballero del Velo, además de ladrón de los mares. Es tan conocido, para algunos, por su honor como por su astucia. Fue elegido por los de su orden por esa reputación, pero cederá ante mí por su codicia".

"¿Así que confías en él para que te consiga el tesoro?"

Un graznido surgió de la garganta del monje, una risa carente de alegría. El otro hombre se estremeció involuntariamente ante el sonido.

"Confío en él para conseguir los mapas. Pero cuando llegue el momento de ir a por el Tesoro de Tiberio, no confiaré en el mismísimo Ángel Gabriel".

"¿Quién era Mildred?"

Gilbert Ross miró por encima del hombro hacia el pasillo vacío. No había rastro de William, que había desaparecido hacía sólo un momento, cargando sobre sus hombros toda una vida de culpa. Antes de volverse y encontrarse con los ojos preocupados de la joven, pensó detenidamente en cómo responder a su pregunta.

"Era la esposa de Thomas. La única hija de lord Herries de Hoddum. Era la madre de Miriam".

Laura se rodeó las manos con fuerza para contener el dolor que sentía en su interior. Ella había querido ser de ayuda. Pero estaba claro que había tocado una fuente de dolor en su interior. Había un tormento enterrado que ella nunca había imaginado, oculto bajo un exterior de temeraria indiferencia. Respiró hondo y siguió adelante.

"¿Qué era ella para William?"

Incluso cuando soltó la pregunta, sabía que no tenía derecho a hacerlo. William había dejado claro que la despreciaba a ella y a sus "intrusiones". No tenía derecho a saberlo.

El preboste entró en silencio en la cámara y se dirigió al hogar. De pie, miró el cubo de agua

sucia que había en el suelo.

"Hace años, ama, cuando éramos jóvenes y Thomas alcanzó la mayoría de edad, William fue enviado primero a la universidad de San Andrés y luego a Lord Herries para su entrada en el mundo. Al ser el segundo hijo y estar totalmente en contra de una vida en la iglesia, que era la que yo planeaba para mí, las opciones de William eran pocas. Pero su mejor oportunidad residía en buscar un puesto al servicio del rey, en convertirse en cortesano o político, aunque ninguna de esas cosas me parecía que encajara con la naturaleza de William." El preboste se detuvo, sus ojos azules pensativos se posaron en Laura. "William y Mildred tenían la misma edad. Ambos estaban en el castillo de Hoddum antes de que se acordara que Mildred se casara con Thomas. Cualquier cosa más allá de eso, ama, probablemente debería venir del propio William".

Asintió en señal de comprensión, aunque sabía que el hacendado Ross nunca le proporcionaría más información que la que le acababan de dar. Sin embargo, tal vez no necesitara saber nada más.

"Creo que desea que me vaya".

Gilbert recorrió la habitación, estudiando el mobiliario. "Estás marcando la diferencia, Laura. Te necesita".

Ella negó rotundamente con la cabeza. "Me he extralimitado en mi cargo. Lo mejor sería que regresara a San Duthac".

"¿Y abandonar la causa?"

Laura apartó la mirada del preboste. Buscó algo que hacer con las manos. Estaban cubiertas de hollín, y la huella de William en su muñeca era la única marca blanca.

"Creía que estabas decidida a quedarte y ver que la pequeña Miriam se instalaba".

"Ya tiene un buen comienzo. Con el nuevo mayordomo instalado aquí, y tú también aquí ahora, el laird me necesita muy poco en Blackfearn".

En el fondo, deseaba que fuera diferente. Quería que la dejaran quedarse. La utilidad que sentía al hacer cosas para mejorar la vida en el castillo la llenaba de alguna manera. Y si quería ser sincera de verdad, la energía que sentía correr por ella cada vez que William y ella discutían, los relámpagos que la encendían cada vez que él la tocaba, la forma en que la tocaba, esas cosas eran todo lo que había soñado y a la vez echado de menos toda su vida.

Pero ahora quería que se fuera, y ésa era razón suficiente para irse.

Observó los anchos hombros del preboste mientras se acercaba a la ventana y miraba hacia fuera durante un largo momento. Luego se volvió y la miró.

"Laura, aunque mi predecesor fue quien mantuvo correspondencia con tu madre, seguiré cumpliendo la petición de Nichola Percy y la tuya, y te mantendré en San Duthac todo el tiempo que desees." Entrelazó sus fuertes manos ante sí, con una mirada de preocupación nublando sus ojos azules. "Pero habiendo recibido una carta adicional del conde de Athol y descubriendo que hay... bueno, hombres peligrosos que os siguen a ti y a tus hermanas..."

"No tengo que ir a San Duthac". soltó de inmediato, recordando lo desamparadas que habían estado las monjas de Little Ferry. Comprendía la preocupación del preboste por su pueblo. "Puedo marcharme, desaparecer en algún convento olvidado de las montañas del norte".

Gilbert negó con la cabeza. "No, muchacha. Ésa no sería la respuesta. Sean quienes sean esas personas que persiguen a tu familia, no tendrán dificultad en localizarte dondequiera que vayas".

Sintió que la sensación de ardor volvía a introducirse en su centro. En la carta que había recibido de su hermana, Catherine había sugerido que Laura viniera a reunirse con su nueva familia en el castillo de Balvenie. Con la apertura de la nueva escuela, Catherine había insistido en que necesitaba la ayuda de la hermana menor. Pero su hermana era una soñadora, y aunque

nada haría más feliz a Laura que reunirse con Catherine, había que obedecer al pie de la letra las órdenes de su madre. Lo principal era que las tres hermanas no debían estar juntas, no hasta que el Tesoro de Tiberio estuviera listo para ser asegurado.

Se volvió impotente hacia el preboste. "¿Adónde sugieres que vaya?"

Gilbert se miró las manos un momento antes de volver a mirar a Laura. "Te sugiero que te cases. Tal como están las cosas, tendrías un marido y la protección que puede ofrecerte".

"¿Casarse?", repitió confundida.

"Sí. Tu hermana mayor eligió ese camino, y está a salvo en el castillo de Balvenie".

Laura se retorció las manos. "Pero conocí al conde de Athol. Y debió de pasar algún tiempo. Estoy segura de que mi madre no se habría limitado a concertar un matrimonio para mi hermana".

Gilbert enarcó una ceja. "Ama, por lo que he sabido de su unión, se casaron la primera noche que ella llegó a las Highlands. De hecho, los hombres del conde sacaron a un sacerdote de su cama en mitad de la noche para que bendijera el matrimonio en el pabellón de caza del conde".

Los ojos de Laura se entornaron con sorpresa. Catherine no había mencionado nada sobre la apresurada ceremonia. Sin embargo, sacudió la cabeza y se encaró con el preboste. "Aunque una acción así podría haber funcionado para mi hermana, no puede funcionar para mí".

"¿Y por qué, ama?"

Empezó a pasearse por la habitación. "Porque somos personas diferentes". Se detuvo bruscamente y se encontró con la mirada inquisitiva del hombre. "El único deseo de Catherine era abrir una escuela propia. Y ya me ha dicho en su carta que la escuela se abre con el apoyo de su nuevo marido. Le resultó fácil encontrar el camino".

"¿Y tú, Laura?"

Se dio la vuelta y volvió a pasearse por la habitación. "Necesito retos constantes. Cosas que planificar y hacer. Desde luego, ningún marido entendería eso en una esposa. Y seguro que no hay ningún hombre que pueda aguantarme". Sus palabras se interrumpieron.

"¿Me permitirías actuar en tu interés, ama?"

"Pero no conozco a nadie en las Highlands. Y soy medio inglés".

"Déjame a mí, muchacha. Puesto que ahora sé que al menos considerarás el matrimonio como una opción, déjame a mí reunir los nombres de algunas posibles parejas. Nadie te obligará a aceptar a alguien inadecuado".

Tragándose el labio, Laura asintió con resignación y volvió a mirar la banda blanca que rodeaba sus sucias muñecas. Tal vez encontrar un marido *fuera* la solución. Quizá casarse con un desconocido le daría la oportunidad de liberarse de aquel enloquecedor hechizo que William Ross había lanzado sobre ella.

"Ahora que tenemos un plan por delante", afirmó Gilbert, sacando a Laura de su silenciosa cavilación y conduciéndola hacia la puerta. "No hay razón para perder el tiempo enviándote de vuelta al convento de San Duthac. Estás más segura aquí, bajo la protección de William, por el momento, y dentro de nada te encontraremos el marido adecuado. Ya verás, encontraremos la pareja adecuada".

Un partido condenado al fracaso en el mejor de los casos, pensó en silencio. Pero uno que al menos la liberaría de la infelicidad que estaba causando en el castillo de Blackfearn.

William sabía que tenía que salir de los confinados muros del castillo de Blackfearn. Sabía que

tenía que alejarse para poder respirar. Para poder pensar.

Tomando a Dread y dejando todo y a todos atrás, se dirigió a las colinas cubiertas de nieve, cabalgando hacia el sur durante horas. Empujando su corcel por las escarpadas laderas de Meall Mor, Guillermo desmontó por fin y caminó entre helechos incrustados de nieve hasta el borde de un precipicio. Debajo de él, se había formado hielo en un estrecho lago. Unas colinas escarpadas y escarpadas rodeaban las aguas heladas por ambos lados, y una niebla se elevaba sobre el espumoso arroyo que desembocaba en el lago. Lejos hacia el sur, el pico gris violáceo de Ben Wyvis desaparecía en una nube.

Tenía problemas. Durante mucho tiempo había luchado por alejar el pasado de su mente. Y, sin embargo, no podía escapar de él. Y ahora esta mujer, esta Laura Percy. Sus acciones en aquella habitación del ala este eran más que preocupantes. ¿Qué le ocurría? Era una mujer deseable; él la deseaba. El antiguo Will Ross la habría aceptado sin más. Este nuevo William no podía, por mucho que la deseara. No podía arruinar sus posibilidades de conseguir algo mejor, y Dios sabía que no merecía quedársela.

A lo lejos, las nubes barrían las cañadas, cubriéndolas en un momento y liberándolas en el siguiente.

Toda su vida había intentado dar la espalda a las cosas que le atormentaban, que le atormentaban. Pero ahora, mientras miraba hacia donde se unían las tierras de Ross y Munro, huir ya no le parecía lo correcto.

Mientras caminaba de vuelta hacia donde Dread permanecía pacientemente observándole, los pensamientos sobre Laura seguían agolpándose en su cerebro. Ella sabía lo que era importante. Con el destello de sus ojos violetas, sus palabras habían derribado el grueso muro de indiferencia que él había construido hacía tantos años alrededor de su corazón. Por primera vez en años, se había obligado a ver la verdad, y su propia cobardía.

Montando a Dread, William espoléó a su caballo sobre el suelo helado e irregular. Por San Andrés, había que hacer cambios. No tanto por él mismo, sino por su pueblo, su clan.

Su pueblo. Su clan. Se repitió en silencio esas palabras. Tenía responsabilidades. Thomas estaba muerto. Muerto. Muerto. Muerto. Gilbert era un sacerdote que tenía sus propias responsabilidades. Todo había quedado en sus manos. Su pueblo. Su clan. Y, como había dicho Laura tan agudamente, los había descuidado.

Prometió que cambiaría las cosas. Trabajaría para mejorar el castillo y las posesiones del clan. Haría todo lo posible por su pueblo.

Pero lo haría a *su* manera. La forma metódica de organizarse de Laura, de poner en orden todo y a todos los que la rodeaban, no era la suya. No se asfixiaría intentando ser algo que no era.

Volvió la cabeza de Dread hacia el castillo de Blackfearn.

Si quería estar tranquilo, ella tendría que marcharse. Tenerla tan cerca era más que una distracción, era pólvora junto a una antorcha encendida. Tanto si se trataba de sus deseos como de su temperamento, su proximidad los hacía peligrosos, explosivamente peligrosos.

William pensó en su hermano, que estaba en el castillo de Blackfearn. Hablaría con él cuando volviera. Gilbert la había enviado aquí para empezar; podía llevársela. La pequeña y fogosa planificadora tenía que marcharse. Así de sencillo. Era su única salvación segura.

Pero mientras cabalgaba de vuelta a la torre del homenaje, William tuvo la molesta sensación de que acababa de urdir un plan.

Había elegido una vida de cruzado. Ya no llevaba armas. Pero cuando se trataba de librar la batalla del bien y del mal, de perseguir a los enemigos de la justicia, Gilbert Ross era el más feroz de los guerreros.

Para sorpresa de Gilbert, los casilleros del armario situado detrás de la mesa de trabajo de su hermano habían sido desempolvados recientemente. Sólo tardó un momento en encontrar el pergamino que buscaba.

Sacándolo, desató la cinta negra y desenrolló la vieja y gruesa vitela que había sobre la mesa de trabajo. Recordaba perfectamente cuando él y William habían dibujado aquel mapa. El padre Francisco les había proporcionado mapas de la costa y ellos habían recogido toda la información que pudieron de todos los sacerdotes, mercaderes, guerreros y marineros que encontraron. Desde York hasta las Orcadas y desde las Islas Occidentales hasta Aberdeen, el mapa era lo más completo que habían podido hacer. Tenía todos los castillos, burgos, abadías y ciudades de los que habían oído hablar. Se habían incluido todos los ríos, lagos, montañas y cañadas, así como todos los clanes.

Habían tardado meses en terminarlo, y Gilbert sonrió al ver lo mucho que habían trabajado los dos en él. El padre Francisco lo había calificado de tesoro a regañadientes.

Colocando cuidadosamente su candelabro en el centro, el preboste se inclinó sobre el mapa, con la mirada fija en cada línea de la gran hoja de vitela. Se estaba gestando una batalla en el castillo, y él no iba a quedarse al margen.

Laura, recluida en aquella cámara con corrientes de aire del ala este, quería salir. Había vuelto a hablar con él esta noche. Después de considerar todas sus opciones, le había dicho, había decidido casarse con quien Gilbert creyera oportuno, siempre que pudiera arreglarse con rapidez.

William había irrumpido en el castillo a primera hora de la tarde con sus propias exigencias. La mujer tenía que irse, había exigido. Gilbert podía echarla, llevársela o venderla a los turcos si quería. Hiciera lo que hiciera falta, Guillermo quería no tener que enfrentarse nunca más a la inglesa.

Aunque Gilbert no era un experto, ciertamente le sonaba a amor.

Los dos habían actuado como dos ejércitos bien emparejados, preparados y listos para luchar. ¿Y ahora querían retirarse? Bueno, Gilbert ya había pasado demasiadas horas rezando y planeando como para permitirlo. Lucharían, si él tenía algo que ver con ello.

Antes de que Laura y William se percataran de su presencia, él había sido testigo del acaloramiento que había entre ellos. Por San Duthac, había visto saltar chispas por aquella habitación mientras discutían.

Podía ser un sacerdote, pero también era un hombre. Y reconocía los signos de dos personas que se atraían desesperadamente. Era tan evidente. No podían ocultarlo. Las curiosas manchas de hollín en sus rostros. Los labios hinchados de Laura. Su cara sonrojada. La frustración tormentosa de Guillermo.

No había otra opción. Su tarea consistía simplemente en mantenerlos juntos. Que se enfrentaran. Que derramaran sangre si era necesario, si eso era lo que hacía falta para que cada uno viera el valor del otro. Eran la pareja perfecta, y Gilbert debía utilizar todos los medios divinos y terrenales para que se dieran cuenta de la verdad.

Symon, el nuevo mayordomo, entró en la sala de trabajo del laird, y Gilbert levantó los ojos del mapa.

Ah, pensó el preboste, observando la cabeza calva y las piernas arqueadas del hombre, el primer recluta guerrero de su propia compañía terrenal.

"La alcoba del ala este está preparada para la llegada de tu sobrina".

Gilbert asintió con la cabeza. "¿Has encontrado a mi hermano?"

El hombre se acercó. "El laird ha dicho que se reunirá aquí contigo, como le pediste, pero le he visto dirigirse a la cocina".

Al ver que Gilbert levantaba las cejas, el anciano continuó. "No puedo asegurarlo, pero creo que el maestro fue a felicitar a Chonny por la comida. Fue la mejor que he probado desde que llegué".

Todo un cambio, pensó Gilbert con agrado. "¿Y la señora Laura?"

"Aprobó la habitación de tu sobrina después de que las mujeres acabaran con ella, y luego volvió a la suya para cenar allí".

Gilbert miró hacia la puerta, asegurándose de que William no estuviera al alcance de su oído. "¿Le has transmitido mis deseos?"

Symon asintió. "Iré tras ella cuando llegue el momento".

"Bien hecho". Gilbert asintió, inclinándose de nuevo sobre el mapa al oír los pasos de su hermano acercándose a la cámara del laird.

El mayordomo se apartó respetuosamente cuando William entró. Ross lanzó una mirada curiosa a su hermano, que estudiaba atentamente el mapa.

"Perdonadme, laird", dijo Symon. "Si quieres, puedo completar esa carta para el obispo esta noche".

William se acercó al escritorio, cogió un pergamino pulcramente doblado y se lo entregó al mayordomo. Cuando su hombre abandonó la habitación, el montañés se volvió hacia Gilbert.

"¿Qué planeas, mi santo hermano? ¿Un asalto?"

Sin levantar la vista, Gilbert movió la vela hacia otro lugar del mapa. "No, sólo refrescaba mi memoria respecto a algunos de los lairds vecinos".

Desconcertado y a la vez interesado, William también miró fijamente la vitela.

El dedo largo y delgado de Gilbert señaló la marca de un castillo en el mapa. "¿Qué piensas de los MacKay?"

William miró a su hermano con el ceño fruncido. "Los MacKay están al norte de los Sutherland. ¿Qué quieres saber?"

"Su terrateniente, ¿no enviudó hace un año?"

Los ojos azules de William se entrecerraron al encontrarse con los de su hermano. "No recuerdo haber oído nada de eso".

Gilbert sacudió la cabeza y volvió a centrar su atención en el mapa. "MacKenzie. Tienen una buena extensión de tierra a tu oeste y un par de buenos hijos, si no recuerdo mal. ¿Cómo se llamaba el primogénito?"

"Neil".

"Sí, Neil MacKenzie. Es de buena sangre, familia y fortuna. Sin duda debe de estar preparado para una esposa".

William plantó ambas manos sobre la mesa y gruñó a su hermano. "Neil MacKenzie puede tener quince años, si acaso. ¿De qué vas, Gilbert?"

El preboste sacudió la cabeza con decepción y volvió a mirar el mapa. "Quince años quizá sea un poco joven para la muchacha".

"¿Qué muchacha?"

"Laura, por supuesto". Gilbert no apartó los ojos de la vitela. "Ella y yo hablamos, y ambos estuvimos de acuerdo en que, en lugar de enviarla de vuelta al Santuario de San Duthac, donde estaría más expuesta a los peligros de quienes la persiguen, deberíamos buscarle un marido".

"Un marido". William soltó una carcajada amarga, se levantó de la mesa y se dirigió a la chimenea. "Pobre alma. Yo digo que lo mejor sería que la devolvieras a su propia gente. *Que* le busquen una pareja".

"¿Enviarla al sur?" replicó Gilbert, con la incredulidad evidente en su voz. "¿Para que pierda la cabeza ante el rey inglés, como su padre perdió la suya?"

El rostro del laird se arrugó y frunció el ceño. "Och, sabes que no deseo que le ocurra ningún daño".

"Bien. Entonces podrás ayudarme a encontrarle un marido adecuado, ya que la muchacha está ansiosa por salir del castillo de Blackfearn". Gilbert volvió a centrar su atención en el mapa. "Una vez que decidamos una lista adecuada de candidatos, enviaré a cada uno una carta, explicando lo que pueda de su condición. Ahora no tiene dote, es medio inglesa y procede de una familia plagada de hijas. Pero es joven, al menos, de sangre noble. Tiene buen nombre, educación y aspecto". Gilbert se volvió y encontró a William junto al hogar, mirando fijamente al fuego. "¿Crees que es guapa?"

"Tienes ojos. ¿Qué te parece?"

El preboste negó con la cabeza. "Creo que la mayoría la consideraría demasiado delgada. Al fin y al cabo, es pequeñita, y eso también será un obstáculo, teniendo en cuenta el tamaño de nuestros niños. Y luego están sus ojos. Demasiado grandes, ¿no crees, William?"

"No le pasa nada en los ojos", espetó el laird, dirigiéndose a la mesa.

"Un color extraño".

William resopló enfadado. "No son extrañas. Esas malditas cosas tienen la sombra del brezo antes de abrirse, si quieres saberlo".

Gilbert enarcó una ceja y volvió a concentrarse en el mapa.

"Fraser", dijo al cabo de un momento. "El castillo de Dounie estaría, ¿qué, a tres días de camino de su hermana?"

"Ya está prometido".

"¿Perdona?"

"Jamie Fraser se casará en primavera. Y a menos que quieras que vuelva a haber un derramamiento de sangre entre los Mackintosh y los Fraser, yo digo que sería más seguro que no hicieras nada para interferir en ese enlace."

Gilbert miró de nuevo a William, que parecía estar revisando el libro de cuentas del castillo a la luz del fuego. Un ligero golpecito en la puerta atrajo las miradas de ambos hombres, y cuando Symon entró llevando una jarra de cerveza y dos tazas, el preboste hizo un gesto hacia la mesa de trabajo. Sin decir palabra, el mayordomo se volvió y salió de la cámara, dejando la puerta entreabierta.

Gilbert guardó silencio unos instantes antes de volver a hablar.

"¿Y los MacLean?"

William cerró el libro de contabilidad y lo colocó en el armario. "¿Qué pasa con ellos?"

"Wyntoun y tú pasasteis mucho tiempo juntos en la finca de lord Herries".

"Sí, ¿y qué?" William se quedó inmóvil, con el ceño profundamente fruncido.

Gilbert esperó, observando la postura congelada de su hermano. "Su padre está entrado en años. El castillo de Duart es una buena propiedad, por lo que parece. Por todo lo que oigo de él, por todo lo que tú mismo me has contado, Wyntoun MacLean es un buen hombre".

"Sí, en cuanto a pícaros. Pero, en mi opinión, no es un hombre casadero. Desde luego, no aceptaría una boda concertada".

"Acompaña a la pequeña Miriam hasta aquí. Ya que viene, no hace falta arreglarlo. O al

menos, no se lo presentaremos como tal".

William dirigió una mirada acusadora a Gilbert. "¿Qué vas a hacer? ¿Engañarle para que se case con esa mujer?".

"No serán necesarios trucos. Sólo los encantos naturales de Laura Percy".

"¿Te refieres a su lengua mordaz?"

"Algunos hombres lo encuentran encantador". Gilbert se detuvo al ver a la joven de pie en la puerta. Miraba fijamente a William, pero luego apartó la vista, y el preboste sonrió ampliamente mientras le tendía la mano en señal de bienvenida. "Me alegro mucho de que estéis aquí, señora. William y yo estábamos discutiendo los méritos de algunos lairds de las Highlands".

"Lo he oído. No pude evitar oír parte de vuestra conversación". Entró en la habitación y ocupó la silla que le habían ofrecido junto a la mesa de trabajo.

Gilbert observó con cierta diversión que William no parecía poder apartar los ojos de su rostro, aunque ella no le dedicó al laird otra mirada.

"Como nos habrás oído hablar de él, Wyntoun MacLean es el hombre que William y yo estamos de acuerdo en que sería muy adecuado-"

"No es mi recomendación", afirmó tajantemente el laird Ross.

"Decías, Preboste". Laura se movió en la silla, dando la espalda al laird.

"Sir Wyntoun MacLean. Pronto será el laird del castillo de Duart, en las Islas Occidentales. Un joven de... bueno, a la edad de William, es un tipo bastante consumado, educado y adinerado. También es un hombre bastante apuesto, ¿no te parece, hermano?". Ignoró el bufido procedente del otro extremo de la sala. "Como decía, sir Wyntoun podría ser muy adecuado para una dama de tu origen".

Ella se limitó a asentir y se quedó mirando los dedos entrelazados en su regazo.

"Otra ventaja de recomendar a Wyntoun es que él es el encargado de traer aquí a nuestra sobrina desde el castillo de Hoddum. Así pues, mi sugerencia es la siguiente: esperemos a que llegue. Como es natural, William invitará a su viejo amigo a quedarse durante las Navidades - hubo otro bufido que Gilbert dejó pasar-, tendrás muchas oportunidades de estudiar al hombre y decidir por ti mismo si sería un buen partido."

Los ojos azul violáceo de Laura se alzaron y observaron al laird mientras empezaba a pasearse por el extremo más alejado de la cámara.

"Y si tu opinión es favorable, que estoy seguro de que lo será, William y yo nos dirigiremos a Wyntoun en tu nombre".

"No haré ningún acercamiento. Confía en mí".

"Hablaré con él si surge la necesidad, ama", dijo Gilbert con calma, haciendo una pausa para fulminar con la mirada a su hermano. "Y puedo deciros esto: después de conocerlos, sir Wyntoun se sentirá honrado de tomaros como esposa".

"Sí", refunfuñó William. "Para añadir a los tres o cuatro que ya tiene el canalla".

El preboste contuvo una sonrisa. Aquel matrimonio sólo se produciría si su testarudo hermano seguía negando el valor de aquella preciosa perla.

Y eso era una pérdida, pensó Gilbert, que no convendría a nadie.

Capítulo Dieciséis

UNA MIRADA al rostro del niño y William Ross lo supo.

Lo había sabido antes. En realidad, lo había sabido siempre, pero nunca se había enfrentado a ello. Mientras estaba allí, se apoderó de él un impulso casi incontrolable de abandonar a sus recién llegados invitados. Lo único que deseaba en aquel momento era salir furioso de aquella Sala y encontrar un lugar donde rumiar en soledad. En lugar de eso, se mantuvo firme y frunció el ceño mientras Miriam le estudiaba, con una mirada dubitativa e insegura.

"Tío", murmuró la joven en voz baja, haciendo una pequeña reverencia al hacendado.

Guillermo giró impaciente sobre el mayordomo que se acercaba. "¿Dónde está ese maldito hermano mío?"

"Está en la capilla diciendo misa, mi señor. Me temo que tardará un poco".

Con una mirada de disgusto, se volvió hacia Wyntoun MacLean, que estaba de pie con una sonrisa de oreja a oreja detrás de la niña. "¿Y cómo fue tu viaje?"

"Ha ido muy bien, William, gracias. Excepto por tener que dejar a la dama de compañía enferma de tu sobrina en un convento dos días después de nuestra partida, el viaje fue bastante tranquilo, de hecho."

"Me alegro de oírlo. Te traeremos algo de comer y podrás contármelo con todo detalle". William vislumbró un atisbo de cansancio en el rostro de Miriam y el sentimiento de culpa volvió a invadirle con un frío glacial. Se volvió hacia el mayordomo. "Llévala al ala este y dile a la señora Laura que está aquí. Luego alimenta a la muchacha".

Symon, asintiendo complacido a la niña, la condujo fuera de la Sala con el joven Robbie arrastrando tras ellos un pequeño cofre de viaje.

"¿Y quién es esta señora Laura?" preguntó Wyntoun con interés, siguiendo a William hasta el estrado ante la gran chimenea.

"Un invitado. Más que eso, canalla con cara de perro, harías mejor en no saberlo".

"Will, amigo mío, pareces un hombre que oculta algo. De repente tengo ganas de conocer a esta doncella misteriosa".

Era imposible no haber oído el alboroto que rodeaba a la compañía que llegaba. Laura ya estaba en el pasillo, junto a la habitación de la niña, cuando el mayordomo hizo subir a Miriam.

Era pequeña y joven. Pero no fue su tamaño ni su edad lo que sorprendió inicialmente a Laura. Fue la tristeza que brillaba claramente en sus hermosos ojos azules. Laura levantó la vista y descubrió que la expresión de Symon también estaba nublada por la preocupación.

"Saludos, Miriam", dijo Laura con suavidad, poniendo una mano en el hombro de la niña mientras el mayordomo y Robbie los rodeaban con el pecho de la niña. "Soy Laura Percy, y no sabes cuánto me alegra que por fin estés aquí".

La barbilla de la muchacha cayó sobre su pecho mientras Laura observaba cómo un par de lágrimas rodaban por unas pestañas increíblemente largas hasta las pálidas mejillas.

"¿Eres... eres la mujer de mi tío?".

"No, sólo soy un viejo y malvado fantasma que frecuenta esta ala".

La cara de Miriam se levantó inmediatamente, conmocionada, y Laura sonrió, agachándose hasta que estuvieron cara a cara.

"La verdad es que no".

"No lo creía", susurró la joven, secándose la cara mojada con el dorso de una mano. "No recuerdo demasiado bien el castillo de la última vez que estuve aquí, pero nunca habría olvidado a un fantasma, malvado o no".

"¿Cuánto tiempo llevas fuera, Miriam?"

"Me dicen que unos dos años y medio. Pero ahora tengo siete y, como entonces sólo tenía cuatro y medio, me temo que he olvidado muchas cosas."

"Eres una chica lista para saber la edad que tenías hace dos años y medio".

Miriam se encogió de hombros. "No fue muy difícil. Se lo pregunté a sir Wyntoun y él me lo dijo".

Laura sonrió y se puso en pie, tendiendo una mano a la joven. Miriam la cogió vacilante. "Bueno, llevo aquí menos de quince días y hay muchas cosas sobre este torreón en las que espero que puedas ayudarme".

"Lo haré si puedo, ama". Miriam asintió y se dejó conducir al interior de la alcoba preparada. El mayordomo acababa de guardar sus pertenencias, y Robbie estaba de pie con el cofre vacío, observando a la muchacha.

Symon sacó al muchacho de la habitación. "Enviaré a Maire con algo de comer para la muchacha".

Laura asintió en señal de aprobación y se quedó junto a la puerta mientras el hombre mayor las dejaba a solas. Miriam caminó lentamente por la habitación, tocando el revestimiento de la cama, palpando la tosquedad del gran arcón de madera, mirando por la estrecha ventana hacia el creciente crepúsculo, incluso inclinándose y comprobando debajo de la cama. Finalmente se detuvo junto a Laura. "¿Es aquí donde duermo?"

La joven asintió. "Ésta es tu habitación. ¿Estás contenta?"

"¿Dónde duermes?"

"La puerta de al lado. La última habitación del pasillo".

Miriam asomó la cabeza por la puerta y echó un vistazo a la puerta cerrada de la habitación de Laura. "¿Dónde duerme mi tío?"

"Supongo que dormiría en los aposentos del laird, aunque estoy seguro de que no lo sé. Puede que hayas visto la puerta que conduce a ella desde el Gran Salón".

"¿Y el preboste? También es mi tío, pero sir Wyntoun dijo que es más cortés si le llamo "preboste"".

Laura sólo podía adivinar dónde se alojaba el preboste. "Ahora que lo dices, creo que el preboste puede estar alojado en los aposentos del laird".

"¿Y Sir Wyntoun? ¿Dónde estará?"

Laura bajó la mirada hacia los profundos ojos azules y los encontró bastante serios. "¿Quizá en el Gran Salón? ¿O con los guerreros del castillo? Creo que hay habitaciones para ellos encima

de los establos".

"¿Y el mayordomo?"

"¿En los aposentos del mayordomo?"

"¿Hay guerreros que duerman en el castillo?"

"Sí. Algunos duermen en el Gran Comedor y otros fuera, junto a la puerta del castillo". Laura se mordió el labio inferior para reprimir una sonrisa y volvió a arrodillarse ante el niño. "¿Por qué no dejas que te ayude a quitarte la capa de viaje y a quitarte esos zapatos mojados, y me cuentas por qué es tan importante para ti saber dónde duerme todo el mundo en el castillo de Blackfearn?"

Miriam se detuvo un momento antes de asentir vacilante y dejarse conducir al centro de la sala.

La capa de lana estaba completamente mojada y, tras quitársela, Laura descubrió que el vestido de la niña también estaba húmedo y frío. Justo entonces entró Maire con una bandeja de comida y, antes de que Miriam tuviera oportunidad de preguntarle a la mujer mayor dónde dormía, Laura la envió de nuevo con indicaciones para conseguir más turba para el fuego, mucha agua caliente y una bañera lo bastante profunda para que la niña se bañara.

Poco después, sentada en el agua humeante mientras Laura le lavaba el pelo, la joven pasó del objeto de su curiosidad, los arreglos para dormir del castillo, a los antecedentes de Laura.

"Si no eres la mujer de mi tío, ¿entonces eres su pretendida?"

"No, Miriam, no lo estoy".

"¿La intención del preboste?"

Laura lanzó una mirada amenazadora a una risueña Maire, que estaba sentada cómodamente ante el hogar y calentaba una manta para envolver a la niña. "El preboste es sacerdote, Miriam. No puede tener mujer".

"Oh". La joven sacudió las manos mojadas, rociando más agua sobre el vestido ya mojado de Laura. "¿Eres la mujer del mayordomo, entonces?"

"No soy la mujer de nadie". Laura vertió un poco de agua caliente sobre la cabeza de la niña y sonrió. "Sólo soy una invitada".

"Pero eso no es bueno".

"¿Y eso por qué?" Laura cogió la gran manta de Maire.

"Porque significa que te irás. Igual que se irá sir Wyntoun". Se levantó con el aliento de Laura y salió de la bañera. Laura la envolvió con la manta y secó a la muchacha a palmaditas. "Y el preboste regresará a San Duthac, y yo me quedaré sola".

"Ya no estarás sola, Miriam. Vivirás con tu tío. El castillo de Blackfearn es tu hogar".

Las lágrimas volvieron a acumularse en los ojos azules.

"¿Qué ocurre?" Laura cogió a la niña en brazos.

"Mi tío". Miriam hipó suavemente. "No creo que quiera que me quede aquí con él".

"Claro que sí".

Ella negó rotundamente con la cabeza. "Lo sé. Hoy, cuando llegamos, ni siquiera soportaba mirarme. No me quiere, igual que no me quiso mi abuelo".

"No, no es verdad. Nada de eso". El reconfortante silencio de Laura no sirvió para contener el flujo de lágrimas. Depositó un suave beso en la sien de la muchacha. Pero los suaves sollozos continuaron. Maire sacudió con pesar su canosa cabeza mientras se levantaba y salía apresuradamente de la habitación, y Laura tuvo la nauseabunda sensación de que tal vez había algo de verdad en lo que Miriam había dicho.

El gran fuego de la chimenea parecía absorber todo el aire de la sala de trabajo del hacendado. William miró hacia la ventana abierta.

El visitante siguió divagando con sus noticias sobre el castillo de Hoddom y la discordia que parecía estar desgarrando la antigua tenencia. Lord Herries, viejo y enfermo, no tenía fuerzas para mantener a raya a sus parientes lejanos, y éstos ya habían empezado a gruñir y a chillar como animales, esperando la muerte del viejo laird.

Wyntoun bajó la voz. Sabía que al anciano le preocupaba que a más de uno de los chacales se le metiera en la cabeza que controlar a la nieta significaría controlar el castillo de Hoddom y sus vastas posesiones.

Wyntoun MacLean siguió hablando. Gilbert siguió escuchando. William siguió mirando con el ceño fruncido a los dos bribones que estaban sentados con él.

El malvado preboste, maldito sacerdote bienhechor y hermano traidor que era, ya había mencionado el nombre de Laura siete veces en el transcurso de la breve conversación. ¡Siete veces!

William apartó su mirada abrasadora de Gilbert. Emparentado por la sangre, no podía hacer mucho daño al hijo de puta.

Sir Wyntoun MacLean era harina de otro costal. El ceño del laird se ensombreció al evaluar más de cerca a su enemigo, su antiguo amigo.

El asqueroso canalla era un hombre culto. Pero William sabía que podía defenderse cuando se trataba de aprender. Al fin y al cabo, ambos se conocieron en St. Andrews antes de ir juntos al castillo de Hoddom.

El bastardo también hablaba bien. William decidió que él también podría serlo, dependiendo de las circunstancias y de si ponía empeño en la tarea y no perdía la paciencia.

El miserable cabrón podría considerarse un hombre paciente. Y un hombre ordenado. Y un planificador por naturaleza. William frunció el ceño más profundamente.

Pero lo peor era que, a los ojos de una muchacha inocente y desprevenida, Wyntoun MacLean probablemente sería considerado un hombre apuesto. Ojos verdes. Pelo corto del color de la noche. Un rostro delgado y musculoso, sin cicatrices.

Hasta ahora. Pero aún era pronto.

William sintió que la ira le punzaba bajo la piel al pensar en lo condenadamente adecuada que sería la pareja de Laura y Wyntoun, a pesar de sus defectos.

Se levantó inquieto y se dirigió hacia la ventana, apoyándose en ella y observando a Gilbert y al visitante. Casualmente, midió a su enemigo.

El siguiente laird MacLean era un hombre alto, pero William era más alto. Y el laird sabía que era rápido. Sin embargo, William siempre había sido más rápido. Era letal con la espada, pero William estaba más que dispuesto a igualar sus propias habilidades con las de Wyntoun.

"Como decía antes, hay mucho parecido entre la situación de Miriam y lo que dejó Laura Percy".

Ocho veces. "¿Listo para salir al patio de entrenamiento?"

Gilbert enarcó la frente, confuso.

La cabeza de Wyntoun se volvió sorprendida. "¿El patio de entrenamiento?"

"Sí. No has hecho más que sentarte sobre tu perezoso culo durante Dios sabe cuánto tiempo. Debes estar deseando acción. Un buen combate. Algo que limpie el cuerpo y el alma y endurezca la panza que has empezado a mostrar".

La nota de desafío era evidente en la voz de William. Su invitado se puso en pie riendo a carcajadas. "Veo que tienes ganas de más palizas como las que yo te daba en los viejos tiempos".

"Fue al revés, canalla, si no recuerdo mal".

"No me sorprende que no te acuerdes, teniendo en cuenta todos los golpes que te diste en la cabeza".

"Alto ahí", ordenó Gilbert, poniéndose en pie de un salto. "Podéis parar los dos ahora mismo. Le he pedido a la señora Laura que se una a nosotros".

Nueve veces.

"Ahora mismo, babuino con cara de viruela". El terrateniente dio una palmada en el hombro de su invitado un poco más sonora de lo que la hospitalidad requería normalmente. "A menos, claro, que te hayas vuelto demasiado frágil en tu vejez y no puedas soportar una buena pelea en el patio".

"Este hermano tuyo, ladrón de ganado y putero, no me da otra opción, Preboste".

"William", se enfadó Gilbert, "¿no puede esperar esto a más tarde? La señora Laura bajará enseguida".

"Sigue tu camino, serpiente". Ignorando la angustia de su hermano, William dio al caballero un "amistoso" empujón hacia la puerta. "Y te prometo que esta mañana te lo tomaré con calma".

Por supuesto, pensó William, nada le daría más placer que romper aquella nariz recta de su viejo amigo. Excepto, tal vez, plantar unos cuantos moratones en el rostro moreno y apuesto de aquel hombre. O, tal vez, simplemente martillar el poderoso cuerpo de su oponente hasta convertirlo en una pulpa sanguinolenta.

Mientras los dos atravesaban el Gran Comedor con Gilbert chisporroteando por detrás, William se dio cuenta de que estaba planeando. Desde luego, Laura lo aprobaría.

Era cierto que planeaba ser perfectamente vil con su invitado. Y también era cierto que, una vez que hubiera terminado de propinar una severa paliza a Wyntoun MacLean, planeaba ser totalmente inhóspito. Pero al menos, pensó William sombríamente, estaba planeando. Y cuanto antes llevara a cabo Sir Wyntoun MacLean sus planes de abandonar el castillo de Blackfearn para dirigirse a las Islas Occidentales, mejor.

William Ross estaba cansado de entretener.

Capítulo Diecisiete

YA HABÍA PASADO la hora de servir la comida cuando Laura abandonó por fin el Gran Comedor y se dirigió al patio de entrenamiento. Dejando a la pequeña Miriam con su tío, el preboste, en el estrado, la joven decidió que no habría mejor momento que éste para discutir con William cómo pensaba tratar a la vulnerable niña.

Miriam estaba convencida de que no era bienvenida en el castillo de Blackfearn. Peor aún, estaba convencida de que su tío, el laird, no la quería ni la amaba. Y fuera cual fuera la familia que había dejado atrás en el castillo de Hoddon, Laura estaba segura de que allí tampoco habían cuidado a Miriam como debían. Para la niña, no despedirse de su nieto había sido casi aplastante. Y por lo que Laura pudo averiguar, el anciano sencillamente no había tenido tiempo de despedir a su propia nieta.

Bueno, eso no iba a ocurrir aquí, pensó Laura con decisión mientras salía furiosa de la sala. No si ella tenía algo que ver.

Laura sabía que sólo le quedaban unos días en el castillo de Blackfearn. Aunque sólo fuera eso, si conseguía que tío y sobrina empezaran con buen pie, si lograba que William comprendiera que las formas de tratar a un pequeño no debían mezclarse con cualquier problema que hubiera tenido con la madre, entonces Laura podría sentir que su estancia había merecido la pena.

Cuando Laura se acercó al patio de entrenamiento, sus ojos recorrieron las espaldas de los guerreros que estaban de pie y observaban a dos combatientes dentro del círculo. Los muchachos más jóvenes, a los que solía ver corretear desde su ventana, también estaban de pie observando. El tintineo de metal contra metal llenó el aire, salpicado de gritos y risas de los espectadores.

Seguramente, pensó, éste sería un buen lugar para hablar. Con tantos hombres a su alrededor, tenía muchas más posibilidades de controlar sus pasiones angustiosamente rebeldes.

Ella y William estuvieron de acuerdo. Laura tenía que irse. Tenía que casarse pronto con alguien. No había razón para tentar al destino y ponerse continuamente en situaciones peligrosas en las que ninguno de los dos pudiera controlar la floreciente lujuria que parecía abrumarlos de tal modo.

¡Lujuria! Repitió la horrible palabra en su mente. Lujuria es como él la había llamado.

Acercándose al grupo, Laura buscó al laird entre los guerreros. No lo encontró. Sin embargo, al mirar a través del grupo, sus ojos se sintieron inmediatamente atraídos por los arcos centelleantes de las espadas largas mientras luchaban los dos guerreros del círculo.

Observar este tipo de entrenamiento desde la seguridad de su habitación era tan diferente a estar aquí mismo, tan cerca. Dio vueltas alrededor del grupo, levantándose sobre las puntas de los pies, intentando ver mejor a los oponentes. Nadie parecía darse cuenta de su presencia.

Ninguno parecía dispuesto a moverse ni un centímetro para dejarle una visión clara.

Los hombres la aclamaron. Luego, un grito de desaprobación en el mismo momento en que ella se abrió paso entre la multitud. Una espada cayó al borde del círculo y se detuvo a escasos centímetros de su pie. Sin pensarlo, se agachó y recogió el arma. Casi se le cae el brazo del peso de la espada. Sin embargo, avergonzada ante la visión de decenas de ojos que se volvían y la miraban, Laura levantó el arma con las dos manos.

El círculo abierto se extendía ahora ante ella, dándole una visión clara de los dos hombres, vestidos sólo con sus faldas escocesas, que se erguían peligrosamente en el centro. Los ojos de Laura encontraron primero a William Ross. Desarmado y sangrando ligeramente por un corte en el pecho, el laird Ross miraba ferozmente a su enemigo.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas para no correr hacia él, volvió los ojos hacia el adversario. Era un hombre al que nunca había visto. Un gigante de pelo oscuro al que le corría sangre por la nariz. El luchador parecía aún más peligroso que William en ese momento, de pie con su larga espada apuntando directamente al laird de Ross.

Ninguno de los dos hombres se percató de su presencia cuando el desconocido empujó la punta del arma hacia el pecho de William. Laura jadeó cuando el laird Ross se apartó del ataque. Pero antes de que William pudiera recuperarse, el desconocido se abalanzó sobre él. En un instante, William estaba de espaldas, con la espada del gigante moreno alzándose sobre él para asestarle el golpe mortal.

Con una rapidez que habría enorgullecido a su hermana Adrienne, Laura cargó contra el desconocido, con la larga espada levantada tan alto como pudo, la punta presionando la parte superior de las nalgas del hombre.

"Para o te mato".

Un largo momento de silencio flotaba en el aire. Entonces sonó una carcajada en el patio.

"Así que, Will", gruñó el hombre, riendo a carcajadas pero sin apartar los ojos del laird caído, "ahora tienes mujeres que vienen a rescatarte".

Laura no sabía de dónde había venido el golpe. En un momento, el desconocido estaba desoyendo su amenaza, y al siguiente estaba doblado, agarrándose algo por debajo del cinturón con dolor y jadeando.

La punta de la pesada espada que tenía en la mano golpeó el suelo, y en un instante William estaba de pie y frente a ella.

Con un brusco grito suyo, los hombres reunidos empezaron a dispersarse, todavía riéndose de la escena que habían presenciado. Edward y algunos desconocidos estaban ayudando al otro hombre a ponerse en pie, pero Laura mantenía la mirada fija en el rostro fulminante de William. Giró la empuñadura de la espada hacia él, e hizo una mueca de dolor cuando él se la arrebató con demasiada suavidad. Miró por encima del hombro a su oponente, que se levantaba lentamente.

"Lo siento mucho", murmuró ella. "Mi intención no era avergonzarte. Estoy segura de que debe de haber parecido que yo... bueno, pensé que...". Sus palabras se interrumpieron.

Abrió la boca para decir algo y la cerró de golpe. Cuando habló, ella pudo oír el férreo control de su voz. "¿En qué pensabas exactamente cuando levantaste esta arma?".

Laura evitó su mirada y, en su lugar, bajó la vista hacia el fino corte de su imponente pecho. Aún sangraba. Luego miró un rasguño en sus poderosos bíceps. Podía sentir el calor que emanaba de su carne. ¿Cómo podía pensar, por no hablar, tan cerca de un cuerpo tan hermoso?

Su voz apenas era un chillido. "Intenté salvarte".

"¿Apuntando con una espada al culo del hombre?"

"Lo habría hecho mejor si hubiera podido. Pero la maldita cosa pesaba demasiado". Al darse

cuenta de que algo había cambiado en su tono, levantó vacilante la vista hacia sus ojos azules. Había estado ladrando como si estuviera enfadado, pero en aquellos ojos ella vio otras cosas. Cosas sorprendentes. Diversión. Incluso afecto.

"¿No crees que si estuviera en verdadero peligro, ese círculo de hombres de Ross habría tenido más posibilidades de salir en mi defensa?"

Una débil sonrisa se dibujó en sus labios mientras negaba con la cabeza. "Supongo que actué por impulso".

Sus ojos se entrecerraron. Sintió que se ruborizaba abiertamente cuando su intensa mirada acarició su rostro y sus ojos se posaron en sus labios. "¿Tú? ¿Laura Percy? ¿Actuando por impulso?"

"Una debilidad, lo sé". Ella se encogió ligeramente de hombros, devolviéndole parte de su atento escrutinio dejando que sus ojos estudiaran los cincelados planos de su rostro, bajando hasta su cuello, hasta su pecho. Quería tocar aquella herida, pero se obligó a volver a mirarle a la cara. "Has sido una muy mala influencia".

Vio cómo sus manos se tensaban en torno a la empuñadura de la espada. La punta estaba clavada en el suelo, entre sus pies. El deseo, potente e inconfundible, se había colado en su mirada. Sintió que el calor se extendía por su cuerpo.

Había estado flirteando con él. ¿Cómo era posible que su moral se hubiera arruinado por completo?

Laura se llevó una mano impaciente a la frente para despejar la mente. Él siguió observando divertido cómo ella se esforzaba. "Necesito una audiencia privada contigo".

"Estoy totalmente de acuerdo". Él levantó una de sus cejas con mirada diabólica, y ella intuyó que el hombre estaba malinterpretando a propósito sus palabras. "En efecto, muchacha. Creo que deberíamos ocuparnos de ello de inmediato".

Sintiéndose completamente turbada, negó con la cabeza. "Me refiero a tu sobrina".

"Por la Cruz, hombre", dijo el desconocido. "¿Cuánto tengo que esperar para que recuerdes tus modales y me presentes como es debido a esta belicosa muchacha?"

El rostro del Ross se nubló de inmediato. Sin embargo, no apartó los ojos del rostro de Laura, mientras respondía bruscamente. "¿Cuánto tiempo piensas vivir, canalla?"

Laura se sobresaltó ante el comentario de William, pero luego se volvió hacia su oponente, que se acercaba. Con una camisa de lino ceñida sobre el pecho desnudo y una sonrisa irónica iluminando el apuesto rostro del hombre, el recién llegado, aparentemente recuperado, tenía un aspecto mucho menos amenazador que hacía unos instantes.

"Sir Wyntoun MacLean, señora, a vuestro servicio". Dando la espalda al laird de Ross, el recién llegado se interpuso directamente entre ellos. "¿Y puedo suponer que tú eres mistress Percy, la joven de la que tanto he oído hablar?"

Laura se encontró con que su mano ya estaba en manos del hombre. Un par de ojos verdes, brillantes e inteligentes, la miraban.

"Tienes razón en cuanto a quién soy, señor, pero no puedo atreverme a decir que sea totalmente seguro. De hecho, debo rogarte que me perdones por lo que acaba de ocurrir. Me temo que he juzgado mal la situación por completo".

Wyntoun mostró una dentadura blanca y uniforme. "Hecho. Olvidado. Hace falta mucho valor para intentar rescatar a un hombre tan indefenso".

Haciendo caso omiso de la obscena declaración que pronunció a sus espaldas, el caballero sonriente cogió a Laura del brazo y la dirigió hacia el Gran Salón. El hombre siguió hablando y, mientras Laura era conducida, miró varias veces por encima del hombro en busca de William

Ross.

Permaneció de pie observándoles, con la punta de la espada aún enterrada en la tierra semicongelada, y su expresión mostraba abiertamente su disgusto.

William se sentó y se frotó los ojos. Sólo quedaban algunas cartas por responder. Las clasificó una vez más y las añadió al trabajo que estaba listo para que Symon lo completara.

"No te preocupes por tus ojos. Estás arruinando tu reputación, hermano, quedándote despierto hasta tan tarde y trabajando con tanta diligencia".

William sólo pudo lanzar un gruñido a medias al sacerdote que estaba en la puerta abierta. Gilbert entró en la cámara, con su gigantesco perro Willie detrás de su amo.

"Encantador anfitrión como eres", dijo el preboste, con la voz cargada de ironía, "cuando te marchaste tan temprano del Gran Comedor, Wyntoun y yo nos preocupamos".

"Al diablo con Wyntoun. De todas formas, ¿cuándo se va ese hijo de puta?".

"¿Se marcha? Pues acaba de llegar". El sacerdote se sentó en una silla junto al hogar, con el perro acurrucado a sus pies. "Y cuando le pregunté si podía quedarse aquí, en el castillo de Blackfearn, al menos hasta Navidad...".

"¿Para qué demonios? Tiene su propia parentela en las Islas Occidentales. Creo que debería ponerse en camino mañana".

"William, no puedo creer que seas tan testarudo, teniendo en cuenta lo bien que están progresando las cosas".

"¿Qué cosas?", espetó el laird.

"Cosas". Gilbert bajó la voz, mirando en dirección a la puerta abierta. "Entre Laura y Wyntoun".

William se levantó bruscamente, casi derribando su pesada silla tras de sí. "Salió de la sala con Miriam mucho antes que yo. ¿Cómo pudieron avanzar *las cosas* si ella no estaba allí?".

Gilbert cruzó las manos sobre el regazo y sonrió satisfecho. "Es una compañía encantadora para la cena. Encantadora, podría decirse".

"No sabría decirte. Desde que la mujer está aquí, en el castillo de Blackfearn, ni una sola vez ha comido en el Gran Salón... hasta esta noche". Y para castigarle por no haberla invitado antes, pensó William con hosquedad, la maldita mujer incluso tuvo que ocupar el asiento entre Gilbert y MacLean.

Sí, castigándole. Lo bastante cerca como para atormentarle con una mirada de vez en cuando a su hermoso rostro, a sus ojos violetas que de vez en cuando le buscaban. Pero lo bastante lejos como para que no pudiera distinguir el intercambio de conversación, aparte de una risa o dos, entre ella y aquel perro de Wyntoun. La cena había sido un desastre para el hacendado.

Afortunadamente, la niña que estaba sentada tranquilamente al lado de William había dado pronto muestras de somnolencia, y Laura se había excusado con Miriam, y las dos se habían retirado a pasar la noche.

No había pasado mucho tiempo cuando William también se había retirado, con el ánimo demasiado viciado para disfrutar del entretenimiento de los jugadores que se habían detenido a pasar la noche de camino a Inverness. Abandonó la Sala y desapareció en su cuarto de trabajo.

Tenía que admitir que refugiarse en el trabajo era realmente una primicia para él.

"Wyntoun acompañará mañana a Laura a la capilla para el servicio de la mañana".

Volviendo a centrar su atención en su hermano, William se movió de detrás de la mesa.

"¿Qué otros arreglos se han hecho?"

"No esperarás que te escuche a escondidas, ¿verdad, hermano?"

"Espero cosas mucho peores de ti, sapo entrometido. ¿De qué otras cosas se habló?"

"En realidad, no hicieron ninguna otra cita que yo pudiera oír, pero la belleza de las Islas Occidentales fue un tema de gran interés, según parece. Wyntoun habló mucho del castillo de Duart, mencionando incluso la avanzada edad de su padre. Me pareció bastante prometedor".

"¿Y mencionó su necesidad de esposa y herederos?". William fulminó con la mirada al perro de su hermano. "Por San Andrés, Gilbert, ¿por qué no traes aquí tu maldito caballo? Esa maldita cosa ocuparía menos espacio que esa bestia perezosa".

Willie levantó su ancha cabeza, miró al laird, luego bostezó y rodó sobre un costado.

"Och", resopló con disgusto el montañés, sacudiendo la cabeza mientras se recostaba contra la mesa. "Lo que realmente me interesaría saber es si el encantador sir Wyntoun mencionó algo de su pasatiempo de aterrorizar al comercio mercante con sus barcos en la costa oeste".

"Habría sido demasiado decir para el primer día, creo".

William resopló disgustado y se dirigió hacia la puerta. "Sí, demasiado, creo".

"¿Te retiras, hermano?"

"Sí. Es agotador ser tan condenadamente encantador todo el tiempo".

Le gustaba la Ama Laura. Era mucho más simpática que Nanna Jean.

Pensando en la anciana dama de compañía que habían dejado atrás, Miriam rezó en silencio por la enferma, aunque tenía la fuerte sensación de que la enfermedad de Nanna Jean había empeorado inmediatamente en cuanto se perdieron de vista de su hogar y de su anciana hermana.

Miriam abrió un ojo y miró soñolienta a Ama Laura. La delicadeza con que la inglesa la arropaba en la cama había sido un cambio encantador. La atención que recibía de manos de Laura era mucho mayor de la que recordaba.

Arropada en la gran cama, Miriam se fue sintiendo cada vez más cómoda y el sueño se iba apoderando de ella. Sin embargo, la niña no quería perder de vista a la joven sentada en la pequeña silla junto a la chimenea, que sostenía en el regazo un libro en lugar de una labor de aguja o lana.

La felicidad que debe existir en el país de las hadas seguramente no puede ser mejor que ésta. Aquí estoy a salvo, pensó Miriam, con las imágenes de Laura y el hacendado flotando en su somnolienta cabeza.

Con la lenta aparición de sus sueños, casi sintió que su mano se deslizaba en la fuerte mano de su tío. Lo vio mirar hacia abajo y asentir con aprobación, con una suave sonrisa que suavizaba los ojos azules que tanto se parecían a los suyos.

Miriam se acurrucó más en las sábanas y soñó. Soñaba con la familia, con un hogar donde la quisieran y con la felicidad.

Laura miró el hermoso rostro de la joven mientras dormía. Cerró el libro que tenía sobre el regazo, apoyó los codos en las rodillas y apoyó la barbilla en las manos.

Había demasiados fantasmas proyectando sus sombras sobre la vida de la niña. Había demasiadas incertidumbres que ya se había acostumbrado a soportar.

Laura había tenido la intención de hablar con William sobre este asunto a mediodía, y frunció el ceño, pensando en lo inútil del esfuerzo. Sin duda había acabado haciendo el ridículo al intentar salvarle la vida.

Durante la cena había observado la respuesta de William a la niña sentada a su lado. Le dolía que hubiera mostrado tan poco interés. Se había limitado a permanecer sentado con aquella moneda de oro rodando eternamente sobre sus nudillos, mientras la niña le observaba atentamente. A excepción de fijarse en Miriam cuando por fin casi se había dormido en su silla, no había habido muchas palabras habladas. Ningún disfrute compartido de la comida. Sólo silencio.

Bueno, pensó Laura, mañana volvería a intentar hablar con él. Y esta vez pensaba conseguirlo.

Laura se puso en pie y se acercó al lado de la cama, apartando suavemente un rizo oscuro de la frente de la niña. El rostro de Miriam estaba relajado por el sueño, y parecía un ángel en apacible reposo.

Deseaba encontrar la misma paz en su propio sueño. Más que nunca, el sueño de Laura estaba atormentado por fantasmas de su propio pasado. El rostro de su padre. Aquel día en Yorkshire en que se lo habían llevado. La noticia de su asesinato. Los rostros de sus hermanas. El de su madre.

Laura luchó contra las emociones enfermizas que pujaban por abrumarla incluso en este momento de vigilia. Se volvió hacia la puerta. No iba a permitir que se derrumbara. Había promesas que debía cumplir. Responsabilidades de las que tenía que ocuparse. Una niña que necesitaba su ayuda hasta que un tío poco dispuesto encontrara un lugar en su corazón.

La puerta se cerró silenciosamente tras la mujer que se marchaba y, con un sobresalto, los ojos de Miriam se abrieron de golpe. Miró a su alrededor y se estremeció. Las sombras ya se acercaban a la cama.

Capítulo Dieciocho

EL VELO azul que envolvía la gran cruz enjoyada ondeó con la brisa mientras las puertas se abrían y cerraban para recibir al caballero que llegaba. Los presentes se volvieron expectantes hacia el hombre, lanzándole sus preguntas.

"¿Es verdad, Duncan?"

"¿Sabemos dónde está la madre?"

El caballero se inclinó ante el líder de ojos grises antes de volverse hacia los demás. "El rumor es cierto. Lady Nichola está en la abadía de Jedburgh. Pero nuestros amigos de allí dicen que abandonará la abadía antes de Navidad".

"Ya podemos ir a por ella", gritó acaloradamente un caballero.

"Es mejor cogerla cuando haga su movimiento", desafió otro.

"Pero, ¿y la Espada?", gritó uno de los caballeros, provocando murmullos de asentimiento entre los demás miembros del grupo.

El líder se adelantó y un silencio se apoderó del grupo. "No iremos tras ella ahora, ni la capturaremos cuando abandone la abadía".

Ante el alboroto de voces, el líder levantó las manos para pedir silencio.

"Vigilaremos a Lady Nichola Percy. No dejaremos que se nos escape. Pero más allá de eso, hemos encomendado a nuestro hermano, la Espada de Barra, que asegure a Tiberio". El líder se volvió hacia un joven guerrero situado a su derecha. "Hermano, lleva la noticia de nuestro descubrimiento al Filo. Y dile que no actuaremos hasta que él nos diga que es el momento".

Era una locura subir a su alcoba a estas horas. Pero la cordura nunca había sido una de las virtudes de William.

Al subir por la escalera circular desde el Gran Comedor hasta el ala este, se obligó a no pensar en lo que podría decir o hacer si ella abría la puerta cuando él llamara. La impulsividad era su naturaleza, y sabía que cuando se enfrentaba a ella, siempre podía contar con su espontaneidad para mantener a la mujer desequilibrada.

Estaba a punto de subir las escaleras cuando el chirrido de una puerta que se abría en el pasillo lo detuvo en seco. Esperó un momento, sin saber exactamente qué esperar.

Para su gran sorpresa, Miriam entró a trompicones en el oscuro pasillo, vestida con un camisón blanco y con el aspecto de un pequeño espíritu. Mientras él la observaba, la niña se apartó de la puerta de su habitación y corrió hacia la puerta de Laura, en el otro extremo del pasillo. La muchacha se detuvo y el laird la observó mientras se frotaba un pie descalzo contra el

otro y se pasaba las manitas por los brazos para protegerse del aire frío del pasillo.

Miró las estrellas que centelleaban a través del techo destrozado y se maldijo por no haber hecho nada antes.

La niña se dispuso a llamar a la puerta, pero se detuvo. Obviamente, Miriam decidió no hacerlo y corrió hacia su propia habitación, desapareciendo sólo un instante antes de reaparecer con una manta sobre sus delgados hombros.

Ella se movía demasiado deprisa para fijarse en él cuando tomó el primer recodo del pasillo, dirigiéndose a los estrechos escalones que bajaban a la cocina.

William la siguió hasta lo alto de la escalera, donde oyó el ruido de unos piecitos que bajaban a toda prisa. Frunció el ceño en la oscuridad, confuso por las acciones de la niña.

Volviendo sobre sus pasos, se dirigió a la habitación de Miriam y echó un vistazo al interior. Aún ardía un pequeño fuego en la chimenea. La cama, situada contra una pared bajo un alegre tapiz de cuadros escoceses de Ross, parecía bastante cómoda. Habían tirado la ropa de cama tras la precipitada marcha de la muchacha. En la pared del fondo colgaba un tapiz muy atractivo. Las contraventanas cerradas protegían eficazmente del frío.

La habitación era mucho más cómoda y estaba mejor arreglada que cuando él y sus hermanos la habían habitado. No podía imaginar por qué Miriam no se sentiría feliz durmiendo en aquella habitación.

William salió de la alcoba y lanzó una mirada anhelante a la puerta de Laura antes de tomar él mismo la escalera trasera que conducía a la cocina. Al menos habían reparado el maldito escalón, pensó al pasar junto a él. Era algo reconfortante saber que *algo que* él había hecho podría haber servido para evitar que Miriam se hiciera daño en su deambular nocturno.

Agachando la cabeza y subiendo al rellano que daba a la cocina, el hacendado Ross se asomó a la penumbra. Había varios criados durmiendo aquí y allá. Varias de las mesas estaban dispuestas con bandejas que contenían ordenadas hileras de panes de masa creciente. El propio Chonny estaba tumbado en una mesa cerca de la puerta que daba al Gran Salón, pero se incorporó cuando William empezó a bajar los escalones.

El laird se agachó junto a su cocinera.

"¿Te falta un pequeñín, Will?", susurró el hombre.

William asintió y volvió a mirar a su alrededor en busca del niño.

"Comprueba los sacos de avena que hay cerca de la chimenea". Chonny asintió en dirección a la chimenea más alejada. "La muchacha ha corrido hasta aquí hace unos momentos. Temblaba como una hoja. Creyendo que todos dormían, se arrastró hasta allí y se tapó con una arpillera vieja. No quería asustarla más de lo que ya estaba".

Dando a la cocinera una palmada de agradecimiento en el brazo, William se puso en pie y se dirigió en silencio al hogar.

Lo único que pudo ver a primera vista fue un pequeño fardo de harapos apilados sobre sacos abultados. Luego, una mano pequeña y mechones enmarañados de rizos oscuros. Se agachó ante la niña y le apartó suavemente el tosco saco de la cara. Ya estaba profundamente dormida.

En el pecho de William se produjo una repentina opresión inesperada. Se quedó mirando el rostro de Miriam, las largas pestañas que se apoyaban en sus pálidas mejillas, la masa de rizos oscuros que parecían tener voluntad propia.

Recordó el aspecto que había tenido la madre la primera vez que fue al castillo de Hoddum. Tan completamente diferente del duendecillo de pelo oscuro que tenía delante. Mildred había sido mucho mayor que Miriam cuando la vio por primera vez. Pero aun así, William la recordaba con tanta claridad. El pelo rubio y liso que colgaba en una gruesa cuerda por su esbelta espalda

hasta la cintura. Los pálidos ojos avellana que podían hechizar a un hombre. La petulante seguridad en sí misma que le retaba a dejar de fijarse en su belleza.

Había sido joven. Había sido un tonto. Y se había dado cuenta.

La pequeña muchacha se estremeció y emitió un pequeño y triste murmullo mientras dormía, lo que devolvió la atención de William al presente. Pensó en otra joven que dormía en el piso de arriba y que emitía sonidos similares mientras dormía.

Metió suavemente la mano bajo la niña y la levantó. Inmediatamente, ella se agarró a su tartana y arrojó la cara cómodamente contra su cuello.

No pesaba casi nada, pensó, poniéndose en pie. Tan pequeña y tan vulnerable. Y suya para cuidarla.

Laura se sentó como un poseso en la cama, pensando que el techo estaba a punto de caer sobre su cabeza.

Se oyeron martillazos y algunos gritos, luego más golpes y, en medio de todo el ruido, unos suaves golpes en su puerta.

Se puso en pie y se echó una manta sobre los hombros antes de correr a contestar. Al abrir la puerta, encontró a Miriam, limpia y vestida, al otro lado.

"¿Puedo pasar?"

Laura sonrió a la niña y abrió la puerta de par en par para dejarla pasar. Al asomarse al pasillo, vio a dos hombres trabajando junto a las ventanas. Por lo que parecía, toda una cuadrilla de hombres estaba trabajando en el tejado.

Cerró la puerta tras la niña. "No puedo creer que me haya acostado tan tarde". Echó agua en una palangana y empezó a lavarse la cara con el líquido frío. Las pesadillas que habían destrozado su sueño la noche anterior persistían en su memoria. Anoche había sido una de las peores, pensó Laura. Las imágenes aterradoras, los gritos de la gente. Un mapa que parecía flotar en el aire, fuera de su alcance. Se echó otro puñado de agua en la cara.

Miriam se acercó a la ventana y, asomándose, contempló el patio de entrenamiento. "No es tarde, ama".

"¿Quién te ha ayudado a vestirte?"

"Nadie. Lo he hecho yo sola. Y ya he bajado al Gran Comedor a comer algo".

"Excelente, Miriam". Laura se quitó la vieja camisa del hacendado que aún usaba cada noche y se puso el vestido de lana gris por encima de la cabeza. Pasándose la mano por detrás del cuello, apretó los cordones. "Debes de haberte levantado antes del amanecer. Oh, no. Tenía que ir a la capilla con sir Wyntoun a misa esta mañana".

"Lo siento, creo que llegas demasiado tarde para eso". Siguió estudiando el patio de entrenamiento. "Cuando me sentaba a comer en el Salón, el tío Preboste y sir Wyntoun se marchaban a la capilla".

Laura dejó de apresurarse y suspiró. "Ah, bueno. Demasiadas buenas intenciones. Y creo que podrías llamar al preboste 'tío Gilbert'. Creo que le gustaría".

"Muy bien. A mí también me gustaría", gorjeó alegremente la niña. "¿Te gusta sir Wyntoun, Laura?"

Laura se mordió el labio y sonrió al ver el perfil de Miriam. Podía ver cómo giraban las ruedas en el cerebro de la pequeña casamentera. "Me parece agradable".

"¿Te gusta mi tío? Quiero decir, mi tío el laird".

Incluso al hablar de él, sus mejillas se encendieron. Le dobló la camisa y la metió bajo las mantas. "A mí también me resulta agradable".

Se inclinó sobre el estrecho catre, alisando las sábanas.

"¿Te parece más agradable que sir Wyntoun?".

Laura levantó la vista y descubrió que la atención de la niña se había desviado de la ventana y se centraba en su rostro. Un pensamiento intenso había anudado la pequeña frente.

"¿Todo esto viene de tu preocupación por que se vayan todos?"

"No lo es". Sacudió la cabeza, con los rizos oscuros agitándose bellamente. "Es sólo que creo que el laird es más agradable que sir Wyntoun".

A Laura se le encogió el corazón. "Supongo que tendría que estar de acuerdo contigo, Miriam. ¿Comiste por la mañana con tu tío?".

La niña volvió a mirar por la ventana. "No, estaba dirigiendo a los trabajadores. Ahora está entrenando en el patio con sus hombres".

Aunque Miriam casi no había pasado tiempo con él, era evidente que sentía debilidad por su tío. Pero también había algo más. Un cambio sutil en la niña. Un poco más de confianza.

Laura se movió detrás de ella y echó un vistazo a los hombres del patio. Notó que eran menos de lo habitual. Sin embargo, cualquier día, con su estatura y las largas ondas de pelo oscuro que le caían sobre los musculosos hombros, William Ross era sin duda el más magnífico del grupo.

Y la más... agradable. Laura sonrió para sus adentros, apartando los ojos.

"¿Me haces compañía mientras bajo a comer algo?".

Miriam echó una última mirada al patio y luego asintió, colocando una pequeña mano en la de Laura. "Me gustaría hacerle un regalo por Navidad".

Llevó al niño fuera de la habitación. "Seguro que estará muy contento".

"Se me dan bastante bien las labores de aguja. ¿Crees que le gustaría que le hiciera algo?".

"Estoy segura de que lo hará", le aseguró Laura. Al menos, estaba segura de hacerle saber que se alegraría. Miriam necesitaba todos los ánimos posibles en estos primeros días.

William subió al tejado del ala este e inspeccionó los progresos que hacían sus hombres antes de bajar al Gran Comedor.

Con Edward y Symon pisándole los talones mientras descendían por la escalera de caracol, el laird dijo a su jefe guerrero que quería que ensillaran a Dread. Recordando a su nuevo mayordomo algunas cosas que debían hacerse, también ordenó a Symon que enviara a Inverness a buscar un vidriero. Mientras Edward y Symon intercambiaban miradas de sorpresa a sus espaldas, William dijo que quería que se colocaran ventanas en el piso superior del ala este lo antes posible.

Al entrar en el Gran Salón, el hacendado casi tropezó con el cuerpo del perro de Gilbert, que estaba esparcido por el umbral.

William fulminó a la bestia con la mirada, pero su rostro se suavizó de inmediato al ver a la niña sentada en el suelo con las piernas cruzadas, acariciando la gigantesca cabeza del perro que tenía en el regazo.

Sus ojos azules levantaron la vista y se encontraron con los de él con confianza. Habían hablado muy poco y, sin embargo, William sintió que ya habían creado un vínculo. Los niños son criaturas tan extrañas, pensó.

"Buenos días, muchacha".

"Buenos días, tío".

Anoche, cuando la había vuelto a meter en su cama, Miriam había abierto los ojos un momento y lo había mirado con asombro. Al principio pensó que seguía dormida. Pero entonces sus palabras le sobresaltaron.

"*Intenté* no actuar como una malcriada".

Había visto cómo se acumulaban lágrimas en sus ojos azules. Parecía tan triste. ¿Cómo podía estar tan triste una niña tan joven?

"No actúas como una mimada", había dicho simplemente.

"¿No estás enfadado conmigo por haber abandonado mi alcoba?".

"No, muchacha. Ésta es tu casa. Ve adonde quieras".

Siguió mirándole unos instantes más antes de volver a dormirse. William se había quedado allí un rato más, estudiando la habitación. Intentando verla con los ojos de un niño. Demasiado grande. Demasiado vacía.

Dejándola, había marchado de vuelta al Gran Comedor y arrastrado a Willie, el enorme perro de Gilbert, hasta la habitación de Miriam. Acomodó al animal junto a la chimenea y dejó que la niña durmiera.

Chonny había informado esta mañana de que no había visto a Miriam bajar a la cocina durante la noche.

Traer al perro había sido sólo una idea. Pero ahora, mirando al niño contento, decidió que había acertado.

Willie se estiró perezosamente y apretó una ancha pata contra la pierna del laird, pero la atención de William ya se había desviado hacia la enorme chimenea que había al otro lado del Salón. Aquel asqueroso y ladrón hijo de puta estaba cómodamente apoyado en la piedra tallada que bordeaba el hogar abierto y hablaba con Laura.

William buscó a Gilbert por el vestíbulo, maldiciendo en voz baja. En lugar de acompañar a los dos, como debía hacer un hombre de la alta sociedad, su miserable hermano estaba de pie junto a la puerta que conducía a las cocinas, charlando con la vieja Maire.

Cuando Laura se rió de algo que dijo Wyntoun, Gilbert miró a los dos y salió del Gran Comedor.

"Por el dev..." William ahogó su maldición, reprendiéndose ferozmente en silencio. ¿Cómo, por la camisa de Duthac, se había obsesionado tanto con aquella mujer?

Gruñendo por encima del hombro, cruzó furioso la Sala.

Los ojos violetas de Laura se redondearon, sus cejas se arquearon, cuando él se acercó. Sin embargo, la rata isleña que se dedicaba a desplumar barcos y asaltar gaviotas se limitó a apartarse despreocupadamente de él y continuar con su parloteo infernal.

William sintió que se le escapaba lo último de su paciencia mientras navegaba hacia su antiguo amigo. Wyntoun estaba fuera. Desaparecido. Atado a su caballo y enviado a hacer las maletas. Y hoy era el día.

Sin embargo, a dos pasos de ellos, William se paró en seco cuando Laura, sonriendo alegremente, se puso delante de él, colocando su esbelto cuerpo entre los dos hombres.

William miró amenazadoramente a MacLean por encima de la cabeza de la joven. Fuera. Fuera. Acabado.

"Me alegro mucho de veros, mi señor. Llevo casi toda la mañana esperando encontrarme contigo".

El hombre le sonreía a William, y el Highlander consideró la posibilidad de clavarle aquellos

dientes tan hondo en la garganta que necesitaría un...

"Milord, si pudierais dedicarme unos instantes, os agradecería que me concedierais el tiempo ahora mismo".

William bajó la mirada y encontró la mano de Laura apoyada suavemente en su brazo. Su tacto era suave y cálido.

"Tengo asuntos que terminar aquí primero".

Wyntoun MacLean ya no sonreía, aunque el cambio de actitud no tenía nada que ver, William estaba completamente seguro, con sus amenazadoras palabras. Su mirada estaba fija en la mano de Laura, y de repente parecía un poco preocupado.

"Pero lo que tengo que decir es de suma importancia. No puede esperar".

El destello de envidia en los ojos verdes de Wyntoun, al pasar de Laura a William y de nuevo a Laura, hizo que el laird resoplara de satisfacción. Con una sonrisa de satisfacción, tomó la mano de la joven entre las suyas y se dirigió a los aposentos del hacendado.

Prácticamente corrió a su lado, intentando seguir sus largas zancadas. "Sabes, William, hablar contigo fue idea *mía*".

"Piensa lo que quieras".

Cuando Gilbert volvió a entrar en el Gran Comedor, William pasó a su lado, remolcando a Laura detrás de él, e ignoró el evidente asombro de su hermano.

"Lo que intento decir -gritó Laura- es que puedes soltarme la mano. Prometo no huir".

No se detuvo ante la puerta de sus aposentos, sino que la arrastró tras él.

"No estoy de humor para considerar promesas".

Sin decir nada más, William se volvió y lanzó una mirada amenazadora antes de cerrar la puerta en las narices de una docena de asombrados espectadores.

Laura se mordió el labio, conmocionada por la inesperada y contundente posesividad demostrada por el Highlander. Si aquello no eran celos que exasperaban su temperamento, no sabía qué lo era.

Él seguía sujetándole la mano mientras ella le miraba fijamente. Estaban en su habitación, y su enorme cama se erguía ominosamente en un rincón. Ella se ruborizó cuando él volvió sus ojos azules hacia su rostro.

"No creo que sea aquí donde debemos hablar".

Miró la habitación, casi sorprendido por lo que les rodeaba, y gruñó: "Entiendo lo que quieres decir".

En un momento la había arrastrado a través de una pequeña puerta hasta su sala de trabajo. Una vez dentro, cerró la puerta de golpe y, soltándola de la mano, se dirigió a la puerta que daba al Gran Salón. Laura se asomó por detrás de él. Nadie en el vestíbulo parecía haberse movido. Todos seguían boquiabiertos y curiosos.

William dio un portazo más fuerte que el primero.

Laura retrocedió contra la chimenea, intentando poner tanta distancia como pudiera entre ella y su temperamento. Un momento después, cuando él se volvió y la miró, a Laura le tembló el pulso y sintió que empezaba a arderle la piel del cuello.

Si esta mañana Sir Wyntoun MacLean había sido la viva imagen de la pulcritud y el reposo, William Ross era todo lo contrario. Su largo cabello, recogido con una cinta de cuero, aún estaba húmedo por el lavado. Llevaba el tartán desordenado sobre la camisa blanca que le cubría el ancho pecho, y el cinturón de la espada colgaba bajo de una cadera escocesa.

Aquel hombre era demasiado guapo para la comodidad de una mujer, pensó Laura, obligándose a controlar la respiración. Ayer mismo había oído a un par de sirvientas reírse de las tareas que realizaban en los establos cuando los hombres terminaban en el patio de entrenamiento. Por lo que había averiguado, el hacendado siempre se lavaba allí después, y Laura decidió que tal vez había llegado el momento de encontrar una tarea para ella un día de éstos.

Se movió rápidamente de la chimenea a la ventana. De repente, necesitaba un poco de aire.

"¿Y con qué cuentos te ha estado encantando esta mañana esa urraca de gran tamaño?"

"¿Cuentos?", repitió ella vagamente, viéndole apoyar una cadera en su mesa de trabajo. De pronto le resultó incomprensible por qué los hombres no llevaban faldas escocesas en las Tierras Bajas o en Inglaterra. Se volvió bruscamente hacia la ventana y abrió la persiana. "Hace calor aquí. ¿No te parece?"

"¿Qué susurraba ese babuino tan confidencialmente en tu bonita oreja, ama Laura?"

La corriente de aire frío tuvo algún efecto, pero no el suficiente, pensó ella, volviéndose para mirarle. "Creía que estábamos aquí para hablar de *mis* preocupaciones".

"Lo haremos", gruñó impaciente. "Pero primero hálame del afable sir Wyntoun".

"Debería haber pensado que lo sabías todo sobre él. Tenía entendido que habíais pasado mucho tiempo juntos en vuestra juventud. Desde luego, como sois tan buenos amigos..."

"Éramos buenos amigos".

"¿Ah, sí?" preguntó Laura con sorpresa. "Sigue hablando muy bien de ti".

"Por supuesto. La serpiente no podría haber tenido una hospitalidad más cálida que la que ha recibido en el castillo de Blackfearn".

"¿Hospitalidad?" repitió Laura, mordiendo el labio para ocultar su diversión.

"Sí".

"Bueno, aparte de delirar sobre tu hospitalidad, me ha hablado un poco de sí mismo".

"Su tema favorito".

William se levantó de repente y dio un paso hacia ella. Ella contuvo la respiración. El fuego de sus ojos estaba allí, y era inconfundible. Vaciló, con la pasión ardiendo en su mirada.

No era una experta en el arte de hacer el amor. Pero cuando se trataba de cómo actuaba él siempre que estaban cerca, y de lo que ella sentía por William ahora mismo, no le cabía duda de que él la deseaba como ella a él.

Y entonces, bruscamente, se retiró, volviéndose hacia el hogar. Una punzada de decepción la recorrió.

El preboste la había convencido de que, por su propia seguridad, el matrimonio era su mejor opción. Guillermo parecía estar de acuerdo. Sin embargo, era aquí donde se centraba la confusión de Laura. ¿No era lo bastante digna para ser *su* esposa?

"Sir Wyntoun parece bastante abierto a la idea de tomar una esposa". Antes incluso de pronunciar las palabras, sabía que lo irritarían. Y, sin embargo, las pronunció.

Giró bruscamente la cabeza y su expresión se ensombreció. "¿Ha pedido tu mano en matrimonio?"

Ella negó con la cabeza. "Todavía no".

"Y, sin embargo, has abordado el tema con él". Parecía luchar con sus palabras. "¿Le has preguntado?"

"Nunca podría hacer algo así".

"¿Y por qué no?"

Laura se mordió las palabras que estaban a punto de salir. La verdad era que, a pesar de su

aspecto, su encanto y su posición, Sir Wyntoun no le parecía... emocionante. Agradable, sí. Emocionante, no.

Sencillamente, no le afectaba de la misma manera que el hombre que tenía delante.

Tal vez si hubiera conocido a Sir Wyntoun antes de haber visto a William Ross. Antes de conocer el calor que podía inundar a una mujer con el simple contacto, con la mera mirada, de cierto hombre.

No había comparación entre ellos. No tenía ninguno de esos sentimientos confusos de deseo, esperanza, miedo y dolor que la invadían cuando estaba con William. Cuando estaba con Sir Wyntoun, nunca se sentía como en aquel preciso instante.

Ella deseaba a ese hombre.

Quería que la abrazara ahora mismo. Quería que la besara como él la había besado antes. Le dolía sentir cómo su cuerpo se deshacía, sentir cómo él la movía como la había movido antes. Le había ofrecido probar los frutos de la pasión. Quería compartirlo todo con William Ross.

Con William Ross.

Su barbilla cayó sobre su pecho. Era una mujer condenada.

"Así que crees que no es apropiado que hagas la oferta".

Levantó la vista y vio que la mirada preocupada seguía oscureciendo su ceño. Le costó retomar los hilos de su conversación. El matrimonio. Sir Wyntoun.

"Tu hermano se ha ofrecido a gestionar cualquier negociación sobre ese tema. Y supongo que, confiando en su ayuda, todo se hará correctamente".

Guillermo volvió la cara y Laura lamentó profundamente haber sacado el tema. Sabía que él suponía erróneamente que ella deseaba casarse con su amigo.

No quería dejar las cosas como estaban. Pero algo en su interior, su estúpido orgullo tal vez, no le permitía corregir su malentendido. William Ross no le ofrecía su mano.

Cuando se volvió hacia ella, su tono era frío. "Querías hablarme de otro asunto".

Se sentó detrás de la mesa de trabajo, con la seriedad grabada en el rostro. Los objetos de la mesa estaban ordenados. Laura pensó por un momento en hacerle un cumplido sobre los cambios que se estaban produciendo en el castillo, pero su ceño fruncido desalentó cualquier conversación ociosa.

"Hoy tengo mucho que hacer", dijo, señalando una silla.

Ella asintió. Había solicitado esta audiencia en nombre de Miriam. Su situación privada tendría que esperar a otro momento. "Sobre tu sobrina".

"Miriam".

Al menos reconocía que tenía un nombre. "Sé que acaba de llegar, pero creo que deberías reconsiderar tus planes para la niña".

El silencio fue su única respuesta.

"Sólo tiene siete años", continuó Laura. "Y a pesar de haber quedado huérfana durante más de dos años y de no tener, al parecer, ningún pariente de importancia en el castillo de Hoddom...".

"La muchacha estaba allí con su abuelo".

"Un señor mayor que, según todos los indicios, se mantenía bastante alejado del niño".

"Los hombres como Lord Herries tienen los asuntos del mundo que atender. ¿Qué tendría que ver él con un chiquillo?". William se detuvo y frunció más el ceño. "¿Es ésa la queja de Miriam?"

Laura negó con la cabeza. "Le pregunté a sir Wyntoun por el cuidado de Miriam en el castillo de Hoddom". Vio que la preocupación ensombrecía su expresión. "No deseo manchar el buen

nombre de lord Herries. Tu amigo me aseguró que tu sobrina recibía muchas comodidades. Pero proporcionar comodidad y un poco de tutela parece ser donde terminaron los cuidados de Miriam".

"Muchos lo considerarían más que suficiente".

"Cierto. Pero muchos tienen el corazón de piedra". Entrelazó las manos, suavizando el tono. "Como pequeña que no ha tenido el afecto continuado de un padre, Miriam tiene necesidades que no son triviales. Ha pasado los últimos años sin conocer siquiera el lugar que debería considerar su hogar".

Laura se miró las manos e intentó elegir las palabras adecuadas. Era importante que William comprendiera las necesidades de Miriam. Pero no quería parecer condescendiente. Sabía que William Ross era uno de esos pocos hombres que no temían demostrar ternura. Ella misma lo había sentido de primera mano.

"Miriam está ansiosa por complacer. Se esfuerza por alcanzar la perfección. Y es porque he visto lo ansiosa que está por llamar tu atención y buscar tu aprobación por lo que repito mi petición original de que reconsideres tus planes y tus sentimientos hacia ella."

"Las he reconsiderado".

Su simple afirmación la dejó sin aliento. "¿Quieres decir que se queda?"

"Sí. ¿Había algo más?"

Buscó algo de calidez en sus ojos. Algo de alegría por esta decisión sobre algo tan importante para su vida. Pero no había nada de eso en sus ojos azules, y algo le dolió por dentro. "Te está haciendo un regalo. No es algo que necesites, seguro, pero..."

"Recibiré su regalo amablemente". Se puso en pie. "Si me disculpas, tengo que reunirme con Edward en el patio".

La habían despedido.

Capítulo Diecinueve

"ESTA NOCHE ERES un hombre popular en ese pueblo, William Ross".

"¿Ah, sí?" Sentado a horcadas sobre Dread, en lo alto de la meseta que dominaba las cabañas de piedra agrupadas en la cañada, el laird frunció el ceño en la penumbra cada vez más oscura. De algún modo, no se atrevía a compartir los buenos sentimientos de Edward.

"Sí. Seguro que tú mismo lo has visto. Y después de separarnos, fuimos a ver a la viuda del herrero y a sus hijos. Por la santa, se diría que los ángeles habían descendido sobre ellos cuando dejamos el venado en su cabaña. Te dio las gracias y rezó por ti a la vez. Y el viejo Roger también estaba cantando tus alabanzas al cielo por el perno de lana. Pensé que su mujer no dejaría de llorar".

"¿Por un poco de tela?"

"Esa lana bien podría haber sido tela de oro, mi señor".

"¿Y el ermitaño?"

"Le encontramos en la cañada. Y aunque amenazó con asesinarnos a todos, bajó a llevarse la cerveza y la avena".

William giró su caballo hacia la colina lejana. "¿Dónde están los hombres?"

"Se dirigen en media docena de direcciones, aunque algunos pensaban detenerse a tomar una copita en Las Tres Copas". Edward miró a su laird a través de la oscuridad cada vez más profunda. "¿Cómo le fue a la viuda del mayordomo?"

William negó con la cabeza. "Me temo que no muy bien. Aunque aún conserva gran parte de su antiguo sentido del humor, no parece capaz de asimilar la muerte de Robert. De hecho, no estoy seguro de que esté mejor sola en esa casita destartada".

"Sí, pero estaba decidida a no vivir en el castillo tras la muerte del viejo".

"Puede que sí. Pero eso fue sólo porque ella no podía considerarse de ninguna ayuda para los demás. Fue culpa mía no ocuparme de que se quedara".

"No es demasiado tarde para traerla de vuelta".

"Quizá no, Edward. Veremos si a Symon se le ocurre algún trabajo digno para que la mujer se lo ponga".

Una llovizna helada había estado cayendo de forma intermitente durante todo el día. Sin embargo, William no sentía nada del frío ni del hecho de que llevara horas calado hasta los huesos. No podía apartar de su mente la calidez de la bienvenida de aquella gente a la que había visitado hoy. Su gente. Su responsabilidad.

El sonido de los juerguistas de las Tres Copas, colina abajo, resonaba en las colinas. Aunque el gaitero era incompetente o estaba completamente borracho, las risas y los cantos eran un sonido satisfactorio para el laird Ross.

La lluvia caía con más fuerza y Edward se secó el agua de la cara. "Peter se preguntaba si tu invitación a la gente del pueblo para la cena de Navidad y el *ceilidh* en el castillo incluía a las mozas de la taberna".

"Teniendo en cuenta el temperamento de la Esposa de Pedro, más le valdría a ese hombre no hacer tales preguntas. Tendrá suerte de ver Noche de Reyes de una pieza si su mujer se entera".

Guillermo y Eduardo se cruzaron en el camino de un hombre y su esposa, que reprendía a su marido mientras volvían a casa desde la taberna. El marido levantó una mano hacia el laird cuando la mujer hizo una pausa en su diatriba y le hizo una reverencia.

William sonrió. "Una buena noche para salir con tu Ellie, Jock".

"Sí, milord. Justo la noche para un paseíto. De hecho, me lo estaba agradeciendo, y justo en este momento, además".

Todos se rieron y se separaron.

Edward retomó la conversación donde la habían dejado. "Peter me asegura que no lo pide por su propio bien, sino por la alegría de los demás hombres, incluido su laird".

William lanzó una mirada curiosa a su sonriente hombre. "¿Desde cuándo tiene Peter tiempo para preocuparse de otra cosa que no sea apaciguar a esa mujer suya tan temperamental?".

"Sí, la Esposa de Peter es una fuerza a tener en cuenta, pero creo que en realidad es Molly la que ha estado preguntando. Por lo que he oído, la moza se ha estado quejando a todos los que se acercan al lugar de que ya nunca pasas por aquí. Algo sobre si te has llevado a una mujer a tu cama sin decírselo antes".

William resopló en voz alta. "La próxima vez que veas a la descarada de Mistress Molly, dile que se preocupa por nada. Pronto le haré una visita".

Edward frenó su caballo y señaló con la cabeza la pequeña taberna que había a poca distancia. "Podrías detenerte y decírselo tú mismo, Will. Creo que casi todo el mundo se ha retirado a pasar la noche en el castillo".

William aminoró la marcha de su caballo y pensó en hacerlo. Un revolcón en el heno con aquella muchacha descarada de ojos azules ofrecía placeres que no debían desdeñarse. Pero el interés que normalmente había sido capaz de despertar en el pasado esta noche parecía tan distante de alguna manera.

Negó con la cabeza a Eduardo. "No. Creo que ésta no es noche para ello".

"¿Deberíamos decirles a las mujeres de la taberna que están invitadas?"

"Sí. Viven en tierras de Ross. Son bienvenidos igual que cualquiera".

Como le había prometido a Sir Wyntoun, Laura volvió a bajar al Gran Salón justo después de que Miriam se durmiera. Como siempre le interesaba aprender cosas nuevas y conocer lugares nuevos, Laura estaba deseosa de saber más sobre las Islas Occidentales.

Había un lugar concreto que él había mencionado antes y que había captado especialmente su interés. Barra, la isla de la costa occidental donde Sir Wyntoun dijo que había nacido su madre.

Barra. Donde habían enviado a refugiarse a su hermana Adrienne.

De repente, Laura estaba muy ansiosa por saber más sobre esta isla de Barra y la gente que la habitaba.

El Gran Comedor estaba bastante silencioso cuando Laura entró, y los perros que había desperdigados por allí sólo levantaron la cabeza un momento. Había algunos hombres hablando y riendo en voz baja en una mesa junto a la puerta que conducía a las cocinas, y algunos

durmientes estaban arrellanados en rincones oscuros, pero era evidente que el lugar se había calmado durante la noche. Al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que, al parecer, el preboste se había retirado, y tampoco había señales del regreso del laird de la aldea.

Sir Wyntoun, sin embargo, estaba sentado solo junto al fuego, y se puso rápidamente en pie al verla acercarse.

"Empezaba a perder la esperanza de que volvieras, Ama Laura".

Tomó asiento junto a la chimenea que él le ofrecía. Inmediatamente, Willie, el perro del preboste, salió de debajo de una de las mesas de caballete y se acercó, sentándose expectante junto a su silla. Laura sonrió y puso una mano suave sobre la cabeza del perro.

"Lo siento. Pero quería esperar y asegurarme de que Miriam ya estaba dormida".

"Le has tomado mucho cariño a la niña".

Laura se encontró con los intensos ojos verdes del Highlander. "Es imposible no hacerlo. Es la niña más agradable y cariñosa que he conocido".

Una sonrisa se dibujó en el atractivo rostro del hombre. "¿Y qué es lo que me hace creer que dirías eso de todos los niños que pudieras encontrar?".

"Os equivocaríaís al suponerlo, sir Wyntoun. No es cierto". Laura se alisó la falda sobre el regazo mientras Willie se recostaba a sus pies. "Aunque no he conocido a un gran número de jóvenes en mi vida, puedo nombrar al menos a uno que era un diablillo desagradable desde su nacimiento".

Una ceja oscura se alzó. "¿Puedes, ahora?"

"Sí", soltó Laura. "Mi hermana pequeña, Adrianne. Nació para ser desagradable. De hecho, mi madre decía que Adrianne era el hijo que mi padre nunca tuvo".

Una carcajada retumbó en el interior del caballero, y ella estudió el rostro del hombre a la luz del fuego. Oscuro, con rasgos finamente grabados, su rostro no estaba marcado por cicatrices. Sus ojos verdes eran penetrantes cuando la miraba. Era bastante guapo, decidió, preguntándose por qué aquel hombre no despertaba más interés en ella.

Acercó un banco al fuego y se sentó también. Dos poderosos brazos descansaban sobre sus rodillas mientras se inclinaba hacia delante. "Tu hermana, Adrianne, ¿cuánto es más joven que tú?".

"Dos años", dijo Laura confidencialmente. "Aunque una persona que nos haya visto a todos juntos podría llegar a la conclusión de que Adrianne simplemente nunca ha madurado más allá de sus años mozos".

"¿Testarudo?"

"Cabezón".

"¿Opinista?"

"Extremadamente. Y activa".

Wyntoun estiró sus largas patas ante él. El perro levantó la cabeza y le dirigió una mirada molesta. "Lástima que no hayamos podido organizar que William la conociera. Parece que sería la pareja perfecta para mi viejo y querido amigo. Desde luego, si encontrara una mujer más adecuada a su temperamento, quizá dejaría de seguirte como un toro joven y amoroso".

Laura estaba segura de que su comentario había sido un cumplido hacia ella, pero se le hizo un nudo en la garganta al pensar que otra persona -cualquiera, incluso su propia hermana- pudiera ser considerada mejor pareja para William Ross. Una pareja perfecta, la había llamado Wyntoun.

"Veo que he hablado con precipitación".

Sacudió la cabeza y forzó la mirada para encontrarse con la suya. Era muy observador.

"Hay algo más en este vínculo entre William y tú que él haciendo de Troilo para mi Diomedes".

"Espero ser más leal que cualquier Cresseid".

"Querrás decir leal a ese hosco y nefasto amigo mío".

Era inútil negarlo. Sus sentimientos por William eran demasiado fuertes para aceptar a otro hombre como pretendiente, independientemente de lo que el preboste intentara hacer por ella. Y, desde luego, no tenía derecho a engañar a un hombre que, a pesar de todas las fanfarronadas de William, era un amigo.

"Sí, es cierto", dijo al fin. "Pero, por favor, toma esta... esta confesión como hecha en confianza. Estos sentimientos que tengo son sólo míos".

"¿Crees que no comparto tus afectos?"

Se detuvo un momento y luego sacudió la cabeza. Una mujer puede planear y rezar por un futuro, pero el pasado es un enemigo fuerte al que hay que vencer.

Wyntoun adelantó su banco, inclinándose más hacia ella con el aire de una persona que confía en otra.

"Déjame decirte algo, ama. Seguramente me convendría verte perder la esperanza en William. Para serte sincero, nada me satisfaría más que verte decidir, en cambio, permitir que algo florezca entre nosotros. Sin embargo, mi honor me obliga a decirte la verdad".

Laura se encontró con los ojos esmeralda del hombre, que se clavaron en los suyos.

"Antes de este viaje", continuó. "Nunca había visto a William reclamar a una mujer como te ha reclamado a ti".

"Puedo asegurarte que el comportamiento de tu amigo ha sido en beneficio de irritarte más que-".

"No, ama". Wyntoun sacudió la cabeza. "Le conozco desde hace muchos años. Hablando con franqueza, hemos compartido juntos muchas... desventuras, tanto aquí en las Highlands como en otros lugares. William nunca ha buscado -cómo decirlo delicadamente- la permanencia en su compañía femenina".

Y con el buen aspecto y el encanto fácil de William, pensó Laura con una punzada de celos, seguro que nunca tuvo que hacerlo.

"En una época en la que muchos jóvenes de nuestra posición eligen a una amante con la misma seriedad que sus familias demuestran al elegirles esposa, William ha pasado despreocupadamente de una relación a otra". Wyntoun la miró, con el ceño fruncido en la comisura de los labios. "Pero no me malinterpretes, ama. No quiero presentar a William como temerario, sino como indiferente. Pero todo esto tiene su origen en la época en que Mildred, la hija de lord Herries..."

El caballero se detuvo y miró alrededor de la Sala como si estuviera considerando la conveniencia de lo que estaba a punto de revelar. Laura sintió un nudo en la garganta que estaba segura de que la ahogaría. Estaba a punto de suplicarle que continuara, pero no se atrevía a confiar en su voz.

"Te lo digo porque creo que deberías conocer al hombre". Volvió a dirigirle la mirada. "Si tienes el valor suficiente para casarte con él, entonces deberías saber a qué te enfrentas en su pasado".

"No me ha pedido que me case con él", respondió ella rápidamente, corrigiéndole.

"Le conozco y lo hará", le aseguró Wyntoun. "Pero incluso antes -aunque no admita que lo hace por sí mismo- te pedirá que *me* mantengas a distancia".

Egoístamente, Laura esperaba que el caballero estuviera en lo cierto. William Ross, lo sabía

ahora con más claridad que nada que hubiera conocido en su vida, era el único hombre con el que desearía casarse. El único hombre con el que podría pasar el resto de su vida.

"¿Qué hay de Mildred?", preguntó vacilante, queriendo apartar de su mente la sombra de aquella mujer. "Mildred era la esposa de Thomas, ¿verdad?".

"No cuando William y yo la conocimos. Acabábamos de llegar al castillo de Hoddum desde la universidad. Para nosotros era hermosa, mimada y llena de vida. La muchacha volvió los ojos hacia nuestro amigo el día que llegamos al castillo de su padre".

"¿Él... William trataba a Mildred con indiferencia?".

Wyntoun sacudió la cabeza y se pasó los fuertes dedos por el corto pelo negro. "Éramos jóvenes. William aún no estaba establecido en su forma de tratar a las mujeres. Se enamoró de ella. No puedo asegurar que estuviera enamorado. Pero sé a ciencia cierta que estaba embelesado con la muchacha".

"Y Mildred. ¿Le correspondía?"

Wyntoun soltó una breve carcajada. "Años después, esto sigue siendo mi perdición. Si no me compadeciera tanto de él por la forma en que la mujer le trató, estoy seguro de que no estaría haciendo esto, animándote a que te llevaras a William Ross en vez de a mí".

"Eres un buen amigo", dijo ella con dulzura.

Se acercó y tomó su mano entre las suyas. "William Ross, a pesar de todos sus defectos, es un buen hombre. Pero ha sufrido lo suyo, ama".

"¿Cómo?"

"Creo que Mildred le utilizó. Falsamente, le hizo creer, al principio, que podrían compartir un futuro. Una vida que podrían tener juntos. Pero tan rápido como William cayó, la mujer empezó a perder interés. Tenía la mirada perdida. Y no era reservada al respecto, sino abierta como el cielo del mediodía. Incluso empezó a reñirle por ser un segundo hijo. Para ella, lo sabía, sólo un pretendiente con un título reclamaría su mano. Seguramente, el propio lord Herries no quería menos para su hija".

Laura recordaba la amarga referencia de William a su clase -las mujeres de la nobleza- cuando se conocieron. Ahora comprendía que se refería a las de Mildred.

"Era implacable con los hombres a los que atraía. Yo era uno de sus objetivos. Pero la mandé a paseo, valorando mi amistad con William por encima de los encantos que pudiera ofrecerme. La vi por lo que era, pero Thomas Ross no".

Laura se llevó la mano al regazo. "¿Acaso no conocía la relación de su propio hermano con aquella mujer?"

Wyntoun sacudió la cabeza. "Thomas era doce años mayor. Había pasado la mayor parte de su vida aquí, en tierras de Ross, preparándose para convertirse en laird. William y él no eran íntimos en asuntos privados. Pero aunque lo hubieran sido, diría, conociendo a William como lo conozco, que se habría cortado la lengua antes que arruinar la oportunidad de que su clan formara una alianza tan valiosa. De hecho, creo que habría renunciado a la mano de Mildred simplemente por deferencia hacia su hermano".

"¿Puede un hombre ser tonto y noble al mismo tiempo, me pregunto?"

"William siempre pondrá a los que le importan por delante de sí mismo". El caballero acarició la cabeza del perro que tenían a sus pies. "Cuando Thomas vino a reclamar a Mildred en virtud de un acuerdo hecho con lord Herries, William se quedó atónito, pero no mostró nada de la traición que yo sabía que tenía que estar sintiendo. Les deseó lo mejor. Pero pronto se propuso cambiar sus costumbres con las mujeres".

Traición. Laura se quedó mirando el hogar, preguntándose si William se habría recuperado

alguna vez de la traición de Mildred. Si alguna vez había dejado de amarla.

"Yo, por mi parte, me alegré cuando Mildred se casó y se trasladó aquí, al castillo de Blackfearn". La voz del caballero sacó a Laura de su ensueño. "No se merecía a alguien de tan buen corazón y genuino como William Ross".

"¿Y eso fue todo? ¿El final de lo que tenían?"

"Creo que William no volvió a verla ni a ella ni a Thomas. El niño nació al año siguiente. Por todo lo que oí después, Mildred nunca se conformó con ser la esposa de un laird de las Highlands. Recuerdo haber oído que se convirtió rápidamente en una arpía, exigiendo constantemente pasar tiempo en el castillo de Hoddum. Thomas, mayor y aparentemente encaprichado de su esposa, permitió que sus responsabilidades en el castillo de Blackfearn recayeran sobre otros en su deseo de complacer a su mujer."

"¿Y dónde estaba William durante este tiempo?"

"Dejó el servicio de lord Herries poco después, al igual que yo, y sirvió durante poco tiempo como emisario en Inglaterra. La madre del rey estaba entonces en York, y Guillermo viajaba casi constantemente entre Stirling y Edimburgo y York."

Laura recordó la moneda Tudor que Guillermo llevaba siempre en el cinturón.

"Parecía contento en su nuevo papel hasta que llegó la noticia de la repentina muerte de su hermano y de Mildred. Volvió entonces a las Highlands, y el clan decidió que era él quien debía asumir el cargo de laird".

Sin haber tenido nunca la oportunidad de decidir su propio camino en la vida, pensó Laura. ¿Cómo no iba a mostrarse inquieto y resistente a la hora de hacerse cargo de lo que le habían impuesto?

Por primera vez desde que conoció a William Ross, Laura le comprendió. *Era* un buen hombre. Un hombre compasivo. Y un líder generoso que, una y otra vez, había desatendido sus propias necesidades, decidiendo hacer en su lugar lo que era mejor para los demás.

Se miró el regazo mientras sus dedos alisaban la tela oscura de la falda.

MacLean había afirmado que creía que Guillermo le pediría que se casara con él. Laura deseó poder sentir siquiera un poco de confianza en lo que el caballero creía. Demasiadas incertidumbres seguían golpeando su interior.

¿Y si Guillermo pensaba que ella estaría mejor con otra persona? Por otra parte, ¿y si pensaba que ella era demasiado entrometida para tomarla como esposa? Peor aún, ¿y si seguía enamorado de Mildred?

Se levantó inquieta y forzó una sonrisa cortés a su compañero. "Gracias, Sir Wyntoun... por confiarme todo esto".

Wyntoun se levantó también y alcanzó la mano de Laura, tomándola entre las suyas. "Espero no haberte angustiado con lo que te he revelado".

Sacudió la cabeza y dio un paso atrás. "Si me perdonas, es tarde".

Laura se dio la vuelta y cruzó el Gran Comedor en dirección a la escalera. Su mente era un caos. El estómago se le retorció en un nudo doloroso. El tormento de lo que William Ross pensaba de ella -de su futuro- era casi demasiado para soportarlo.

Le necesitaba. Le deseaba. Y estaba dispuesta a arriesgar cualquier cosa para que él la deseara a cambio. Como esposa.

Miriam volvía a estar profundamente dormida en la cocina.

Al regresar al castillo de Blackfearn a altas horas de la noche y encontrar al perro de Gilbert estirado y contento junto al hogar abierto del Gran Salón, William tuvo una idea bastante aproximada de que la niña no estaría en su alcoba. Al ir a la cocina, encontró al diablillo acurrucado en un pequeño ovillo sobre los sacos de avena.

William se arrodilló junto al niño.

"He estado velando por ella, maestro".

El hacendado se volvió y dirigió un gesto de ánimo a Robbie, el joven mozo de cuadra. Sentado con la espalda apoyada en una gran olla negra, el muchacho tenía los ojos enrojecidos por la falta de sueño. "Lo has hecho bien, muchacho".

"¿Por qué baja aquí si tiene una cama de verdad para dormir?"

Guillermo miró el rostro inocente de Miriam y se preguntó lo mismo. Apartó el trapo de lana y la cogió en brazos. Ella enroscó los dedos alrededor de su tartán y se acurrucó contra su pecho.

El laird no tenía ni idea de cómo explicar al muchacho, que nunca en su vida había disfrutado del lujo de dormir en una cama de verdad, por qué alguien elegiría no hacerlo.

"Lassies. Son criaturas tan frágiles". El ceño del muchacho estaba fruncido de desaprobación. "Creo que baja aquí porque tiene miedo".

William bajó la voz y miró al muchacho. "Sé a ciencia cierta que no teme ni a los hombres ni a las bestias. Pero creo que baja aquí porque teme por el resto de vosotros".

se burló Robbie. "¿Qué tenemos que temer?"

"Esposas de hadas. Y brownies. Quizá incluso el mismísimo Bodach, que viene a robar a las bairnies. Dicen que las criaturas eldritch pueden mantenerse a raya si un pequeñín conoce la palabra mágica". William se puso en pie. "Debe de ser que la muchacha ve cosas que los demás no podemos ver".

Los ojos del chico se redondearon mientras se sentaba más recto contra la olla. "¿Crees que ha visto algo aquí esta noche?"

"Quizá lo hizo. Quizá no. Pero si yo fuera tú, no me preocuparía demasiado. Tú sigue siendo amable con la pequeña Miriam. Me ha dicho que *siempre* reza y habla bien de sus amigos".

En lugar de tomar las escaleras hacia el ala este desde la cocina, William salió por el Gran Comedor. Pobre muchacho, pensó. De algún modo, dudaba que Robbie durmiera mucho esta noche, con imágenes de duendes y hadas llenándole la cabeza. Pero que alguien pensara mal del pequeño que tenía en brazos, sobre todo por no querer estar solo, era algo que no permitiría.

Al pasar junto al hogar, dio un codazo con el pie al perro de Gilbert. Willie levantó la cabeza y, con un perezoso bostezo, se puso en pie. Estirándose y sacudiéndose, salió tras el hacendado, siguiéndoles obedientemente por la escalera de caracol que conducía al ala este.

El perro se posó pesadamente junto a la chimenea encendida de la habitación de Miriam mientras William colocaba a la niña en su cama y la envolvía con las mantas. El montañés estaba llenando el hogar con suficiente turba para pasar la noche cuando una suave voz le llamó.

"No creo que las hadas que veo sean amistosas en absoluto".

Miró por encima del hombro y sonrió a los dos ojos azules que le miraban desde la cama. "¿Cuánto tiempo llevas despierto?"

"Desde que me recogiste en la cocina".

Frunció el ceño con fingida fiereza mientras se ponía en pie. "¿Quieres decir que estabas despierto y aún así dejaste que asustara al pobre Robbie hasta casi matarlo hablando del Bodach?"

Movió la cabecita arriba y abajo y sonrió. "Y me gustó la mentirijilla que le contaste sobre mí. Sobre no tener miedo ni de los hombres ni de las bestias". Miró soñadoramente al techo.

"Hombre o bestia".

"No era ninguna mentira. Sé que no lo eres". Ella no parecía convencida, así que él endureció el ceño de su rostro y gruñó amenazadoramente a Willie. Agachándose, abrió de un tirón la enorme boca del perro y dejó al descubierto la línea dentada de afilados dientes blancos. Volvió las caras de ambos hacia Miriam. "Míranos. Hombre y bestia. ¿Estás aterrorizada, muchacha?"

Al soltar el hocico del perro, el animal lamió la cara del laird con un amplio movimiento de la lengua. William escupió con asco. Miriam soltó una risita y escondió la cabeza bajo las mantas.

"¿Te parece divertido?" Cruzó la habitación y se sentó en el borde de la cama. "Te atraparé por esto. No podrás escapar".

Miriam chilló de placer y se escondió aún más bajo la manta.

El sonido de la puerta al abrirse llamó su atención. Miró por encima de los hombros al mismo tiempo que Miriam empujaba las mantas y se asomaba.

Laura asomó la cabeza por la puerta.

"Oh, lo siento. He oído un ruido".

Los ojos de William recorrieron el pelo alborotado y el rostro sonriente de Laura y luego se fijaron en la camisa hecha jirones que se veía bajo la manta que se había echado sobre los hombros. Era el mismo harapo remendado que él le había puesto cuando estaban escondidos en la cabaña del pescador en la tierra de Sinclair, pero los agujeros habían sido cosidos y los bordes irregulares estaban bien doblados. Sintió que lo atravesaba un rayo de deseo cuando ella apretó más la manta en un intento infructuoso de ocultar la reveladora prenda y sus piernas al descubierto.

"Ya me voy. Duerme bien -susurró suavemente, apartando sus ojos violetas de William y enviando a Miriam un suave beso.

Antes de que pudiera decir nada, ella se había ido, y la puerta se había cerrado tras ella.

"¿Podrías quedártela?"

William se volvió sorprendido hacia la joven. Estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas. Todo rastro de alegría había desaparecido de su expresión.

"¿Podrías, por favor?"

Se aclaró la garganta. Por alguna razón, el tono suplicante de la niña le inquietó. "Miriam, muchacha, no puedes quedarte con la gente".

"Me estás reteniendo, ¿verdad?"

"Claro que sí".

Su rápida respuesta provocó una sonrisa en los labios de la muchacha. "Entonces, ¿por qué no te quedas también con ella?"

Por primera vez en su vida, William Ross se sintió completamente trabado. Miró hacia la puerta cerrada. La imagen de la mujer vestida con su camisa ya estaba grabada en su mente, en su corazón. Querer quedarse con aquella mujer era la mayor tentación de su vida.

Se volvió hacia Miriam. "Lo pensaré, muchacha".

Su reacción inmediata, arrojándose a sus brazos y besándole la mejilla, añadió otra estocada en las tripas de William. Así que hizo lo único que podía hacer. Lo único que no requería que dijera una palabra.

Abrazó a la niña.

William Ross le dio suaves besos en el pelo y la estrechó contra su pecho, apreciando el momento de tener simplemente a su hija en brazos.

Capítulo Veinte

LOS SONIDOS DEL CASTILLO, amortiguados y apacibles, envolvieron a Laura como una manta confortable. Cerrando los ojos, sonrió, oyendo en su mente los chillidos de Miriam y la risa ronca de William.

El sonido de su risa, pensó satisfecha. Era la primera vez que lo veía tan feliz.

Sentada en su pequeño catre, Laura abrazó las piernas contra el pecho y frotó la mejilla sobre la suave lana de su vieja camisa gastada. Su olor a hombre persistía en la tela.

Habían estado tan guapos juntos. Tan perfecta era la imagen de los dos juntos. Y qué tonta debió de parecerle antes, sermoneándole para que tratara mejor a su sobrina.

Debería haberlo sabido. Habiendo sido testigo de su compasión, debería haber sabido que él abriría su gran corazón y dejaría entrar al niño.

Laura levantó la cabeza al oír abrirse y cerrarse la puerta de Miriam. Congelada en la cama, miró fijamente su propia puerta cerrada, con el corazón tamborileando ruidosamente en respuesta a todas sus revoltosas emociones internas.

Pero entonces se hizo el silencio. Un silencio ensordecedor y decepcionante que le dijo que había continuado su camino.

Se levantó del catre y se acercó a la ventana, respirando profundamente las corrientes de aire frío que se filtraban por la persiana cerrada. Demasiado inquieta para quedarse quieta, se rodeó con los brazos, abrazando la camisa de lana contra su piel, y empezó a pasearse por la habitación.

Ese deseo licencioso que tiraba de su interior. Esa necesidad ardiente de verle, de ser abrazada por él, la estaba volviendo loca.

Laura se acercó a la puerta de roble y apoyó la frente en la fría madera. Si tuviera el poder de la magia, lo conjuraría ahora mismo, se lo haría venir. Sonrió con tristeza. Era una planificadora, una organizadora, una trabajadora, pero no una hechicera.

Elevó una plegaria y suspiró. Detrás de ella, el fuego crepitaba, lanzando chispas por la chimenea, y se volvió para mirarlo. Al hacerlo, Laura creyó oír un ruido en el pasadizo. Sin vacilar, se volvió y abrió la puerta de un tirón.

Una plegaria respondida. Su cuerpo se convirtió en un instante en fuego líquido. William Ross estaba ante ella, apoyado despreocupadamente en la pared junto a su puerta.

Buscó su voz, pero su voluntad de hablar parecía haber desaparecido con toda pretensión de modestia.

Sus ojos recorrieron su cuerpo, quemándola al detenerse en sus piernas desnudas, en los agujeros remendados de la camisa. Al subir, sus ojos azules se detuvieron en sus pechos, en sus hombros, antes de posarse en su boca. La miró a los ojos. La habían acariciado, besado y abrasado con una larga mirada.

"¿Ha pedido Wyntoun tu mano en matrimonio?"

Lo único que pudo hacer fue sacudir la cabeza y volver lentamente a su habitación. Él la siguió.

Cerró la puerta tras de sí y le cogió la muñeca. Ella se quedó mirando cómo su gran mano se cerraba en torno a su esbelto miembro. Levantó la vista y se le cortó la respiración al ver el hambre en aquellos ojos. La necesidad que parecía corresponder a la suya de una forma salvaje y masculina.

Ella dio el paso que los separaba y le rodeó el cuello con la mano libre. Con una pasión que pedía a gritos ser alimentada, acercó sus labios a los de él.

Un sonido de hambre salió de la garganta de William cuando aplastó sus labios contra los de ella, su lengua surgiendo en su interior. La hizo girar entre sus brazos hasta que quedó inmovilizada contra la puerta y su cuerpo se convirtió en un muro. Su única escapatoria era a través de él. Su única redención.

"Quédate conmigo. Por favor", se oyó susurrar mientras la boca de él se movía de su boca y viajaba hasta su oreja, deleitándose con la sensible piel de su cuello. Lo deseaba con un deseo que nunca había sentido. Le necesitaba como nunca había sentido necesidad.

Sus dedos recorrieron la línea de su mandíbula. Ella se giró un poco entre sus brazos y la rodilla desnuda de él le presionó la cara interna de los muslos. Podía sentir la fuerza nervuda de su pierna al presionarla contra su centro.

"Detenme, Laura. Dime que pare -gruñó, con la voz desgarrada.

La giró hacia la puerta y ella apoyó las palmas de las manos en la madera lisa. Sus manos se movieron por su cuerpo, ahuecando sus pechos, tirando de sus nalgas tan íntimamente contra su virilidad hinchada.

"No puedo decírtelo -murmuró ella. Se volvió hacia él, con las manos y los labios sobre él, mientras un relámpago la atravesaba. Necesitaba sentir, tocar, saborear los músculos de su espalda, de su pecho. No podía saciarse. "Por favor, William, no pares".

Supo exactamente cuándo perdió la batalla. No sabía si su gemido era de frustración o de resignación. Un momento, sin embargo, hubo una barrera. Su camisa de lana, que privaba a su piel caliente de la caricia de sus dedos. Al instante siguiente, le había quitado la camisa por encima de la cabeza, y ya no había nada que ocultara su cuerpo de su mirada, de su tacto.

Se arrodilló mientras su lengua trazaba un rastro abrasador desde su barbilla hasta el valle entre sus doloridos pechos. Ella jadeó cuando él se llevó un pezón a la boca, chupando, tirando, haciéndola estremecerse y gemir de placer y tormento al mismo tiempo.

Se acurrucó sobre él, besándole el pelo. Su nombre era un susurro continuo en sus labios.

"Te deseo, Laura. Te deseo tanto que duele", susurró con rudeza.

"Entonces tómame". Ella le miró a la cara. "Soy tuya para que me tomes".

William la atrajo con fuerza hacia él, apoyando la cabeza en sus pechos mientras sus manos acariciaban su espalda, las suaves curvas de su trasero, la longitud de sus debilitadas piernas. Sus dedos exploraron los contornos de la parte posterior de sus rodillas, de sus muslos.

Laura jadeó sorprendida cuando la mano de William se deslizó hasta la unión de sus piernas. Su cuerpo se arqueó contra el de él, una rodilla se levantó contra su costado mientras sus dedos avivaban suavemente el fuego que ardía en su interior. Las yemas de los dedos de Laura recorrieron sus anchos hombros. Se agarró a su pelo mientras se le escapaba un gemido. ¿O era de él?

La boca de William se movió sobre un pecho, su lengua rodeó y luego acarició el pezón erecto. Las manos de ella se aferraron con fuerza a su pelo y a su espalda, mientras movía

inconscientemente las caderas contra él. Sus dedos seguían acariciando los húmedos pliegues de su feminidad mientras le chupaba el pecho.

"¡William!", gritó ella. Sus dedos estaban enviando oleadas de líquido fundido hacia arriba, a través de ella, en ríos de fuego.

Su aliento se caldeó contra la piel húmeda de ella mientras susurraba las palabras: "Déjalo ir. Déjalo ir, Laura".

Al oír su voz, sintió que su alma se elevaba.

Echó la cabeza hacia atrás mientras se acumulaba una presión exquisita. Sus respiraciones eran cada vez más cortas y, de repente, Laura sintió que su cuerpo se estremecía incontrolablemente, y un cielo se abrió sobre ella. Luz intermitente y colores inimaginables estallaron a su alrededor. Incapaz de pensar, apretó su cabeza contra sus pechos mientras los colores estallaban en ella y una lluvia de chispas tocaba cada nervio de su cuerpo.

Se aferró a él, recuperando poco a poco la capacidad de pensar, pero sintiendo aún más placer en la forma en que él simplemente la estrechaba entre sus brazos mientras la palpitante liberación desaparecía lentamente.

Un momento después, lo vio ponerse lentamente en pie. William seguía completamente vestido, y ella se sintió de repente absolutamente licenciada, de pie, desnuda entre sus brazos que la rodeaban. Sin embargo, antes de que pudiera dar rienda suelta a cualquier sentimiento de vergüenza, la boca de él se movió sobre la suya. Se burló de ella, la saboreó, metió y sacó la lengua.

Sus dedos temblaron al bajar por su pecho, hasta la lana de su falda, siguiendo la línea de la dura excitación. Pasó los dedos con curiosidad por su abultada virilidad y oyó su rápida respiración.

"Enséñame", susurró tímidamente. "Muéstrame cómo complacerte".

Con un solo movimiento, la estrechó entre sus brazos. Ella le rodeó el cuello con los brazos y le besó.

"Por favor", repitió ella, besándole la mandíbula, el cuello. "Enséñame".

"Sí. Eso haré", gruñó. "Pero antes tienes que saber una cosa".

Ella se echó hacia atrás y le miró a los ojos, brillantes a la luz del fuego.

"He decidido quedarme contigo".

Con el fuego apagado desde hacía tiempo, la habitación estaba tan fría como una mazmorra de las Orcadas. Su manta no era lo bastante larga para cubrirle, y los pies le colgaban medio metro más allá de la parte inferior. Estaban apretujados en un catre que ni siquiera era lo bastante ancho para soportar la anchura de sus hombros, sobre el colchón relleno de paja más grumoso que jamás había conocido. Su codo, clavado en su costado, era tan afilado como una lanza.

Y William Ross sintió en aquel momento una satisfacción que sabía que nunca podría describir realmente.

Sonrió al ángel dormido que tenía acurrucado entre los brazos y le pasó los dedos por la sedosa masa de pelo que le cubría el brazo. Ella emitió un pequeño sonido mientras dormía y acercó su trasero desnudo al vientre de él.

Sonrió al sentir que se endurecía de nuevo.

Estaba a punto de amanecer, y la luz grisácea se filtraba por los bordes de la persiana. Sabía que debía levantarse y salir de su alcoba antes de que apareciera alguien de la casa y descubriera

su noche de placer íntimo. Pero entonces, la sensación de ella agitándose entre sus brazos anuló todas sus buenas intenciones en un instante. Depositó suaves besos en el brazo que había estado utilizando como almohada antes de girarse torpemente en el pequeño espacio y encararse a él.

"¿Has dormido algo?"

Le cogió la mejilla caliente con la palma de la mano y le pasó el pulgar por los labios aún hinchados. "¿Lo hiciste?"

Ella le dedicó una sonrisa brillante que le llegó directamente al corazón. "Sí, aunque no sé durante cuánto tiempo. Y tampoco he tenido pesadillas".

Le dio un beso en la frente. Otro en la nariz. "¿Qué son estos sueños, Laura? ¿De qué tienes miedo?"

Se quedó callada un momento mientras sus ojos acariciaban su rostro. Luego sacudió la cabeza y se metió bajo su barbilla, acercando su cuerpo al de él.

"Ahora no", susurró ella. "No quiero pensar en nada de eso ahora".

William la estrechó contra él, con el cuerpo dolorido por el deseo de volver a tomarla. Su corazón se hinchó, palpitando con todas las emociones que ella despertaba en él. Y entonces aparecieron la confusión y el miedo, y luchó contra ellos.

"Tengo que irme", dijo a regañadientes, acariciándole la espalda.

Ella movió la cabeza arriba y abajo en señal de acuerdo, pero entonces su boca encontró su piel y bajó por su pecho. Sintió que una de sus manos recorría los planos de su vientre y tocaba vacilante su pene dolorido.

"No creo que realmente quieras irte", dijo ella suavemente.

Le gruñó al oído y la hizo rodar bruscamente sobre la espalda, poniéndose encima de ella.

"Es un problema lo que pides, tocándome así tan temprano".

"Pero qué decepcionante es pensar que en otras ocasiones no te conmueva mi tacto".

Ella le dedicó una sonrisa pícaro que desapareció cuando él se colocó entre sus piernas. Levantó las rodillas y la sintió presionar su húmeda abertura contra él.

"Cuando se trata de ti, muchacha...". Se levantó y miró los pechos de ella, esperando que su boca se cerrara sobre ellos.

"Cuando se trata de mí...". Ella palpitó contra él, abriendo más las piernas y levantando las caderas.

Incapaz de esperar más, la penetró, provocándole un gemido de placer.

"No existe la palabra 'imposible' cuando se trata de ti, Laura". Lentamente, empezó a retirarse, sólo para volver a deslizarse profundamente dentro de ella. "Y tú, dulce mía, puedes conmoverme cuando quieras".

El cielo estaba encaneciendo sobre las bajas colinas del este, y Gilbert Ross se volvió para observar cómo la oscuridad se alejaba de los robustos muros de piedra del castillo de Blackfearn.

Llevaba más de una hora caminando. Y reflexionado. Y rezado.

En esas horas de la madrugada, a menudo buscaba orientación. A veces incluso la obtenía. Pero esta mañana no.

Volviendo sus pasos hacia el castillo, Gilbert entró por la oscura puerta arqueada y dio las gracias al guerrero que había levantado el pesado rastrillo. Atravesó el patio, se quitó la pesada capa y se sacudió el rocío. Entró en el Gran Salón.

Todo estaba tranquilo. Aunque había visto a algunos ayudantes de cocina subiendo desde la

aldea en la oscuridad, aún no se percibía ningún olor a comida en la cocina. Ninguno de los hombres que dormían en la Sala se había levantado aún para afrontar el desafío del día. Buscó a su perro bajo las mesas. Por segundo día consecutivo, la bestia había desaparecido.

Gilbert había oído hablar de extraños sucesos en el castillo de varias fuentes. El guerrero de la puerta le había hablado esta mañana de una larga y privada discusión entre Laura y sir Wyntoun que había tenido lugar en el Gran Salón. Y de dos sirvientas de ayer, había oído que Miriam había abandonado su propia alcoba la primera noche, yendo a dormir a la cocina. Las mismas dos también le habían hablado de las acciones de su hermano. De cómo William había llevado al niño y al perro del preboste a la habitación de la muchacha.

Gilbert sonrió para sí mientras subía los escalones del ala este. Todo iba mejor de lo que había esperado. A pesar de la objeción inicial de William a tener al niño en Blackfearn, Gilbert había presenciado el pequeño intercambio entre ambos el día anterior. La suave mirada que viajó entre ellos. La mirada que sin duda rozaba el afecto. Aquel problema parecía resuelto. Por lo que Gilbert pudo ver, parecía que Miriam había llegado para quedarse.

Ojalá pudiera decir lo mismo de Laura.

Sus esfuerzos por poner celoso a William por las atenciones de Wyntoun estaban funcionando bien hasta el momento. Pero los planes de Gilbert para manipular a su inmanejable hermano a fin de que pasara más tiempo a solas con Laura aún no habían resultado eficaces. De repente, no había laird en las Highlands que dedicara más tiempo o esfuerzo a su clan que William Ross. A Gilbert empezaba a darle la lata.

Al llegar al pasillo del piso superior del ala este, Gilbert miró a lo lejos la puerta cerrada de Laura. Sería un auténtico desastre que se enamorara de Sir Wyntoun MacLean. Sería una tremenda pérdida para la familia, para el clan y para William que ella se le escapara de las manos y se casara con otro.

Más de una vez Gilbert había pensado que si él mismo no estuviera comprometido por sus votos sacerdotales...

El preboste se sacudió esa línea de pensamiento y se detuvo junto a la habitación de la pequeña Miriam. Con cuidado, empujó la pesada puerta de roble. Dentro todo estaba bien. La niña dormía profundamente, cómodamente metida en su gran cama. Su perro Willie estaba tumbado junto al pequeño hogar, con la cabeza levantada y la cola agitándose por el suelo. La mirada de Gilbert se dirigió de nuevo a Miriam, y envió una silenciosa plegaria de agradecimiento al cielo.

Todo irá bien, muchacha. Recordó la promesa que le había hecho no hacía mucho al retrato que guardaba en su cuarto de trabajo en San Duthac. *Con la ayuda del Hacedor*, repitió para sus adentros, *todo irá bien.*

El sonido de la puerta de Laura al abrirse atrajo la atención de Gilbert. Con la mirada perdida, vio cómo William salía y cerraba la puerta.

El laird se detuvo en seco al ver a su hermano, pero se recuperó rápidamente y se acercó a él.

"William", dijo el preboste en voz baja.

"Gilbert", susurró el laird, mirando por encima del hombro de su hermano al niño dormido. Con una mirada de satisfacción, se dirigió hacia el pasillo sin pronunciar otra palabra.

Gilbert miró una vez la puerta cerrada de la habitación de Laura y luego la espalda que se retiraba. Cerró rápidamente la puerta de la niña y empezó a seguir a su hermano. Sin embargo, el laird ya había llegado al final de la escalera principal antes de que Gilbert lo alcanzara.

"¿Eso es todo lo que puedes hacer?", gritó el preboste, agarrando el brazo del jefe guerrero para detenerlo. "¿Simplemente huir como un perro cobarde?".

William dirigió una mirada amenazadora al sacerdote antes de darle la espalda y empezar a bajar las escaleras de caracol.

"No puedes irte así como así, William". gritó Gilbert, siguiéndole.

"Estoy seguro de que no sé de qué te lamentas".

Al pasar de la escalera al Gran Comedor, Gilbert ignoró los rostros atontados que se volvían sorprendidos al verlos pasar.

"William, te exijo que hablemos de esto".

"Naturalmente", espetó el laird por encima del hombro. "Pero en privado, merodeador, pobre excusa de fraile".

"¿Fray?", gritó el más joven con indignación. "No soy nada escurridizo, maldito lascivo. Soy el preboste del Santuario de San Duthac".

William abrió la puerta de su cuarto de trabajo e hizo una amplia reverencia, indicando a su hermano que entrara. "Por supuesto, Gilbert. Eso es lo que quería decir".

Nada más cerrarse la puerta, Gilbert empezó a increpar a su hermano. "¿Cómo has podido traicionar tu confianza? Has roto una promesa que se hizo a su madre. Nos la enviaron para que la protegiéramos, para que la respetáramos. Y, simplón que soy, la traje aquí porque pensé que, bajo tu protección... con tu ayuda... pero tú...". El sacerdote sacudió la cabeza con impotencia.

William, aparentemente decidido a ignorar todo lo que se decía, se movió alrededor de su mesa de trabajo y, tras abrir la persiana a la luz de la mañana, se sentó.

"¿Me estás escuchando, William? ¿No tienes algún remordimiento, algún arrepentimiento, por lo que has hecho?".

La mirada del laird se levantó lentamente del libro de contabilidad abierto sobre su escritorio y se encontró con la de su hermano con penetrante claridad. "Sin remordimientos".

Gilbert esperó, estupefacto, más explicaciones. Pero no hubo ninguna, y ambos se miraron en silencio. Finalmente, el preboste sintió que cedían los últimos hilos de su deshilachada paciencia.

"No permitiré que hagas esto, Will. Esto es el colmo. Nunca he interferido... bueno, rara vez he interferido en tu descarado deseo de arruinar tu propia vida. Pero esto no es un asunto privado. Has arrastrado voluntariamente a tu cama a una inocente mujer de posición. Ahora es tu deber hacer lo correcto".

"Siéntate, Gilbert".

"No me sentaré", replicó bruscamente, empezando a pasear por la habitación. "Aquí se ha cometido un grave error y no descansaré hasta que se corrija".

"Gilbert".

"¿Crees que puedo olvidar lo que he visto? ¿Crees que puedo llevarme a esa joven del castillo de Blackfearn y salir alegremente a buscarle un marido? ¿Después de lo que he presenciado con mis propios ojos?"

"Gilbert", volvió a decir William, con una nota de advertencia en el tono.

"No, no me aplacarán". Señaló con un dedo en dirección al laird. "Y ni se te ocurra decirme que ella invitó a tus atenciones o alguna otra excusa espuria".

"No lo hizo".

"No hay excusas, Will. Te lo advierto". El sacerdote siguió paseándose por la habitación. "No eres tú quien ahora tiene que escribir una carta a su madre explicándole tu debilidad".

"Cuando tenga la oportunidad, yo...".

"¿Oportunidad?" resopló Gilbert. "Has tenido tu oportunidad y la has aprovechado plenamente. Y ahora me enfrento a la tarea de buscar el perdón de la mujer. Con un poco de suerte, quizá acceda a aceptarte como marido para su hija. Por supuesto, puede que pase la

primavera antes de que obtengamos una respuesta".

"No habrá carta".

El preboste se giró hacia su hermano. "Lo habrá. Tiene que haberlo. Como debe haber un matrimonio. Que el Señor me ayude, si tengo que atarte a tu caballo y arrastrarte hasta la puerta de la iglesia, habrá un matrimonio, y tú serás el novio".

Había una mirada de diversión en los ojos del otro hombre que irritó aún más a Gilbert.

"¿Crees que no puedo contigo, Will Ross?". Señaló con un dedo largo y delgado la cara de su hermano. "Esta boda se celebrará en primavera".

William se recostó en la silla y trató infructuosamente de reprimir un bostezo.

"La primavera no será muy conveniente para mí. Ya sabes que, entre la siembra y el parto, es una época del año muy ajetreada".

"Como si fueras granjero", se burló Gilbert. "Muy bien, pero te digo que como muy tarde será verano".

El Ross volvió a sacudir la cabeza. "El verano tampoco servirá. Nuestros pescadores estarán trabajando en el fiordo".

"Hermano", gruñó Gilbert. "No eres ni pescador ni agricultor".

"Pero mi pueblo sí. Y no puedo distraerme con este asunto de la boda cuando mi pueblo necesita un laird que trabaje a su lado y atienda sus necesidades."

Conteniéndose visiblemente, el preboste miró al suelo, con el disgusto grabado en el rostro. "Muy bien. Dime qué hora te viene bien. Aunque, por mi vida, Will, después de lo que has hecho aquí, no sé por qué te doy voz y voto en este asunto. ¿Cuándo?"

William Ross se puso en pie. "Hoy, hermano mío".

Gilbert se quedó boquiabierto y se quedó mirando mientras el hacendado rodeaba la mesa de trabajo y se dirigía a la puerta que conducía a la alcoba del hacendado.

"Y nos casaréis antes del mediodía", dijo William, deteniéndose en la puerta. "Edward y yo tenemos que volver a la aldea después de la ceremonia".

Capítulo Veintiuno

LLEVABA el vestido de lana gris que llevaba cuando William la secuestró por primera vez.

De pie junto al Highlander, en la pequeña capilla del castillo de Blackfearn, Laura no dejaba de preguntarse si iba a despertarse en cualquier momento. El sonido de la voz del preboste zumbando en latín y en gaélico, los olores de las velas y el incienso, incluso los rostros de los pocos que se habían agolpado en el minúsculo espacio, todo tenía algo de onírico.

Seguramente, estaba a punto de despertar.

Gilbert Ross hizo una pausa, pero Laura estaba demasiado avergonzada para levantar la vista y encontrarse con la mirada del sacerdote. Igual que había estado demasiado nerviosa para corresponder a los gestos de aprobación de los simpatizantes que se habían reunido fuera de la capilla.

¿Qué estarán pensando todos? se preguntó. Todos deben saber la verdad. Debían saber que William y ella habían pasado la noche en su habitación. Si no, ¿por qué nadie se sorprendería de la boda tan apresuradamente organizada?

Sin planificación. Ningún periodo de cortejo, de preguntar, de esperar. Sin discusiones entre la familia. Sin lectura de las amonestaciones matrimoniales.

No es que se lo mereciera, teniendo en cuenta que ella lo inició todo anoche. Era un escándalo porque ella misma lo había creado. Y luego se había vuelto a dormir, sólo para ser sorprendida totalmente desprevenida cuando Maire y Janet habían llamado a su puerta. ¿Qué habrían pensado cuando las miró con total incompreensión mientras hablaban de prepararla para la ceremonia nupcial?

¿Qué había dicho anoche sobre quedársela? Dijo que iba a quedársela. Ella ni siquiera había tenido un momento para pensar que sus palabras habían sido una oferta de matrimonio.

Laura miró distraídamente las ramitas de romero seco que sostenía en una mano y recordó la forma torpe en que había recibido a las dos mujeres. Con la lengua trabada y sin gracia al enterarse de la noticia.

Y sin embargo, aquí estaba. Se iba a casar con William Ross. ¡William Ross!

Otra oleada de vergüenza enrojeció el rostro de Laura al recordar lo tonta que debía de parecer ante las dos mujeres. El dormitorio estaba totalmente desordenado. De hecho, se había cubierto rápidamente tirando de la vieja camisa de William. Incluso mientras la ayudaban a bañarse y a vestirse, no acababa de comprender la realidad del momento.

Mortificada por todos estos pensamientos, apretó con más fuerza sus temblorosos dedos alrededor de las ramas secas y se concentró en la vela parpadeante del altar.

"Gilbert me ha dicho que son un signo de fidelidad, muchacha".

Al oír su susurro divertido, Laura levantó la mirada y contempló por primera vez el rostro de

su futuro marido. Su palpitante corazón se aceleró aún más al ver su sonrisa desenvuelta y sus celestiales ojos azules, que la observaban con tanta confianza.

El manojo de ramitas de romero se le cayó de la mano y se quedó mirándolo un momento en el suelo de piedra gris.

William se inclinó y volvió a susurrar, con una nota de fingida seriedad en el tono. "Espero que no estés intentando decirme algo".

Gilbert se volvió con una tos de advertencia y el ceño amenazador antes de continuar. Laura recogió las ramas de romero y miró a William. Le sonreía ampliamente.

Un momento después, Laura se pasó una palma sudorosa por la lana de la falda. Detrás de ellas, la congregación se agitaba inquieta en la pequeña capilla, esperando con impaciencia el intercambio final de votos. Si ella misma pudiera aguantar tanto tiempo.

Levantó la vista, sorprendida, cuando la mano de William se alargó y entrelazó los dedos de ella con los suyos. Laura dejó escapar un suspiro tembloroso y se aferró a él como si su vida dependiera de su contacto. La voz de Gilbert subía y bajaba con la cadencia acompasada de las oraciones.

"Por su camisa, es el servicio más largo que he oído nunca". Había líneas de picardía bailando en las comisuras de sus ojos. "Nos está castigando".

Gilbert frunció el ceño ante los dos y bajó del altar. Hizo un gesto para que William y Laura se giraran y se encararan.

Mirando a su futuro marido, Laura contuvo la respiración. William Ross, robusto y apuesto, vestía impecablemente para la ocasión. Se quedó mirando la camisa de lino blanco que abrazaba su ancho pecho, el broche de plata y oro del antiguo clan Ross, el lujoso negro y rojo de su tartán.

Llevaba la cabeza alta y estaba completamente a gusto, completamente al mando. Parecía cómodo, seguro de sí mismo, a pesar de la multitud que los rodeaba y del patio exterior. Laura sólo deseaba no sentirse afectada por las miradas que se posaban sobre ellos.

El pulgar de él le acarició el dorso de la mano y ella le miró a los ojos. El preboste le estaba pidiendo que pronunciara sus votos.

Su corazón latía con fuerza. Su espíritu se elevó. Su vida se completó de algún modo en aquel instante, mientras le observaba repetir cada palabra sin apartar su mirada de ella. Se dio cuenta de que, a partir de ese momento, para Laura Percy no importaba nada más, no existía nadie más que el hombre que tenía delante.

Y entonces le llegó el turno a ella.

Sir Wyntoun MacLean, de pie detrás del novio, observaba cómo la pareja intercambiaba sus votos. A su lado, la joven Miriam, vestida con un traje azul oscuro, estaba radiante ante la escena que se desarrollaba ante el altar.

El caballero centró su mirada en Laura Percy. Laura Percy Ross, se corrigió rápidamente, pues en unos instantes la segunda hija de Nichola Percy tendría un nuevo nombre.

Cierto, había fracasado en su plan original de llevarse a la mujer para conseguir el mapa del Tesoro de Tiberio. Nunca había tenido la oportunidad, pero, por otra parte, nunca había tenido la clara sensación de que ella estuviera en posesión de ningún mapa. Uno de sus hombres incluso había registrado su alcoba, pero el esfuerzo había resultado infructuoso.

Wyntoun bajó la mirada hacia las manos unidas de la pareja, hacia la felicidad contenida que

se mostraba tan claramente en la expresión de William. Sin embargo, a pesar de sus fracasos hasta el momento, el caballero no podía evitar sentir cierta satisfacción. Había echado una mano a su viejo amigo. Estaba viendo cómo William se sacudía los fantasmas de su pasado.

Se alegró por el hijo de puta, pero su propia batalla estaba lejos de haber terminado. De hecho, esta unión dificultaba un poco más las cosas.

El preboste pronunció la última bendición. Wyntoun miró por encima del hombro y observó a dos de sus hombres deslizarse fuera de la capilla hacia donde sabía que esperaban caballos veloces para llevarlos hacia el sur.

La batalla está lejos de haber terminado, repitió en su mente. Su mano se dirigió distraídamente al broche de oro que llevaba al hombro. Recorrió con los dedos las diminutas piedras preciosas de colores, la mano roja aferrando una cruz azul.

Seguiría asegurando el tesoro. No defraudaría a sus hermanos. Al fin y al cabo, a la Espada de Barra nada le gustaba más que un desafío feroz.

En toda su vida nunca había pensado demasiado en el matrimonio. Pero una vez que se había decidido por Laura, la urgencia de tomarla como esposa se había abatido sobre él con la fuerza de un río en primavera.

Al llegar primero a la capilla, el hacendado había esperado un rato a que llegara Laura. Al principio, William había pensado que ella había decidido no casarse. Más tarde, cuando apareció en la puerta de la capilla, vio que su piel de marfil palidecía aún más al ver a la gente del clan agolpada en aquel lugar. Por un momento pensó que estaba a punto de desmayarse.

Pero sólo habían sido necesarias unas palabras en voz baja. Una caricia. Le había dado su fuerza y había buscado la de ella. Había sentido cómo su seguridad aumentaba a cada momento. Sabía que sobreviviría a esta prueba.

Mientras Laura terminaba su voto, oyó estornudar a Miriam a su espalda. Laura se volvió preocupada hacia la niña, aunque William había sentido las mismas ganas de estornudar a causa del incienso. Apretó suavemente las manos de Laura y atrajo su mirada hacia la suya. Ella se iluminó de nuevo en un instante.

La tierna confianza que brillaba en aquellos estanques violetas era siempre su perdición. Sintió que los martillazos de su corazón cobraban impulso en su pecho. Al mirarla, le dolía el cuerpo al recordar todo lo que ya habían compartido. Apretando las manos de ella, William luchó contra la confusa oleada de emociones que le desgarraban por dentro.

Ella ya le importaba demasiado. Y su aprobación le importaba más de lo que nunca había imaginado. Pero los sentimientos persistentes, la verdad sobre el pasado que nunca había compartido con ella. Tenía que decírselo. Debería habérselo dicho antes. Francamente, pensar en cuál sería su reacción le aterraba.

Gilbert completó su bendición final, y la multitud que los rodeaba lanzó una sonora aclamación. William vio los ojos embrujados de Laura mientras apretaba nerviosamente sus manos.

Puede que no lo mereciera, pensó William, pero ahora eran marido y mujer.

La atrajo bruscamente entre sus brazos, aliviado. Era suya. Suya para conservarla.

Echó la cabeza hacia atrás y le miró a la cara. Vio las lágrimas que brillaban en el fondo de sus ojos azul violáceo. Esperaba desesperadamente que fueran lágrimas de felicidad.

"¿Mía para quedármela?", preguntó roncamente.

"Tuya para siempre", susurró ella mientras él aplastaba su boca contra la de ella.

Bloqueó los vítores y los sonidos del gaitero fuera de la capilla. Ignoró las palmadas de felicitación en la espalda, así como la fila de gente del clan dispuesta a desearles lo mejor. En su lugar, se centró únicamente en la mujer que tenía entre sus brazos e intentó transmitir con un beso todas las emociones que no podía expresar con palabras.

Sin embargo, Laura era tímida, incluso más indecisa que la primera vez que la había besado en aquella cabaña junto al castillo de Walter Sinclair.

Rompió el beso, gruñéndole al oído su queja. "¿Qué le has hecho a mi salvaje y apasionada Laura?".

Ella deslizó suavemente las palmas de las manos contra el pecho de él. "Tantos nos observan".

"Déjalos", volvió a gruñir él, tomando su boca en otro beso abrasador. Esta vez se derretió entre sus brazos mientras su lengua se adentraba en su interior. Tanteando, saboreando, buscando seguridad. La encontró.

"¿Tío?" El suave tirón de la mano de Miriam en su falda hizo que William pusiera fin bruscamente al beso. Miró a la ruborizada mujer de ojos soñadores que tenía entre sus brazos y a la muchacha que permanecía expectante a su lado. Cuando se agachó y la cogió en brazos, Miriam soltó una risita encantada.

Apretó la frente contra la de William y lo miró fijamente a los ojos. "Gracias".

Sus palabras eran un mero susurro, destinado sólo a que él las oyera. Pero William sintió su impacto sacudir su cuerpo. Su mirada golpeó su corazón e hizo estallar las cerraduras. Con esas dos palabras, se coló en su interior.

"De nada". William abrazó a la niña con fuerza contra su pecho y se tragó las emociones que le anudaban la garganta.

Un instante después, Miriam le soltó el cuello y se volvió hacia Laura. "¿Puedo llamarte tía?"

Había lágrimas brillando en sus ojos mientras Laura miraba de la cara de William a la de Miriam. "Puedes llamarme como quieras, mi amor". Abrió los brazos y la niña fue directa hacia ella, rodeando a la joven novia con los brazos y las piernas.

"Basta ya de esconder a tu mujer". La fuerte palmada de Wyntoun en su espalda hizo volver la cabeza a William. "Ya es hora, canalla, de que nos permitas al resto de solteros desamparados al menos un beso de felicitación".

"Teniendo en cuenta el enorme error de juicio que ha cometido al casarse con mi hermano, diría que le vendría mucho mejor un beso de consuelo".

William miró amenazadoramente a Gilbert. "Ni una palabra, fraile".

"Preboste, Willie".

Las bromas continuaron. La gente del clan Ross, que seguía reuniéndose en el patio, se agolpó a su alrededor mientras el gaitero los conducía hacia el Gran Salón. Muchos de ellos desearon en broma a Laura lo mejor al hacerse cargo de su díscolo laird.

Y William les gruñó a todos, interiormente radiante de orgullo al ver a su hermosa nueva esposa. En sus brazos llevaba a su hija. A su alrededor, la buena voluntad de su pueblo se manifestaba en cien festivas muestras de afecto. Era un hombre feliz, un hombre bendecido con mucho.

Si sólo pudiera encontrar la manera de cerrar la puerta a la fealdad del pasado.

Capítulo Veintidós

PARA SORPRESA DE LAURA, su cena de mediodía, aunque ciertamente festiva, no iba a ser la celebración principal de la boda del laird.

Poco después de la comida, repleta de brindis suficientes para hacer flotar el barco de guerra de un rey, la novia fue escoltada a su habitación por un grupo de mujeres, donde descansaría y se prepararía para el banquete y el jolgorio de la noche. Su nuevo marido, por su parte, montó en su gran caballo Dread y partió con un grupo de hombres, entre ellos Sir Wyntoun MacLean, para ocuparse de algunos asuntos del clan.

Laura intentó no parecer perturbada por su marcha, aunque le resultaba asombrosa la rapidez con que dos hombres podían restablecer una amistad que había parecido rozar la violencia. Y al igual que Maire y Janet habían sido las encargadas de contarle sus propios planes de boda, también les tocó explicarle todas las visitas que el laird Ross había estado haciendo entre los miembros necesitados del clan.

Incapaz de permanecer recluida durante mucho tiempo, Laura no tardó en bajar al Gran Salón, decidida a ayudar en los preparativos que se estaban llevando a cabo, no sólo para el banquete de la noche, sino también para las próximas celebraciones del día de Navidad. De tanto hablar, pronto averiguó que William Ross había restablecido una tradición casi olvidada de invitar a todo el clan al castillo de Blackfearn para la cena de Navidad.

Mientras Laura se movía de un lado a otro, echando una mano siempre que la necesitaban, le hacía cosquillas ver que toda la casa acometía las tareas con un aire de alegre cooperación. De hecho, se respiraba alegría en el aire. Incluso Chonny se quejaba y alborotaba en las cocinas con una satisfacción que apenas podía disimular.

Hacia media tarde, Laura se dio cuenta de que hacía tiempo que no veía a Miriam. Al ir en busca de la niña, se encontró con el preboste en el Gran Salón. El sacerdote estaba supervisando la talla del tronco de Yule ante el hogar abierto.

"Ama Laura. Esperaba encontrarte".

Acercándose a su nuevo cuñado, Laura escrutó la gran sala en busca de Miriam.

"He ordenado a varios hombres de William que corten un retoño de roble y lo suban al patio. Pero en cuanto a su ubicación, dónde debe colocarse exactamente para colgar las manzanas mañana por la noche, esperaba que nos dieras algún consejo al respecto."

Laura asintió cortésmente con la cabeza, mientras sus ojos seguían buscando a la niña entre la gran multitud que colgaba ramas de acebo y muérdago alrededor de la Sala.

"Además, me preguntaba si tendrías la amabilidad de enseñar a Chonny a hacer wassail. He apostado con Symon a que conocerías una receta maravillosa".

"Por supuesto", respondió ella, asintiendo de nuevo distraídamente.

Se dio la vuelta en busca de la niña. Al ayudar a Maire, había estado prácticamente en todas las habitaciones del castillo. Sabía que Miriam no estaba en las cocinas, pues acababa de salir de allí. Cuando estaba en el piso superior del ala este, había mirado por las ventanas hacia el patio y el patio de entrenamiento.

La niña no aparecía por ninguna parte, y Laura sintió que una punzada de ansiedad le atenazaba el vientre.

"Y espero que apruebes la limpieza que los hombres han estado haciendo en la Sala. Han estado trabajando en ello casi todo el día, y yo diría que han hecho grandes progresos, ¿no crees?".

Laura se obligó a mirar el Gran Comedor y, por primera vez, se dio cuenta de la transformación. Durante la última semana las cosas habían ido mejorando gradualmente, pero ahora el Salón tenía un aspecto totalmente distinto. Desde el suelo fregado hasta las filas ordenadas de mesas y bancos, pasando por los tapices recién limpiados y colgados de las paredes, el Gran Salón del Castillo de Blackfearn era de repente un lugar del que sentirse orgullosa.

"Es absolutamente impresionante, Preboste".

"Otra cosa. Me preguntaba si te interesaría participar en el canto de villancicos. O incluso interpretar un papel en-"

"Por casualidad", interrumpió Laura, que ya no podía contener su preocupación, "¿has visto a tu sobrina, Provost?".

El hombre echó un vistazo a la cámara y luego, observando más de cerca la expresión preocupada de Laura, asintió finalmente. "Sí, ama, la he visto, aunque me temo que he dado mi palabra de no revelar su paradero ni su plan hasta que ella misma esté dispuesta a revelarlos".

Laura le miró sorprendida un instante. "Entonces, ¿sabes que está a salvo donde está?".

"Por supuesto".

"¿Hay supervisión de un adulto?"

El preboste asintió tranquilizador.

Laura soltó un suspiro y le devolvió el saludo con la cabeza, volviéndose hacia las cocinas. Pero entonces, a dos pasos, se dio la vuelta con la vergüenza quemándole las mejillas.

"Oh, Preboste, te pido disculpas".

Gilbert arqueó una ceja. "¿Y para qué, ama?"

"Por mi grosería, claro. Aunque apenas merezco tanta amabilidad, acabo de darme cuenta de lo que intentas hacer". Se retorció las manos nerviosamente mientras volvía hacia él. "Intentas involucrarme. Intentando que me sienta como en casa. Y he sido horriblemente brusco. ¿Serías tan amable de perdonarme?".

Una suave sonrisa se dibujó en el rostro de Gilbert. "Ama Laura. Puedo asegurarte que no hay nada que perdonar".

"Pero..."

"Estabas preocupado por Miriam. Comprendí que tu brusquedad era simplemente el resultado de esa preocupación". Dio un paso más hacia ella y bajó la voz. "Y habiendo sido espectador la última vez que Miriam estuvo aquí, en el castillo de Blackfearn, puedo decirte que los cuidados y el afecto que está recibiendo de ti son mucho más pronunciados que los que recibió de su propia madre durante todos sus años de juventud juntos".

Laura se sonrojó y bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas. "Puedo asegurarte, Preboste, que soy mucho más carente que su madre".

"No digas tonterías, Laura". Le puso una mano suave en el brazo y atrajo su mirada hacia sus

bondadosos ojos azules. "Es cierto que Mildred se convirtió en una hermana para mí por su matrimonio con Thomas, pero es la pura verdad cuando digo que tú eres mucho más adecuada para el castillo de Blackfearn. Y para William".

Mildred. William. Repitió los nombres sombríamente en su mente. Siempre la sugerencia de lo que había habido entre Mildred y William.

Habían hecho el amor apasionadamente. Él había intentado salvar su reputación y su futuro tomándola por esposa. Pero lo trágico era que Laura dudaba de poder llenar alguna vez el vacío que Mildred había dejado en el corazón de William.

"No te preocupes, mi nueva hermana".

Volvió a mirar al hombre a la cara.

"Sé que todo esto surgió de forma precipitada. Pero conociendo la falta de interés de William por todo lo largo y tendido, nadie habría esperado otra cosa cuando llegó el momento de que mi hermano tomara esposa." Cogió a Laura del brazo y empezó a conducirla hacia la puerta. "Pero tú, sin embargo, siguiéndole la corriente. Una mujer de sangre noble, sacrificando tus propios planes al aceptar la propuesta de matrimonio de mi hermano. A los ojos de la gente de Ross, eres un premio muy apreciado. Y hay, en efecto, una gran admiración por ti".

"Preboste, yo..."

"Por favor, Laura, no te inquietes. Estamos orgullosos de tenerte entre nosotros". Gilbert se detuvo y se encaró con ella. "Ahora eres una de nosotros, hermana mía, y nada podría ser mejor. Para cualquiera de nosotros".

William Ross se aseguró de estar de vuelta en el castillo de Blackfearn poco después del anochecer. Desmontando en el patio, preguntó por su esposa y Miriam. Al saber que ya estaban en el Gran Salón, ordenó a Edward que se ocupara de su pequeño plan antes de reunirse con los demás para la comida.

Miriam saltó por el pasillo hacia él en cuanto cruzó la puerta. Arrugó la nariz ante él. "Llevamos una eternidad esperando".

"¿Ah, sí?" Se inclinó y cogió a la niña en brazos, lo que le valió una risita y una sonrisa pícaro. "Ésa no es forma de saludarme, mocoso quejica".

"¿Así está mejor?"

Le echó los brazos al cuello y le dio un fuerte abrazo. La abierta muestra de afecto de la niña hizo que a William se le formara un nudo en la garganta.

"Mucho", consiguió graznar.

Al otro lado del Gran Comedor, cerca de Gilbert y Wyntoun, Laura los observaba con una ternura en la mirada. Sin duda, era la mujer más hermosa que había visto en su vida. Con sólo mirarla, sintió que el deseo se agitaba en sus entrañas, y los pensamientos de todo lo que habían hecho la noche anterior volvieron a su mente. Pensamientos de cosas que no podía esperar a volver a hacer con ella.

Con Miriam aún en brazos, cruzó decidido el Salón hacia su esposa.

Sus mejillas se sonrojaron con el más bonito de los rosas, y sus ojos se abrieron de par en par al leer la mirada de él. Se llevó involuntariamente una mano al pecho.

"William", llamó Gilbert al acercarse. "Me alegro de que hayas encontrado tiempo para volver. Hay muchas cosas que necesito repasar contigo".

"Wyntoun". Señaló a Gilbert. "Llévate a este acólito parlanchín y desmesurado. Necesito un

momento a solas con mi esposa".

"Eso es 'preboste', si no te importa".

"Sí", dijo William con una sonrisa. "'Preboste charlatán' suena mejor".

"Willie, maldito blasfemo".

"Miriam", continuó el laird, guiñando un ojo a la niña y dejándola en el suelo. "¿Podrías ayudar a sir Wyntoun a entretener a tu tío un rato? Quizá puedas practicar algunos de tus lloriqueos con él".

"Aquí para servirlos, mi señor".

La respuesta fingidamente seria del niño provocó una carcajada en todos los presentes, pero los ojos de Guillermo ya estaban puestos en Laura.

"¿Tú también llevas una eternidad esperando?"

Se mordió el labio inferior y luego hizo un pequeño gesto con la cabeza.

Se acercó y la cogió del brazo, conduciéndola al gran hogar abierto. Allí se volvió hacia ella, impidiéndole ver la habitación y a todos los que había en ella.

"¿Me has echado de menos?"

Su rubor se tornó de un rojo más intenso y su mirada se desvió, pero en sus labios se dibujó una bonita sonrisa. "Todos han estado esperando tu regreso. Creo que están impacientes por cenar".

"Por mí, que se mueran de hambre". Le agarró la barbilla y se la levantó. "¿Pero me has echado de menos?"

"Lo hice", susurró suavemente.

"Pues enséñamelo".

Redondeó los ojos. "¿Aquí?"

"Toma".

Hizo una pausa. Se mordió el labio. Tragó saliva y levantó lentamente la vista hasta que sus profundos ojos violetas se clavaron en los de él.

"Eres un granuja, William Ross. Sabes que te he echado de menos". Le puso las manos sobre los hombros y, poniéndose de puntillas, rozó sus labios con los de él.

William aprovechó el momento, le rodeó la cintura con un brazo, la atrajo hacia sí y la besó profundamente. Pasó algún tiempo antes de que se apartara, y una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios al ver cómo los ojos de ella permanecían vidriosos durante un instante después de que él rompiera el beso.

"Yo también te he echado de menos". Le dio un suave beso en la oreja y le cogió la mano. Al volverse hacia la Sala, se encontró con que todos los ojos del lugar estaban puestos en ellos. Al instante sonó una ovación entre la multitud reunida, los gaiteros afinaron sus instrumentos y comenzó una ruidosa celebración.

"Bueno, parece que no están *muy* enfadados con nosotros por haberles retrasado la cena".

Su voz era poco más que un murmullo en su oído. "Canalla, estoy tan avergonzada como para desmayarme".

Se llevó la mano a los labios y le dio un beso en la punta de los dedos.

"Todavía no". Le sonrió. "No me desmayaré hasta que estemos solos. Así tendré rienda suelta para hacer lo que quiera con mi indefensa esposa".

"William", le reprendió ella con una sonrisa tímida que le hizo reír a carcajadas.

La mujer era preciosa, pensó. Sin duda era el hombre más afortunado de las Highlands. No, del mundo.

Laura se sentó a un lado de él y Miriam al otro durante la cena. Aparecieron plato tras plato

de carne, pollo y pescado, cada uno de ellos un triunfo para la nueva cocinera. Se ofrecieron brindis tras brindis por el hacendado y su nueva esposa, y la alegría continuó durante horas.

Finalmente, cuando Guillermo dejó la taza sobre la mesa, Laura sonrió a la niña que tenía a su lado y sugirió que tal vez era hora de que los pequeños se fueran a la cama. Pero la gente del clan Ross tenía otras ideas.

Con una floritura, Edward se puso en pie, agitando el brazo y gritando por encima del jolgorio. Cuando el ruido disminuyó, el enorme guerrero se volvió y pidió al laird y a su novia que permanecieran donde estaban sentados durante unos momentos de entretenimiento.

Laura le lanzó una mirada interrogativa y luego asintió vacilante, mientras William sonreía ampliamente. Bajo la mesa, el hacendado se acercó y tomó la mano de su esposa entre las suyas. Ella le sonrió y a él se le hinchó el corazón.

Las mesas que se habían alineado en el centro de la Sala se retiraron para crear una zona abierta ante el estrado. Todos, excepto los que participaban en el espectáculo, retrocedieron, apiñándose en los bancos que rodeaban el gran cuadrado abierto.

Edward se trasladó al final del estrado para presentar el "argumento" y hacer un comentario.

Presentó al primero de los actores.

"Entra, Ama Laura Percy".

Peter, un hombre gigantesco y pelirrojo, entró por la puerta de la cocina, vestido con un traje negro de mujer que apenas le llegaba a las rodillas y estaba estirado por todas las costuras. La multitud prorrumpió en bulliciosas carcajadas cuando Peter se acercó al estrado y alzó las cejas sugestivamente hacia su laird antes de dirigirse a su lugar en la plaza.

"Entra, Guillermo de Blackfearn, laird de Ross".

Las risas y los gritos continuaron cuando la Esposa de Peter, menuda y con cara de duendecillo, entró pavoneándose en el Gran Comedor, vestida con una falda escocesa de Ross que se arrastraba por el suelo.

Miriam tiraba de la manga de Guillermo. "Hoy le he preguntado por qué no tiene nombre propio y siempre la llaman Esposa de Pedro".

William miró a la niña. "¿Ah, sí, chiquilla?"

La niña asintió entusiasmada. "Su nombre de pila es Eglantine, el mismo que el de las cuatro hermanas que nacieron pero murieron antes que ella. Dijo que creía que era una maldición no tener nombre de santa, así que en cuanto se casó se lo cambió por el de Esposa de Pedro".

William conocía la historia, pero aun así parecía interesado mientras Miriam continuaba. "Creo que a mí también me gustaría cambiarme el nombre".

En ese momento, la esposa de Peter, tropezando con la larga falda escocesa, cayó al suelo y Peter, con los puños apoyados en las caderas, enarcó una ceja mirando a la mujer postrada, lo que provocó otra oleada de carcajadas en la Sala.

"Me gusta tu nombre", le susurró William a Miriam, "tal como es".

"¿Ah, sí?" La brillante sonrisa de la niña le dijo al laird que conservaría su nombre... al menos durante lo que quedaba de velada.

Al son de los abucheos y vítores de los espectadores, el resto de los actores llenaron el escenario. Guillermo tuvo que reírse al ver que su gente había convencido incluso a Wyntoun para que participara.

Edward levantó las manos en el aire y el silencio se apoderó de la sala. Laura le agarró la mano con más fuerza.

La voz del jefe de los guerreros retumbó. "Un día cualquiera en el Gran Salón del Castillo de Blackfearn".

La gente empezó a moverse por el escenario. Hubo discusiones fingidas entre los crofters que deambulaban de un lado a otro. Los guerreros se estiraron en los bancos. La comida en las trincheras, probada por los jugadores, era escupida rápidamente antes de ser tirada al suelo. Willie, el perro de Gilbert, pasó junto al desorden, lo olisqueó sin comer y luego se estiró en el centro de la plaza.

"El laird se une a su gente".

La Esposa de Peter, subiéndose la falda escocesa para no tropezar de nuevo con ella, marchó hacia el centro. Apoyando una mano en la empuñadura de la enorme espada de madera que llevaba atada a la cintura, se dirigió a los campesinos, murmurando algo y recibiendo sonrisas y palmadas en la espalda. Luego se dirigió a los guerreros, recibiendo de nuevo gestos de aliento. Luego volvió a los campesinos y de nuevo a los guerreros. En el último viaje, el "laird" intentó recoger parte de la basura, para tropezar y caer sobre el perro del preboste. Willie se limitó a levantar una oreja. Las risas volvieron a sonar en la sala.

"Nunca podríamos acusar a nuestro laird de no intentarlo, ¿verdad?".

La respuesta fue armoniosa y lo bastante fuerte como para hacer temblar las vigas. William sintió que la mano de Laura apretaba la suya y se volvió para ver sus ojos observándole con ternura.

"La señora Laura llega al castillo de Blackfearn".

Los ojos de William y Laura se fijaron en la enorme figura de Peter, con las manos en las caderas y la falda levantada por un lado, que se adentraba amenazador en el círculo. Los silbidos de los hombres de la Sala eran ensordecedores, y la reverencia de Peter en respuesta fue realmente buena.

"La señora Laura se hace cargo".

"Laura" se acercó al "laird" y le fulminó con la mirada, antes de volverse con exagerada conmoción hacia la mezcolanza de comida y hombres esparcidos por el escenario. Levantando dramáticamente una mano hacia su frente, la "mujer" sacudió la cabeza con aire de severa desaprobación. Sin embargo, no pasó ni un instante antes de que la gigantesca "Laura" se remangara el vestido sobre un par de brazos musculosos y sacara una cuchara de madera del bolsillo del vestido.

Caminando por el escenario, el guerrero empezó a apuntar con la cuchara a todos los que estaban alrededor e incluso planteó una pantomima de discusión con el "laird" que lo miraba.

El forcejeo silencioso duró un momento, sólo para detenerse bruscamente cuando Peter frunció los labios y besó ruidosamente a su pequeño adversario.

William lanzó una mirada de reojo a Laura y la encontró dispuesta a arrastrarse bajo el estrado.

Haciendo a un lado al "laird", Peter se precipitó hacia el público de gente del clan y arrastró a Symon por la oreja hasta la plaza. Llevando al hombre al centro de la acción, "Laura" empezó a señalar con la cuchara a la gente, al suelo, al techo e incluso al "laird". Symon asentía con cada golpe de la cuchara.

A continuación, "Laura" se dirigió de nuevo a su "laird", ganándose silbidos y gritos cuando volvió a batir sugerentemente sus pestañas antes de volver al perímetro de curiosos. Esta vez, Chonny fue conducida bruscamente al escenario. Se repitieron los mismos gestos de antes, ya que esta vez Chonny también asentía dramáticamente con cada empujón de la cuchara.

"Los invitados llegan al castillo de Blackfearn".

Sir Wyntoun, interpretándose a sí mismo, entró en el centro. Peter, al ver al gigantesco Highlander, se acercó y le dio un pestañazo. La Esposa de Peter, sacando la espada de madera de

su falda escocesa, se enfrentó al nuevo visitante con el ceño ferozmente fruncido. Los dos "enemigos" desparejados empezaron a luchar. Mientras caían los "furiosos" golpes, con Wyntoun fingiendo llevarse la peor parte de la acción de la mujercita, toda la sala estalló en nuevas carcajadas. De repente, la "laird" tropezó con su espada y cayó al suelo mientras los espectadores lanzaban exagerados gritos de preocupación.

La voz de Edward volvió a resonar por encima de la multitud. "Ama Laura salva al Ross".

Ninguno de los ruidos anteriores se acercó siquiera a los vítores que sacudieron la sala al ver a Peter clavando una cuchara gigante contra las nalgas de sir Wyntoun.

William se volvió hacia Laura y vio que tenía la cara muy roja. Intentó tapársela con las manos. Él se acercó y la agarró por la barbilla, levantándola hasta que sus ojos azules violáceos se encontraron con los suyos.

"Creo, milady, que deberíamos ver el final".

Una gran ovación resonó en las vigas cuando la esposa de Pedro se puso rápidamente en pie y, cogiendo a Pedro de la mano, llevó a toda prisa a su "dama" ante el preboste. Gilbert hizo la señal de la cruz en el aire, bendiciendo su unión.

La feliz pareja se dio la vuelta mientras todos los espectadores empujaban hacia delante, llamando, aplaudiendo y vitoreando... no a los actores, sino a los nuevos marido y mujer sentados en el estrado.

William cogió a Laura de la mano y tiró de ella para ponerla en pie.

"Gracias, milady", gritó Edward por encima del barullo de la multitud. "Gracias por salvar a nuestro laird de sí mismo".

Capítulo Veintitrés

EL MURMULLO bonachón de la obra y la cálida aceptación del clan Ross cuando todos se acercaron al estrado para felicitar a los recién casados conmovieron considerablemente a Laura. Pero poco después, la pequeña Miriam empezó a frotarse los ojos y apoyó la cabeza en la mesa.

Pidiendo disculpas en voz baja a todos mientras los gaiteros y bailarines se dirigían al centro del Salón, Laura se levantó para llevar a Miriam a la cama. Para su sorpresa, William también se puso en pie y levantó a la niña somnolienta, recostando su cabeza sobre su hombro.

Al subir las sinuosas escaleras que conducían al ala este, Laura sentía de vez en cuando el roce del brazo de su marido contra su hombro. Cada vez sentía que la recorría un estremecimiento por lo que le depararía la noche. Aunque ésta no sería su primera noche en brazos del otro, aunque ambos habían sentido el poder de la pasión del otro, la expectación seguía dominando el ser de Laura, llenándola de oleada tras oleada de calor fundido y palpitante.

Al final de la escalera, Laura sonrió a los ojos azules que miraban por encima del hombro de William. La niña estaba mucho más despierta ahora que en el Gran Salón. De repente, Miriam se enderezó en los brazos del laird.

"Espera".

"¿Qué pasa?" preguntó Laura.

"¿Crees que el perro del tío Gilbert también estará listo para irse a la cama?"

"No se me ocurrió preguntárselo", respondió William amablemente. "Aunque, teniendo en cuenta toda la atención que ha recibido esa bestia esta noche, ocupando el centro del escenario en la obra, diría que ya debe de estar profundamente dormido".

"Entonces, ¿no sería mejor que viniera a dormir a mi habitación? Hay mucho ruido en la Sala".

El tono preocupado de la niña preocupó a Laura. Sabía que a Miriam le gustaba el perro gigante. Las había visto juntas en el Gran Comedor. Pero ahora parecía realmente angustiada. Llegaron a la puerta de Miriam.

"Quizá debería bajar a ver si consigo subir a Willie", se ofreció Laura, dándose la vuelta para irse.

William negó con la cabeza, reteniéndola. "No, muchacha, habrá demasiada gente".

Miriam giró la cabeza y sus ojos azules se clavaron en los suyos. "¿Demasiada gente?"

Había un pequeño arañazo en el interior de la puerta. William le guiñó un ojo a Laura y empujó la puerta.

Laura y Miriam jadearon de sorpresa. Dentro de la alcoba, dos bolas de pelo canino luchaban entre sí por trepar por la pierna acolchada de la Ross. William bajó a la niña al suelo, y Miriam se sentó inmediatamente, permitiendo que los perros trepan sobre ella. Los chillidos de

felicidad de la niña resonaron por toda el ala.

"¿Son míos? ¿Míos para conservarlos?"

"Sí, muchacha. Para ti".

Laura entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. La absoluta satisfacción que se reflejaba en el rostro de Miriam, los cariñosos ojos que subían y miraban el rostro de William, eran un espectáculo digno de contemplar. Laura se mordió el labio para contener las lágrimas de felicidad que brotaban de sus propios ojos.

Miriam se puso en pie de un salto y corrió hacia William, rodeándolo con los brazos mientras los cachorros se arremolinaban alrededor de los dos. "Te quiero, tío".

Laura vio con sorpresa cómo una mirada de tristeza se dibujaba en los ojos de su marido. Algo en ella le dolía al ver cómo un recuerdo ensombrecía aquel momento de alegría. Por mucho que fuera un tormento para ella, por mucho que odiara el motivo, podía comprender su dolor. La sensación de pérdida que debía de sentir era claramente visible.

El amor que aún sentía por la difunta Mildred era demasiado grande. El angustioso recuerdo de la madre de aquella niña estaba aún demasiado fresco. Esta niña era de Thomas, pero no era suya.

Forzando visiblemente la tristeza de su rostro, se arrodilló y devolvió el abrazo a Miriam. "¿Crees que podrás con los dos?"

La cabeza de la niña se balanceó arriba y abajo.

"Ya he hablado con el muchacho Robbie. Te ayudará con ellos".

La niña volvió a asentir y, sentándose de nuevo en el suelo, abrió los brazos a los cachorros, que saltaron inmediatamente a su regazo, mordisqueándole y lamiéndole la barbilla.

Miriam soltó una risita. "Son tan bonitos. Tan perfectos. Éste parece un osito".

"Y también son valientes", añadió William, intercambiando una mirada significativa con Miriam. "Se asegurarán de protegerte tanto de los hombres como de las bestias".

"¿Y pesadillas?"

"Sí". William asintió tranquilizador. "Lo harán incluso mejor que Willie".

Miriam miraba a los perros con adoración mientras Laura observaba a su marido. Pensar que hacía tantos días había intentado hablarle de las necesidades de Miriam, de cómo acoger a aquella niña en el castillo de Blackfearn. Pero él siempre había sido un maestro. La niña estaba en casa.

Laura lo miró, sabiendo que era *él* quien *la había* hechizado. Estaba indefensa. Su corazón le pertenecía. Total y completamente.

Para él.

Un suave golpe en la espalda de Laura llamó la atención de los cachorros, y los dos cayeron uno sobre otro para llegar primero a la puerta. Al abrirla, Laura encontró a Maire con un cuenco de agua en la mano y esperando a entrar.

La anciana sonrió a los perros antes de levantar la vista y encararse con ella. "He traído agua para las bestias de la muchacha y he pensado que, siendo tu noche de bodas, podría acostar a la pequeña".

Antes de que Laura pudiera encontrar la voz, Miriam estaba en la puerta, tirando de la manga de Maire para hacerla entrar en la habitación. "¿Por favor, tía Laura? Maire y yo tenemos un secreto. Tenemos una tarea que debemos terminar".

Tía Laura. Repitió el nombre mentalmente. ¿Cómo iba a negarse a lo que le pidiera aquella diablilla cariñosa de ojos azules que la miraba tan implorante?

Sin embargo, antes de dar su consentimiento, miró a su marido y lo encontró de pie y

dispuesto a marcharse.

"Bueno, supongo que ya que Maire está aquí y dispuesta".

Laura no pudo terminar sus palabras cuando los brazos de Miriam la rodearon por la cintura. La abierta muestra de amor de la niña era un regalo que Laura pensaba atesorar para siempre jamás. Le dio un beso en el pelo y se enderezó, dejando que William la guiara fuera de la habitación.

En el pasillo y con la puerta de Miriam cerrándose tras ellos, Laura se sorprendió gratamente cuando su marido la estrechó entre sus brazos y se limitó a abrazarla. Tenía la cabeza metida debajo de la barbilla y la mano de él extendida sobre su espalda, estrechándola contra él. Su cálido aliento le acarició el pelo y se quedaron así unos instantes, en silencio y contentos.

Laura comprendió su necesidad. Necesitaba un momento de tranquilidad para pensar en todo lo que había ocurrido en la cámara de Miriam. Necesitaba un momento para asimilar lo que había sucedido en su pasado y a lo que se enfrentaba en el futuro. Pero a pesar de todo ello, a pesar de todas las emociones que Laura estaba segura que la excluían, se sentía feliz de estar en sus brazos.

Ahora le pertenecía, tanto como podía pertenecer a alguien que no fuera la difunta madre de Miriam. Laura estaba casada con él y, aunque nunca podría ser Mildred, ella, Laura Percy, era a quien había elegido como esposa. Como ella le había elegido a él.

Levantó la cabeza. Su mano ahuecó su barbilla. Sus ojos se encontraron en la oscuridad del pasillo. Su voz era un susurro ronco.

"Quiero hacerte el amor". La respiración de Laura se entrecortó en su pecho cuando la mano de él se movió entre sus cuerpos, posándose sobre su vientre, acariciando suavemente la lana contra su piel sensible. "Quiero verte hincharte con nuestro hijo. Quiero tener una docena de Miriams corriendo arriba y abajo por estos conductos".

Sus palabras, su tacto, contenían magia, y aquel calor fundido volvió a acumularse en su vientre. "¿Sólo una docena?", murmuró.

Su risa fue más bien un gruñido mientras rozaba con los labios la sensible piel del cuello de ella. "¿Qué te pasa? ¿Crees que no puedes soportar una docena de chicas por mí?"

Se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos. "Por supuesto. Pero hay una planificación que debe acompañar al hecho de tener tantos hijos".

"¿Planificar?", repitió, cogiéndola en brazos y dirigiéndose a las escaleras. "¿Por qué no empiezas a contarme en qué consiste esa planificación?"

Le rodeó el cuello con más fuerza y le miró a los ojos. "Para empezar, contrariamente a lo que me gustaría, es probable que no tenga dos crías a la vez, como conseguiste con los cachorros de Miriam".

"Estoy seguro de que debe haber algún cuento de viejas o encantamiento que aumente las posibilidades".

"No diremos nada a Gilbert sobre eso. Pero, ¿cómo te sentirás cuando tenga el tamaño de un barril, cargando con todos estos niños?"

"Mi afecto no hará más que crecer. Ahora mismo sólo eres más hermosa para mí cada día que pasa".

Sabía cómo derretirla. Apoyó la frente en su barbilla, reconfortada por la suavidad con que la llevaba.

"Y sobre todas esas hijas que exiges. ¿Qué pasa si tenemos hijos?"

"Entonces tendremos que esforzarnos más en hacer el amor. Te digo que no estaré satisfecho hasta que tengamos una docena de hijas".

Levantó la vista y se encontró con una amplia sonrisa que surcaba las comisuras de sus ojos increíblemente azules.

"Y, aunque nunca ha ocurrido en mi familia, ¿qué pasa si resulto ser estéril?", tuvo que preguntar.

"Entonces seremos perfectamente felices con Miriam, y simplemente tendré que mimarla como lo habría hecho si hubiéramos tenido nuestra docena de muchachas". Apretó los labios contra el pelo de ella. "Pero nada de eso cambiará mi... mi *plan* de hacer el amor con mi mujer una y otra vez mientras ella me desee".

"Te deseo ahora y prometo desearte siempre. Porque tú, mi pícaro esposo, eres el único hombre capaz de desatar mi naturaleza temeraria".

Su suave risa le calentó el corazón. "Mala influencia que soy".

"Sí", respondió ella con ternura. "Mala influencia eres".

Nada más hablar, se dio cuenta de que estaban al pie de las escaleras, con William a punto de entrar en el Gran Comedor. Se puso rígida entre sus brazos e intentó bajar. Pero él la estrechó contra su pecho.

"¿Adónde vamos?"

"A los aposentos del hacendado". Entró en el Salón y ella ocultó el rostro contra su hombro, esperando que nadie se fijara en ellos mientras la llevaba hacia las habitaciones. Pero su esperanza, por supuesto, fue en vano, ya que silbidos y bulliciosos vítores resonaron por encima de las gaitas.

William siguió adelante, aparentemente ajeno a todo el ruido.

Murmuró sus palabras contra la lana de su tartán. "Podríamos haber pasado otra noche en mi alcoba, ¿sabes?"

"No esperarías que volviéramos a repetir todo lo que pasó anoche en aquel catre. Tuvimos mucha suerte, muchacha, de que ninguno de los dos resultara gravemente herido".

Se abrió paso a hombros hasta el interior de su alcoba y cerró la puerta de una patada contra todo ruido. Ella siguió ocultando la cara contra su pecho. "Estoy arruinado. William Ross. Nunca podré volver a mirar a la cara a ninguna de estas personas".

"Entonces tendremos que quedarnos aquí, creo".

La llevó hasta la enorme cama y la colocó suavemente sobre ella. Con un suspiro, ella intentó deslizarse hacia el centro para hacerle sitio, pero él volvió a tirar de ella hacia el borde.

Sus ojos recorrieron la cámara. Brillaba a la suave luz de docenas de velas. Un gran fuego ardía en la chimenea de un extremo. Sobre una mesa cercana había bandejas de quesos y fruta, y jarras de sidra y cerveza.

Pero su atención se centró rápidamente en su marido, que se arrodilló junto a la cama.

"Date la vuelta, muchacha".

Sentada obedientemente ante él, se obligó a ocultar su excitación, mirando fijamente la ventana enrejada mientras él le desabrochaba la parte trasera del vestido.

"En primer lugar, sobre anoche". Su voz traicionera temblaba. "Seguro que todos en la torre del homenaje saben lo que hicimos en mi cámara".

"Sí, eras increíblemente ruidoso".

El calor de sus palabras y sus manos se apoderó de su rostro cuando la giró hacia él y tiró del vestido por encima de sus hombros, aprisionando sus muñecas. Vio cómo sus ojos se entrecerraban al contemplar sus pechos, tensos contra el fino lino de la camisa que Maire le había regalado aquella mañana.

Tenía la voz ronca. "Como ya he dicho, estoy totalmente arruinada".

"Todavía no". Su boca rozó sus labios, bajó y se deleitó en su cuello. Con las manos atrapadas por el vestido, sintió una impotencia estremecedora. Pero también había un poder en ella, una temeridad y una alegría cuando sintió el latido salvaje de su corazón y la dureza de su virilidad alzándose contra el costado de su rodilla.

Su boca continuó su tortuoso descenso hasta que empezó a succionarle el pecho a través del fino material del cambio. Y Laura se encontró rápidamente derritiéndose, escapándosele cualquier atisbo de control.

La empujó de nuevo sobre la cama y, en una bruma de confusión y pasión, Laura sintió cómo sus manos la acariciaban y le quitaban la ropa. Una locura frenética la embargaba, una desesperación dolorosa que hacía estragos en sus sentidos mientras la boca de él recorría su cuerpo, besándola, saboreándola y atormentándola con cada roce de sus labios y su lengua. Cuando llegó al mullido montículo y descendió aún más, Laura se deshizo por completo, gritando con salvaje abandono.

Un momento después, la estrechó entre sus brazos y, con el corazón aún acelerado y el cuerpo aún tembloroso por las réplicas de la liberación, le dio un tierno beso bajo la oreja.

"Al oírte gritar hace un momento, un ruido que estoy seguro debió de resonar en la Sala, tendría que decir que ahora estás definitivamente arruinado".

Laura vio la sonrisa de satisfacción que se había dibujado en aquellos labios increíblemente hermosos. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que, mientras ella estaba completamente desnuda, William, en cambio, seguía vestido.

"¿Y tú?" Ella lo apartó con suavidad y se deslizó fuera de la cama hasta quedar de pie ante él. Lo puso en pie y apretó su carne desnuda contra los sólidos músculos de su cuerpo. "Me pregunto si podrías arruinarte de un modo similar".

Sus ojos siguieron los movimientos de las manos de ella mientras le quitaba el broche de jefe de clan y le apartaba lentamente el tartán del hombro.

"Nunca". Sus manos se alzaron para tocar la piel de sus brazos, pero ella las apartó y, en su lugar, le tiró lentamente de la camisa blanca por encima de la cabeza. "Gemiré, tal vez incluso gruña un poco de vez en cuando, pero ¿lo bastante como para gritar? No, Laura. Soy un modelo de control".

Recordaba algo más que gemidos de la noche anterior, pero se guardó de hacer ningún comentario. Sin embargo, al mirar su rostro, se dio cuenta de que tenía una expresión divertida.

Empezó a darle suaves besos en el pecho. "Veo, mi señor, que me planteas un reto que no puedo rechazar".

Él volvió a intentar alcanzarla, pero ella le apartó las manos a los lados y, en su lugar, dejó que su boca recorriera los duros planos de su estómago mientras él permanecía de pie ante ella.

Al llegar al cinturón, levantó la vista y sonrió al ver la tensión que se reflejaba en su atractivo rostro. Desabrochó el cinturón y dejó que la falda cayera a sus pies. Sus poderosos muslos se flexionaron bajo su contacto, y la respiración se le entrecortó en el pecho al ver y sentir su completa hombría presionando tan íntimamente sus pechos.

Sus dedos descendieron lentamente y rodearon la suave carne. Colocando de nuevo la boca en su estómago, siguió el camino que él había seguido con ella, descendiendo lentamente hasta que sus labios acariciaron el eje palpitante.

Le oyó respirar hondo y contener la respiración. Armándose de valor, Laura dejó que la punta de su lengua recorriera su cuerpo. Con fiereza, él le clavó las manos en el pelo.

"Laura, no aguantó mucho". Tenía la voz ronca. Al levantar la vista, pudo ver el sudor que le brillaba en la frente.

Quería que él se deshiciera como ella se había deshecho. Por impulso, abrió la boca y lo tomó.

Laura oyó que la llamaba por su nombre mientras la ponía bruscamente en pie y la ponía boca abajo sobre la cama.

Ella extendió las palmas de las manos contra la ropa de cama, levantándose para recibirlo mientras él tanteaba la húmeda abertura. Su penetración fue dura, y ella gritó suavemente por la fuerza que le imprimió.

Inmediatamente, William se inclinó hacia delante, sobre su espalda, y su boca besó su cuello, el erótico lugar que había bajo su oreja. Sus manos le acariciaron los pechos, burlándose de sus pezones erectos, antes de bajar a acariciarle el centro con dedos expertos.

Ahora era ella la que perdía el control, y jadeaba en busca de aliento, meciéndose de nuevo dentro de él, sintiendo apenas que se levantaba del suelo mientras él la penetraba con empujones rápidos y potentes.

Un gruñido vibró en su ancho pecho mientras la agarraba por las caderas que se retorcían con sus fuertes manos, hundiéndose en ella una y otra vez.

Cuando el cielo estalló con un millón de deslumbrantes descargas de rojos y dorados ante sus ojos, Laura no supo si gritó. Vagamente, sintió que él la agarraba por los hombros, haciéndola caer hacia delante mientras él mismo se convulsionaba con un fuerte grito. Instintivamente, se aferró a sus brazos mientras él la rodeaba, apretándola contra la cama.

Laura no podía saber cuánto tiempo permanecerían así. Poco a poco fue consciente de su respiración rápida y desigual, saboreando la sensación de sus cuerpos acalorados, moldeados juntos por dentro y por fuera.

Finalmente, sintió que él se removía, retirándose suavemente de ella y depositando tiernos besos en su columna, en su cuello. Rodó hacia un lado y la giró, atrayéndola contra su pecho y besándole los labios. Su boca se deslizó hasta su oreja.

"Me complace decir, milady, que por primera vez en mi vida me he arruinado".

Capítulo Veinticuatro

EL CORPULENTO sacerdote miró excitado la carta que tenía en la mano y los rostros de los dos monjes que tenía delante.

"Es una gran oportunidad, sin duda. Y por como suena esta respuesta a mi carta, creo que tus posibilidades de conseguir un puesto son bastante buenas."

El alto monje entrelazó sus nudosos dedos ante él, con mirada inescrutable.

"Por todas las noticias que llegan del castillo de Balvenie", continuó el sacerdote, "la nueva escuela de la condesa promete ser un paraíso de aprendizaje".

El enjuto monje entornó los ojos mirando a su líder, pero el hombre más alto lo ignoró y se dirigió al sacerdote. "Si tanto te interesa esta escuela del conde de Athol...".

"Es la escuela de su mujer".

"Me corrijo. De su mujer. ¿Por qué no solicitas tú mismo un puesto?"

"En verdad, no puedo". El sacerdote enrojeció ligeramente. "Mi lugar está aquí, en el Castillo de Ironcross. Pero esta carta es muy clara sobre ti".

"¿Qué dice exactamente, amigo mío?"

"Pues que Lady Catalina está muy receptiva a reunirse contigo". El hombre agitó la carta alentadoramente. "Yo diría que vuestras posiciones están aseguradas".

El sacerdote siguió hablando, agitando la carta. El monje más alto, excusándose, se alejó cojeando, con los ojos brillantes bajo la capucha. Su corazón tamborileaba y su mente se aceleraba. Mañana se pondrían en camino hacia el castillo de Balvenie.

Las cosas no podían ir mejor, pensó con una sombría sonrisa. Con la Espada de Barra en San Duthac y él mismo en Balvenie, no pasaría mucho tiempo antes de que el Tesoro de Tiberio fuera suyo y sólo suyo.

Laura dudó al principio cuando su marido le pidió que le acompañara a la aldea a la mañana siguiente. Como sólo faltaba un día para Navidad y la cena del clan, pensó que su primera prioridad debía ser echar una mano a Chonny o Symon en los preparativos. Pero William insistió en que conociera a la gente de su nuevo clan y viera cómo vivían, así que cedió a sus deseos. Dejando a Miriam al cuidado de Gilbert, se dirigió con su marido y un grupo de sus hombres.

Unas bocanadas de blanco resaltaban un cielo azul brillante, y pronto descubrió que la gente del clan Ross estaba ocupada con sus propios preparativos mientras el grupo recorría el pueblo. Habían unido grandes círculos de acebo, hiedra y muérdago, formando esferas de verde que luego colgaban de desvanes y portales, e incluso del rústico letrero que había sobre la entrada de

la Taberna de las Tres Copas.

Algunos de los rostros que ya había visto en el castillo de Blackfearn, pero incluso los que no conocía se reunían a su alrededor allá donde iban, dando la bienvenida al laird y a su nueva esposa a medida que se abrían paso por la pequeña aldea.

Tras detenerse en varias casas de campo, William condujo a Laura a la cruz del mercado, donde el laird hizo un gran espectáculo presentando a su sonrojada novia a la sonriente multitud. Desde allí, el pequeño grupo se alejó de la aldea hasta una casita destartalada enclavada en la ladera de una colina, junto al arroyo. Le dijeron que allí había venido a vivir la viuda del antiguo mayordomo.

Mientras William se acercaba a la puerta baja, Edward puso rápidamente a Laura al corriente de los detalles relativos a la viuda de Robert, incluida la preocupación del laird por que la anciana viviera sola.

La mujer, algo tambaleante, los hizo pasar a todos a la choza, y Laura no tardó en ver el motivo de la preocupación de su marido. La choza en sí era húmeda y fría, sin chimenea sino sólo un pozo abierto con un trozo de brasas de turba moribunda para calentar la olla negra de gachas que colgaba encima. Un jergón de paja en un rincón servía claramente a la anciana de cama, y sólo había un pequeño taburete para sentarse, cerca de una mesa desvencijada junto a una ventana sin persiana.

"Me alegro mucho por ti, querida", dijo la mujer. "Edward, sé un buen muchacho y trae el bloque de leña para que el laird tenga algo donde sentarse. Está en el lado sur de la cabaña".

Sonriendo como un chiquillo, el anciano guerrero fue tras el rudo asiento. Ante la insistencia de William, las dos mujeres se sentaron junto al fuego sin alegría.

"Luella", empezó con una mirada significativa a Laura, "deseo que me hagan unos vestidos para mi novia".

"Sí, Will", respondió la mujer, alargando la mano y cogiendo la de Laura con sus dedos helados. "Una muchacha tan bonita como ésta necesita cosas bonitas".

"Cierto. Un baúl lleno de ellas".

Cuando Laura abrió la boca para objetar, William la miró con dureza y ella se detuvo. Aunque, en realidad, no veía la utilidad de tener más de dos vestidos buenos.

"Pero", continuó el laird, "no queda nadie en el castillo que sepa coser o bordar como tú".

"Yo *era* bastante buena en eso, ¿no lo sabías?", le dijo confidencialmente a Laura antes de volverse hacia el laird. "Pero seguro que la joven Maire puede encargarse de la tarea".

"No". William negó con la cabeza. "Ahora tiene todo el trabajo de la casa sobre sus hombros".

"Bueno, si encontrarais un mayordomo capaz con esposa...". Su rostro se entristeció de repente, y Laura supo que estaba pensando en su difunto marido.

"Hemos encontrado un mayordomo, Luella -intervino Edward-.

"¿Oh? ¿Y tiene esposa?"

"No, Luella". continuó Edward. "Como yo, el hombre es un solterón hasta los huesos".

"Viejo solterón", se burló del guerrero gigante. "¿Y tú eres viejo? Eres un hombre apenas adulto".

Laura decidió que había llegado el momento de hablar. "Lo que estos dos intentan decir es que te necesitamos en el castillo, Luella".

"¿I? Eres muy amable, ama, pero creo que todos estaríamos mejor si dejara de ser una carga".

"Luella". La voz de William era severa. "No tendré mujeres agobiantes en mi torreón. Necesitamos una buena costurera. Te necesitamos a ti".

"Y hay algo más", añadió Laura. "Hay un niño en el castillo que necesita aprender esas habilidades".

"Sí", asintió el laird. "La pequeña Miriam ha vuelto al castillo. Ella también necesitará vestidos. Pero Laura tiene razón. ¿Quién enseñará a la muchacha si no lo haces tú?"

Luella miró de una cara a otra, con los labios fruncidos mientras consideraba la pregunta. Finalmente, su ceño se despejó y asintió. "Muy bien. Pero sólo mientras se me necesite".

Laura casi se rió del alivio tan transparente en los rostros de William y Edward, pero sabía cómo se sentían. Y también sabía que su apuesto marido no volvería a permitir que aquella anciana viviera en condiciones como aquéllas.

Desde que se despertó por la mañana con Laura acurrucada entre sus brazos, pasando por asistir a la Misa de Cristo con su familia y su clan, hasta sentarse finalmente a disfrutar del banquete más exitoso jamás organizado en el Gran Salón de Blackfearn, William Ross decidió que aquél tenía que ser el día más perfecto de su vida.

Hasta ahora.

Con sus ojos azul violáceo centelleantes, Molly cruzó el suelo haciendo cabriolas hasta situarse justo delante de William mientras los gaiteros tocaban otra melodía. Tenía una mirada pícara y salvaje mientras se concentraba en el estrado y en él. Y entonces empezó a bailar.

El Ross miró esperanzado hacia la puerta por la que Laura había salido con una adormilada Miriam no hacía mucho. Su esposa había prometido volver en cuanto la niña estuviera arropada. William deseó que fuera en ese mismo momento.

Molly siguió bailando para él, con las piernas pataleando al ritmo de la música. Se volvió hacia Wyntoun en busca de rescate, pero el inútil canalla estaba enfrascado en una larga discusión con Gilbert sobre la jerarquía eclesiástica.

"Me has roto el corazón, Will".

Al girarse, vio que la mujer había saltado la corta distancia que la separaba del estrado y se inclinaba seductoramente hacia él. Volvió al suelo de un salto, se giró, se deshizo del chal y dejó al descubierto una blusa de lino escotada que mostraba más escote del que William había visto en público en los últimos tiempos.

Se volvió hacia su hermano y Wyntoun, pero ella volvió a subir al estrado en un instante. Sus ojos brillaban de deseo y, cuando la muchacha se inclinó provocativamente sobre la mesa, sus pechos casi se salieron de la blusa. William apartó rápidamente la mirada de su pecho blanco y cremoso. Pero al sentir sus largos dedos acariciando seductoramente el dorso de su mano, estuvo a punto de saltar de la silla mientras apartaba los brazos.

"Molly". Intentó mantener la voz baja. "Hay muchos hombres aquí que pensarían que esta Navidad ha sido la mejor fiesta de la historia si les dedicaras tu atención un momento o dos".

"He venido aquí esta noche sólo por ti, Will", le dijo en tono cariñoso, apartando la melena hacia un lado y dejándole ver la suave piel de su cuello. Se pasó una mano por los pechos. "Y sé de unas manzanas de Navidad que se sienten *muy* abandonadas".

William esbozó una media sonrisa. Era reconfortante saber que sus esfuerzos no hacían nada por excitar su sangre. "Eres una moza lujuriosa, sin duda, Molly. Pero no volveré a tocarlas... en ningún día festivo".

Un mohín se dibujó en sus labios carnosos. "Pero enviaste el mensaje de que pasarías a verme. Te he estado esperando".

"Pues no esperes más, muchacha. Ahora soy un hombre casado, y envejecerás y encanecerás esperándome".

Ella soltó una carcajada y se inclinó más sobre la mesa, tratando de tocarle la cara. Él apartó la mano y su rostro se ensombreció. "No. Ahora vas demasiado lejos".

Una mirada de ira brilló en sus ojos, pero la contuvo rápidamente. "Eres demasiado hombre para contentarte con un pequeño mozalbete inglés". Cogió la copa de cerveza que William tenía delante y se la llevó a los labios antes de apretarla entre sus pechos. "Puede que no te desvíes esta noche, pero mantendré llena la copa del laird para ti en la taberna".

"Haz lo que quieras, muchacha -dijo William con seriedad-, pero que sepas esto. Soy un hombre cambiado, y sería bueno para todos que volvieras esos ojos tuyos hacia algún otro muchacho que lo merezca".

"¿Lo dices en serio?" Una expresión de perplejidad se dibujó en su rostro. "¿De verdad te has enamorado de esta mujer?".

"Sí, Molly", dijo con seriedad. "Así es".

El codo de Wyntoun le dio un codazo en las costillas, y William siguió su mirada. En la puerta de la escalera, Laura estaba como una reina, observándole.

"Por primera vez en mi vida, muchacha. me he enamorado por completo".

Laura esperó hasta que la mujer bajó del estrado y se reunió con los bailarines en el centro del Gran Salón. Tenía que ser Molly.

Luego retrocedió hacia las sombras de la escalera mientras unas lágrimas de ira le escocían los ojos. Una furia silenciosa ardía en su garganta.

Una posesividad se apoderó de ella con una fuerza y una brusquedad que la aturdieron. Los celos mancharon su sangre de fuego y, mientras observaba a la Esposa de Peter pasar por la entrada de la escalera, un plan relampagueó en su mente, ahuyentando todos los demás pensamientos.

En un instante tenía cogida de la mano a la Esposa de Pedro y estaba sacando a la diminuta mujer de la Sala.

En un momento estaba junto a la escalera y al siguiente había desaparecido. William estaba pensando en ir en busca de su esposa cuando la vio volver a entrar en el Gran Comedor y cruzar rápidamente hacia sus aposentos con algo entre las manos.

Por lo que parecía, los bailarines de rostros sonrosados iban a continuar toda la noche, y varios de los gaiteros parecían competir por quién podía emborracharse más y seguir tocando una melodía identificable. El clan Ross estaba en el mayor regocijo de la temporada, y William se sentía realmente feliz por ello. Además de bailar, beber y comer, en varias partes del Gran Salón se jugaba a las cartas, se luchaba y se jugaba a los gallos calientes, y si los juerguistas no incendiaban el lugar, la celebración navideña empezaría muy bien.

William se alegró de que la alegría hubiera vuelto por fin al castillo de Blackfearn, pero sus pensamientos se dirigían a otras cosas en aquel momento. Una imagen de Laura preparándose para ir a la cama se introdujo en su mente, provocando una agitación en sus entrañas que no

debía ser ignorada. Como los gansos que viajan al sur para pasar el invierno, William sabía cuál era su lugar, y la perspectiva de pasar otra noche en el calor de los brazos de ella le hizo levantarse rápidamente de la silla. Con un gesto de buenas noches a la alegre asamblea, el Ross se dirigió a sus aposentos.

Dentro de sus aposentos, cerró la pesada puerta de roble tras de sí, pero se sorprendió al ver que ella no estaba ya acostada. Sin embargo, la puerta de su cuarto de trabajo estaba entreabierta, y su ceño se frunció con leve irritación al pensar que ella trabajaba hasta tan tarde.

"¿Laura?" Dio un paso hacia la puerta de separación.

"Espera, ahora salgo. Dame un momento".

Suspiró, alisándose el surco. Así era su Laura, siempre planeando algo. Su vida nunca sería aburrida, pensó. Qué vida tan cambiada se extendía ante él. Tan diferente de la monótona que tanto tiempo había imaginado para sí mismo. Se quitó los zapatos, se quitó la camisa y cruzó hasta el hogar, apilando más bloques de turba en el fuego para la noche.

Y era un hombre cambiado, pensó William con gran satisfacción. El placer que le producía pasar tiempo con su esposa, hablar con ella no sólo de sus planes, sino también de sus planes para el castillo de Blackfearn y para los campesinos, era sin duda una señal de ello.

Sus planes. Tuvo que sonreírse a sí mismo. La muchacha se había apoderado de su corazón, de su cuerpo y de su mente. Fuera lo que fuera lo que ella le había hecho, él sabía que era una bendición. Era un regalo precioso que no iba a poner en peligro tonteando con una moza como Molly... ni con ninguna otra mujer. Ya estaba harto de las demás. Laura era todo lo que necesitaba ahora. Para hoy, para mañana y para la eternidad, por lo que podía ver de ella.

Pero aún había una anguila en el guiso, envenenándolo. Su pasado.

Merecía saberlo. Sí, pensó, ella merecía saberlo. Y a pesar de sus temores respecto a lo que podría resultar de ello, sabía que algún día tendría que confiar en su corazón y revelarle la verdad de su pasado. Era su mujer. Tenía derecho a saberlo. Y aunque el peligro de perderla, de perder su afecto, seguía acechando en su mente, sabía que no tenía elección. Ella tenía que conocerle tal como era, tal como había sido. Quizá entonces, con el tiempo, ella le perdonaría y llegaría a amarle como él la amaba tan desesperadamente.

Una sombra en el pasillo que conducía a su sala de trabajo atrajo la mirada de William. De repente, se dio cuenta de que se le había secado la garganta.

Laura, vestida sólo con un camisón muy pequeño y muy vaporoso, se apoyó en el marco de la puerta. La tela translúcida sólo le llegaba a medio muslo, y los ojos de William acariciaron la suave piel de su pierna, subiendo hasta donde la tenue luz que había detrás de ella brillaba a través de la prenda, resaltando la tentadora curva de su cadera. Sus ojos se detuvieron en cada centímetro, grabando la imagen en su mente. Lentamente, su mirada ascendió hasta donde sus pechos, con los pezones oscuros y duros resaltando sobre la tela, amenazaban con desbordarse por encima del escote.

Dejó escapar un largo suspiro y se puso lentamente en pie. "¿De dónde has sacado esto?"

Cruzó los brazos bajo los pechos, empujándolos hacia arriba.

"La mujer de Pedro".

Se había desenredado la melena negra y la había peinado hacia un lado. Los ojos de William recorrieron la franja marfil de su hermoso cuello, bajando de nuevo hasta sus pechos. Un ligero tirón de la tela y los delicados picos de color rosa se derramarían, estaba seguro. Muy esperanzado, de hecho. Se acercó más a ella y vio que sus ojos violetas se oscurecían de excitación.

"¿Y qué inspiró a mi bella esposa a buscarme un tormento tan irresistible?"

Se detuvo a un suspiro de ella. Le pasó lentamente un dedo desde la oreja por el suave tramo del cuello.

"Desde que llegué a Blackfearn...". Oyó el nudo en la garganta de ella mientras dejaba que su dedo trazara ligeramente la parte superior de un pecho. "He oído todo eso de que Peter nunca puede rechazar nada de su mujer".

"¿Crees que podría negarte algo, mi propia hechicera?".

"Lo que voy a preguntar es demasiado importante".

Su dedo trazó el escote de la prenda. Las yemas de sus dedos se deslizaron ligeramente hacia abajo, por el material. Sonrió cuando su pezón se elevó aún más al contacto con él. Levantó la vista y la encontró con los labios separados, sus ojos observando el movimiento de su mano.

"¿Decías?", preguntó con voz ronca. William bajó la cabeza y tiró de la tela de la bata con los dientes. Sus pechos se soltaron y respiró entrecortadamente cuando la lengua de él le acarició un pezón.

"No puedo... no puedo pensar".

Ahora la rodeaba con los brazos y la sentía temblar de excitación. La atrajo hacia la cámara y la apoyó contra la pared más cercana. Subió el dobladillo de la bata y deslizó dos dedos en la húmeda hendidura entre sus piernas.

"Dime qué es lo que deseas, amor".

Su cuerpo seguía temblando. Sus labios se entreabrieron. Sus ojos violetas, nublados por la pasión, se clavaron en los suyos.

"Dímelo, Laura", susurró, con los labios a un suspiro, mientras sus dedos seguían acariciando el punto sensible, dándole placer. Ella echó la cabeza hacia atrás, contra la pared de paneles, y él miró la sangre que latía en la base de su garganta. Parecía coincidir con el martilleo de su propio corazón. "Daría mi vida por ti. Es tuya si me la pides".

Ella abrió la boca para hablar, pero luego sacudió la cabeza y volvió a apoyarse contra la pared mientras su respiración empezaba a ser entrecortada. Él detuvo sus preguntas cuando ella se elevó más y más. Siguió estrechándola contra él, provocándola, acariciándola, observando cómo se retorció felizmente entre sus brazos. Finalmente, gritó de placer al liberarse.

Quería tomarse su tiempo. Cuando llegara el momento, pensó, disfrutando del momento, la llevaría a la cama y haría que le dijera lo que quería antes de tomarla.

Pero sus manos errantes, bajando por su pecho y aún más abajo, encontraron su virilidad abultada bajo la falda escocesa, y pronto su pensamiento se convirtió en cosa del pasado.

Esta vez fue Guillermo quien se encontró cada vez más sin aliento y su susurro se hizo más ronco cuando ella le pasó la mano a lo largo, amasándolo y acariciándolo a través de la lana.

"Entonces", forzó, "¿hemos terminado con tu charla?".

Laura le levantó la parte delantera de la falda escocesa y le tocó la piel desnuda.

"Más tarde", ronroneó sin aliento. "Hay muchas cosas que necesito contarte más tarde".

La levantó del suelo y ella le rodeó la cintura con las piernas. "Más tarde", aceptó él, gimiendo de placer mientras guiaba su virilidad hacia el interior de ella. Meciéndose entre sus brazos, ella absorbió toda su longitud y gritó de placer.

"Yo también tengo mucho que decir", jadeó, levantándola una y otra vez y penetrándola con potentes golpes. "Más tarde".

El bullicioso pandemónium de las fiestas que les llegaba desde el Gran Comedor empezaba a

amainar. Laura sabía que la mayor parte de la familia ya dormía. Aunque por el lejano sonido de las gaitas y los cantos, algunos de los juerguistas simplemente habían llevado la algarabía en dirección a los establos del castillo.

Sin embargo, en sus aposentos, la ardiente pasión de sus repetidos coitos se cernía sobre los dos como una nube dorada. Cálida y radiante, Laura se acurrucó en los brazos de su marido, con la cabeza apretada contra la musculatura de su pecho en la enorme cama.

Escuchó el fuerte latido de su corazón. Sintió su aliento cálido y satisfecho acariciándole la frente. Olió su almizclado aroma de hombre. Se aferró con más fuerza a su cintura y trató de contener las crudas emociones que la golpeaban por dentro. Una sola lágrima se escapó de su ojo y goteó sobre el pecho desnudo de él. La mano de él se hundió inmediatamente bajo su barbilla y le levantó la cara. Se encontró mirando los ojos azules que se habían convertido en su salvación.

"¿Qué pasa, Laura?"

No confiaba en su voz, así que se limitó a mirarle con todo el amor que sentía por él.

"¿Qué pasa, amor?"

Al oír su cariñosa expresión, más lágrimas traicioneras escaparon de su encierro, abriéndose paso por su rostro. La puso boca arriba y se colocó a su lado, sujetándola por la barbilla y besando las lágrimas de sus mejillas. Con ternura, le besó los labios.

"Háblame, Laura".

"Es la segunda vez que utilizas esa palabra".

Su rostro registró su perplejidad, y ella utilizó el dorso de la mano para acariciarle la mejilla. Tan áspera al tacto. Tan varonil en su belleza.

"La palabra 'amor'. Es una palabra hermosa".

Una suave sonrisa se dibujó en sus perfectos labios. "¿Lloras porque te he dicho lo que siento por ti en mi corazón?"

Ella asintió y luego sacudió la cabeza antes de que el significado de lo que él había dicho se hundiera en su confusa mente. "¿Tu corazón? ¿Realmente quieres decir lo que acabas de decir?"

"Ya lo sabes". Él asintió, sin dejar de mirarla a los ojos. "Pero dime, Laura. Esto no es lo que te atormenta. Hace un tiempo, cuando regresé a la cámara, había algo que querías decirme".

Apartó la mirada, intentando armarse de valor. El cambio que le había dado la Esposa de Peter yacía en el suelo junto a la cama. La tartana de William, desechada imprudentemente, yacía en un montón a su lado. El suave toque que le dio en la barbilla le devolvió la mirada y supo que tenía que hablar.

"Anoche tomé prestado ese turno de la Esposa de Peter después de verte en el Gran Comedor con Molly".

Inmediatamente se levantó sobre los codos. "Laura, eso..."

Ella le puso los dedos en los labios. "Lo entiendo, William. Ya me lo dijiste antes. Eres un hombre. Un hombre muy guapo que tiene necesidades".

Levantó la ceja, confundido. "¿Quieres decir que quieres que tenga otras mujeres?"

"Sólo si deseas una muerte prematura". Ella le miró con el ceño fruncido. "Me puse ese turno. Me presenté ante ti como imaginaba que Molly podría exponerse ante ti. Y lo hice... bueno, para darte una lección".

"¿Una lección?", repitió mientras un brillo divertido asomaba a sus ojos.

Lo empujó hacia la espalda y se tumbó encima de él, cruzando los brazos sobre su pecho y mirándolo fijamente.

"Sí, una lección. Una lección de que, sean cuales sean tus necesidades, pueden ser satisfechas por tu esposa. Una lección sobre el amor y la fidelidad, ya que, por todos los santos, William

Ross, te quiero demasiado para permitir que nadie más venga a tu cama".

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Una mano se acercó a su cara, pero ella la apartó.

"Quédate quieta y déjame terminar. No querrás que sea brusco contigo".

"¿Es así?"

Volvió a ponerse de rodillas. Le rodeó con la ropa de cama y le miró con el ceño fruncido. En sus ojos brilló un suave destello.

El rostro de Laura se puso serio. "Pero se trata de algo más que de Molly. Mucho más. Ya se trate de mi vida, de la tuya o de la de Miriam, comprendo que no puedo cambiar el pasado. En mi caso, me has ayudado a construir una nueva vida. Mi padre ha muerto a manos del rey inglés. Mi familia ha sido separada, posiblemente para el resto de nuestras vidas. Pero tú me has dado tu familia, una nueva familia. Me has dado un propósito y me has quitado las pesadillas. Y por ello te estaré eternamente agradecida. Pero en lo que respecta a *tu* pasado...".

Se detuvo al ver el ceño fruncido que se formaba en su rostro. Pero tenía que continuar.

"No soy Mildred. Y por mucho que lo intente, no puedo ser Mildred más de lo que puedo ser Molly. No puedo ser nadie más que yo misma". Él se sentó bruscamente en la cama, y ella sintió aquella vieja puñalada de celos en el corazón. "Sé que no puedo impedir que la ames. Me doy cuenta de que quizá luche para siempre contra el recuerdo de tu verdadero amor".

"¿Amor verdadero?" Había tanto odio en aquellas simples palabras. Pero siguió adelante. Tenía que terminar.

"William, lo único que te digo es que prometo no insistir en lo pasado. Ni siquiera mencionarlo, nunca más. Pero en cuanto al presente, la idea de compartirte con otra persona. Eso es algo que no puedo hacer".

Un suave golpe en la puerta atrajo la mirada de ambos hacia ella.

"Vete", tronó. Volvieron a llamar a la puerta, más tímidamente que antes. Laura se arrastró discretamente bajo la ropa de cama mientras William, maldiciendo en voz baja, cogía su falda escocesa y se la ceñía rápidamente a la cintura mientras marchaba hacia la puerta.

Oyó la voz temblorosa de Robbie, el mozo de cuadra que se había hecho cargo de Miriam, pero no pudo distinguir sus palabras. El ronco "Sí, muchacho. Lo has hecho bien", fue lo bastante claro. Un momento después, Laura vio que su marido cerraba la puerta y recogía su camisa.

"Algo va mal", dijo ella, empezando a levantarse de la cama.

"Quédate donde estás", dijo vistiéndose. "Algunos de mis hombres han decidido sacar los caballos y hacerlos correr durante la noche. Edward envió al muchacho a buscarme".

"¿Qué?"

"Día de San Esteban Los tontos borrachos decidieron adelantarlo. Algunas personas creen que si haces correr a un caballo hasta casi matarlo y luego lo desangras, la maldita criatura tendrá buena salud durante el año siguiente. Todo son tonterías".

"¿Y adónde vas?"

"No puedo permitir que se maten a sí mismos o a mis caballos, desgarrando el campo en una noche sin luna".

Laura lo observó moverse con elegancia hacia la puerta. Su ceño fruncido le daba un aspecto feroz a la luz de las velas del canalón. Comprendió que siempre sería así. Siempre actuaría de acuerdo con la compasión que sentía por los que le importaban.

Se detuvo ante la puerta y se volvió hacia ella. "No hemos terminado de hablar de lo pasado".

"No, William. Hemos acabado con el pasado", dijo en voz baja. "El presente y el futuro. Eso es lo que tenemos ahora".

Sacudió la cabeza y frunció el ceño mientras abría la puerta de un tirón.

Capítulo Veinticinco

TARDARON horas en reunir a los hombres y los caballos. No había sido difícil encontrarlos, por ruidosos y borrachos que estuvieran. Pero la gélida mezcla de aguanieve y lluvia le había picado en la cara y empapado en un santiamén, y tuvo que forzar el mal humor que le envolvía. Después de todo, se dijo a sí mismo mientras arreaba a su bullicioso grupo de guerreros de vuelta al castillo, todo esto no era más que otra parte de las malditas festividades.

Tal vez faltaba una hora o así para el amanecer cuando regresó a los aposentos del hacendado, y Laura dormía profundamente.

Se paró junto a la cama y contempló el rostro inocente de su esposa. Su belleza. En el amor que brillaba en ella incluso dormida.

No la merecía, no merecía todo lo que ella representaba. La bondad. La confianza.

No podía esperar. No podía demorarse más. Maldita sea, pensó. La incertidumbre que debía de corroerla. La mentira que ella creía que era la verdad. Tenía que poner fin al tormento que le había estado causando. Y entonces, quizá entonces, con el tiempo, podría volver a ver esa mirada de confianza en sus ojos.

Algún día, tal vez, ella le perdonaría lo suficiente como para volver a quererle.

Volvió sus pasos hacia su estudio.

Laura se despertó sobresaltada justo antes del amanecer y tocó el espacio frío y vacío que había a su lado en la cama. Guillermo no había vuelto.

Se incorporó en la cama, preocupada por si los hombres habían tenido dificultades para reunir a los caballos durante la noche. Levantándose rápidamente de la cama y vertiendo agua en el cuenco de la mesa para lavarse, vio el pergamino doblado con su nombre inscrito tan cuidadosamente en él.

La abrió apresuradamente. Era de William. Le temblaban las rodillas cuando cogió una manta y se la echó al hombro. Se sentó en la silla más cercana. Tenían que ser malas noticias, o su marido le contaría él mismo lo que ponía en la carta. Se apretó el estómago con el talón de la mano y trató de contener las lágrimas. Tenía que ser lo peor, y le aterraba pensarlo.

Forzándose a mirar, contempló las palabras que bailaban ante sus ojos llorosos:

Mi querida Laura,

Empiezo esta carta pidiendo perdón, ya que lo que estás a punto de leer son cosas

que debería haberte revelado mucho antes de este momento. Mucho antes de que hiciéramos nuestros votos y te robara la oportunidad de encontrar la verdadera felicidad, lejos de mí.

Pero esperé. Esperé porque temía perderte. De que pensaras mal de mí, como sabía que harías, después de oír la verdad. De que decidieras abandonar el castillo de Blackfearn. De que me abandonaras.

Como ya habrás adivinado, la verdad que se oculta tras mi tormento reside en mi pasado. Pero, contrariamente a lo que crees, la causa de todo este dolor no es el afecto que sentía por cierta mujer, sino la deshonra que mis propios actos inmundos han acarreado a mi familia.

Te digo la verdad. Tal como fue. Y no culpo a nadie de lo ocurrido, salvo a mí mismo. Y te pido perdón, Laura, porque el hombre que fui una vez ha cambiado para siempre.

Una vez estuve encaprichado de Mildred de Hoddom, pero puedo asegurarte que no era amor. Nunca fue la misma emoción que siento por ti, mi queridísima Laura. He aprendido lo que se siente al querer sacrificar tu propio aliento. Ahora sé lo que se siente al perder el deseo de vivir, si esa vida no puede completarse a tu lado.

Mildred era hermosa y su aparente afecto por mí me atrajo bajo su hechizo. Demasiado cegado por mi propio orgullo, nunca me detuve en mi persecución de ella para pensar mucho en nuestras posiciones inadecuadas... o en su propio deseo oculto de un matrimonio más ventajoso.

A ciegas, me permití soñar, planear un futuro con Mildred entretejida en su tejido. Pero entonces llegó la decepción. Su distracción ocasional y su altanería combinadas con el juego vicioso de quererme mientras no hubiera mejor compañía para complacerla.

Pero de nuevo, egoístamente, ciegamente, no me retiré. Interpretando el papel del pretendiente leal, seguí albergando esperanzas de lo que podría ser. Ignoré conscientemente todo tipo de rumores sobre otros amantes, sobre hombres mejores que yo. Hice caso omiso de las constantes habladurías sobre un matrimonio inminente. Quería creer que todo eran meras mentiras.

Era el final del invierno cuando Mildred vino una noche a mi cama. No era la primera vez que lo hacía. Y ahora sé que no fui el único hombre al que se acostó.

De buena gana habría olvidado aquella noche mucho antes si no fuera porque al día siguiente mi hermano Thomas llegó al castillo de Hoddom. No sabía nada de su llegada. No sabía nada de su intención de casarse con ella. Tras obligar a Mildred a hablar, aquel día me confesó que estaba al corriente de las negociaciones sobre el matrimonio. Con displicencia, me dijo que la noche que habíamos compartido no significaba nada. Simplemente había sido su forma de despedirse.

Si hubiera sido un hombre mejor, si hubiera sido un hombre honorable, habría hablado entonces con Thomas. Y esta charla no se habría centrado en mis intenciones para con Mildred, sino en mi error al llevarme a la cama a la pretendida de mi hermano pocos días antes de que se casaran.

Aunque mis sentimientos hacia ella se habían convertido rápidamente en aversión, me habría casado con ella antes que dañar su reputación, o la de mi hermano, más allá de toda reparación.

Pero en lugar de eso no dije nada. Mi culpa reside en saber que no hice nada. Que no hice nada para decirle la verdad a Thomas. No, simplemente me escabullí, me retiré a

lamerme mis supuestas heridas y dejé que la mascarada se desarrollara como el Destino había ideado.

Me marché. Dando la espalda a mi familia y decidiendo no mirar nunca atrás. Pero me seguían llegando noticias de Thomas y Mildred. El anuncio del nacimiento de Miriam, apenas nueve meses después de su matrimonio. La culpa seguía atormentando mi alma. Las preguntas de si la niña era realmente de Thomas o si era mía. Pero en mi corazón lo sabía. Y aun así me mantuve alejada.

Y luego hubo otras noticias. De la insatisfacción de Mildred con el castillo de Blackfearn. De su inquietud. Incluso empecé a recibir cartas de Mildred, invitaciones para reunirme con la familia en ocasiones festivas. Aunque inocentes en apariencia, todas llevaban en sí ese inconfundible matiz de engaño. Siempre enviaba noticias de Miriam. Del aspecto de la niña. Del colorido de la niña, que tanto se parecía al mío. Del temperamento de la muchacha.

Era enloquecedor. Pero me mantuve alejada. Lo que estaba hecho no podía cambiarlo. Y la culpa parecía recaer sólo sobre mí. Llegados a este punto, decidí, con cobardía en mi corazón, que no había razón para molestar a Thomas con algo tan destructivo como la verdad.

Ya te han hablado del resto, lo sé. De la muerte de Thomas y Mildred. Del castigo del Señor de devolverme al castillo de Blackfearn para que viva con mi culpa.

Supe sin la menor duda que Miriam era mía en el momento en que puse mis ojos en ella. Había algo entre nosotros, un vínculo inmediato tan profundo y tan seguro, que supe que era mi hija.

Aunque Mildred y yo podríamos haber sido los únicos en adivinar la verdad, hubo momentos en el pasado en que pensé que Gilbert también podría conocerla. Pero nunca hemos hablado de ello.

Hay tantas cosas que he dicho aquí. Más culpa y culpabilidad de la que podría sacudirme de mis villanos huesos. Pero entonces, al oírte anoche, al darte cuenta de que pensabas que de algún modo competías con Mildred por mi amor... no podía permitirlo.

Laura, juro sobre la sangre de mi padre, sobre la Camisa de San Duthac, sobre el Velo de la Santísima Virgen, que nunca conocí el significado del amor hasta el momento en que te conocí. Abriste la puerta de mi corazón y me dejaste vislumbrar la luz que brilla desde tu misma alma.

Te pido comprensión. Te pido paciencia. Te pido el perdón que sé que tienes en tu corazón.

Laura, sé que no merezco tu amor, pero quédate conmigo, quédate con mi hija, y quizá con el tiempo pueda volver a ganarme tu confianza, tu afecto, tu amor.

William

Seguía cayendo una lluvia helada, y el suelo a su alrededor se agitaba hasta convertirse en un espeso cieno negro.

En el cobertizo del armero, junto al patio de entrenamiento, se había encendido un fuego para calentarse más que para trabajar. Dentro del cobertizo abierto, los guerreros que no habían participado en la cabalgada nocturna permanecían juntos, observando con cierta inquietud la violenta fuerza con la que el laird golpeaba el poste de puntería con su espada.

El sudor y la lluvia se pegaban a su pecho desnudo y a su espalda. El agua goteaba de su

larga cabellera. Tenía las piernas cubiertas de barro por los kilómetros que había recorrido por las colinas.

Edward se apoyó en un poste entre el laird y el resto de los hombres. Cuando el joven Robbie bajó corriendo del torreón, hizo un gesto al muchacho para que se acercara a él en lugar de acercarse al laird. El muchacho se detuvo junto al guerrero barbudo.

"Ama Laura", susurró el chico, mirando cautelosamente al laird mientras William arrancaba un enorme trozo del objetivo con un golpe feroz. "Está buscando al laird".

Edward siguió la mirada del muchacho y negó con la cabeza. "Vuelve y dile a la señora Laura que le enviaré a su marido en cuanto me atreva a acercarme lo suficiente a él. No, dile que ahora está ocupado. Vendrá enseguida".

Robbie ni siquiera se detuvo mientras se daba la vuelta y empezaba a correr hacia la puerta de las cocinas.

Eduardo permaneció en su puesto, dando a su amo espacio suficiente para desatar su ira, pero al mismo tiempo manteniéndose entre Guillermo y los hombres.

La sangre de Odd, pensó. En aquel momento, nadie -ni él mismo, ni siquiera sir Wyntoun- podría resistir mucho tiempo la furia del laird.

William pateó el poste de la diana y dirigió sus golpes hacia uno nuevo. Escribir aquella carta, verter su pasado en palabras, le había abierto una herida tan profunda que no había vendaje lo bastante grande para cubrirla. No había venda lo bastante fuerte para mantener unidos los bordes desgarrados de su carne ardiente.

Y todo ello porque temía que Laura nunca perdonara. Tal vez, pensó, acuchillando con saña al objetivo, ahora que ella lo sabe, ya no me amaré, ya no me desearé, ya no le importará pasar ni un día más conmigo.

Se volvería loco. Sabía que perdería el control de la vida si ella se iba. Dios mío, pensó, ella es la vida.

Y, sin embargo, en el fondo, William sabía que había hecho bien. Había tenido que decirle la verdad. Había tenido que dejar a un lado el pasado y enfrentarse al futuro. Su futuro.

Pero, ¿dónde estaba ahora ese futuro?

Había vuelto a levantar la espada hacia el objetivo cuando un movimiento sobre el ala este del castillo llamó su atención. Levantó la vista a tiempo para ver una especie de tela que caía al suelo.

Bajó el arma. La sangre le latía con fuerza en la cabeza. Su corazón, que martilleaba en su pecho, amenazó de repente con estallar. Era demasiado esperar que pudiera ser una señal.

Peter corrió hacia el lugar donde la cosa había golpeado el suelo. Vio cómo su guerrero recogía el material desechado y se volvía hacia el resto de los hombres que estaban al otro lado del patio.

"Es el chal de una muchacha".

William contuvo la respiración cuando el postigo de la última ventana del ala se abrió y una pequeña mano salió disparada, arrojando otra cosa ante el asombro de la multitud.

"Hay algo más", gritó uno de los hombres, corriendo hacia Peter.

"¿Quién está ahora en esa cámara?" preguntó Eduardo a uno de los hombres.

"No lo sé. Era la alcoba de la señora Laura", anunció el primer hombre. "¿Recuerdas que estaba dando de comer a los halcones y...?".

William se puso rígido y dio un paso hacia el torreón al ver lo que Peter sostenía en el aire.

"Es un vestido de mujer. Creo que es de la señora Laura".

Detrás del laird, varios de los hombres se acercaron. "¿Está ahí arriba, mi señor?"

William vio cómo la contraventana de madera se abría de nuevo y aparecía una mano, colgando algo por la ventana. Supo lo que era antes de que ella lo dejara caer.

"Es un turno", gritó con impaciencia uno de los hombres, pero William ya estaba a medio camino de la torre del homenaje.

Atravesó la cocina como un toro desbocado, y nada le frenó mientras subía las escaleras traseras del ala este, dando los pasos de tres en tres. En un momento estaba ante la puerta de roble que había al final del pasadizo, y la abrió de un empujón sin vacilar.

Laura estaba de espaldas a la persiana cerrada. Tenía una manta a su alrededor y sus ojos violetas lo miraban cariñosamente a través de la habitación.

William soltó un largo suspiro. Un aliento que había estado conteniendo durante una eternidad. Entró lentamente en la cámara y cerró la puerta.

Ella sonrió. Una sonrisa cariñosa, una sonrisa indulgente. Soltó la manta y ésta se enredó alrededor de sus pies. Su piel de marfil, libre de toda ropa estorbosa, brillaba a la tenue luz de la cámara. Sus ojos brillaban de amor.

"Creo", dijo deslizándose por el suelo, "que ahora tengo tu atención".

Capítulo Veintiséis

SÓLO DOS DÍAS antes de dar la bienvenida al nuevo año en Hogmanay, con su tradicional fiesta y entrega de regalos, Laura se sorprendió cuando un joven Robbie, sin aliento, corrió hacia ella en las cocinas, interrumpiendo su discusión con Chonny.

"El preboste necesita verte, ama. Dice que es muy importante".

Acababa de regresar de un exitoso viaje a la aldea y tenía mucho que hacer, pero el rostro del muchacho transmitía claramente la importancia de la llamada.

"Gracias, Robbie. Dile que iré enseguida".

Pasando primero por la cámara del hacendado, Laura escondió la pequeña sorpresa que tenía para William y luego pasó a la sala de trabajo para reunirse con Gilbert.

Al entrar, se fijó en la ventana enrejada y en la expresión seria de su nuevo suegro, antes de ver el pequeño cofre de madera, forrado de hierro y con una gran cerradura, colocado junto a una vela encendida sobre la mesa de trabajo de William.

Una sensación de inquietud la punzó. Laura se hizo una idea de lo que contenía el cofre antes de que el preboste abriera la boca para hablar.

Tras ofrecerle asiento, Gilbert se apoyó en el escritorio y empezó sin ceremonias. "Laura, cuando tú y yo nos conocimos en San Duthac, pediste ver la correspondencia que mi predecesor y tu madre, lady Nichola, habían intercambiado antes de tu llegada".

"Y me enseñaste las cartas".

Hizo una pausa y luego sacudió la cabeza. "Sólo te mostré lo que las instrucciones de tu madre me permitieron mostrarte".

Sus ojos se movieron hacia el cofre ornamentado.

"Las instrucciones de Lady Nichola eran directas. El padre Jerónimo debía ocultar el ataúd. Debía protegerlo como si en su interior estuviera la llave de las mismísimas puertas del Cielo". La mano del sacerdote se apoyó ligeramente en el cofre de madera. "Y debíamos seguir vigilándolo hasta que estuvieras perfectamente seguro en tu lugar de seguridad".

Laura se encontró con la firme mirada de ojos azules del hombre. "¿Pero mi llegada a San Duthac no cumplía ese requisito, Gilbert?".

Volvió a sacudir la cabeza, frunciendo el ceño. "No podía, en conciencia, garantizar tu seguridad allí. Tenía claro, después de oír el incidente del convento de Santa Inés, que los hombres que te persiguieron allí podrían intentar llevarte con la misma facilidad de San Duthac".

Gilbert se detuvo, se enderezó y empezó a caminar ante el pequeño fuego de la chimenea. Laura esperó expectante, observándole mientras él meditaba cuidadosamente sus próximas palabras. Sus ojos la miraron varias veces. Finalmente, la miró.

"Laura, en las instrucciones de tu madre había una referencia al matrimonio".

"¿Matrimonio?"

Gilbert asintió. "Aunque no era un requisito en su carta de instrucciones, dijo claramente que si encontrabas un marido adecuado, debíamos considerar segura tu situación".

Laura frunció el ceño. "¿Y ése fue el motivo de que hablaras de matrimonio conmigo?"

"Sí, en su mayor parte".

Una mirada un tanto culpable se imprimió en el rostro del preboste, y Laura se dio cuenta de repente de que había estado trabajando muy cuidadosamente para asegurar su futuro con su hermano.

"Has corrido un gran riesgo, Gilbert".

"Sí", admitió. "Pero tengo una pregunta para ti. ¿Conocíais tú o tus padres a William antes de venir a Escocia?"

Las palabras del preboste la sorprendieron. "No puedo hablar en nombre de mis padres, pero puedo decirte que yo nunca lo hice". Sintió que se relajaba sólo de pensar en William. "Puedo asegurarte, Gilbert, que tu hermano no es un hombre fácil de olvidar. Pero, ¿por qué lo preguntas?"

Gilbert Ross volvió a apoyarse en la mesa, acercando el ataúd. "Había... bueno, un indicio de algo en la carta de tu madre. Me hizo pensar que de algún modo conocía a William, que tal vez lo había conocido cuando atendía a la reina madre mientras estaba exiliada en York. Pensé, bueno, pensé que incluso podría haberte enviado aquí con la esperanza de que tú y William...".

Se encogió de hombros y la miró esperanzado.

Laura asintió y sonrió a su vez. "Es posible, hermano mío. Quizá si pudiera ver la carta".

"Sí, por supuesto. He mandado decir al padre Francisco que la traiga consigo cuando venga mañana a Blackfearn". Metiéndose la mano en la manga, Gilbert sacó una llave. La hizo girar en la cerradura del cofre.

"Debes saber, mi nueva hermana, que nunca admitiré nada de esto ante tu marido".

Ella sonrió en señal de acuerdo. Su madre la casamentera, pensó Laura. La incomparable planificadora.

En la época en que Laura se había marchado de Inglaterra, hacía ya tanto tiempo, al parecer, mucho antes de haber conocido a William y haberse enamorado de él, tal vez se hubiera opuesto a los planes secretos que su madre tenía para ella. Pero ahora no tenía nada que objetar. Aunque Gilbert se había esforzado por casar a Laura con su hermano, ella y William habían tomado la decisión.

Y ahora estaba casada. Feliz y arrebatadoramente casada. Todo iba bien. Primero, John Stewart, conde de Athol, con su hermana Catherine. Ahora, Guillermo de Blackfearn, laird de Ross, con la propia Laura.

Un pensamiento revoloteó por su mente. ¿A quién tenía pensado su madre para Adrienne, escondida en Barra?

Gilbert levantó la tapa del ataúd y sacó de su interior un pergamino enrollado y atado con una cinta. Había sorpresa en su rostro cuando se lo entregó.

"Pero eso es todo lo que contiene el cofre, Laura".

Ella asintió, aceptó la ofrenda de su mano.

"Lo sé". Sabía que llegaría. Pero sus manos seguían temblando cuando rompió el sello de la cinta y desenrolló el pergamino. Dentro, encontró una breve nota de su madre... y una sección del mapa cuidadosamente dibujada. Le habían dicho que un día le enviarían una parte del mapa entero. Ahora lo tenía en sus manos.

El preboste miró las marcas y símbolos de la hoja. "Es un mapa. Te ha enviado un mapa".

"Sólo una pieza de una mayor", susurró Laura. "Es sólo una llave del escondite del Tesoro de Tiberio. Para encontrarlo debes tener las tres".

"Tesoro". Así que no es sólo la política de tu familia la que os ha perseguido hasta esconderos. La codicia de los hombres también os persigue, supongo".

Siguió mirando el mapa. "Si estuviera segura de que este tesoro consiste sólo en oro, entonces estaría de acuerdo, Gilbert. Pero, de algún modo, siempre he sabido que hay algo más en el corazón de este mapa. Mucho más".

Gilbert se puso a su lado y miró las cifras del mapa. "¿Qué sabes de él?"

"Nada, en realidad. Sólo que es muy valioso. Que ha estado a buen recaudo de mi familia durante mucho tiempo". Miró los símbolos y las palabras. No había nombres escritos que identificaran nada. "También sé que varios grupos de hombres lo conocen y lo buscan".

Laura miró al clérigo. Tenía el ceño fruncido por la concentración.

"Aunque nunca he visto el tesoro, Gilbert, sé que ésta es sólo una de las tres porciones del mapa que nos conducirán hasta él. Estoy seguro de que Catherine ya debe de tener su parte. Es posible que Adrianne también haya recibido ya la suya".

"¿Y qué vais a hacer vosotros tres?"

"Proteged nuestras partes del mapa y dejad el tesoro donde está hasta que tengamos noticias de nuestra madre". Laura se detuvo y respiró hondo. "Pero si ocurre algo y nuestra madre no sobrevive a este terrible momento, entonces los tres debemos actuar juntos y trasladar el tesoro a otro lugar seguro de nuestra elección. Mi madre dijo que sabríamos dónde estaba cuando llegara el momento".

"¿Moverlo? ¿Protegerlo? ¿Pero no puedes utilizarlo para vivir?". Ante el ruido de los caballos que llegaban y los gritos en el patio, Gilbert se acercó a la ventana, pero no abrió el postigo. Se volvió hacia Laura. "No lo entiendo en absoluto".

Sonrió suavemente. "Yo tampoco lo entiendo todo. Pero sí sé esto. El Tesoro de Tiberio no es propiedad de mi familia. No es nuestro, salvo para protegerlo".

Gilbert negó con la cabeza.

No podemos fiarnos de nadie, pues hay otros que, como tú dices, se dejan llevar por la codicia en la búsqueda del tesoro."

El rostro de Gilbert era grave cuando regresó y se apoyó en la mesa. "Todo parece complicado, Laura. Y peligroso".

"Como debe ser. Los que nos persiguen no son tontos. El plan era hacer que encontrar el tesoro fuera imposible, o casi". Extendió la mano y tocó el brazo del sacerdote. "Pero no temas por mi bienestar. Me has servido bien, pues ahora tengo a William. Como Catherine tiene a John Stewart".

Gilbert y Laura dirigieron sus miradas hacia la puerta cuando William entró. Ella no sabía leer la mente, pero en su rostro estaba claro que algo iba terriblemente mal. Cerró la puerta tras de sí y la miró.

Dejó caer el mapa sobre la mesa, y en un instante estaba en el suelo y en brazos de William. Él la estrechó ferozmente contra su pecho.

"¿No es Miriam?", susurró ansiosa, echándose hacia atrás y mirándole a la cara.

"No, Laura. La muchacha está bien. Un mensajero acaba de traer noticias del sur... de las Fronteras".

"Mi madre", jadeó, con los ojos llenos de lágrimas.

"Sí. Ha sido capturada por sirvientes del rey inglés".

"No puede ser". La respiración de Laura se entrecortó en su garganta mientras el pánico se

apoderaba de ella. Las lágrimas corrían libremente por su rostro. "¡Por favor, Señor, otra vez no! No como mi padre..." El dolor aplastó sus palabras en su interior.

William la atrajo hacia sí, abrazándola, depositando besos en su pelo, dejando que vertiera el dolor que sentía en su interior. Pasó algún tiempo antes de que ella se calmara lo suficiente como para que él pudiera hablar.

"Hay una forma de salvarla. Hay una oferta de intercambio".

"¿Cambiar por qué?" preguntó Gilbert desde el otro lado de la habitación.

"Un tesoro a cambio de la vida de tu madre. Antes de que enciendan los fuegos de la víspera de San Juan, tú y tus hermanas debéis producir cierto tesoro".

Su voz apenas era un susurro.

"Sí, Tiberio".

En pocos minutos Laura se lo explicó todo a William. Todo lo que ya le había contado a Gilbert sobre el tesoro. Al final, le mostró la parte del mapa que Gilbert acababa de entregarle. Mientras hablaba, se obligó a serenarse.

Una buena planificación, lo sabía, requería un pensamiento frío.

"Debemos comunicar que estamos de acuerdo con el intercambio", dijo cuando William lo supo todo.

El preboste giró la cabeza. "¿Entregar el tesoro que se te confió al rey inglés?"

"Por la Virgen, nunca se lo daremos", juró en voz alta. "Pero seríamos tontos si no ganáramos tiempo para mi madre mientras ideamos un plan alternativo".

William miró a su mujer y asintió con la cabeza. "El jinete dijo que tú eras el único que había enviado este mensaje".

Laura puso la mano en la de William y sintió su fuerza. "Podría ser que no conocieran la ubicación de mis hermanas. Pero si mi madre me las envió, fue porque sabía que intentaría pensar en una salida. Siempre decía que, de sus tres hijas, yo era la más planificadora".

El preboste habló desde la ventana. "Entre el conde de Athol y Guillermo se podría reunir un ejército lo bastante grande para..."

¿"Marchar a Londres y llevársela de la Torre"? interrumpió Laura, moviendo la cabeza en señal de desacuerdo. "Ni siquiera sabemos dónde está. Es muy posible que ahora esté de camino a la Torre".

"Sí", admitió Gilbert. "Es muy probable que esté al menos en alguna fortaleza de Inglaterra, creo".

"Por otra parte", dijo William pensativo, "¿y si reunieras las tres secciones del mapa y encontraras el tesoro?"

Ella le miró cariñosamente. "Has empezado a planificar, esposo".

"Sí, eres una mala influencia", replicó él, tirando de ella hacia su lado y poniéndose serio de nuevo. "Dices que no sabes qué es el tesoro. Si los tres os apoderarais de él, tal vez entonces podría resolverse algo".

"Estoy de acuerdo", murmuró Laura, sabiendo que sus indicaciones siempre habían sido trasladar el tesoro si atrapaban a su madre. Nichola conocía el paradero de Tiberio y no quería que sus captores pudieran sonsacarle la información a la fuerza.

"Pero sólo tienes una parte del mapa". La preocupación de Gilbert era válida.

"Tu hermana Catherine está embarazada". William se encontró con la mirada de su esposa.

"Así que lo mejor será que vayamos al castillo de Balvenie y le llevemos la noticia".

"Muy bien".

"¿Pero qué pasa con tu hermana pequeña, Adrianne? ¿Tienes alguna idea de dónde está?"

"Sí", dijo vacilante. "En las Islas Occidentales".

Gilbert negó con la cabeza. "Es una búsqueda de diez años".

"Barra". susurró Laura con seguridad. "Está en la isla de Barra".

Capítulo Veintisiete

MIENTRAS LOS HABITANTES del castillo se preparaban para otra noche de juerga tras la celebración de Hogmanay del día anterior, Laura contempló pensativa los regalos que había sobre la cama. Regalos para su nueva familia.

Al pensar en su madre, le brotó una lágrima punzante. La apartó rápidamente. En menos de una semana, poco después de la Noche de Reyes, ella, William y Miriam partirían hacia el castillo de Balvenie, el nuevo hogar de su hermana Catherine. ¿Por qué tenía que llorar?, se reprendió. Sus planes estaban en marcha. Era hora de concentrarse, al menos por ahora, en la vida de su nueva e inmediata familia.

Las primeras horas tras conocer la noticia de la captura de su madre habían sido difíciles. Pero poco después, con la fuerza y el apoyo de su marido a su lado, había podido apartar, en su mayor parte, todos los pensamientos morbosos sobre lo que no podía controlar, centrándose en cambio en lo que sí podía controlar.

Tenían el mapa. Por lo que sabían, el tesoro seguía a salvo. Y se enfrentaban a un enemigo cegado tanto por la codicia como por el odio.

William había enviado un mensaje de respuesta, aceptando las condiciones. Tesoro para Nichola Percy, habían escrito. Para la víspera de San Juan.

Entonces, diciéndole a sir Wyntoun MacLean sólo lo necesario, William y Laura habían recurrido al servicio del caballero para ir a Barra y llevar a Adrianne Percy de vuelta con sus hermanas al castillo de Balvenie. La traería de vuelta sin falta, les había prometido Wyntoun mientras montaba a caballo.

Un suave golpe en la puerta despertó a Laura de su ensoñación. Apresuradamente, dobló los regalos de la cama en un chal y se volvió a tiempo de ver cómo se abría la puerta. Laura sonrió al ver asomar la oscura cabeza de Miriam.

"Entra, mi amor". Nada más pronunciar estas palabras, dos cachorros entraron dando tumbos delante de la niña, arrastrándose por el suelo y desapareciendo bajo la gran cama. Sonriendo, Laura miró de la cama al paquete de tela que Miriam llevaba bajo el brazo. "Espera, deja que te ayude con ese viejo paquete de telas".

"No". Miriam soltó una risita antes de correr al otro lado de la habitación y ponerse de pie de forma muy digna. "Son los regalos, Laura, y no puedes verlos hasta que yo los entregue".

Laura sacó su propio fardo de la cama y siguió al diablillo hasta la cámara contigua.

William y Laura habían hecho regalos a la familia y a Gilbert y al padre Francis a primera hora del día en el Gran Salón, y Miriam se había deleitado presentando a la asamblea las capas y los brogues y los pernos de tela y los cuchillos de Inverness. Sin embargo, los tres habían decidido intercambiar regalos entre ellos en el estudio de William.

Laura encontró a su marido esperándolas y, tras darle un cariñoso beso, se sentó en la silla que él le ofrecía. Había un cálido fuego encendido, y los dos cachorros de Miriam los siguieron, acurrucándose juntos en la chimenea y dormitando casi de inmediato.

"¿Puedo entregar mis regalos la última?" preguntó Miriam.

"Sí", dijo William, entregando un pequeño paquete envuelto a cada una de las dos mujeres de su corazón. "Y yo iré primero".

Miriam estalló de júbilo al abrir el regalo. En su mano había una moneda de oro. La rosa Tudor brillaba a la luz del fuego. Era la propia moneda de Guillermo, Laura estaba segura. La niña abrazó al hacendado.

"Ahora sí que puedo practicar haciendo rodar la moneda sobre mis nudillos".

"Sí, muchacha. Que puedes. Y yo también te ayudaré con ello".

Laura sintió mucha curiosidad al abrir el pequeño paquete que William le entregó. Ya le había dado mucho. Demasiado, pensó, teniendo en cuenta los nuevos peligros que le presentaba. Miró amorosamente sus ojos azules antes de bajar la mirada hacia el paquete. Respiró entrecortadamente y sus ojos se llenaron de lágrimas.

"Mi cruz y mi cadena", murmuró con incredulidad. La misma cruz enjoyada que Laura había regalado a Guff por ayudarles a escapar del Convento de Santa Inés. La misma cruz que había pertenecido a su madre yacía sobre un pañuelo de lino bellamente bordado.

William se acercó a ella y le colocó con cuidado la cadena alrededor del cuello. Sintió que su piel se calentaba al contacto con sus labios cuando él le rozó la mejilla con un beso. Entrelazó sus dedos con los de él y contempló su atractivo rostro mientras él permanecía a su lado.

"¿Pero cómo lo has conseguido?"

"Mi hombre Tar y algunos de los demás subieron al convento después de la boda. Además de llevar la noticia de nuestro matrimonio a las monjas, les hice comprar la cruz y la cadena a Guff. Por suerte, el viejo bribón aún la tenía en su poder, aunque me han dicho que costó mucho convencerle para que se desprendiera de ella."

"¿Y les fue bien a la madre superiora y al resto de las monjas?"

"Sí. La mujer le dijo a Tar que esos habitantes de las Tierras Bajas y ese monje de ojos bizcos nunca volvieron al convento después de que los alejáramos del lugar aquella noche".

"Me alegra oírlo".

"Dos de los hombres se quedaron unos días para echar una mano a Guff en algunas tareas que no podía hacer él mismo, pero Tar me aseguró que esas mujeres se han instalado cómodamente para el resto del invierno. El pañuelo es de la madre superiora".

Laura la miró con admiración y luego a la inquieta niña que tenía sobre las rodillas. Cualquier otra pregunta sobre el convento tendría que esperar.

Soltó la mano de su marido y cogió un pañuelo doblado. En ella estaba el regalo que había hecho para Miriam. Los ojos azules de la niña brillaban de curiosidad mientras se movía impaciente.

"Mete la mano bajo el borde del pañuelo y saca lo primero que sientas".

"Una chiquilla. Una chiquilla de pelo negro y ojos azules", dijo con asombro en la voz. Levantó la figura cuidadosamente cosida y la miró con asombro.

"Es una muñeca, Miriam. Una muñeca para que la quieras, le enseñes y la cuides, como a tu propio hijo".

"Una muñeca. Nunca he tenido una muñeca". Rodeó a Laura con los brazos y la abrazó con descarado afecto. Laura estrechó a la niña contra su pecho y miró los ojos empañados de William.

Tan bruscamente como se había lanzado a los brazos de Laura, Miriam se echó hacia atrás y bailó en círculo con la muñeca en brazos. Luego se detuvo.

"¿Ya es mi turno? ¿Puedo daros a los dos mis regalos?"

"Sólo uno más". Laura se puso en pie y ofreció el regalo envuelto en el pañuelo a su marido.

Su ceño se arqueó de curiosidad al abrir el pañuelo. "¿Un vaso para beber?"

"Sí, pero ¿no te resulta familiar?". Él sostenía la taza de dos asas con ambas manos, y ella puso las suyas sobre las de él. Su voz apenas era más que un susurro. "Es, bueno, *antiguamente* era la copa del laird en la Taberna de las Tres Copas".

Sus ojos brillaban con picardía. "¿Y tuviste que hacerle daño a la pobre moza para conseguirlo?"

"No muy mal", respondió Laura. Sonrió tímidamente. "Aunque hubo que coaccionarla un poco para que prometiera enseñarme algunos de sus pasos especiales de 'baile'".

Se inclinó hacia ella y le rozó los labios con un beso, con la boca aún cerca. "Yo diría que no tienes nada que aprender de ella".

Ella negó con la cabeza. "No, mi señor. Sólo soy una novata. Pero tenemos toda una vida para convertirme en una experta".

"¿Ahora me toca a mí?"

William y Laura se volvieron, sonriendo ante la impaciencia de la niña. Miriam se metió la muñeca bajo un brazo y acercó un paquete a Laura.

Laura volvió a sentarse en la silla y subió a Miriam a su regazo antes de abrir el regalo. Dentro del envoltorio de tela encontró el camisón de lino más hermoso. Bordado con dibujos de nudos violetas alrededor del escote, era el camisón más bonito que Laura había tenido nunca. Sosteniéndolo ante ella, lo contempló sin palabras. ¿Cuánto trabajo, pensó, debía de costar hacer algo tan delicado y hermoso?

"Sabiendo que siempre duermes con esa camisa raída de viejo, pensé que te gustaría algo... algo más bonito".

Laura no pudo ignorar la sonrisa apreciativa de su marido. La luz del fuego brillaba a través de la fina tela.

"No lo hice yo sola. La Esposa de Peter y auld Maire me ayudaron, y luego Luella me ayudó con el bordado del cuello".

"Es precioso", murmuró Laura contra el suave cabello de la niña mientras la abrazaba contra su pecho. "Es absolutamente el turno más bonito que he visto nunca".

Con una sonrisa de satisfacción en el rostro, Miriam se apartó del regazo de Laura y cogió del suelo un segundo paquete.

"Es sólo una cosita", susurró nerviosa, entregándosela a William. "Pero... pero lo he hecho yo sola".

Laura y William sonrieron ante el arrastrar de los pies, la mirada de expectación en sus ojos azules. "Si... si te gusta... tal vez pueda cosértelo en tu tartán".

La niña se estaba desmoronando allí de pie. Laura se puso en pie y cogió a Miriam de la mano. Ambas se colocaron junto a William.

Cuando abrió el regalo, Laura observó cómo se tensaban los músculos de su rostro. Se le escapó una lágrima por el rabillo del ojo. De repente, dejó el regalo sobre la mesa y los estrechó a ambos en un fuerte abrazo.

Girando la cabeza, miró el regalo. Sólo un pequeño parche de lino, bordado en oro. Y una sola palabra.

Padre.

Gracias por dedicar tu tiempo a leer *La Encantadora*. Si te ha gustado, por favor, díselo a tus amigos o publica una breve reseña. El boca a boca es el mejor amigo de un autor y se agradece mucho.



El Tesoro de Tiberio.

¿Oro? ¿Joyas? ¿Es maligno? ¿O es sagrado?
¿Qué tiene este misterioso tesoro que lleva a los
hombres a vender su alma?

No dejes de buscar la aventura romántica de la
hermana menor Adrianne en *La Firestarter*, el
emocionante final de la Trilogía del Tesoro de las
Highlands. ¡Que lo disfrutes!

Nota del Autor

Al concluir este segundo libro de la trilogía de las hermanas Percy, esperamos que estés preparado para la aventura y la emoción que te tenemos reservadas en la última entrega, *La Firestarter*.

En este libro te presentamos a Sir Wyntoun MacLean, el sigiloso y muy peligroso Espada de Barra. Mientras continúa su búsqueda del Tesoro de Tiberio, debe enfrentarse a la lucha de voluntades, el cruce de espadas y la batalla de corazones que le aguardan en su encuentro con Adrianne Percy.

Wyntoun es un laird y un pirata con un único objetivo: capturar el Tesoro de Tiberio.

Adrianne es una guerrera de corazón. Una mujer dispuesta a renunciar a su propia vida para proteger el escurridizo tesoro de gente como la Espada de Barra.

En *La Firestarter*, tendrás de nuevo la oportunidad de ver a Catherine y al conde de Athol, de *La Soñadora*, y a Laura y William Ross, de *La Encantadora*, mientras las tres hermanas convergen en el castillo de Balvenie para frustrar a sus enemigos, rescatar a su madre y defender el Tesoro de Tiberio. ¡No te pierdas la emocionante conclusión!

Y si te interesa leer más sobre nuestras aventuras en las Highlands, aquí tienes una lista de títulos que puedes consultar:

Una Boda de Verano— La precuela de todos los cuentos de la serie Macpherson. Alexander Macpherson, el patriarca de la familia, encuentra a su media naranja en Elizabeth Hay.

El Cardo y la Rosa— Mientras aún perdura el humo de la batalla de Flodden Field, se presentan Colin Campbell y Celia Muir, una mujer-guerrera que tiene en sus manos el destino de Escocia. Esta historia está en la lista de "Los mejores romances históricos de todos los tiempos". *El Cardo y la Rosa* presenta a Alec Macpherson, hijo mayor de Alexander y Elizabeth.

Ángel del Skye— Alec Macpherson ha servido al rey Jaime con su espada. Ahora daría hasta su alma por proteger a Fiona Drummond del pasado que la persigue y de la intriga que podría cambiar el futuro de Escocia.

Corazón de Oro— Ambrose, el hermano menor de Alec, segundo hijo de la familia Macpherson, siente un ardiente deseo por Isabel Bolena, la exquisita hija natural de un diplomático inglés. Pero el odiado rey inglés también la desea, y no se detendrá ante nada para tenerla. Ambrose fue presentado en *Ángel de Skye*.

La Belleza de la Niebla— John, el hermano menor de los Macpherson, ha recibido el encargo de traer a casa a la prometida de su joven rey, pero su destino cambia cuando rescata a la misteriosa María, a la deriva en el mar.

Los Prometidos— Malcolm MacLeod, pupilo de Alec Macpherson en *Ángel de Skye*, y Jaime Macpherson, hija de Mary Boleyn (*Corazón de Oro*), tienen que encontrar el camino de vuelta a Escocia desde las mazmorras del rey Tudor.

Fuego— Gavin Kerr, introducido en *Corazón de Oro*, descubre que el castillo que le han adjudicado encierra más de lo que espera, el "fantasma" de la anterior propietaria, Joanna MacInnes, que ronda las torres quemadas y los pasadizos secretos.

Tess y el Highlander (Finalista del Premio RITA©)— Colin Macpherson, el hijo menor de Alec y Fiona (*Ángel de Skye*), llega a una remota isla de la costa de Escocia, donde encuentra a una joven solitaria, Tess Lindsay.

La Trilogía del Tesoro de las Highlands:

La Soñadora— Cuando su difunto padre fue tachado de traidor al rey, Catherine Percy encuentra refugio en Escocia. Pero un error de identidad la pone en una situación comprometida con John Stewart, el conde de Athol (*Fuego*).

La Encantadora— Laura Percy (la segunda hermana de los Percy) se refugia en las Highlands, pero cuando es secuestrada por William Ross, el temible Laird de Blackfearn, todos sus planes bien trazados se vienen abajo.

La Firestarter— Adrienne Percy (la menor de las hermanas Percy) está escondida en las Islas Occidentales, a salvo de los enemigos de su familia, hasta que sus hermanas envían a Wyntoun MacLean para que la devuelva a las Highlands. Colin Campbell y Celia Muir (*El Cardo y la Rosa*) hacen su aparición en este emocionante final de trilogía.

La Trilogía de la Reliquia Escocesa:

El Problema de los Highlanders— Alexander y James Macpherson, los dos hijos mayores de Alec y Fiona (*Ángel de Skye*) se encuentran con más problemas de los que esperaban. Alexander quiere recuperar a su novia fugitiva, pero un secreto mortal del pasado de Kenna Mackay ha salido a la luz y un villano despiadado se está acercando.

Domar al Highlander (Finalista del premio RITA©)— Innes Munro tiene la capacidad de leer el pasado de una persona con sólo tocarla. Conall Sinclair, el conde de Caithness, lleva cicatrices cortesía de los captores ingleses. Ambos se resisten a dejar que el otro se acerque, pero ninguno puede negar su creciente atracción.

Tempestad en las Highlands— Miranda MacDonnell naufraga en la mítica Isla de los Muertos

con el notorio corsario Black Hawk. Alexander Macpherson y Kenna Mackay (*El Problema de los Highlanders*) desempeñan un papel importante, y Gillie the Fairie-Borne (*La Firestarter*) aparece en la novela mientras busca a su familia perdida.

Amor y Caos— Una divertidísima adaptación medieval de *Arsenic and Old Lace*, ambientada en parte en las islas occidentales, con la aparición de Alec y Fiona (*Ángel de Skye*).

Como autores, nos encantan los comentarios. Escribimos nuestras historias para nuestros lectores, y nos encantaría saber de ti. Estamos aprendiendo constantemente, así que ayúdanos a escribir historias que apreciarás y recomendarás a tus amigos. [Suscríbete para recibir noticias y actualizaciones](#) y síguenos en BookBub. Puedes visitarnos en [nuestro sitio web](#).

Por último, necesitamos un favor. Si te apetece, nos encantaría recibir una reseña de *La Encantadora*. Como ya sabrás, hoy en día es difícil conseguir reseñas. Tú, el lector, tienes ahora el poder de hacer o deshacer un libro. Si tienes tiempo, por favor, considera la posibilidad de publicar una en una de las principales tiendas o en el sitio de un grupo de lectura.

¡No te pierdas la emocionante conclusión de El Tesoro de las Highlands, la aventura romántica de Adrianne en *La Firestarter*!

Also by May McGoldrick, Jan Coffey & Nik James

NOVELS BY MAY McGOLDRICK

16th Century Highlander Novels

[A Midsummer Wedding \(novella\)](#)

[The Thistle and the Rose](#)

Macpherson Brothers Trilogy

[Angel of Skye \(Book 1\)](#)

[Heart of Gold \(Book 2\)](#)

[Beauty of the Mist \(Book 3\)](#)

[Macpherson Trilogy \(Box Set\)](#)

[The Intended](#)

[Flame](#)

[Tess and the Highlander](#)

Highland Treasure Trilogy

[The Dreamer \(Book 1\)](#)

[The Enchantress \(Book 2\)](#)

[The Firebrand \(Book 3\)](#)

[Highland Treasure Trilogy Box Set](#)

Scottish Relic Trilogy

[Much Ado About Highlanders \(Book 1\)](#)

[Taming the Highlander \(Book 2\)](#)

[Tempest in the Highlands \(Book 3\)](#)

[Scottish Relic Trilogy Box Set](#)

[Love and Mayhem](#)

18th Century Novels

Secret Vows

[The Promise \(Pennington Family\)](#)

[The Rebel](#)

[Secret Vows Box Set](#)

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

[Borrowed Dreams \(Book 1\)](#)

[Captured Dreams \(Book 2\)](#)

[Dreams of Destiny \(Book 3\)](#)

[Scottish Dream Trilogy Box Set](#)

Regency and 19th Century Novels

Pennington Regency-Era Series

[Romancing the Scot](#)

[It Happened in the Highlands](#)

[Sweet Home Highland Christmas](#) (*novella*)

[Sleepless in Scotland](#)

[Dearest Millie](#) (*novella*)

[How to Ditch a Duke](#) (*novella*)

[A Prince in the Pantry](#) (*novella*)

[Regency Novella Collection](#)

Royal Highlander Series

[Highland Crown](#)

[Highland Jewel](#)

[Highland Sword](#)

[Ghost of the Thames](#)

Contemporary Romance & Fantasy

[Jane Austen CANNOT Marry](#)

[Erase Me](#)

[Tropical Kiss](#)

[Aquarian](#)

[Thanksgiving in Connecticut](#)

[Made in Heaven](#)

NONFICTION

[Marriage of Minds: Collaborative Writing](#)

[Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century](#)

NOVELS BY JAN COFFEY

Romantic Suspense & Mystery

[Trust Me Once](#)

[Twice Burned](#)

[Triple Threat](#)

[Fourth Victim](#)

[Five in a Row](#)

[Silent Waters](#)

[Cross Wired](#)

[The Janus Effect](#)

[The Puppet Master](#)

[Blind Eye](#)

[Road Kill](#)

[Mercy](#) (novella)

[When the Mirror Cracks](#)

[Omid's Shadow](#)

[Erase Me](#)

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

[High Country Justice](#)

[Bullets and Silver](#)

[The Winter Road](#)

[Silver Trail Christmas](#)

Sobre el Autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today*, han creado más de cincuenta novelas trepidantes y llenas de conflictos, junto con dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.



Nacional de Escocia.

Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas románticas históricas, de suspense, misterio, westerns históricos y novelas para jóvenes adultos. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han ganado numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne DuMaurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de los Revisores de la revista *Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra está incluida en la colección Biblioteca de Cultura Popular del Museo